

Mundo de Tinieblas:
EL EMBARQUE
Kathleen Ryan

{ Vampiro / Clanes-14 / Relato-01 (Setita) }
Publicado en... "*Clan Novel: Anthology*"
Traducción: Isabel Merino Bodes

Jueves, 10 de febrero de 1916, 10:42 PM
El puerto Alejandría, Egipto

Erich Vogel saltó del carromato antes de que se detuviera del todo.

--*¡Effendi!* ¡No me ha pagado! --gritó el conductor.

--Todo a su tiempo, amigo... todo a su tiempo.

Vogel cogió su bolsa de viaje y buscó a tientas la cartera. Sus dedos se cerraron alrededor del grueso monedero, que estaba lleno a reventar de monedas locales. Sonrió y lo sacó de la bolsa.

--Esto es para usted, para sus esposas, para su familia --dijo el Setita, depositando en la mano del sorprendido hombre todas las monedas--. ¡Quédeselo! Ahórreme la molestia de tener que cambiarlo. ¡Es la propina! *¡Bahksheesh!*

--*Shukran* --respondió el egipcio, mirando con atención a ese chiflado.

Erich no lo advirtió. Ya se estaba alejando a todo correr.

El *Ellen Tucker* descansaba plácidamente en su amarre, recuperando fuerzas para el próximo viaje. Los pasajeros se deslizaban por la pasarela, seguidos por los porteadores que cargaban con sus maletas, y el personal del barco los saludaba con cordialidad. Como entre los viajeros había diversos viudos y varios heridos, los oficiales y la tripulación del *Ellen* habían preferido no hacer ninguna celebración... así que no corrió el champán, no tocó ninguna banda ni hubo serpentinas. Aunque era imposible evitar el alboroto del muelle, que se iba intensificando a medida que se aproximaba la hora de zarpar, cada sonido era metódico e impersonal, de modo que el conjunto parecía silencioso.

Todas las cabezas se giraron cuando Erich apareció. Aunque era un tipo fornido y tirando a bajo, como velocista parecía larguirucho y bastante torpe. Las piernas del Setita se alzaban y se precipitaban hacia delante del mismo modo que las del muñeco de hojalata de un niño; sus brazos intentaban imitarlas para proporcionar cierto equilibrio a sus movimientos, pero estaban entorpecidos por el equipaje. Llevaba una pesada bolsa de cuero colgada del hombro derecho y una chaqueta blanca de lino en la mano izquierda, que ondeaba como si fuera la bandera de una vergonzosa tregua pacifista.

Cuando Vogel llegó junto al barco, un miembro de la tripulación se apresuró a ayudarlo.

—¿Viajará en el *Ellen Tucker*, señor?

—¡Sí! —Vogel pasó a toda velocidad junto a los porteadores y viajeros que hacían cola para subir a bordo, dejó atrás los furgones de equipaje y se dirigió hacia la zona más oscura del muelle, donde estaba el cargamento que viajaría en el barco. Fuera del campo visual de los soldados de la guarnición británica y del campo auditivo de los oficiales de aduanas y los trabajadores del puerto, un par de hombres supervisaban con atención la carga de una serie de cajones de embalaje.

Uno de ellos, sin duda alguna el capataz, era un tipo inmenso, de pelo entrecano y rostro quemado por el sol, que llevaba ropa americana barata. Sus ojos observaron durante un instante al recién llegado y, acto seguido, volvieron a centrarse en la carga.

El segundo espectador, que parecía un enano al lado de su compañero, era un hombre negro vestido de musulmán. La túnica y el kaffiyeah que llevaba eran de buena calidad y la banda que envolvía su cabeza emitía destellos dorados. Mientras le tendía una gavilla de papeles amarillentos al capataz, señaló con la barbilla al desmelenado europeo que se estaba aproximando a toda velocidad y dijo algo en voz baja... algo gracioso, a juzgar por las carcajadas que soltaron los árabes que había a su alrededor.

Vogel lo reconoció al instante y, sorprendido, se detuvo en seco. Debido a la brusca parada, su sombrero salió volando y el reloj de bolsillo que llevaba en el chaleco cayó al suelo. Erich se agachó para recogerlos, consciente de estar ofreciendo un lamentable espectáculo cuando lo único que deseaba era causar buena impresión. Tras recuperar sus pertenencias, además de la compostura, Vogel se volvió a poner el sombrero de paja y se acercó al hombre al que había venido a ver.

--*Bismallah* --dijo, mirándolo a los ojos--. ¿Hesha abn Yusuf?

--*Bismallah*. Soy Hesha.

--Gracias a Dios que lo he encontrado, señor. --Tras esbozar la mejor de sus sonrisas, Erich continuó:-- Cogí el tren del Cairo en cuanto me enteré de su marcha.

Hesha arrugó los labios y pareció analizar sus palabras.

--¿Por qué?

El joven Setita miró a su alrededor.

--Tenía la esperanza de poder hablar con usted en privado, señor.

El africano se encogió de hombros.

--Hable en latín --respondió, hablando Hesha en esa lengua--.

Ninguno de estos hombres sabe hablarlo.

--De acuerdo --dijo Erich, orgulloso de haber recordado con tanta rapidez cómo se decía eso en latín. Había estudiado esa lengua desde que alcanzó la edad necesaria para tener un tutor, pero no la conocía lo bastante bien como para mantener una conversación fluida.

--¿Y bien? --el brusco tono de Hesha interrumpió aquella atmósfera escolar--. ¿Quién es usted?

Se sorprendió al descubrir que Hesha no se acordaba de él, puesto que el "Profeta" tenía fama de poseer una buena memoria, incluso para los detalles más ínfimos. Su célebre talento para la erudición había sido una de las principales razones por las que Vogel había pedido permiso a su sire para marcharse. Había tardado menos de una hora en hacer la maleta (bajo la atenta e incrédula mirada de sus compañeros de nido) y, sin perder ni un instante, había cogido el expreso para llegar hasta aquí antes de que cambiara la marea...

--Me llamo Erich Vogel --se presentó con formalidad--. Le pido disculpas por no haberme presentado de inmediato.

Sintiéndose muy austriaco, se inclinó y dio un taconazo antes de continuar.

--No es la primera vez que nos vemos, señor, aunque aquello fue hace mucho tiempo. Supongo que tenía la esperanza de que aún se acordaría de mí... Verá... --se interrumpió y, sintiéndose estúpido por haber vacilado, añadió:-- Me dieron a entender que fui elegido para servir por recomendación suya, señor...

Hesha no respondió, sino que se limitó a observar a su interlocutor con serenidad. El agua chapoteaba contra el casco del *Ellen Tucker* y Vogel tuvo la impresión de que las olas se llevaban consigo todo su aplomo.

--¿Qué es lo que desea, Erich Vogel?

La voz y la expresión del Profeta le intimidaban. Cuando compró el billete de tren en el Cairo, Erich sintió que estaba coqueteando con la muerte (de hecho, pensó que iba a cruzar el Rubicón, pues sus pensamientos solían evocar citas célebres). Sin embargo, ahora sabía que estaba equivocado, puesto que el verdadero peligro era seguir adelante con esto. De todas formas, se armó de valor y decidió continuar.

–Quiero acompañarle, señor.

–¿Adónde?

–¿Acaso no va a partir esta noche hacia Baltimore?

–Sí... ¿Pero para qué quiere ir usted allí? --Hesha se interrumpió--. Erich Vogel... Erich Vogel. De Damasco.

–¡Sí! --exclamó el joven, aliviado.

–Pero no hace tanto tiempo que estuve en Damasco... ¿Ha completado ya su educación?

Erich asintió con entusiasmo.

–Sí, señor. Acabé hace unos años y me han concedido... --sonrió, pero no encontró ninguna forma mejor de decirlo--. Anoche dieron por finalizado mi periodo de aprendizaje y empecé a trabajar como asalariado, de modo que ahora puedo ir adónde quiera y escoger mis propias responsabilidades. Y lo que deseo es trabajar con usted.

–Para mí --le corrigió Hesha.

Erich vaciló.

–Para usted --rectificó con rapidez.

El Setita de mayor edad frunció el ceño.

–No le ha costado demasiado transigir.

Erich palideció.

–Es obvio que no puede ofrecerme fortaleza de carácter --Hesha cerró un cajón de embalaje y se sentó sobre él, observando a su solicitante--. ¿Qué puede ofrecerme?

–Soy arqueólogo.

–También yo.

–Sé hablar y escribir más de veinte idiomas.

–Eso es útil --dijo Hesha--, pero sólo si conoce algunos de los que yo ignoro.

Privado de sus conocimientos, Erich empezó a recitar sus aficiones.

–Sé dibujar y soy fotógrafo. Me mantengo al día en conocimientos radiofónicos e incluso sé conducir automóviles.

–Puede que esas habilidades tengan alguna utilidad --respondió

Hesha, vacilante—. Ahora dígame por qué quiere venir conmigo.

—Quiero aprender de usted.

—¿No ha aprendido ya de sus profesores?

—Sí, por supuesto que sí, pero ellos no pueden enseñarme todo aquello que se necesita saber fuera... —Vegel intentó buscar una expresión, un sólido cliché al que recurrir— de la torre de marfil. A mi entender, en un aula no te pueden enseñar trabajo de campo. Necesito conocer cosas que no se aprenden en el refugio de un antiguo ni con los compañeros de nido.

Hesha guardó silencio, como si deseara que continuara explicándose.

—De todas formas, no pretendo limitarme a observar. Quiero ayudar. Quiero hacer las cosas por mí mismo.

—¿Y en su templo no hay nada de eso?

—Por supuesto que sí... pero no lo que usted...

—¿Y qué es lo que hago yo? —le interrumpió la criatura de mayor edad.

Erich abrió la boca para contestar, pero tras reflexionar unos instantes, prefirió guardar silencio. Ese argumento no le serviría de nada. Si mencionaba la erudición de Hesha, sabía que sólo conseguiría que lo enviara de vuelta con los profesores del templo. Si le hablaba de sus famosas expediciones, lo más probable es que le dijera que se buscara las suyas... y la verdad es que Egipto era un lugar mucho más adecuado para eso que América. Entonces recordó las palabras que había pronunciado su sire cuando descubrieron que el supuesto Profeta había regresado a el Cairo.

Hijo de puta. Hesha ha regresado a casa... ¿Qué? Oh, sí, le conociste, ¿verdad muchacho? Estaba jugando con los turcos, ¿verdad? Ese viejo cabrón subversivo. Aquel año derrocó dos casas. Debido a ese incidente, todavía hay Cainitas que son incapaces de mantener la cabeza erguida. Seguro que viene para destruirnos. Imagina que también mete la nariz en los asuntos de Surich.

¡Pero Surich no hará nada por evitarlo! ¡Ni tampoco sus queridos sacerdotes! Hesha luchará contra ellos en su territorio, en la capilla del Valle de los Reyes... y ganará, muchacho. Ganará. Nunca nos dirá a ninguno de nosotros cómo supo que el altar estaba lleno de trampas... pero sin duda alguna las había, y el camino que siguió para llegar hasta él era el único por el que se podía avanzar con seguridad. Ese hijo de puta tiene visiones. Es una verdadera lástima que no se haga con un templo, pero nunca lo hará si su intuición se lo impide... y

después de lo de Bombay, nadie se molesta en discutir con él este tema.

Nunca preguntes sobre Bombay, muchacho. Te basta con saber que ese hombre ha sido llamado. ¿A qué te refieres? ¿Que si realmente ha sido llamado? ¡No hagas preguntas tan estúpidas! ¿Cómo diablos quieres que lo sepa? Mientras él no nos diga quién le habla o a qué nombre de Set sirve, nosotros ni siquiera podremos demostrar que está escuchando las palabras de un impostor. Ahora calla y completa tus bosquejos. Son bastante buenos. Creo que podremos tenerlos listos antes del amanecer.

Erich se esforzó en buscar las palabras adecuadas. Necesitaba saber qué era lo que Hesha creía que estaba haciendo. Según se decía, él nunca se equivocaba. Aunque nadie sabía en qué creía, era respetado por su fe. De alguna forma, incluso era subversivo entre los corruptos... y Erich ansiaba seguir sus pasos.

Pero aunque Hesha supiera que era eso lo que deseaba, el muchacho se sentiría ridículo si le pedía ser su discípulo.

–Usted hace lo que se debe hacer --respondió por fin, aproximándose un poco más a él.

–Pero usted no sabe qué es --replicó Hesha, riendo--. Al parecer, su prudencia y su voluntad están bien emparejadas.

Erich ignoró el insulto. Si era posible salir de aquella situación sin volver a ser humillado, lo haría.

–De todas formas, me gusta su carácter --dijo Hesha. Entonces cogió aire, como si se estuviera preparando para pronunciar un largo discurso--. Suponga que le permito viajar conmigo, Vogel. ¿Realmente quiere ser un Huno en América en estos momentos?

Erich volvió a recuperar la confianza. Ahora podría demostrarle lo que valía, pues los disfraces eran uno de sus puntos fuertes.

–¿A quién está llamando Huno? --dijo con un magnífico acento de Brooklyn.

Hesha levantó una ceja.

–¿Qué escuela?

–Escuela Pública. 106.

–Muy bien.

–Me lo he inventado.

–Lo sé --Hesha juntó sus manos--. ¿Qué parroquia?

Hubo un largo silencio.

–Yo...

–Ha utilizado un acento común entre los inmigrantes irlandeses.

Para interpretar bien su papel, tendría que haber tardado menos en responder al nombre de su iglesia que al de su colegio. No está preparado.

--¿Cómo iba a saber eso si nunca he salido de aquí? --replicó Erich.

Con fatiga, Hesha se levantó y empezó a alejarse hacia su cargamento.

--Podría haber utilizado un acento más suave --respondió--. Uno que fuera menos identificable. Quizá, podría haber inventado un personaje que no tuviera un rasgo tan evidente. Podría haber modelado su ficción sobre una identidad real.

Hesha hizo una pausa y miró fijamente a Vogel.

--O simplemente, podría haber decidido no actuar: "No resulta sencillo ser un Huno aquí, entre los británicos" --dijo Hesha, imitando el latín académico de Vogel--. O quizá algo así como: "He practicado mucho para ocultar mi acento". También podría haberse centrado en el tema de la raza y haberme preguntado: "¿Y usted realmente quiere ser un negro en América en estos momentos?".

Entonces añadió:

»O todavía más sencillo. Podría haber respondido: "No me importa el sentimiento negativo que ha provocado la guerra hacia mis compatriotas".

Erich se quedó donde estaba, desconcertado y en silencio. Le habían herido el orgullo. Se sentía estúpido. Apartó la mirada de Hesha y observó a los estibadores, que estaban forcejeando con la carga para subirla a bordo.

--Si trabaja conmigo --añadió Hesha--, todo el mundo lo conocerá. --Sus palabras transmitían una leve esperanza, un pequeño espacio abierto al debate, pero su tono lo borraba por completo--. Quedará marcado entre los suyos por mi reputación. La Camarilla y el Sabbat lo marcarán como Setita y nunca más tendrá la oportunidad de trabajar en el anonimato ni con seguridad. Sea honesto conmigo: ¿realmente cree que podrá sobrevivir?

Erich se rascó las cejas, reflexionando. Había perdido su oportunidad, pero podía seguir hablando.

--Mi sire me hizo esa misma pregunta anoche. No supe qué responder. Sin embargo, decidí coger el tren.

--Y aquí está --dijo Hesha, en tono inquisitivo. Sacó un bulto marrón y cuadrado de debajo de su gallahbeyah, lo inspeccionó un instante y, a continuación, se lo tendió a Vogel, mientras explicaba:

»Son billetes. Un pasaje en primera hasta Nueva York.

Erich lo miró con incredulidad.

–El pasaporte americano pertenece a Eric Wells, Capitán del Ejército de los Estados Unidos. Tiene neurosis de guerra, Capitán, y se pone muy nervioso cuando le preguntan sobre su servicio –Hesha sonrió–. Y ahora que he oído su acento, creo que también le gasearon la garganta.

Depositó la carpeta de cuero marrón en la mano de Vogel, que no opuso ninguna resistencia.

–Hable entre susurros, Capitán... –le ordenó. También susurrando, añadió:– Si no hubiera tenido intenciones de llevarle conmigo, nunca hubiera permitido que me encontrara.

Erich Vogel se dirigió alegremente hacia la pasarela mientras el *Ellen Tucker* tocaba su sirena. Por fin estaba listo para zarpar.

FIN

Mundo de Tinieblas:
DESINTERESADO
Kathleen Ryan

{ Vampiro / Clanes-14 / Relato-02 (Ravnos) }
Publicado en... "*Clan Novel: Anthology*"
Traducción: Isabel Merino Bodes

Domingo, 4 de octubre de 1987, 9:31 PM
Entre la vida nocturna, Calcuta, India

—¡Al ladrón!

Khalil se escabulló nervioso entre las sombras mientras el grito cobraba fuerza. Sentía cómo el temor se iba extendiendo entre la multitud.

—¡Socorro! ¡Policía!

Los europeos se acercaron más entre sí. Los hindúes ricos (que únicamente se movían por este distrito) se llevaron la mano a sus carteras y estiraron el cuello para mirar. Las puertas de los balcones empezaron a abrirse con cautela y mujeres vestidas de seda de brillantes colores se asomaron desde las habitaciones superiores. En los tediosos ojos de la policía de la esquina brilló un improbable estado de alerta.

Khalil siguió la mirada de los agentes y, al descubrir el motivo del caos que reinaba entre la multitud, dejó escapar un suspiro de alivio. Esta vez no había sido él.

—¡Deténganla!

La ladrona era una niñita flaca y huesuda que se movía como un mono (es decir, sin gracia y sin mostrar el menor respeto por la gravedad). Corrió hacia un puesto de venta ambulante, lo atravesó y lo dejó atrás en un instante. A continuación se impulsó sobre la espalda de un burro nervioso que había detrás de puesto y usó las cabezas de los airados ciudadanos como escalones para acceder a la calle principal. Khalil la animó en silencio. A estas horas de la noche, la avenida estaba muy animada y poco iluminada, así que era una ruta de escape perfecta. Además, allí había más de cincuenta callejones

oscuros por los que podía escapar un hombre de su tamaño... así que debía de haber cientos de ellos para una niña tan escurridiza como esa.

Se giró y miró la cafetería en la que habían estado sentadas sus futuras víctimas. Por supuesto, se habían esfumado. La pequeña había sacudido un avispero, así que lo más probable era que no hubiese más carteras desatendidas en toda la noche. Sería mejor regresar a...

Un grito gutural interrumpió sus pensamientos. Levantó la cabeza y tuvo la impresión de que todo el mundo hacía lo mismo de forma simultánea y con idéntico asombro. *Un hombre... no, una bocina...* Los neumáticos chirriaron hasta alcanzar la nota más aguda... y en el mismo instante en que todos los espectadores se sujetaron con fuerza, se produjo la colisión. Cuando la multitud corrió hacia la avenida para tener una mejor perspectiva, Khalil se dejó llevar. Serpenteó hasta la acera y encontró una pared en la que apoyarse.

La pequeña pilluda estaba en el suelo, tendida en el barro junto a los coches que acababan de chocar. Sólo la suerte había impedido que no quedara atrapada en medio, pero había recibido un fuerte golpe: Khalil podía verlo en su rostro y en la forma en que sus piernas morenas y desnudas se alzaban en el aire. La niña rodó por el suelo e intentó levantarse, apoyándose en un guardabarros. Cuando lo consiguió, escapó de nuevo a todo correr.

Pero después del accidente, los policías eran demasiado rápidos para ella. Khalil musitó una maldición y se puso de puntillas para poder ver por encima de las cabezas de la muchedumbre.

Un turista corpulento pasó a toda velocidad por delante de los curiosos y alcanzó la abultada funda de la cámara fotográfica que colgaba del hombro de la pequeña, mientras expresaba a voz en grito sus quejas para que las oyera el público en general. Un policía le escuchaba, tomando nota con pulcritud. El otro agente llevó a la niña, medio a rastras y medio en brazos, hasta la acera y forcejeó con su diminuto cuerpo (que era la mitad que el suyo) para ponerle en las muñecas un par de brazaletes brillantes de acero. Khalil oyó (o lo que es más probable, imaginó) el terrible chasquido que hizo la primera esposa al cerrarse. La niña levantó la cabeza, vociferando todo tipo de obscenidades a los representantes de la ley. Khalil se sobresaltó.

¡Prima!, pensó. Estuvo a punto de decirlo en voz alta. Hacía años que no había oído pronunciar esas palabras a ninguna persona... viva. Eran tan soeces que estaba seguro de que ninguna familia gitana

decente permitiría que las dijera su hija, pero aquellas palabras de Rom eran dulces para sus oídos. La pequeña miró en su dirección. A pesar de la penumbra y del gentío, parecía estar mirándole fijamente. Entonces, su carita de muñeca se retorció con desafío antes de pegarle un cabezazo en la barbilla al policía. Dejándose llevar por un impulso, Khalil empezó a avanzar hacia ella. No podía enfrentarse a los agentes delante de tanta gente (*¿Y quién dice que sea necesario?*, se burló) y su técnica no era demasiado buena (*pero sólo de momento*, se dijo a sí mismo para consolarse), así que tendría que recurrir a un cambio minúsculo. Levantó la mirada...

Rojo-verde.

Detenerse-Seguir adelante. Sencillo.

Un camión pequeño, pero lleno de carga, se abrió paso entre dos coches que avanzaban lentamente hacia la intersección. El aterrado conductor pisó los frenos con fuerza (con demasiada fuerza) y el camión empezó a derrapar. La cabina recortó el morro de un deportivo y rompió en pedazos sus molduras de plástico, mientras que el trailer chocó contra un autobús, rompiéndolo por la mitad y lanzando a los pasajeros a la dura y mojada calzada. La parte trasera del autobús pasó a toda velocidad sobre sus cuerpos y recorrió doce metros más arrastrando el borde metálico sobre el pavimento y provocando una lluvia de chispas. Entonces, la mitad delantera se estampó contra un restaurante y quedó cubierta por un humo espeso y aceitoso.

Khalil rió entre dientes. *Eso debería bastar*, pensó. La multitud, gritando y llorando a pleno pulmón, se daba empujones para ver mejor el accidente o escapar. Los policías se vieron obligados a forcejear contra aquella marea... y el *shilmulo*, aprovechando la confusión, cruzó los dedos y avanzó hacia la ladrona, los turistas y los agentes.

Uno de los policías levantó el puño para golpear a la niña. Khalil saltó hacia delante, intentando abrirse paso entre aquello que ya estaba convirtiéndose en un disturbio. El humo se dispersó un poco (*¡Sólo es humo!*, se dijo a sí mismo, intentando calmarse) y le permitió ver pequeños atisbos de la escena: la gitana esquivando el golpe, la expresión del rostro del turista mientras la niña retorcía el brazo para liberarse de las manos del agente, el otro oficial que se alejaba para ocuparse del accidente, la patada que consiguió darle la pequeña al policía. El turista se apartó, intentando seguir al agente entre la multitud, profiriendo amenazas y berreando, hasta que perdió el equilibrio y cayó bajo todos aquellos pies. Por fin, Khalil alcanzó la acera y pudo observar el espectáculo con claridad. Esperaba no

encontrar allí a nadie más que al policía, que se había encogido sobre sus partes más sensibles.

Pero la situación de la ladronzuela era peor de la que había imaginado.

Los policías habían cerrado la otra esposa alrededor de una barra, una barra que no era de frágil aluminio decorativo fijado con tornillos baratos sobre el cemento, sino una pesada tubería de hierro soldada sobre sí misma y sumergida en las profundidades del hormigón municipal. Sí, estaba oxidada, pero no lo suficiente. El policía ya se había vuelto a poner en pie, pues había tenido la suerte de caer bastante lejos de la muchacha y ésta no había podido volver a agredirle. Por desgracia, el dolor de sus intestinos no le había puesto de mejor humor.

Khalil corrió entre la multitud sin pensárselo dos veces. Fue directo a la minúscula y calmada zona que rodeaba al agente, que había quedado despejada debido al uniforme y a la pelea. Vio que unos ojos mortales, airados e inyectados en sangre observaban los suyos, claros, sorprendidos y sin vida. Aunque Khalil no poseía el don de la presciencia, pudo ver su futuro con bastante claridad. El agente medía metro ochenta, era fuerte como un bulldozer, estaba protegido por un casco, unos guantes y unas botas inmensas, llevaba una porra (y, posiblemente, también una pistola)... y estaba a punto de golpearle. En aquel momento se preguntó por qué no se lo había pensado dos veces antes de correr en auxilio de la pequeña, por qué no se había ocupado de sus propios asuntos, por qué no se había quedado quieto, por qué se había metido en este lío. Deseaba tener un plan, una trampa, un compinche, un arma, una treta.

El *shilmulo* desnudó sus colmillos y sus garras, deseando que aquel humano no estuviera tan cegado por la ira como para no darse cuenta.

Con esta maniobra ganó medio segundo, que utilizó para arrebatarse la porra y azotarle entre el casco y la nuca. El policía cayó sobre sus rodillas. Sorprendido por su insólita caballerosidad, Khalil sostuvo el arma con su mano derecha y utilizó la izquierda para buscar a tientas la barra.

—¿Qué cojones estabas haciendo, pequeña estúpida?
—preguntó—. ¡Cómo se te ocurre robar a un turista en esta zona!
¡Idiota! ¿Quién te ha enseñado? ¿Acaso unas cucarachas ciegas, sordas y mudas? Vete a casa y no vuelvas a salir hasta que aprendas. En cuanto te saque de aquí, desaparecerás, pero de verdad, y no

volverás a pasearte por este lado de...

Sus dedos se envolvieron alrededor de la barra y tiró de ella. Ésta empezó a deslizarse lentamente por el hormigón hasta quedar a la vista. Ya no estaba unida a nadie ni a nada, excepto a la tubería. Khalil la contempló con cara de estúpido.

Entonces, un guijarro cayó sobre los dedos de su pie izquierdo.

Levantó la mirada. Sólo pudo ver su rostro, que le sonría con dulzura desde el borde del tejado. Por un momento, pareció que le sonreía de verdad, con un poco de gratitud, y en un instante, la pequeña desapareció.

--¡Zorra! --gritó Khalil, dejando caer la porra. Golpeó el suelo con impotencia--. La próxima vez que se me ocurra ayudar a otra...

El hombre que había a sus pies gimió un poco. Tras pegarle una patada en las costillas, Khalil se alejó con paso majestuoso.

* * *

Khalil no sueña.

Se ha librado de las pesadillas y los recuerdos acosadores que reverberan por pasillos que dan vueltas sobre sí mismos.

A Khalil nunca le ha gustado la introspección.

De pequeño, soñaba con carne adobada envuelta en pan y con tener el estómago lleno y algunas monedas para comprar nuez de betel. De joven soñaba con otras personas: el hombre de la esquina del bastón y la pistola, la muchacha de la otra calle que tenía las caderas redondeadas, grandes pechos y labios carnosos. De adulto, sólo es capaz de soñar con un bolsillo, una caída, una cartera, una botella... un pequeño hurto y su pequeña recompensa.

Cuando la voz se apropió del cráneo de Khalil, tuvo que aprender a dejar de pensar, como una forma de autodefensa. Con un poco de ayuda de sus... ¿Cómo deberíamos llamarlos? Amigos no, porque él no tiene ninguno. Enemigos tampoco, porque si fuera lo bastante importante como para tener alguno, se desharían de él en un instante... y cualquier enemigo que fuera incapaz de deshacerse de él viviría tan poco tiempo que tampoco se le podría definir con ese término.

Definitivamente, la palabra más adecuada sería "víctimas".

Con un poco de ayuda de sus víctimas, podía arrastrarse (por lo general, sobre su vientre) hasta la auto-conciencia. De todas formas, no se esfuerza demasiado en conseguirlo. La guarida en la que se

refugia durante el día está libre de las interpretaciones freudianas, de aquello que se aprende en la guardería, de la filosofía, de la alegría, de Marte y Venus coqueteando en la lavandería... porque cuando Venus se reúne con Marte, no da una decena de pasos si no es para dirigirse al asiento trasero de un coche, al callejón, a un burdel, a urgencias, a la morgue...

Así que él no piensa en nada de eso. Nunca.

Algunos años más tarde, dos horas antes del amanecer
El mismo distrito de la ciudad, pero ya no está tan animado,
Calcuta, India

Khalil estaba en el umbral de una cafetería barata a la que había ido para resolver ciertos asuntos, esperando la oportunidad de irse sin ser visto. Cuando la ladronzuela apareció en su campo visual, la reconoció al instante. No era tan pequeña, ni tan joven como recordaba. *No... por supuesto que no, es mortal. ¿Cuánto tiempo habrá pasado desde aquel incidente? ¿Un año? ¿Tres? Ahora es mayor...* La niña pasó junto a él sin mirarlo, avanzando con cuidado entre la basura y las aguas residuales de la calle. Khalil se asomó para verla. Ella dobló la esquina, contoneándose con gracia...

–Maldita sea.

Había vuelto a salir por la noche, incluso se había adentrado más que aquella primera vez en las profundidades de este mugriento distrito. En esta zona no había turistas, pero abundaban los holgazanes, los delincuentes, las putas y los estafadores. De vez en cuando, Khalil y los de su especie también se dejaban caer por aquí. El *shilmulo* golpeó la pared con la mano, giró sobre sus talones y entró en la cafetería, donde avanzó a saltos entre botellas rotas y cuerpos hasta llegar a la puerta de atrás. Entonces, salió a la calle y se detuvo a escasos metros de la muchacha. La miró fijamente.

Ella se detuvo en seco. Sus brillantes ojos marrones parpadearon, pero decidió seguir adelante.

–Creí haberte dicho que te mantuvieras alejada de este lugar –espetó.

–Eso no es asunto tuyo, imbécil –respondió ella, sin levantar la mirada del suelo. Khalil podía sentir su miedo.

Mierda. Menuda boca tiene. Intentó convencerla con palabras.

–Bueno, pequeña –dijo con suavidad–. Vamos a ir a algún lugar más seguro, ¿de acuerdo?

Cuando le puso una mano en la espalda, sus dedos dejaron unas marcas de color marrón rojizo en su camiseta azul cielo. Pudo sentir la calidez de su cuerpo a través del fino tejido.

–Una chica tan guapa como tú no debería estar aquí –la cogió de la muñeca. Ella no gritó ni intentó soltarse.

¡Ya la tengo! El *shilmulo* se sentía orgulloso. Estaba haciendo algo bueno. Ojalá alguien le hubiese ayudado cuando tenía su misma edad. *Quizá, aún estaría vivo*, pensó por un instante, pero ignoró aquella idea antes de que se le ocurrieran otros pensamientos ya imposibles.

¿Sería capaz de llegar a los campamentos y conseguir estar de vuelta antes de que saliera el sol? *Mierda*. Esta contrariedad intensificó su altruismo y Khalil sujetó con más fuerza a la muchacha.

–Vas a irte a casa –le dijo con brusquedad, molesto por el tiempo que habían perdido ya y por el que iba a perder escoltándola. Se giró para cerrar la puerta trasera de la cafetería.

No hubo ningún aviso, sólo una fuerte exhalación en su oído. La muchacha retorció el brazo y logró liberarse.

Pero Khalil fue más rápido que el policía. Quizá, inconscientemente lo estaba esperando. Dio media vuelta y cerró ambas manos alrededor del huesudo brazo de la muchacha. Ella le enseñó los dientes enfadada, cerró la otra mano en un diminuto y ridículo puño y le golpeó con fuerza bajo el esternón...

Pero fue ella quien se quedó sin aliento. El pecho y la camisa de aquel tipo estaban secos y fríos, a pesar del calor abrasador del verano.

Le observó boquiabierta, consciente de que había algo raro en él... pero incapaz de descubrir qué era. Khalil se sintió un poco perdido al verla. Entre ambos se abrió un abismo inmenso concentrado en los ojos de la niña. Entonces recordó una de las razones por las que no había vuelto a acercarse a los campamentos: se había cansado de ver aquella mirada en unos rostros muy parecidos al de su madre.

Instantes después, la expresión de la muchacha cambió. Ahora reflejaba comprensión. Sabía con certeza qué tipo de criatura se alzaba ante ella. Khalil se maldijo a sí mismo. La niña era un Rom de pura sangre. Podría haber oído una maldición incluso dentro de una pocilga.

Khalil echó un rápido vistazo a ambos lados para comprobar que

nadie les estaba observando. Entonces, empujó a la muchacha hasta el callejón que había junto a la cafetería mientras le tapaba la boca con una mano para que guardara silencio y le retorció un brazo hasta que estuvo a punto de rompérselo. Ella forcejeó un poco y se las ingenió para abrir la boca y morderle el dedo índice. Khalil consiguió liberarse, pero perdió un trozo de uña entre los afilados dientes de la muchacha. Entonces, se puso detrás de ella para controlarla mejor y, a empujones, la obligó a seguir avanzando.

Sus pies desnudos avanzaban a tientas por aquel resbaladizo camino. Khalil se dio cuenta demasiado tarde de que, al estar ella delante, no podía ver por dónde iban. Tropezó. La soltó un instante para intentar recuperar el equilibrio y ella, sin molestarse en gritar, le golpeó en el estómago con el brazo. El *shilmulo* aterrizó sobre su barbilla, molesto y furioso. Había perdido el control de su muñeca, de la situación, de la muchacha...

Entonces oyó el suave sonido de unos pies que se alejaban corriendo entre la basura. *Bien*. Regresaba a su casa, el único lugar en donde debería estar una niña de su edad. Bueno, quizá había conseguido asustarla. Khalil se limpió el barro de la barba y se levantó. Si la muchacha había aprendido que debía mantenerse alejada de este lugar, todo esto habría valido la pena.

Dio media vuelta y avanzó con sigilo por el callejón. Al llegar a la taberna, echó un vistazo en su interior. Todo seguía igual.

En su mente apareció la imagen de su abuela, contando historias junto al fuego. Todas las mujeres solían sentarse junto a ella para escucharlas... y también las niñas, como ésta. Sonrió. Lo más probable es que, esta noche, la pequeña le explicaría una buena historia a su abuela...

¿Pero quién la creería?

¿Alguien sabría qué se podía hacer al respecto?

Khalil echó el cerrojo a la puerta y también se alejó.

Una medianoche de primavera, unos cinco años más tarde
Una zona peor, Calcuta, India

Cuando la vio por tercera vez era mucho mayor... sorprendentemente mayor. Caminaba lentamente por una calle bastante mala. Khalil se quedó asombrado: su cuerpo, su pecho, su

absoluta y deslumbrante estupidez... pues todas las cortesanas de este barrio marginal iban siempre acompañadas de un chulo, un guardaespaldas o, como mínimo, una pérfida anciana cargada de cuchillos.

Cuanto más la miraba, más aumentaba su cólera. *Su protector debería tener más cuidado*, pensó, echando humo por las orejas. Echó un vistazo a la puerta del edificio más cercano: era un burdel. Iba demasiado bien vestida para ser propiedad de aquel cabrón obeso que dirigía el negocio, pero...

Khalil salió de las sombras. Su niña... mejor dicho, su mujer, se detuvo. Entrecerró los ojos mientras avanzaba hacia ella. Al ver que la muchacha dejaba que se acercara, frunció el ceño. Fuera quien fuera quien le había enseñado el oficio, no lo había hecho nada bien. *Debería haberse echado a correr. Debería haber salido disparada hacia la puerta de su guardián. No debería, nunca, jamás, haber permitido que un hombre se acercara a ella si la estuviera mirando como yo la estoy mirando...*

Ya se encontraba a menos de un metro de ella.

--Estúpida --espetó--. Regresa a tu casa antes de que te ocurra algo malo.

Intentó dedicarle una mirada diabólica y descubrió que sus ojos le desafiaban: unos ojos temerarios, oscuros, osados, muertos. Estaban tan muertos que parecía una puta envejecida y drogada que se había criado en la calle o una...

Con una mano tan rápida como el fuego alcanzó su mandíbula. Buscó su arteria, pero no encontró pulso.

Khalil retrocedió asqueado. Esto era más serio de lo que pensaba. Tendría que realizar ciertas averiguaciones, pero eso podía llevar algo de tiempo. Volvió a observar su rostro, más sorprendido por su propio sobresalto que por la condición de la muchacha. *Por supuesto*. Una criatura que se dedicaba a merodear por un vecindario tan podrido y corrupto como éste y que siempre se metía en todos los problemas que podía, no podía haber acabado de otra forma. Pero él la había avisado. Se lo había dicho con toda claridad... aunque puede que no lo hubiera hecho con tantas palabras. De todas formas, era obvio que había regresado a este barrio marginal y se había encontrado con alguien más cabrón que él.

Durante todo este tiempo, ella se limitó a quedarse donde estaba, esperando, mientras Khalil ponía en orden sus pensamientos. Cuando se acercó un poco más a ella, la mujer lo observó con frialdad. Dio una

vuelta a su alrededor, con cautela, y ella se fue girando al mismo ritmo, aunque no dijo nada que pudiera hacerle cambiar de humor. Por fin, minutos más tarde, Khalil ya estaba listo para hablar, listo para ir a algún rincón tranquilo con ella y hacerle las preguntas habituales. Ella pareció intuirlo, pues sus brazos se relajaron y cayeron sobre sus costados.

Khalil oyó a sus espaldas unos pasos que se acercaban rápidamente. El *shilmulo*, que aún no sabía si había más de su especie en la zona, dio media vuelta para mirar al intruso. Era un tipo gordo vestido de verde, el propietario del sex-shop que había al otro lado de la calle. La expresión de su rostro no era la de un propietario colérico que venía a reclamar su propiedad (y a pegar una paliza al díscolo comprador), sino que tenía una expresión más... codiciosa. Khalil vaciló. ¿Debería quedarse para ayudarla o debería dejar que se las apañara por sí sola? Justo cuando acababa de optar por la opción más valerosa y estaba a punto de hacer un comentario desagradable y sarcástico, el tipo empezó a hablar.

–¿Cuánto? –preguntó con voz áspera.

Khalil ni siquiera parpadeó. Ese capullo llevaba ropa de seda y sujetaba algunos billetes entre sus mugrientos dedos.

–¿Cobras por noche o por hora?

Antes de que la mujer pudiera responder, el *shilmulo* le tapó la boca con la mano para que la mantuviera cerrada.

–Soy mayor que tú, pequeña –le dijo en Rom–. Si me haces enfadar, puedo garantizarte que ésta será la última noche que veas.

Para su sorpresa, ella dejó de resistirse. Lentamente retiró la mano de su boca, recordando la uña que le había roto y manteniéndose vigilante por si volvía a morderle.

–Me quedo con el sesenta por cierto –susurró ella. Ahora, Khalil parpadeó. Se sentía absolutamente desconcertado... y paralizado de admiración.

El hombre de verde tiró del fino velo de la muchacha. Observó sus pupilas para comprobar que no estaba drogada y palpó su cuerpo para ver si llevaba algún relleno u otras cosas bajo el vestido. Ella soportó en silencio aquella humillación.

–¿Está drogada? –preguntó receloso.

Khalil le dijo que no con la cabeza.

–Yo no alquilo a las chicas. Las compro. ¿Cuánto quiere por ella?

Khalil dijo una cifra sumamente elevada y el chulo una sorprendentemente baja. Poco a poco, las cantidades se fueron

aproximando. Media hora más tarde, el hombre de verde chasqueó los dedos. Khalil se mantuvo junto a ella hasta que aparecieron seis tipos. Entonces, sonrió a su cliente y se alejó con paso arrogante, como un tigre satisfecho. La puerta del burdel se abrió y los hombres condujeron a la muchacha hacia la putrefacta oscuridad de su interior.

Cuatro horas más tarde, aquella misma madrugada
En un callejón situado un poco más hacia el oeste, Calcuta, India

Khalil estaba agazapado entre un montón de chatarra, pero no como un tigre (pues eso sólo había durado hasta el mismo instante en que desapareció del campo visual de los traficantes de carne), sino como un perro inquieto, observando con impaciencia las sucias paredes del prostíbulo.

No estaba seguro de qué tenía que hacer. La muchacha ya llevaba varias horas allí dentro, así que lo más probable es que estuviera atada en algún lugar. Quizá, incluso había tenido alguna visita. Aquella idea le hizo estremecerse. Puede que le hubiesen pegado una paliza y que ahora estuviera encerrada en una habitación con ventanas. Sacudió la cabeza. Una muchacha mortal podría arañar los cristales para intentar escapar de su celda, pero una sanguijuela no tardaría en convertirse en ceniza cuando la luz del sol entrara por ellas o por las grietas de ese tejado de plástico barato.

Y estaba empezando a amanecer.

Tenía el dinero en sus manos. Ya lo había contado siete veces. Las tentaciones de irse eran fuertes, pero se quedó. No eran el honor ni la caballería lo que le retenían en este lugar... o en cualquier caso, no del todo. Además, consideraba que cualquier muchacha que estuviera dispuesta a entrar en ese edificio y hacer esas cosas, pues eso... a no ser que lo hiciera para alimentarse. Khalil se estremeció de nuevo ante aquella idea.

Era la curiosidad lo que le impedía marcharse. ¿Cómo se las arreglaría la muchacha para salir de allí? ¿Cómo y cuándo aparecería para recoger su parte del dinero? ¿Si no se encontraban aquí, esta noche, cómo pensaba encontrarle más adelante? A decir verdad, esta última pregunta era la que más le inquietaba, pues Khalil dependía de su intimidad para mantener a los malhumorados secuaces del príncipe alejados de su puerta.

Sin embargo, el *shilmulo* tenía la impresión de que sus intenciones eran nobles, que se había quedado para ayudarla a escapar en caso de que lo necesitara. *Un rescate. Esa ventana, allí arriba... quizá estaba podrida...* Suponiendo que decidía arriesgarse, ¿podría llegar desde donde estaba ahora hasta la pared lateral sin que le viera el vigilante? Si lo conseguía, podría trepar por ella hasta la achatada sección del tejado. Desde allí, podría...

En aquel instante, en la puerta principal apareció un hombre que no tenía pinta de cliente, sino de vigilante. Khalil se escondió, olvidándose de sus valerosos planes... aunque intentó convencerse a sí mismo de que lo había hecho para observar a ese cabrón y esperar una oportunidad para actuar. Para su sorpresa, ésta no tardó en llegar. El portero abordó a un transeúnte y empezó a hablarle en tonos duros y enfáticos. Cuando el desafortunado extraño empezó a retroceder, el secuaz lo siguió.

Sin perder ni un instante, Khalil salió de su escondite y se acercó a la pared, saltó sobre un desvencijado cajón de madera, recuperó el equilibrio y buscó un asidero entre la desmenuzada argamasa. *Allí... y allí...* ahora los pies, sobre esa hilera de ladrillos, y después las dos manos en el canalón...

Oyó un suave susurro sobre su cabeza, a su derecha. Una pierna desnuda y esbelta se balanceó sobre las rotas tejas de un lateral del tejado. En un instante, la muchacha estaba junto a él.

–Déjate caer con suavidad, o te oirán desde dentro –murmuró.

Khalil se deslizó con sumo sigilo y, al llegar al suelo, se inclinó para que la mujer cayera sobre su espalda y no en el fondo del cajón de madera, sobre los ruidosos tablones. A continuación, ella señaló un callejón entre dos tiendas en ruinas. Juntos se escabulleron a través del laberinto de calles secundarias.

En cuanto se detuvieron, ella extendió su brazo.

Khalil tardó en reaccionar, pero en cuanto comprendió qué le estaba diciendo, sacó el dinero de su bolsillo y lo contó sobre un barril de gasolina. Sus rápidos dedos se equivocaron, pero a propósito y no a favor de ella. La mujer no dijo nada. Poco después, un segundo billete se extravió, y un tercero, hasta que al final, Khalil se había quedado casi con el sesenta por ciento de la cantidad. Extendió la mano para empujar su montón hasta el otro extremo de la improvisada mesa, pero entonces vaciló. Sin mirar a la mujer a los ojos, cogió los billetes de más que había en su montón y los dejó en el de ella.

Levantó la mirada, esperando airadas acusaciones, pero la

muchacha sonrió.

--¿Cómo te llamas? --preguntó con un interés genuino.

--Khalil Ravana.

--¿Ravana? --la muchacha rió entre dientes--. Por supuesto que eres Ravana.

--¿Qué?

--Nada --parecía divertida, pero él no sabía dónde estaba la gracia--. ¿Te importa que te llame Khalil?

--De acuerdo --espetó, sintiéndose insultado--. ¿Y quién diablos eres tú?

--Daini --respondió. Al instante, añadió con orgullo--: Sólo un nombre.

Recogió su dinero y lo metió en un pliegue de su vestido. A pesar de lo mucho que miró, Khalil fue incapaz de descubrir dónde lo guardaba.

--Gracias por regatear el precio. La diferencia es enorme. Nunca había conseguido tanto dinero como hoy --Daini apoyó el puño sobre el barril de gasolina y algo golpeó el oxidado acero--. Es su anillo. Es la parte que te corresponde del botín interior.

Khalil lo cogió.

--¿Haces esto a menudo?

--Sí... y no --se encogió de hombros y miró hacia el este--. La mayoría de las veces los elijo antes de atracarlos, o dejo que me secuestren y les desvalijo la habitación. Es la primera vez que me venden como una esclava.

Su boca se crispó.

--De todas formas, así he conseguido más dinero --añadió--. ¿Te apetece reunirme conmigo esta noche en la calle del orfebre, una hora después de que se ponga el sol?

--Allí estaré --respondió Khalil.

Entonces se separaron para ocuparse de la luz del día a solas.

* * *

Durante un mes fueron amigos, del modo que sólo lo pueden ser los *shilmulo*: ella le engatusó para que besara a un ratón en dos ocasiones y él cortó la espalda de su vestido en una mezquita. Ambos sacaron a la luz diversos escándalos de los no muertos y protagonizaron algunos, sólo por diversión.

Dos meses después se asociaron. Daini tenía un cuerpo bonito y

podía interpretar magníficamente cualquier papel. Dominaba a la perfección el de seductora, el de víctima, el de chantajista y el de niña inocente. Khalil no disponía de tanta variedad de personajes, pero tenía más experiencia. Resultaba convincente en su papel de estafador, en el de marido molesto y en el de vendedor de esclavas, que pronto se convirtió en su favorito.

En cuatro meses habían llevado, a base de engaños, a un grupo de vampiros de la Camarilla hasta las sucias profundidades del río y habían culpado del vandálico acto a una banda del Sabbat. En aquella época, Khalil le propuso que pasaran los días juntos... sólo durante un tiempo, por seguridad.

Al cabo de siete meses, Khalil ni siquiera se molestaba en racionalizar el acuerdo, pues le encantaba despertar a su lado cada atardecer. Cuando descubrió que a Daini le gustaba el teatro, empezaron a asistir con frecuencia a las representaciones. Ella le compró una camisa nueva y unos zapatos de verdad. Se movían entre brillantes círculos de actores y bailarines con la misma frecuencia con la que robaban carteras y vaciaban bolsillos. Cada dos semanas, más o menos, dejaban en ridículo a los negreros y siempre que tenían la oportunidad liberaban casas llenas de prostitutas... sólo para molestar a los jefes, decía Khalil, y hacer que se devanaran los sesos pensando quién era la mujer que lograba escapar con tanta frecuencia...

Al cabo de diez meses, Khalil empezó a hacer planes para el futuro.

Casi al amanecer, durante los últimos días de invierno
En el barrio chino, Calcuta, India

Khalil estaba sentado sobre un montón de neumáticos viejos, tirando piedras a las ratas. Al otro lado de la esquina, una estruendosa caja irradiaba la banda sonora de una película reciente, en la que abundaban las cuerdas vibrantes y los aullidos. Era la nueva versión de una canción clásica. Hacía menos de un mes que la había oído en directo en el distrito de los teatros. Había llevado allí a Daini para divertirse un poco y, después de ocuparse del estúpido artista con el que habían ido a jugar, se habían sentado en el tejado y habían estado hablando, con el sonido de fondo de la función que se estaba representando abajo, en el escenario. A medida que pasaban las

horas, el sonido se fue haciendo más estridente y ebrio. Poco después alcanzaron a oír unos extraños gritos que procedían de la pensión de la esquina. Hacía cuarenta o cincuenta años, sus "habitaciones amuebladas" habían sido una tapadera para actividades menos legales (una versión más rica y de mayor nivel que los lugares a los que él y Daini seguían llamando). Distráido, se preguntó si aquel negocio seguiría funcionando y qué ingresos recibiría su compañera en el mercado de alto nivel.

Khalil golpeó a una enorme rata sarnosa en la cabeza y pensó si sería demasiado deshonoroso alimentarse del roedor. Cogió otra roca e intentó golpear a más ratas. *¡Qué diablos! Si Daini se bebe la sangre de una, también yo lo haré.* Seguro que le gustaba tener la cena servida cuando regresara. *Qué hogareño.* En los baratos altavoces estaba sonando una canción de amor. Khalil sonrió y miró a hurtadillas hacia la puerta por la que se suponía que tenía que salir. *Saldrá en cualquier momento...*

La emisora de radio hizo publicidad de sí misma y anunció la hora a la ciudad. Khalil frunció el ceño. *Tendría que haber salido hace más de una hora.* Pronto amanecería. Desde aquí resultaba más difícil llegar, sin ser visto, al apartamento que tenían a este lado del puente que a sus guaridas principales, pero si se retrasaba mucho más, no les daría tiempo a llegar a ninguna parte...

De repente se abrió la puerta. Daini salió tambaleándose y cayó sobre sus rodillas. Tras ella salieron volando un par de botellas y un cuchillo, que se estrellaron contra la pared de enfrente. Pasó a toda velocidad por delante del escondite de Khalil y, tras cogerle del brazo, siguió alejándose por el callejón. Ambos corrieron sin parar hasta llegar a casa.

Se quedó dormida antes de darle alguna explicación.

Al atardecer siguiente

El apartamento junto al río, Calcuta, India

Khalil despertó de una muerte negra sin sueños sintiéndose feliz. Un cabello sedoso como las plumas se extendía por la almohada, y las manos frías y pequeñas de Daini seguían acariciando las suyas, como cuando se habían acostado para descansar. Como cada mañana, había esperado a que ella cerrara los ojos antes de quedarse dormido.

Ahora observaba cómo esos mismos ojos se abrían y miraban, como cada atardecer, hacia algún punto situado más allá de él y se iban enfocando lentamente hasta encontrarse con su mirada.

Daini extendió un brazo para tocarle la mejilla. Su expresión era seria, casi sombría. Le acarició el cabello con suavidad... con aire pensativo. Khalil tuvo la impresión de que estaba buscando algo en su rostro, así que guardó silencio. Seguía sin conocer la respuesta sobre lo que había sucedido la noche anterior. La idea que había tenido sobre el burdel del distrito de los teatros murió en sus labios. *Ya habrá tiempo para eso más adelante. Ya habrá tiempo para todo más adelante...*

Sintió un pequeño tirón en la sien. Al mirar de reojo vio que Daini le había cogido un mechón de pelo y estaba enredando sus uñas en él. Soltó una carcajada, pero ella le dedicó una mirada irritada. Se deslizó una garra... de ella. Antes de que pudiera decir ni una sola palabra, Daini cortó el mechón de cabello, lo acercó a sus labios y lo besó.

--Para que me dé suerte --dijo, y empezó a trenzarlo.

--¿Por qué necesitas suerte? ¿Qué ocurrió anoche?

--Nada.

--No me mientas.

--Nada. --Sus dedos estaban muy ocupados en la trenza. Tras una larga pausa, continuó:-- Fui al despacho de aquella zorra y le robé todas las joyas, pero la puerta que daba al vestíbulo estaba enrejada y cerrada, así que para poder escapar tuve que atajar por una de las habitaciones. Debía de haber unas cincuenta velas en ese lugar. Alrededor de la mesa en la que... Bueno, supongo que esos dos tienen cierta obsesión por las velas. Lo perdí, pero no me acuerdo de nada de lo que sucedió hasta que salí corriendo por la parte de atrás y te vi.

--¡Mierda! --exclamó Khalil.

--Sí --Daini terminó de hacer la trenza, hizo un nudo y la guardó en su blusa--. Perdí el oro por el camino, en alguna parte.

--¿Velas?

--Sí.

--Es una coincidencia, ¿verdad? No podían saber... ¿Crees que sabían eso de ti?

--Por supuesto que no.

--Ten mucho cuidado, pequeña --Khalil se sentó y alcanzó los zapatos--. ¿Te vio alguien?

--Claro que sí. ¿No te he dicho que estuve en una habitación?

Supongo que el tipo estaba muy ocupado, pero estoy segura de que ella me vio. Seguramente es el acontecimiento más interesante que ha tenido lugar allí en muchos años.

Cuarenta y seis minutos antes del amanecer, tres semanas más tarde

En una calle de teatros decadentes. Calcuta, India

Khalil apoyó la palma de la mano en la agrietada fachada de aquella vieja pensión. *¡Dios, que no me haya equivocado!* Cuarenta o cincuenta años atrás había una puerta por aquí y, si la memoria no le fallaba, tenía que estar justo... ahí. Bajo la presión de sus manos, la escayola se hundió. *Sólo es pintura y yeso. Una obra barata. Un golpe de suerte. Ya era hora de que tuviéramos uno.*

La noche anterior, aproximadamente a las once, había vendido a Daini por una cantidad de dinero muy superior a la que solían conseguir en los suburbios. Ella se había marchado forcejeando y maldiciéndole. Khalil se había quedado un rato en el salón principal charlando con la madam, haciéndole preguntas informales sobre el tipo de mercancía que le gustaría que le llevara la próxima vez y oyendo las blasfemias de su compañera. Mientras la madam le sugería algunos rasgos, como el color de ojos, la lengua nativa y la altura, Khalil iba codificando las maldiciones de Daini, los detalles de la distribución, las salidas y los guardias. Cuando la madam dio por terminada la entrevista, acompañó al *shilmulo* a la puerta.

No podía oír los gritos de Daini desde la calle, aunque tampoco lo había esperado: si los gritos de cada mujer que quedaba atrapada en este antro pudieran oírse desde el exterior, quizá (sólo quizá) surgirían preguntas. Las horas, más de las habituales, fueron pasando sin que hubiera ninguna señal de Daini, y Khalil (aún nervioso por el incidente de las velas) decidió que no podía seguir esperando.

Khalil descascaró la argamasa y rompió los tablones de debajo. Alguien, años atrás, había decidido bloquear estas escaleras (probablemente cuando el barrio inició su decadencia, cuando fue necesario impedir que los "huéspedes" entraran y salieran cuando quisieran y les obligaron a pasar por el vestíbulo). Khalil hizo un agujero en la pared interior y miró hacia dentro. Todo estaba oscuro y

olía a moho, así que imaginó que los propietarios habían cerrado las escaleras por ambos lados. Hizo una abertura lo bastante grande como para pasar por ella y subió corriendo los chirriantes escalones.

Al llegar arriba, la vieja puerta de madera se abrió con facilidad y descubrió que la pared de argamasa que se alzaba al otro lado era más frágil que la de la calle. Khalil la rompió en medio minuto. Por suerte, la galería a la que conducían las escaleras estaba vacía... pero por desgracia, no había ninguna otra salida. El *shilmulo* se devanó los sesos. Antaño, en este lugar se abrían cuatro puertas más, pero no recordaba dónde. El tiempo se estaba acabando.

Khalil blasfemó y dio un paso adelante. Se asomó a la barandilla de la galería y miró hacia el piso superior. Había una ventana, enrejada pero abierta, a un salto de distancia. Podría utilizarla para columpiarse hasta la siguiente repisa o subir hasta el tejado. Avanzó como un gato a lo largo de la balaustrada, saltó hacia los barrotes y, al sentir que cedían bajo su peso, intentó sujetarse a la repisa de la ventana...

Y alcanzó a ver lo que había al otro lado.

Un enorme secuaz estaba sentado en una silla plegable junto a la puerta, centrando toda su atención en una vieja cama de hierro que ocupaba media habitación. Era un objeto horrible y viejo: la capa de pintura blanca se estaba descascarillando, dejando ver el oxidado hierro de debajo. Daini yacía sobre ella, atada a unas argollas que había en la pared, retorciendo las manos en sus grilletes y con las muñecas ensangrentadas debido al apretado acero que las oprimía. Khalil movió la cabeza, confundido. Daini nunca había tenido ningún problema con los grilletes, las cuerdas ni las esposas. No tenía ni idea de cómo lo hacía, pero siempre lograba liberarse, incluso de los más apretados. Cuando no lograba deslizar las manos por ellos, recurría a la fuerza. Eso dolería, por supuesto, y perdería un montón de piel, pero la sangre se ocuparía de arreglarlo. ¿A qué diablos estaba esperando?

Entonces, el guardia se movió un poco y Khalil pudo ver la pistola. No reconoció el modelo, pero el extremo cañón era muy largo y, en conjunto, parecía la pistola de un elefante. Y apuntaba directamente a la cabeza de Daini.

A no ser que el arma disparara balas de fuego, el secuaz no podría destruirla de un solo disparo. De todas formas, lo más probable era que si intentaba liberarse de los grilletes, además de perder la piel de las manos, Daini se quedaría ciega y probablemente sorda.

Además, el guardia le dispararía de nuevo mientras intentara liberarse de las argollas de los tobillos... y atraídos por el sonido, aparecerían los vigilantes de los pisos inferiores con sus armas...

Khalil pegó una patada a la pared y los barrotes temblaron. *Bastará con un buen golpe*, pensó. Entonces miró hacia abajo (tres pisos y medio hacia abajo), y descubrió que el suelo estaba cubierto de cemento resquebrajado. *Mierda*. Introdujo el codo izquierdo entre los barrotes, dejó de sujetar la repisa con el derecho y, con sumo cuidado, sacó un cuchillo de su cinturón. *Mierda, mierda, mierda*. El acero se reunió con la argamasa, *tink, tink*; el guardia tenía que haber oído cómo descascaraba la arena y la cal, *tink, tink, tink*. Deseó que Daini también lo hubiera oído, *tink, tink...*

Khalil se impulsó hacia arriba y se asomó. El guardia ni siquiera estaba mirando. *¡Mierda!* Se dejó caer, dislocándose el hombro izquierdo, y empezó de nuevo, *tink, tink*, pero ahora más fuerte. Volvió a asomarse. El guardia se sobresaltó, saltó y le miró. El cañón de la pistola osciló; ahora ya no apuntaba a Daini... sino a él. *¡Mierda!* Khalil maldijo su éxito e intentó soltarse de los barrotes.

Supo que sus manos estaban destrozadas antes incluso de oír la detonación. Ya estaba cayendo cuando reverberaciones del disparo resonaron por el callejón... o quizá se trataba de un segundo disparo. No lo sabía, pues el impacto le alcanzó en la espalda antes de que cesara el sonido. *Tejado*, pensó con torpeza. Se quedó tendido en el suelo unos instantes, aturdido por el dolor. Cuando empezaba a abrir los ojos, oyó:

BUM-khhhg-clankgk.

De pronto, empezó a sentir más dolor en el pecho que en la espalda. Le estaban atacando... ¿Cómo diablos...? Recibió un nuevo golpe. Ese tipo era experto en tiro... pero no, era como si le hubieran golpeado con una barra de acero... ¡Ah! Los barrotes de la ventana estaban cayendo sobre él, unas barras de hierro que se precipitaban sobre sus costillas desde una altura de quince metros. Consiguió abrir un ojo, pero el otro ni siquiera podía moverlo. Descubrió que podía mover la mano derecha (¿por cierto, dónde estaba?) y tanteó durante unos instantes el suelo sobre el que yacía. Al advertir que sus dedos se reunían con el borde del tejado, rodó con cautela hacia el otro lado para no caerse.

PUM-shss-unnhhh

Había alguien más en el tejado. El *shilmulo* adoptó una posición de defensa. No podía ser Daini, era imposible que hubiera conseguido

liberarse con tanta rapidez. Esperó a oír la detonación de una pistola.

–Soy yo.

Demasiado pronto. Imposible. ¿Quizá se había desmayado? No importaba; Daini estaba allí. Unos dedos húmedos tocaron su rostro y Khalil olió la sangre. Las heridas habían despertado en él un hambre atroz. Acercó la lengua hacia el lugar del que procedía aquel aroma y su boca se llenó de sangre humana fresca... aunque también sabía un poco a *shilmulo*. Era la sangre de Daini.

Ella apartó la mano.

–¡Mierda! No hagas eso. ¡Para!

Khalil dirigió hacia los ojos la sangre que había bebido. La carne se fue uniendo lentamente, pero se sentía más hambriento que nunca. Tuvo la impresión de que tardaba un año entero, pero por fin pudo abrir y enfocar ambos ojos.

En las manos de Daini no había piel y su rostro estaba quemado. El disparo le había abrasado la cara. En su piel había profundas heridas y túneles vacíos de sangre... senderos que había sido trazados por la bala o la metralla.

–Está bien. Ya he... –Khalil titubeó mientras decía esto--. Para mí no hay ninguna diferencia.

Sin embargo, se sorprendió al darse cuenta de que estas palabras eran ciertas. Intentó sonreír para reconfortarla.

–Sólo ha sido una vez. No es vinculante. No es el fin del mundo, cariño.

Daini sacudió la cabeza.

–No, no es lo mismo –cogió las manos de Khalil, las examinó atentamente y acarició un bulto con el pulgar. Con una garra, cortó con cuidado la palma de su mano y sacó la piedra que se había clavado en ella. Instantes después, acercó la herida a su boca y bebió.

–Ya está –dijo--. Ahora estamos...

De pronto guardó silencio.

–Ahora estamos en paz –Khalil acabó la frase mientras se apoyaba en los hombros de Daini para levantarse. Ella sonrió con tristeza.

De la ventana, que ya no estaba enrejada, salían voces airadas, gritos y cañones de pistola. Ambos *shilmulo* se ayudaron mutuamente a deslizarse por el canalón, bajar del tejado y llegar a la calle. Entraron en un hotel en el que encontraron una habitación sucia pero sin ventanas y un huésped limpio pero desafortunado, y se escondieron allí hasta que el sol volvió a ocultarse.

Puesta de sol, tres años más tarde
En un pequeño apartamento, Calcuta, India

--Vienen a por nosotros --dijo Daini nada más despertar.

--Sí, lo sé. Es lo que siempre han dicho las cartas.

--¿Qué vamos a hacer ahora?

Khalil la miro con incredulidad. ¿Acaso no era obvio?

--Pues lo que siempre: haremos las maletas y nos iremos a otro lugar.

--¿Pretendes dejarlo todo y escapar? --su voz era escéptica, burlona--. ¿Hacia lo desconocido? Aprecio demasiado mi piel.

--Hay diversas formas de conseguirlo. --Tras pensar en unas cuantas, añadió:-- Yo inventé la mayoría.

--¡Oh! --Daini le conocía tan bien que sabía perfectamente cuándo estaba mintiendo--. Sin embargo, has estado cosechando musgo en esta ciudad desde que tengo uso de razón. ¿Qué te hace pensar que tus trucos seguirán funcionando? Las cosas cambian.

--Nada cambia de forma radical.

--Eres un engreído. Además, ¿durante cuántos años has estado haciendo eso? Encuentras un lugar, te quedas en él hasta que lo quemas y entonces te vas... Pero nunca tienes nada --acarició el collar que colgaba de su cuello--, ni siquiera un lugar seguro, como éste, para descansar, ni aliados ni amigos, ni...

Le cogió de la mano.

--Ni nadie que te quiera.

Khalil frunció el ceño.

--Tonterías. Siempre me llevo lo que quiero. Busco nuevos lugares seguros... porque, de todas formas, es necesario. Te recuerdo, cariño, que hemos cambiado tres veces de apartamento en esta ciudad.

--Sí, pero sólo porque eres tan torpe que ni siquiera puedes vaciarle los bolsillos a un político sin ser descubierto. --Daini soltó una carcajada. Entonces, mirando de reojo a ambos lados de la almohada añadió:-- No puedo irme, Khalil.

Él sonrió con afectación. *Seguro. ¡Ahora va a montar el numerito de la muchacha que se niega a abandonar su hogar!*

--Puedes hacer lo que te dé la gana, querida ramera mentirosa,

pero espero que no se te ocurra montar el numerito de niña tímida. Ya te he visto interpretar demasiadas veces ese papel.

Khalil le guiñó el ojo y dio media vuelta sobre el colchón para alcanzar la bolsa.

–Ahora en serio. ¿Qué quieres llevarte? –preguntó mientras abría el armario y rebuscaba entre los saris que estaban colgados en su interior–. ¿El azul? Llévate sólo un par porque, seguramente, allá donde vayamos la gente tendrá una forma de vestir diferente. En cuanto nos hayamos establecido nos compraremos un montón de ropa nueva, ¿de acuerdo?

Hizo una pausa, absorto en la selección. Estaba pensando en un sari de color rosa oscuro y una blusa de tonos dorados a juego.

–Tengo un amigo en Nueva Delhi que regenta una posada de contrabando. A principios de los años setenta me tendió una trampa, y desde entonces he estado pensando en cómo devolvérsela, pero me conoce tan bien que nunca lo he intentado. Sin embargo, a ti no te conoce... –se giró, sonriendo de oreja a oreja. Daini estaba sentada al borde de la cama, mirándolo a través de sus temblorosas pestañas. Sorprendido, Khalil vaciló y empezó recoger los pañuelos y bisutería descartadas– No. Bueno... podemos llevarnos todo esto si eso es lo que quieres. Estoy acostumbrado a viajar sólo, con poco equipaje, pero...

Mientras intentaba sacudir el polvo de un vestido de color verde brillante, éste se enganchó en los goznes de la puerta y se rompió.

Daini bajó la mirada y volvió a levantarla muy despacio, con tristeza. Khalil sintió que el calor de la vergüenza enrojecía su rostro. Fuera cual fuera su error, era mucho más grande que haberle roto un vestido...

–No... –balbució Khalil–, no es necesario que vayamos a Delhi. Podríamos ir a Bombay. Es una buena ciudad. Hay antiguos gángsteres soviéticos, pero eso significa más dinero... por el peligro adicional, ya sabes.

Se interrumpió.

–Bhopal. Vayamos a Bhopal. Sin trucos y... sin trabajo, claro. Si el juego te asus... si el juego te aburre... ¿Daini?

Ella le miró fijamente a los ojos, con los hombros tensos.

–No voy a ir a ninguna parte, Khalil –dijo con tristeza y determinación. Entonces, añadió a modo de disculpa:

»Nunca lo haré.

La frente de Khalil se llenó de arrugas. Abrió la boca para

responder, pero ella se anticipó, hablándole en voz alta y acalorada.

--No soy libre.

El *shilmulo* se quedó de piedra. No dijo nada, no hizo ningún gesto, no sintió nada...

Los saris cayeron al suelo. Las joyas tintinearón sobre la seda.

--No eres libre --murmuró como un estúpido.

Su rostro se descompuso. La cogió por los hombros y la zarandéo.

--¡Te dije que te alejaras! ¡Te dije que te fueras a casa! --de su boca escaparon sonidos de rabia... y desesperación--. ¡Tuviste que seguir yendo a ese jodido nido de ratas!

Daini hizo una mueca de dolor al sentir que las uñas se clavaban en sus brazos.

--¡Zorra! ¿Por qué no me lo dijiste? --preguntó a gritos y con voz entrecortada por los sollozos--. ¡Daini!

La miró fijamente y a continuación se dejó caer sobre la cama.

--Daini, ¿por qué? --la rodeó entre sus brazos y la mecía, susurrando una y otra vez:-- ¿Quién es? ¿Qué podemos hacer?

De repente, se detuvo.

--No --decidió--. No. Dime... primero dime cuándo fue.

Ignoraba por qué se lo había preguntado, pero tenía la impresión de que esa respuesta sería la que le causaría menos dolor.

--¿Cuándo sucedió?

--Antes de que te viera por primera vez --respondió entre hipidos--. Fue un buen consejo, amor mío, pero llegó demasiados años tarde.

Khalil asimiló aquella información, maldiciendo al mundo por su crueldad.

--Ahora... ahora dime cómo sucedió --se interrumpió unos instantes, mientras una terrible sospecha reptaba por su cuerpo--. No estás vinculada, ¿verdad?

--No. --Le pareció oír cierta sorpresa en su voz, y supo que no se había equivocado cuando ella repitió la respuesta:-- No.

--Dios. Aquí acaba todo, ¿verdad?

Cuando ella movió la cabeza, Khalil la apartó de sus brazos, se levantó y le dio la espalda.

* * *

Una hora más tarde, Khalil estaba junto a la ventana, mirando los

tablones como si fueran de cristal, como si pudiera ver la noche a través de ellos. Podía oler la sangre (la de Daini), pero no le importaba. No tenía hambre, ni siquiera se preguntaba por qué, en aquellos momentos, la sangre no le parecía tan importante.

Un Rom de verdad no se deja atrapar, pensaba, furioso e ignorando los hechos a su voluntad. *Un Rom de verdad va allá donde le place cuando le da la gana.*

Un shilmulo se cortaría el cuello, se clavaría una estaca y contemplaría la luz del sol antes de someterse a un tirano mezquino. Khalil cerró un tembloroso puño. Los tiranos preparan la baraja antes de jugar. Daini no había tenido ni una sola oportunidad. La miró de reojo.

Había estado llorando. El olor que inundaba la habitación eran sus sangrientas lágrimas, que habían empapado las sábanas.

Un *shilmulo*, un *shilmulo* de verdad y libre, se sentaría en el alféizar de la ventana. *Joder*, pensó.

–¿Qué podemos hacer? –gruñó.

–Nada –Daini levantó la mirada–. No vamos a hacer nada. Yo me metí en este lío, así que saldré sola de él.

Khalil vio en estas palabras un rayo de esperanza y se aferró a él.

–Entonces, existe una salida.

Ella sacudió la cabeza.

–Vete a la mierda. Si querías ayudarme, podrías haberlo dicho hace una hora.

–Daini...

–A la mierda, no quiero que te metas en esto. ¿Entendido? –se sentó y se inclinó hacia delante. Instantes después, se mordió el labio y añadió con suavidad:– No quiero que te arriesgues. No puedo pedirte...

Khalil volvía a estar enfadado.

–¡Soy yo quien quiere hacerlo! ¡Tú no me has pedido nada! Deja que te ayude. Haré lo que sea. Lo juro, haré lo que sea. Yo... yo te quiero.

Daini dio un respingo.

–¡No! –se echó hacia atrás–. No me quieras. Aléjate de mí.

Alcanzó con la mano el pomo de la puerta y lo giró, moviendo la cabeza.

–No –repitió, antes de alejarse a todo correr.

Khalil esperó. Sólo era una pelea, y no era la primera que tenían. Ella siempre había regresado, al igual que él, así que también

regresaría en esta ocasión. Si Daini había pensado, aunque sólo fuera por un instante, que él iría en su búsqueda, que le pediría perdón... que se preocuparía por ella...

Bueno, entonces no se había equivocado, ¿verdad?

Khalil, sintiéndose al mismo tiempo furioso, vencido, vengativo y protector, rompió las patas de una silla y salió a las sombras para seguir a la mujer que amaba hasta la guarida de su amo, tallando la madera por el camino.

Más tarde, aquella misma noche
En un pozo, Calcuta, India

Khalil avanzaba con cautela por un sofocante túnel poco iluminado. Con sumo cuidado, colocaba sus pies sobre las huellas que había dejado Daini y comprobaba el terreno antes de hacerle cargar con peso de su cuerpo. Su corazón sólo pensaba en rescatarla, pero en su mente resonaba el miedo.

Cuando los pasos de Daini le llevaron hasta un edificio en ruinas, él se había sentido seguro; cuando las huellas se dirigieron hacia un sótano para adentrarse en las alcantarillas, tuvo dudas; y cuando encontró la verja abierta y las ruinas (unas ruinas de las que nunca había oído hablar a pesar de todos los años que llevaba viviendo en la ciudad), empezó a perder la esperanza de poder rescatarla de su secuestrador.

Y tenía esperanzas porque ella había admitido que podía ser liberada. Esas palabras le habían hecho pensar que su sire tendría una edad similar a la de él, que no sería más que un hijo de puta desvergonzado y airado que recurría a las mentiras y a la sangre para mantener bajo su control a una muchacha inocente.

Sin embargo, aquel lugar parecía la guarida de un antiguo.

Khalil dobló una esquina y aminoró el paso. Daini ya no estaba corriendo, sino que estaba de pie, con los brazos en jarras, observando unas piedras que tenía delante. A continuación, dejó la linterna en el suelo y dio un paso adelante. Cuando pasó por delante del foco de luz, Khalil pudo ver que sus ojos, llenos de miedo y esperanza, observaban un bulto rojizo que había en lo alto de la pared. Daini saltó para cogerlo, una vez... dos. Estaba demasiado alto para ella. Él era un poco más alto, así que cogió impulso, saltó hacia el

punto rojo de la pared y arrancó el premio.

El objeto, que era un montón de arcilla rojiza del tamaño de un puño, se desmenuzó entre sus dedos. Advirtió que por sus extremos rotos asomaban unas hebras largas y oscuras... ¿Eran cabellos?

--Lo siento --susurró Khalil, volviéndose hacia Daini para disculparse--. No quería romperlo.

--No... no... Eso era lo que se suponía que debías hacer. Me has liberado.

Khalil se encogió de hombros, orgulloso y avergonzado. Se sentía incómodo en el papel de héroe victorioso. Sin embargo, tenía la impresión de que alguien le observaba.

--Es una lástima --murmuró Daini.

Era imposible que la hubiera oído bien. Le zumbaban los oídos.

--¿Qué?

--Lo siento por ti... de veras que lo siento.

Daini dio media vuelta y empezó a alejarse. Khalil corrió hacia ella y le obligó a detenerse.

--¿Qué? --dijo enfadado--. ¿Cómo que lo sientes?

Ella rió.

--Sí, lo siento muchísimo. Has besado a tu tercera rata.

--¿Qué?

--¿Por qué no aprendes más palabras, cariño? Esa ya la has utilizado muchas veces. Oh... no me mires así. Te he pedido disculpas. Ya sé que aún no estás preparado para el sarcasmo, pero... el juego ha terminado. Me dijiste que ya me habías visto interpretar ese papel muchas veces... pero te equivocabas.

Khalil sintió un hormigueo en la piel. Alguien se acercaba por detrás. Sujetando con fuerza la estaca, se volvió para ver al intruso... pero sólo vio aire.

--¿Qué ocurre? --preguntó.

--En pocas palabras, que yo soy libre y tú no. Supongo que ya puedes sentir su presencia, pero mucho me temo que todo irá a peor, cariño. De todas formas, intenta no hacerte daño mientras te acostumbras a... ello. A él. Estoy segura de que no tardará mucho en explicártelo.

Khalil intentó correr hacia ella, pero sus pies no le obedecían. Se sujetó a una pared para guardar el equilibrio pero, al tocarla, ésta se desintegró entre sus dedos. Cayó al suelo y, mientras se recuperaba, se sacudió de las manos lo que creía que era argamasa. Entonces echó un segundo vistazo a la pared y descubrió que no era argamasa,

sino piedra desmenuzada. La roca se había desintegrado... ¡Era tan vieja que se desintegraba!

Oh, Dios mío.

–¿Quién eres?

Daini se encogió de hombros.

–Ya lo sabes. Una niña mendiga, ladrona, ramera... –de nuevo, sus ojos parecían mirar más allá de él, tal y como habían hecho cada noche al despertarse–. Una reina. Un demonio. Antaño consorte del Príncipe de todos los Rakshasa...

Volvió a mirarle, pero ahora con dureza.

–Sólo soy Daini. Ese sigue siendo mi nombre. Es el único que he tenido en toda mi vida. Hace tiempo, eso hubiera significado algo para cualquier *shilmulo* con el que tropezara... para cualquiera... pero tú ni siquiera sabes quién es Ravana.

Dijo todo esto en un tono grandilocuente, triunfante y regio, como la monarca que afirmaba ser.

Khalil estaba boquiabierto.

Daini utilizó el tono de mendiga que tanto le gustaba para burlarse de él.

–Eras una niña. Te vi con vida.

Sus labios se retorcieron con desprecio.

–¿Crees siempre en lo que ves?

–Te quiero –dijo Khalil, en tono acusador.

Daini apartó la mirada.

–Sí, lo sé. Y te lo agradezco, así que intenta no enfadarte, cariño. He sido una sierva durante muchísimo tiempo y estoy muy cansada –se interrumpió unos instantes–. Vi una forma de escapar y decidí aprovecharla. Tú harás lo mismo cuando llegue el momento.

–¡Nunca haré eso!

–Por supuesto que lo harás, cariño. Lo harás –le observó con atención antes de asentir–. ¿Puedo irme?

–¡No! –la cogió del brazo.

–No estaba hablando contigo –Daini giró la cabeza como si estuviera escuchando algo–. De acuerdo. Gracias...

Sus palabras rezumaban veneno.

–Por nada, y que Ravana te coma el corazón si estás equivocado. Y en cuanto a ti... –añadió, sonriendo dulcemente a Khalil–. Me gustaría despedirme.

Se humedeció los labios y frunció el ceño, pensativa.

–Sin embargo, nunca se me han dado bien esas cosas, así que

no lo haré. Además, aunque lo hiciera, no creo que pudieras recordarlo. Suéltame, por favor --Khalil, que apenas podía oírla, no hizo nada--. Suéltame el vestido, cariño. Déjame.

--Pero...

La seda pareció escurrirse entre sus dedos.

--Es mejor que me dejes ir antes de que me desvanezca --le avisó--. Piensa en lo estúpido que parecerás cuando estés sujetando el aire.

Su imagen se desdibujó un poco más.

--Cuando me olvides... --empezó a decir, avanzando hacia él... avanzando a través de él, de modo que su boca espectral habló dentro de la cabeza de Khalil--. Cuando me olvides, recuerda esto. Es lo único que podré darte a no ser que despierte: de un muerto coge la sangre, el cabello, una uña y una promesa. Haz un sello con ellos y tráelo a este lugar. Después trae aquí a tu víctima y haz que rompa el regalo que te he hecho.

¿Daini, qué estás diciendo? Dijo una voz oscura que llenó por completo la habitación.

--Ahora puedo decir lo que quiera, Hazimel. Soy libre, viejo engendro.

La delicada presencia de Daini se desvaneció y Khalil supo que se había ido. Cayó de bruces sobre el sucio suelo y enterró la cabeza entre las manos.

* * *

Bueno, rata, ¿qué es lo que te ha dicho? ¿Te ha hablado de mis debilidades? ¿Acaso te ha dicho que quiere ayudarte? ¿Te ha dado conocimientos ocultos? ¿Te ha contado el secreto para liberarte? ¿Te ha dicho que lo lamentaba?

No importa. Por esta vez lo olvidaré.

Supongo que crees que soy vengativo; sin embargo, si supieras más cosas sobre mí, sospecharías que se trata de un asunto de celos. Sí. Mi novia lleva un año entre tus brazos y te aseguro que soy incapaz de comprenderlo. Sólo quería que estuviera segura. He renunciado a ella para protegerla y no permitiré que un cachorro como tú la descubra ante el Rey.

Por supuesto, también olvidarás estas palabras... pues es como si estuviera hablando con las paredes.

Ahora quieto. Voy a empezar.

* * *

Khalil no piensa en eso. Nunca.

No puede.

A Hazimel le satisface que hayan arraigado las ilusiones del tiempo, la noche y la soledad con las que ha reemplazado a su amada. Daini está descansando en algún lugar (él sabe dónde, pero no se atreve siquiera a pensarlo, por miedo a que alguien pueda oír sus pensamientos), y no se ha movido de allí desde que dejó que se marchara...

Al parecer, lo único que desea es dormir.

...Y cuando Khalil se rebela, lo hace de la forma que ha planeado Hazimel. Cuando intenta liberarse, rompe todo aquello que obstaculiza el camino de su amo. Cuando escapa, va allá donde decide su antiguo... hacia el Sabbat, lejos de Calcuta, hacia Chicago, bajo las calles.

Khalil no parece recordar nada y a Hazimel le complace seguir con su juego.

Pero a veces (cada vez con más frecuencia, desde que dejó atrás Nueva York), Khalil oye una voz por debajo de la de su amo. Aunque queda sofocada por las órdenes y el dolor, la voz de esa mujer dice:

Uña.

Regalo.

Sangre.

Romper.

Y todas las palabras están allí, pero mezcladas.

Sin ningún sentido.

A Khalil nunca se le ha ocurrido ordenarlas.

FIN

Mundo de Tinieblas:
MIRAR HACIA OTRO LADO
Bruce Baugh

{ Vampiro / Clanes-14 / Relato-03 (Assamita) }
Publicado en... "*Clan Novel: Anthology*"
Traducción: Isabel Merino Bodes

Lunes, 10 de agosto de 1992, 8:11 PM
Santa Bárbara, California

Ésta es la historia del principio de mi condena y el principio de mi redención.

Empecé a perder mi voluntad hace nueve años y dejé de ver el sol hace cinco años, un mes y tres días. Como veis, lo recuerdo perfectamente... pero no deseo adelantarme a los acontecimientos. Mi historia comenzó con una llamada telefónica, no en un tejado.

Soy una de esas personas a las que se les dan bien las letras y las ciencias, así que nunca he tenido el problema de "las dos culturas" y me resulta igual de sencillo trabajar con técnicos que con académicos. Como siempre me ha gustado saber de todo, decidí estudiar biblioteconomía: aunque sabía que no podría contribuir con mi propio trabajo, tenía la impresión de que sería divertido conocer todo lo que se desarrollaba a mi alrededor y ayudar a otros en sus investigaciones... y la verdad es que, en cierto modo, prefería conocer de forma superficial varias cosas en vez de centrarme sólo en una.

Cuando acabé el máster, la Universidad de California en Santa Bárbara me hizo una suculenta oferta para supervisar su departamento de referencias técnicas. Acababa de licenciarme en la Universidad de Toronto y me apetecía pasar unos inviernos más cálidos, así que acepté. Trascurrieron seis años muy cómodos en los que, para mi sorpresa, tuve la oportunidad de realizar trabajos originales e incluso salí en la portada de *Discover* en el año 1992 por mis artículos sobre interfaces de usuario adaptables (de acuerdo sólo fue una pequeña fotografía insertada, pero algo es algo, ¿no?). A pesar de que Baja California Sur es un lugar extraño y Santa Bárbara

es aún más extraño que ciertas partes de Baja California Sur, me lo pasaba bastante bien. Además, mi equipo era bueno y los profesores de la Universidad estaban satisfechos conmigo por lo sencilla que les hacía la vida.

Poco a poco empecé a considerar que estaba echando raíces, así que busqué un buen apartamento lejos del centro de Santa Bárbara y del ruidoso tugurio en el que vivían los estudiantes de la UCSB. Durante un tiempo tuve diversos compañeros de piso, pero cuando empecé a trabajar de forma extraoficial como consultor freelance sobre bases de datos, dejé de necesitar ese dinero extra. Mis gatos, mis lagartos y yo pasamos unos años bastante tranquilos, disfrutando de la breve estación lluviosa y soportando el largo y caluroso verano con la ayuda de un sistema de aire acondicionado experimental y sumamente eficiente que había construido uno de mis clientes del departamento de ingeniería.

La costa del Pacífico que se extiende al norte de Los Angeles es una franja bastante estrecha de tierra útil entre el mar y las montañas. Aunque las montañas no son demasiado elevadas (en su mayoría sólo miden unos miles de metros), son escarpadas y están cubiertas de densa maleza. La playa se encuentra a escasos kilómetros de las abruptas laderas, y los maravillosos paisajes que se pueden contemplar desde éstas son una de las razones por las que, durante todo este siglo, los ricos han sentido una gran atracción por Santa Bárbara.

Debido al nivel social de los padres de la ciudad, la ciudad se esfuerza al máximo en mantener apartadas de la vista a las aburridas y viejas clases obreras, cuyo trabajo es el que permite que todas las cosas funcionen. Los alojamientos baratos suelen encontrarse alejados de los barrios de primera clase, aunque sólo sea a escasos metros de la costa, escondidos detrás de las colinas o acurrucados en cañones apartados. Yo tuve mucha suerte al encontrar este apartamento poco antes de que el barrio que hay un poco más arriba, bastante venido a menos, empezara a vaciarse. De alguna forma, conseguimos conservar nuestros hogares, a pesar de las ofertas de compra, y continuamos viviendo de forma relativamente frugal, según los estándares locales.

Las personas que no han estado nunca en este lugar creen que la costa discurre de norte a sur, pero no es así. Existe un gran promontorio entre Los Ángeles y San José, y Santa Bárbara se encuentra en él. La verdad es que la costa se encuentra al sur de

cualquier lugar en el que te encuentres, y se va curvando lentamente hacia el sudeste a medida que te diriges hacia Los Angeles, así que en este condado, para avanzar de forma paralela a la orilla, tienes que dirigirte hacia el este o el oeste.

El pequeño cañón en el que se encuentra mi casa mira hacia el sudoeste, así que si quiero ver una maravillosa puesta de sol sobre las Channel Islands, sólo tengo que pasear hasta el final del callejón sin salida de mi barrio y subir un poco por la abrupta ladera que conduce hasta el extremo inferior de la urbanización de condominios. Allí se alzan un par de árboles centenarios de eucalipto que enmarcan el paisaje que se extiende más allá del punto en el que el callejón se reúne con la avenida, dejando atrás un par de tanques de almacenamiento de gasolina abandonados y unas laderas que quedan desnudas y embarradas por los corrimientos de tierra que se repiten cada año durante la estación lluviosa. Entonces, de repente, contemplas la belleza: un cenagal que, como nunca ha sido urbanizado, posee una mezcla muy compleja de plantas acuáticas, donde acuden a anidar las garzas después de las lluvias. Las Channel Islands más occidentales forman una línea casi recta que discurre paralela al callejón, y sus cimas rocosas brillan con el reflejo del sol de poniente en el mar.

Al menos, así es como lo recuerdo.

Mi vida empezó a terminar hace nueve años. Recuerdo que aquel día estaba contemplando la puesta de sol desde mi porche. Desde allí la vista no era tan buena, pero había pasado el fin de semana recorriendo las colinas en bicicleta con unos amigos y estaba cansado y dolorido. Aunque las casas de mis vecinos y una elevación que había a este lado de la calle tapaban parte del espectáculo, seguía siendo maravilloso. El mar estaba revuelto, agitado por la cola de una tormenta que estaba azotando algún lugar cercano a Hawai. La luz del sol centelleaba sobre las infinitas olas que se formaban lejos de la orilla y sobre los grandes rompientes que se alzaban sobre la arena y las rocas. Los últimos rayos del crepúsculo brillaban entre las crestas de los rompientes. Era un espectáculo que no se veía con frecuencia y deseé haber tenido la cámara conmigo.

Algunos minutos después empezó a sonar el teléfono de mi apartamento. Fui hasta él y eché un vistazo al nombre de la persona que llamaba: RANULFSON ENG. No tenía ni idea de quién era, pero quizá se trataba de un ingeniero... y eso significaba que podía ser un cliente en potencia. Como nunca dejó pasar una buena oportunidad de

ganar dinero, me aclaré la garganta y respondí.

La voz que sonó al otro extremo del hilo era grave y tenía un acento fuerte. Parecía escandinava, pero carecía de los conocimientos necesarios para distinguir entre las diversas posibilidades.

—Señor Walinsky, me he puesto en contacto con usted por recomendación de los socios de la zona metropolitana de Los Angeles. Represento a un grupo internacional de empresas que está interesado en centralizar ciertas funciones de gestión de datos en esa zona. Estamos buscando a alguien que se ocupe de ciertos elementos del diseño y la implementación de nuestros sistemas de datos. ¿Desea que nos reunamos para hablar del tema en mayor profundidad?

Por supuesto que quería. Pronto supe que estaba hablando con el señor Ranulfson en persona, aunque tuve la impresión de que su empresa no era más que una tapadera para otro tipo de operaciones. Estas cosas no me gustan, pero después de haber realizado algunos proyectos de reubicación de negocios desde Hong Kong, me había acostumbrado a las actividades empresariales que no sólo están entrelazadas, sino también dispuestas en capas y unidas con pegamento industrial. Acordamos reunirnos la semana siguiente en las oficinas provisionales de Los Ángeles. Ranulfson me preguntó si tenía algún inconveniente en que la cita fuera a las nueve de la noche, pues así podría seguir el horario de las operaciones europeas. Como me gusta que las cosas empiecen tarde, no tuve ningún inconveniente.

Por supuesto, antes de ir a las Oficinas Provisionales Hilvaquez de Santa Mónica, realicé algunas comprobaciones sobre Ranulfson en la biblioteca y me dio la impresión de que su negocio era bastante honrado: la empresa había sido fundada después de la Segunda Guerra Mundial por un grupo de soldados desmovilizados suecos y noruegos, además de algunos primos lejanos americanos que habían conocido durante la ocupación de Alemania, y todos los puestos directivos estaban ocupados por los descendientes de las familias fundadoras. Isaac Ranulfson dirigía la empresa desde el año 1982, manteniéndola rentable y con un crecimiento estable. De todas formas, tras esta honesta fachada había una terrible confusión de posibles conexiones, juntas directivas compradas, alusiones a vínculos familiares y demás. El viejo dinero europeo suele recorrer rutas tortuosas para no llamar la atención de los gobiernos modernos... y por "moderno" me refiero a todos los que se han proclamado después de Napoleón. Sin embargo, mientras me pagaran puntualmente y el

trabajo valiera la pena, eso no sería problema mío, sino de Hacienda.

Cuando llegué, sólo estaba Ranulfson en las oficinas. En el vestíbulo de recepción había dos escritorios, ambos con elevadas pilas de carpetas y teléfonos de seis líneas. Un pequeño pasillo conducía a tres despachos cuyas paredes frontales eran de cristal; dos de ellos también tenían escritorios repletos de archivadores y el tercero estaba completamente vacío, excepto por diversas ringleras de moqueta levantada. Al final del pasillo se abría una sala de conferencias que ofrecía una vista genérica de Los Ángeles desde el tercer piso. Ranulfson me hizo pasar y me escoltó hasta esa sala.

Era un hombre muy alto y muy rubio que medía casi dos metros y llevaba su larga melena atada en una cola de caballo. Sus pestañas y su perilla eran casi blancas y sus ojos, de un color azul muy pálido, acuoso. Vestía un traje gris con un corte severo que enfatizaba su constitución delgada y angulosa, y llevaba zapatos grises. No había nada en él que brillara o reflejara la luz, todo era mate. En esta atmósfera, su voz profunda y grave resultaba sorprendente.

—Entre, señor Walinsky. Le pido disculpas por el estado provisional de la empresa.

—No se preocupe, señor Ranulfson. Le aseguro que en alguna ocasión he trabajado en salas de espera.

Tomamos asiento y empezamos a hablar sobre el trabajo. A medida que la conversación avanzaba, empecé a tener la impresión de que el señor Ranulfson deseaba realizar una serie de adquisiciones voraces en Los Ángeles, en nombre del grupo al que pertenecía. Ranulfson, según unos criterios que yo no entendía, aunque para él eran obvios, sentía un interés especial por las empresas de arquitectura y transporte, y quería reunir toda la información disponible sobre ellas y su personal para preparar una campaña de afiliación y toma de posesión.

No me gustó como sonaba eso, pero el trabajo que me ofrecía comportaba interesantes retos técnicos. Ranulfson hizo hincapié en que quería una interfaz que fuera especialmente accesible, porque parte de los directores sénior del grupo apenas tenían conocimientos informáticos. Disfruto realizando diseños de interfaces y el señor Ranulfson me iba a pagar muy bien por el trabajo. Era una oferta demasiado buena para dejarla escapar.

Ojalá el olor de la condena fuera un poco más evidente. Puede que, incluso así, la hubiese aceptado, pero me habría gustado saberlo, haber tenido esa oportunidad. Siempre que le hablo sobre eso, mi

rescatadora guarda silencio.

Miércoles, 17 de marzo de 1993, 9:03 PM

Ranulfson-Yngve Asociación de Desarrollo, Estocolmo, Suecia

El simple hecho de decidir la estructura del sistema que iba a desarrollar nos llevó siete meses, además de dos viajes a Estocolmo para conocer a los socios de Ranulfson. Aunque me pagaban todos los gastos, para poder ir tuve que agotar las vacaciones y bajas por enfermedad de la UCSB (me pagaban lo suficiente para que pudiera dejar la Universidad, pero sabía que no podía contar con este trabajo de forma regular. Y ellos me sonreían y se disculpaban en su perfecto y lento inglés).

Durante el segundo viaje sucedió algo. Ahora sé qué fue, pero en aquel entonces lo ignoraba... y también durante los años siguientes.

Cuando monté en el avión para realizar el primer tramo de mi viaje estaba decidido a renunciar al trabajo: me sentía cansado y estresado y no estaba satisfecho por cómo se estaba desarrollando. Deseaba no tener que volver a reunirme con el elegante pero extraño señor Ranulfson y sus inquietantes socios, que siempre me miraban fijamente durante demasiado rato. Sus oficinas, situadas en una casa señorial de las afueras de la ciudad, estaban repletas de cuadros y esculturas de toda Europa que habían sido realizados durante los últimos siete siglos y, con frecuencia, alguno de los socios entraba en trance mientras contemplaba una obra. Siempre estaban impecables, como si lo único que hicieran en todo el día fuera esperar en sus despachos a visitantes como yo. Cada vez que los veía, pensaba en las arañas de las trampillas y los lagartos de madriguera de Santa Bárbara.

Tal y como habíamos hecho durante mi visita anterior, nos reunimos poco después del crepúsculo local, realicé una presentación que duró casi una hora y, a continuación, hicimos una pausa para cenar. Al ver que muchos de ellos comían de forma frugal o no probaban bocado, me pregunté si tendrían alguna enfermedad degenerativa que disimulaban con su aspecto perfecto. Algunos colegas de la biblioteca tenían SIDA, y recuerdo que uno de ellos pasó por una fase de elegancia similar antes de requerir hospitalización. Aunque sabía que no tenía nada que ver, los socios de Ranulfson eran más parecidos a eso que a cualquier otra cosa en la que pudiera

pensar.

Después de cenar trajeron un vino muy grueso que sirvieron con el postre. Por un momento, tuve la impresión de que estaban vertiendo sangre en mi copa; levanté la mirada, sorprendido, y vi que Ranulfson me estaba sonriendo. Durante unos instantes, todo dio vueltas a mi alrededor, pero cuando volví a mirar la copa, me di cuenta de que en su interior sólo había vino, aunque tenía más posos de los habituales. Entonces sentí una extraña confianza en el fondo de mi mente, estaba convencido de que todo iba bien a pesar de mis reservas. Y bebí.

Después de la cena proseguí con mi presentación y advertí que se estaba produciendo un cambio tectónico en mi actitud. Todas mis quejas seguían ahí, pero ahora quedaban compensadas por la súbita simpatía que sentía por aquellos descarnados ingenieros y administradores. Descubrí que deseaba saber qué sucedería a continuación y no renuncié al trabajo.

Miércoles, 22 de junio de 1993, 9:15 PM
Ingeniería Ranulfson, Century City, California

Cuando regresé a California, sólo tuve que realizar un nuevo viaje a Los Ángeles antes de que el proyecto llegara a su fase final. Para entonces, Ranulfson ya tenía unas oficinas pequeñas pero permanentes en Century City, con agradables vistas del centro de la ciudad. Solía trabajar en mi apartamento, desarrollando diversos arreglos y enviando los disquetes con las demos por avión, aunque recibí media docena de visitas de otros socios de Ranulfson en mi casa o en mi despacho de la UCSB.

--Son los Haquim --me explicó Ranulfson durante una conversación telefónica--. No forman parte de nuestro grupo, pero colaboran con nosotros en tareas concretas. En esta ocasión están realizando el seguimiento de algunos de nuestros posibles objetivos de compra. Colabora con ellos, por favor; revisa los datos disponibles que has estado reseñando últimamente y dales una copia de lo que tienes en estos momentos. Puede que también quieran conseguir una copia del trabajo acabado, pero si eso sucede, negociaremos con ellos para que te lo paguen por separado.

Suponía que serían de Oriente Medio, puesto que su nombre parecía árabe... aunque sabía que podían encontrarse ciertos fonemas

sorprendentes en las lenguas bálticas y escandinavas. Los Haquim que me visitaron aquel otoño e invierno resultaron ser tan rubios como Ranulfson y sus colegas, aunque hablaban el inglés mucho mejor que ellos y se movían con una elegancia sorprendente. Hay pocos hombres de negocios así, a pesar de la importancia que conceden los yuppies a la buena forma física. Los tres hombres y las dos mujeres que me visitaron no sólo tenían un cuerpo perfecto, sino que además eran elegantes y parecían tener un absoluto control sobre sí mismos. Nunca vi tropezar a ninguno, ni tampoco que se les cayera algo de las manos. De hecho, en un par de ocasiones en las que yo tropecé, uno de ellos me sujetó con fuerza para evitar que cayera.

Sólo uno de los hombres y una de las mujeres me dirigieron la palabra. Los demás observaban los procedimientos y participaban en mis explicaciones, pero siempre en silencio. Ninguno de ellos me dijo nunca su nombre. Al parecer, todos se llamaban señor Haquim o señora Haqim. Sospechaba que debían de ser miembros de algún culto esotérico, pero ese tema no era asunto mío, sino de Ranulfson. En cuanto les enseñaba lo que mi jefe me pedía que les enseñara, ellos se desvanecían en la noche en sus oscuras limusinas.

Un día, una de las dos mujeres me tocó el hombro. Ninguna de las personas que estaban en la oficina pareció darse cuenta, pero pude oír que me decía, con toda claridad:

–Nos vemos afuera, dentro de una hora.

Levanté la cabeza y vi que ella se alejaba asintiendo. Ranulfson nos estaba mirando, pero la verdad es que nada de lo que dijo entonces ni más adelante sugería que había visto lo sucedido.

Una hora más tarde le dije a Ranulfson que tenía que ir hasta el coche para buscar unos papeles. Él asintió distraído, pues estaba centrado en una conversación telefónica, y se despidió de mí con la mano. Sentía la necesidad de salir para descubrir si esa mujer realmente me había dicho que me reuniera con ella. Al llegar a la calle vi a las dos señoras Haquim. Una estaba en la cabina, hablando por teléfono, aunque los breves retazos de conversación que alcancé a oír no coincidían con el movimiento de sus labios. Me pregunté si estaría sufriendo alucinaciones.

La segunda señora Haquim me indicó que me acercara al banco de una parada de autobús y se sentó junto a mí.

–Déjeme mirarle. --Me observó con atención durante largo rato, sin respirar siquiera. Entonces, al cabo de lo que me pareció una eternidad, me dijo:– Su alma se está oscureciendo.

–¿En serio? Pero...

–¿Acaso no se da cuenta de que está empeñando su vida?

–No, sólo he aprovechado una gran oportunidad. Estoy recibiendo un buen salario por hacer un trabajo que me gusta y, además, estoy aprendiendo mucho sobre el negocio.

La mujer dejó escapar un breve sonido que podría haber sido una carcajada.

–Alá le dijo a Mahoma: "¿No te das cuenta de que Alá creó los cielos y la tierra con la verdad?". Yo vivo en la mentira durante la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando intento honrar sus palabras y lo que considero que es el espíritu. Y por eso, si me lo permite, le diré algunas verdades.

No recuerdo gran cosa de lo que sucedió durante la siguiente media hora, sólo que nos envolvía una capa de niebla que amortiguaba los sonidos del tráfico y la vida nocturna de la ciudad. La voz de la señora Haquim mantuvo un tono agudo que no parecía tener nada que ver con ella, pues era una fuente de significados y advertencias. Me habló sobre asesinos, sanguijuelas y parásitos del alma de la humanidad, sobre todos aquellos que estaban esperando la verdad y sobre la última noche del mundo. También dijo algo sobre una cabala más antigua que mi país y de una guerra entre poderes antiguos. Sólo recuerdo que antes de irme le dije: "No".

Fuera lo que fuera lo que me estaba ofreciendo, no lo quería. Entonces, la niebla empezó a arremolinarse en mi mente, borrando los detalles y dejando tan sólo el conocimiento de que me habían ofrecido algo que yo había rechazado.

Cuando regresé a la oficina, Ranulfson finalizó su llamada y el trabajo continuó.

Viernes, 24 de diciembre de 1993, 6:58 PM

Sheraton Santa Bárbara, Santa Bárbara, California

Poco antes de la Navidad de aquel año acabé el trabajo para el que había sido contratado. Ranulfson vino a Santa Bárbara para la revisión final, ocupó una suite del Sheraton con vistas al mar y me invitó a cenar.

–He pedido a mis socios que me envíen aquellos ingredientes que tanto le gustaron durante su último viaje a Estocolmo y he

contratado a un cocinero local para que los cocine para nosotros.

Todo estaba tan bueno como la última vez y, después de cenar, cuando bebimos aquel extraordinario vino, me sentí lleno de entusiasmo. Ranulfson sonrió por primera vez, que yo recordara, mientras yo parloteaba sin cesar sobre lo mucho que había disfrutado con todo y le decía cuánto me gustaría volver a trabajar para él.

–Puede que lo haga –respondió.

Ranulfson me dijo que estaba muy satisfecho con el trabajo y, para mi sorpresa, me pagó en efectivo: sacó un enorme fajo de billetes de cien dólares y los contó. También me proporcionó un maletín blindado para que guardara el dinero hasta que pudiera ingresarlo en el banco. Empecé a sentirme escéptico, pero al instante, volvió a apoderarse de mí aquella sensación de admiración y decidí disfrutar de ese regalo inesperado. Estuvimos hablando de los objetivos que se había fijado la empresa para el año siguiente y conversando sobre trivialidades hasta después de medianoche. Entonces, al advertir que mis bostezos eran cada vez más frecuentes, Ranulfson me envió a casa en taxi... y también pagó el trayecto.

El año siguiente comenzó muy tranquilo, pero empecé a tener algunos problemas en mi trabajo diario. No era nada importante, sólo que cada vez me sentía menos satisfecho por los retos que me ofrecía. Deseaba volver a trabajar en el proyecto de Ranulfson, deseaba volver a ver a aquellas personas tan interesantes e insólitas y deseaba volver a estar cerca de Ranulfson. No era ningún instinto sexual reprimido que pugnaba por salir, sino un tipo de fascinación diferente: su presencia, sus serenos ojos azules que sugerían unos pensamientos antiguos y complejos, la riqueza que utilizaba de forma tan sutil... eso era lo que me atraía.

Mi evaluación de rendimiento de primavera fue decepcionante, la peor desde que empecé a trabajar en la UCSB. Aún me necesitaban y mi trabajo seguía siendo bueno, pero tanto el departamento como yo sabíamos que el lado creativo había desaparecido. Aunque seguí cumpliendo con mis responsabilidades, empecé a dar más trabajo a mis ayudantes, que ahora florecieron. A finales de primavera estaba claro que si decidía renunciar, podría recomendar a un sustituto de categoría. Nadie me sugirió directamente que lo hiciera, pero sabía que mis compañeros solían hablar sobre qué sucedería si dimitía. El periódico del campus, en su editorial, se burló de mí y de otros miembros "rezagados" del personal, y la verdad es que ninguno de mis ayudantes salió en mi defensa.

Entonces decidí tomarme un año sabático. La justificación más plausible era que tenía que realizar nuevos artículos sobre interfaces para los periódicos y, aunque estoy seguro de que ninguno de los directores me creyó, aceptaron mi petición para evitar escándalos o molestias innecesarias y repartieron mi carga de trabajo entre el resto de la sección de referencias técnicas. A finales de primavera despejé mi despacho para que pudieran utilizarlo como lugar de reunión... pero en el fondo de mi corazón sabía que nunca regresaría.

La biblioteca de la UCSB es, con sus nueve pisos de altura, uno de los edificios más grandes del campus. En las seis plantas intermedias del lado sur hay grandes ventanales curvados y tintados para que la luz no deslumbre. Al igual que el resto del campus, el edificio de la biblioteca es de feo hormigón, pero algún alma artística tuvo la brillante idea de poner baldosas con diseños aztecas o mayas alrededor de esas ventanas, frente a las que hay recias sillas y sofás para que los clientes puedan descansar contemplando el mar. Las torres de perforación de petróleo dominan el lado oriental del panorama (creo que, hace tiempo, esas torres tuvieron algo que ver con la facilidad con la que se donaban fondos para las causas medioambientales), pero incluso así, las vistas siguen siendo espectaculares. El campus se asienta sobre un risco y hay un pequeño riachuelo que discurre por la zona pantanosa hasta los acantilados del mar, ofreciendo un atisbo de las playas que hay más allá.

En los últimos años, muchos de los proyectos de los estudiantes de arte se habían inspirado en el pantano y el canal, y a mí me encantaban los molinillos de colores pastel y los móviles de madera que colgaban de aquellos armazones de metal prácticamente invisibles. Mi último día de trabajo, los móviles empezaron a danzar mecidos por una fuerte brisa de ultramar, y eso me hizo pensar en los títeres esqueletos del espectáculo del Cinco de Mayo. Me sentía como si yo mismo no fuera más que un hueso o un leño movido por unos ritmos que no podía ver ni comprender. Fue un pensamiento que me llegó de repente y con fuerza. Aunque no suelo pensar sobre mí mismo en términos tan metafóricos (y mucho menos, tan autocompasivos), comparé mi sensación de pérdida imaginaria con el regio porte de Ranulfson y la brillante actitud contenida de los Haquim... y sentí que iba a la deriva.

Di media vuelta, avancé sin prisa hasta mi coche y me alejé con la impresión de que alguna puerta de mi mente se había cerrado sin que

me hubiera dado cuenta.

El verano pasó envuelto en una neblina. Ésta es otra de las cosas de Baja California Sur que casi nadie sabe: la costa es muy brumosa, pues el aire húmedo del océano se encuentra con el aire seco del interior y la niebla se extiende tanto por el mar como por el interior. Por lo tanto, incluso en pleno verano, es habitual que por las mañanas todo esté cubierto por una espesa niebla que suele dispersarse con rapidez. Como aquel verano fue muy húmedo, fueron muchas las tardes que la niebla volvió a levantarse poco después del crepúsculo. Yo me sentía igual en mi interior: no había realizado ningún trabajo útil, aparte de dos artículos breves y un par de reseñas, y mi mente daba vueltas una y otra vez, divagando sobre el trabajo de Ranulfson. Mis amigos se preguntaban si estaría abusando de los calmantes, pero todo estaba en mi cabeza. Por lo menos, en aquel entonces, eso era lo que creía.

Lunes, 4 de julio de 1994, 11:58 PM
Santa Bárbara, California

Entonces recibí la llamada. Era casi medianoche y estaba sentado en la sala de estar sin hacer nada en concreto. Contesté al teléfono a la primera señal, sin haber echado antes un vistazo al nombre de la persona que llamaba. Entonces, oí de nuevo aquella voz profunda y maravillosa.

–Señor Walinsky. ¿Le he molestado?

–No, no, en absoluto, señor Ranulfson. En estos momentos estaba pensando en su proyecto, preguntándome qué tal irían las cosas.

–Estoy seguro de que no me miente. La verdad es que nos hemos encontrado con algunos problemas y me gustaría que viniera a nuestras oficinas este fin de semana. Me preguntaba si podría arreglar las cosas para pasar aquí un par de noches... y si le sería posible disponer de un periodo de trabajo más extenso...

Mi corazón empezó a latir con fuerza. (Recuerdo aquellos latidos y los años).

–Por supuesto. De hecho, la Universidad está cerrada por vacaciones, así que puedo estar allí mañana mismo, si lo prefiere.

–No, pero agradezco su entusiasmo. Prefiero reunirme con usted

el fin de semana. El recepcionista le estará esperando.

Colgó y yo me quedé sentado un rato más, observando el teléfono, pensando que, quizá, había empezado a regresar a la vida.

Estoy seguro de que hice algo durante el intervalo, pero soy incapaz de recordarlo. La primera imagen que me viene a la memoria es cuando ya estaba en la autopista, cantando las canciones que sonaban en la radio y riéndome de los atascos de los veraneantes de fin de semana, que salían lentamente de la ciudad mientras yo me unía a unos pocos privilegiados (hablando en términos relativos) que se dirigían hacia ella.

Me habían reservado habitación en un hotel situado a una manzana de su empresa, donde me registré y tomé una ducha. Aunque Ranulfson nunca había insistido en que llevara ropa formal, me puse unos pantalones buenos y una camisa cómoda porque quería causarle buena impresión. En la bolsa de mano había guardado un par de camisas y un neceser.

Al llegar a las oficinas me recibió el recepcionista, un hombre moreno y de aspecto severo que me recordó a algún personaje secundario de las películas de la Mafia. Cuando me vio no me dijo nada, sino que se limitó a señalarme el tercer despacho, que ahora tenía una placa en la puerta con el nombre de Ranulfson y elegantes muebles de ébano y secoya (unos muebles que dejarían boquiabiertos a cualquier entendido, puesto que la secoya es una madera tan frágil que es necesario trabajarla con sumo cuidado para evitar que cualquier cosa más grande que una tablilla se agriete y se astille). Ranulfson, que estaba de pie junto al umbral, me indicó que entrara. Ni siquiera advertí que la puerta se cerraba con llave a mis espaldas.

En la pared que se alzaba frente a la puerta había diversas páginas frontales de *Los Angeles Times* enmarcadas.

—Échales un vistazo y dime qué es lo que tienen de importante --dijo Ranulfson.

Me acerqué para examinarlas y tardé varios minutos en descubrir que cada página contenía un pequeño artículo sobre violencia... sobre todo asesinatos relacionados con alguna de las empresas que contenía mi base de datos. Ésta era sobre un club musical de Santa Mónica; esa de allí sobre una empresa de contabilidad y una clínica quiropráctica que compartían edificio en Hollywood; ésta de aquí una prestigiosa boutique de San Bernardino. Nadie que no conociera tan bien como yo los archivos podría reconocer el patrón, pero para mí era obvio: estaban usando mi información para llevar a cabo algún tipo de

plan mafioso y criminal.

Al girarme descubrí que Ranulfson estaba de pie, justo a mis espaldas. No le había oído acercarse. Sostenía una copa de cristal en su mano derecha y una cuchilla de afeitar en la izquierda. Entonces vi el corte que discurría por su antebrazo derecho y supe que la copa estaba llena de sangre, pues no hay ninguna otra sustancia que despida un hedor tan peculiar. Lo miré atentamente, preguntándome dónde me había metido.

—Beba, señor Walinsky.

Yo quería negarme. De verdad que quería, con todas mis fuerzas, pero mi cuerpo se negó a obedecerme. Mi brazo no vaciló cuando recogió la copa y la acercó a mis labios, ni tampoco vaciló mi garganta mientras la vaciaba. A pesar del miedo y la repulsión que sentía, había algo en mi interior que se negaba a contradecir las órdenes de Ranulfson. Era él quien gobernaba mi cuerpo... y sospechaba que si me pedía que me tragara la hoja de afeitar, lo haría en el acto.

La sangre que se vertió en mi interior era vil, oscura y grumosa, como si hubiera pasado años estancada en el interior de su brazo (¿habría algo en él que yo no había advertido?), pero cuando empezó a extenderse por mi cuerpo me invadió una extraña calidez. Me sentía más fuerte, como si los aletargados músculos de mi cuerpo se estuvieran despertando... y sobre todo, sentía una gran lealtad hacia Ranulfson. Me resulta imposible describirlo con palabras, pues he estado enamorado y conozco el amor que existe entre padres e hijos, pero eso no tenía nada que ver con lo que yo sentía. Por decirlo de alguna forma, tenía la impresión de que no podría soportar estar lejos de él y que nada de lo que él me pidiera podría estar mal.

Pero también sabía que me había ordenado que bebiera su sangre y, de algún modo, había logrado que quisiera hacerlo. Sabía que estaba haciendo algo repugnante y que era víctima de un monstruo que nunca, ni en mis peores pesadillas, habría imaginado que existía. Pero no me importaba, porque era un monstruo al que adoraba y deseaba servir. Ranulfson observaba las emociones contradictorias que se iban dibujando en mi rostro, analizándome con la misma curiosidad aislada con la que yo miraría un manuscrito extraño o un insecto. No había nada en su mirada que sugiriera que yo tenía algún valor humano para él: era como un artesano examinando una herramienta que, a pesar de su utilidad, carece de significado moral. Aunque esta idea me espeluznó, también me hizo desear con más fuerza demostrarle que era útil.

Incluso me resulta difícil recordar los años siguientes. Puede que me vierais alguna vez por las calles de Los Angeles, pero jamás habríais imaginado que era un esclavo. Iba bien vestido, me arreglaba más que nunca porque Ranulfson me llevaba a lugares prestigiosos. Permanecí en el hotel, aunque trasladé todas mis pertenencias a una suite. De puertas para fuera mi vida era similar a la de una persona famosa, pues Ranulfson puso una inmensa fortuna a mi disposición para que me sintiera cómodo.

Sin embargo, dentro de mi mente, la oscura sangre se retorció como las serpientes. Cualquier pensamiento que pudiera tener de hacer algo que disgustara a Ranulfson se desvanecía en el acto, era derrotado por deseos contrarios. Me resultaba imposible pensar en la insubordinación durante más tiempo del que tardaba en darme cuenta de que eso era en lo que estaba pensando. ¿Que mi amo necesitaba que trabajara de noche y durmiera durante el día? Pues lo hacía y utilizaba todos los fármacos necesarios para conseguirlo. ¿Que mi amo necesitaba que consiguiera información abusando de las conexiones establecidas en trabajos de consulta previos? Pues lo hacía. Siempre hacía todo lo que me pedía.

No tardé demasiado en renunciar a mi trabajo en la universidad. La verdad es que no recuerdo qué escribí en la carta de renuncia, pues la única imagen que me viene a la memoria es la de Ranulfson diciéndome que debía hacerlo. Creo que sus ojos brillaban, pero al instante todo se volvió borroso, como si estuviera escribiendo con los ojos llenos de lágrimas. Días después, recibí en el hotel la confirmación de la universidad, redactada en términos muy ceremoniosos, junto con todos los papeles que había dejado allí; supongo que Ranulfson había decidido disponer de ellos, pero no estoy seguro.

Los meses fueron pasando y aprendí la verdad sobre Ranulfson: formaba parte de alguna antigua sociedad vampírica enfrentada a los vampiros de Los Ángeles porque rechazaban su sociedad (bien por los locales, pensé yo, hasta que las serpientes de la sangre borraron de mi mente ese pensamiento). Todas las empresas que había incluido en mi base de datos estaban controladas o eran utilizadas de alguna forma por los anarquistas locales, y la camarilla de Ranulfson tenía la misión de borrarlos del mapa y convertir la ciudad en un feudo y en su territorio. Al parecer, Ranulfson y sus socios pertenecían a un círculo de artistas y, en parte, habían decidido llevar a cabo este asalto comercial para demostrar el principio del arte en la economía. Eso es

lo que me explicó mi amo y, por supuesto, yo le creí.

En un par de meses, ya no sólo trabajaba toda la noche para recoger información para mi maestro, sino que durante el día tenía que realizar otro tipo de tareas con el recepcionista. Era un trabajo macabro: secuestrábamos a vagabundos o a niños para que mi amo les chupara la sangre o le escoltábamos hasta clubes selectos para que pudiera elegir a sus propias víctimas. Siempre que en mi mente surgían sentimientos de repulsión, aquella sangre oscura hacía que desaparecieran. En ocasiones, también teníamos que deshacernos de los cadáveres y dejarlos en rincones apartados de la ciudad.

No sé quién era el recepcionista. Siempre que mi amo me daba instrucciones, él era "el otro". Quizá, antaño fue un tipo bastante honrado pero la sangre le había arrebatado lo que había en su interior o quizá, se había familiarizado con la criminalidad en su infancia y todo esto no era nada nuevo para él. Lo ignoro. Trabajaba con la misma diligencia que yo y, siempre que se lo permitía su libertad, le gustaba ir a lugares a los que yo no iba. Sin embargo, nunca pasaba mucho tiempo antes de que ambos sintiéramos el irrefrenable deseo de informar a Ranulfson y el ciclo de tareas empezara de nuevo.

Volví a reunirme con los Haquim. Creo que eran los mismos de la primera vez, o al menos otros cinco que se parecían muchísimo a ellos (en aquel entonces ya sabía que algunos vampiros pueden cambiar su aspecto y que, por lo que había podido ver, todo su cuerpo era como un traje o una máscara que se ponían para la ocasión). Una noche, una de las mujeres me miró a los ojos durante largo rato mientras esperábamos a Ranulfson, que había tenido que dar un rodeo porque se habían incendiado unos matorrales en la autopista que discurría paralela a la costa. Dijo un par de palabras en lo que parecía árabe, aunque creo que se trataba de enoquiano o la lengua de Atlantis, pero entonces apareció Ranulfson y, tras guardar todos silencio durante un largo rato, los Haquim se fueron. Los periódicos de la tarde siguiente informaron de que la "violencia de bandas" se estaba cobrando nuevas víctimas, con muertes inusualmente violentas y ninguna señal de robo.

Viernes, 7 de junio de 1996, 10:02 PM
Century City, California

Las cosas volvieron a cambiar hace cinco años, un mes y tres

días. Recuerdo que era una calurosa madrugada de verano y que el recepcionista y yo estábamos sentados en el tejado del edificio en el que se encontraban las oficinas. A principios de semana se habían sucedido diversos incendios en las montañas de San Gabriel y todo seguía cubierto por una capa de humo y niebla. El recepcionista y yo estábamos en silencio, limpiando ociosamente las manchas de sangre de las batas de cuero que usábamos para realizar ciertas tareas.

De pronto, la puerta del hueco de la escalera se abrió y Ranulfson apareció en el tejado tambaleándose. Debéis comprender que nunca le había visto así: las veces que lo había visto pelear se había movido a una velocidad sobrenatural y con una determinación salvaje. Si resultaba herido, se limitaba a reducir la velocidad hasta que la sangre oscura llegaba a la herida y la curaba, y si estaba cansado reducía la velocidad, pero nunca perdía su elegancia. Esto hacía que el espectáculo que ahora ofrecía fuera inaudito y sobrecogedor. Mi amo estaba debilitado y debía ocuparme en el acto de cualquier amenaza que hubiera contra su persona.

--Tú, guardia, baja... --dijo, haciendo una señal al recepcionista. A continuación, mirándome, añadió:-- Tú quédate.

Se acuclilló apoyándose en el pequeño muro que había al borde del tejado. En cuanto el recepcionista se fue, Ranulfson volvió a hablar.

--Son malos tiempos, Walinsky. Algo ha destruido a los otros tres --aquella noche había salido de cacería con otros tres miembros de su camarilla--. No sé qué fue, excepto que era rápido, tenía colmillos y apestaba a sangre. Me extrajo la sangre a distancia... pero según tengo entendido, ese truco sólo lo conocen los magos.

--¿Qué podemos hacer?

--Tú harías todo lo que fuera necesario para ayudarme, ¿verdad?

--Por supuesto que sí.

--Por supuesto que sí. Muy bien. Ha llegado la hora de que mueras.

--¿Pretende utilizar mi sangre como barricada? --en esta ocasión, la serpiente de sangre no consiguió eliminar todos mis pensamientos negativos. Aunque sabía que haría lo que él me ordenara, por primera vez en medio año advertí un escalofrío de miedo por lo que iba a suceder a continuación.

--En cierto modo, sí. Te voy a convertir en un no muerto, porque tienes que hacerte cargo del trabajo que los tres compañeros que hemos perdido ya no pueden realizar. La Camarilla necesita un nuevo

miembro que comprenda la situación y la ciudad.

–Entonces haga lo que sea necesario.

–Lo haré. Quédate quieto.

¿Cómo se podría describir el proceso de la muerte? Vi que Ranulfson se acercaba a mí tambaleante y, sin darme cuenta, me senté con las piernas cruzadas para que pudiera alcanzarme con mayor facilidad. Se detuvo sólo un instante y, mientras murmuraba algo similar a "una buena herramienta", se acercó gateando hasta mí. No podía verlo, pero sentí que sus colmillos se posaban suavemente en mi cuello y perforaban la piel.

Durante un momento, una ardiente agonía centelleó en mi interior, pero al instante me invadió una placidez totalmente distinta a la que había sentido en mi vida. No era el insólito deseo que me había impuesto la sangre hasta entonces, sino una dicha que se extendía por todo mi ser, rompiendo las barreras que hay entre la repugnancia y el placer, inundándolas y convirtiéndolas en una emoción para la que no existen las palabras mortales.

Entonces morí.

Cada vez me sentía más débil. El latido de mi corazón se desvaneció. El calor se fue retirando de mis extremidades, de mi cabeza, de mi piel, y se reunió en el corazón antes de desaparecer. Durante un momento infinito hubo una calma profunda y oscura en mi interior. Sentí frío cuando el último de mis músculos voluntarios se quedó en reposo, pero me invadió una enorme paz.

Entonces me convertí en un no muerto.

Mis labios saborearon un fuego húmedo. Conocía aquel sabor, pues era el de la sangre de Ranulfson, pero ahora era mucho más intenso y transportaba consigo un poder que ya no quedaba escondido por mi vitalidad. Podía saborear el polvo de generaciones, el hambre eterna que dirigía a Ranulfson del mismo modo que había dirigido al vampiro que le había convertido en lo que era, largo tiempo atrás. Tenía la impresión de formar parte de una oscura procesión que desfilaba por el vacío de la noche, de una condena desconocida hasta el castigo eterno que merecía por sus atrocidades. La serpiente de sangre empezó a moverse de nuevo, pero ahora susurraba con mi propia voz. Sentí que mi sangre se agitaba de nuevo como si tuviera vida, aunque abriéndose paso por lugares por los que la sangre viva nunca había pasado y convirtiendo mi cuerpo en una inmensa cámara repleta de aquella sustancia que era algo más que sangre.

Cuando abrí los ojos, Ranulfson estaba sentado delante de mí,

mirándome con atención.

--Sí --dijo--. Así es. Esto es lo que eres ahora.

Aquella sangre que era más que sangre zumbaba suavemente en mis oídos, como una dinamo preparada para ejercer una fuerza insospechada. Cuando me levanté, advertí que poseía aquella gracia que había visto en los demás. Qué sencillo resulta cuando la vitalidad no interfiere con la voluntad. Qué sencillo resulta cuando desaparecen los privilegios de la humanidad y sólo quedan los lustros de perfección del hambre y el orgullo de la condena, pensé, recordando fragmentos de versos antiguos sobre el hibris y el equilibrio de la carne y el alma. Para mí, nunca más habría equilibrio. Sólo oscuridad y estímulos.

A continuación inicié un nuevo viaje descendente. Encontramos a la criatura de la noche (uno de los vampiros locales engrandecido con brujería apenas controlada) y la destruimos. Ranulfson me adiestró en mis nuevos poderes: la velocidad, la visión, la presencia y los usos de la sangre, y yo aprendí rápido. Los miembros de su camarilla estaban impresionados, a pesar de que me consideraban un bebé en la sangre.

Poco después de mi muerte y transformación se desbarataron todos nuestros planes. Llegaron vampiros de Asia con unos planes mejores y más factibles que los nuestros y nos vimos obligados a huir, abandonando nuestras propiedades y riquezas como si fueran un simple entretenimiento. Los supervivientes nos reunimos en Santa Bárbara, en la mansión de un novelista de éxito de quien se alimentaba Ranulfson, igual que había hecho conmigo mientras estuve vivo. Por experiencia propia, sabía que el autor nunca traicionaría a la Camarilla, así que nos establecimos en su hogar y empezamos a urdir nuestra venganza.

Por supuesto, fue una idea estúpida, puesto que no éramos más que un puñado de vampiros. Nuestros adversarios nos aventajaban en número, estaban mejor organizados, seguían unas creencias que todos ellos compartían y eran inmensamente más eficaces que nuestro pequeño grupo. No tardaron demasiado en establecer una especie de gobierno de las sombras en la región (lo que ellos denominaban un mandarinato), en unir a los anarquistas y en inculcarles una actitud más eficaz. Ranulfson y sus hermanos habían intentado mantener la ciudad de Los Angeles bajo el control de la Camarilla, pero al darse cuenta de que habían fracasado, intentaron destruir todos los indicios relativos a sus actividades para evitar la vergüenza que sienten las personas estúpidas y demasiado confiadas

cuando se quedan sin protección.

Yo apenas era consciente de lo que estaba sucediendo. Para mí, los años no eran más que una larga noche de repulsión. Deseaba exponerme al sol o al fuego y acabar con todo esto, pero Ranulfson se aseguró de que la serpiente de sangre que corría por mi interior me lo impidiera, así que me alimentaba de otros como una sanguijuela humana, tomando aquello que antaño admiré y devolviendo sólo desolación. Tampoco me consolaba saber que mis víctimas no recordaban nada: considero que perder tu propio pasado es un crimen y que nadie tiene derecho a acceder a la memoria de otros, aunque sea para borrar los recuerdos de dolor. Sin embargo, ahora ésa era la esencia de mi existencia. Yo no quería alimentarme, pero me veía obligado a hacerlo.

En su momento tuve que matar. Fue inevitable. Ranulfson y su círculo, que se habían hundido en un cenagal de resentimiento auto-indulgente, crearon nuevos vampiros como yo y nos ordenaron que buscáramos y asesináramos a diversas personas (vivas y no muertas) que habían colaborado en la gran derrota. No puedo señalar a los culpables, pues el poder del control mental hace que todos sean sospechosos... además, los novatos no podíamos decidir, sólo destruir. A partir de entonces, cientos de hombres y mujeres mortales ambiciosos se unieron en una muerte final con criaturas de la noche de diversos siglos de edad. Noche tras noche, mi corazón se estremecía.

Cuando era pequeño, mis padres me llevaron al Rancho La Brea. Para mí fue una experiencia aterradora, porque era un niño demasiado fantasioso y me impactó ver a todos esos mastodontes y macairodos hundidos en la brea. Después de aquel viaje pasé mucho tiempo teniendo pesadillas en las que me veía a mí mismo hundiéndome junto a aquellas imponentes criaturas. Sin embargo, ahora sentía que mi corazón se estaba hundiendo en un abismo tan insondable que, en comparación, la brea se me antojaba inocua y reconfortante. Poco después me di cuenta de que Ranulfson nos utilizaba a mí y a otros de ese modo porque no éramos nada para él. Entonces, la gente dejó de importarme, porque descubrí que eso era lo único que podía hacer si quería sobrevivir y porque carecía de voluntad para revelarme y destruir mi vida.

Viernes, 10 de agosto de 2001, 3:37 AM
Santa Bárbara, California

Una noche, poco después del crepúsculo, estaba solo en la mansión... es decir, no había nadie más aparte del amarrado novelista y sus amarrados siervos, pues mis vampíricos compañeros habían salido a hacer diferentes recados. Sonó el teléfono y respondí.

–Soy la señora Haquim --dijo una voz femenina y distante en un inglés monótono y sin acento--. ¿Está el señor Ranulfson?

–No, lo siento. Esta noche ha salido. Soy el señor Walinsky.
¿Quiere dejar algún mensaje?

Sentí un breve zumbido en el teléfono y también en mi cabeza.

–Señor Walinsky. Le recuerdo. Usted era el joven bibliotecario.
¿Su corazón sigue hormigueando de pesar o ha conseguido aceptar su condición?

Si respirara, habría contenido el aliento... pero debido a mi naturaleza, sólo pude quedarme inmóvil.

–Señor Walinsky --insistió--. ¿Está usted ahí? ¿Ha entendido mi pregunta?

–Estoy aquí. La he entendido, pero no puedo contestar --dije esta última frase con voz entrecortada, sintiendo que la serpiente de sangre se retorció, intentando que olvidara lo que estaba sucediendo.

–Ah, comprendo. De acuerdo, ya hablaremos en otra ocasión.
Mientras tanto, no le dirá nada de esta llamada al señor Ranulfson.

–¿Puedo negarme a contárselo?

–Sí, siempre y cuando sea cauto. Adiós, señor Walinsky, hasta que volvamos a hablar.

Aquella noche fue muy larga.

La siguiente, desperté con la sensación de que debía hablar en privado con Ranulfson sobre la situación. Intenté guardar silencio, pero pesaba sobre mí como las cadenas, como brea que rodeaba mi cintura intentando engullirme. Balbucí algo más o menos incoherente y él levantó una ceja inquisitiva, pero accedió a salir al inmenso patio posterior conmigo.

Nos sentamos en un banco junto a un pequeño estanque decorativo. Intenté hablar, pero no pude. Pronto se dio cuenta de lo que estaba pasando.

–Estás bajo coacción, señor Walinsky, pero nos tomaremos todo el tiempo que sea necesario para ocuparnos de esto y conseguir que le cuentes a tu amo lo que tienes que contarle.

Detrás de él, los arbustos se movían en absoluto silencio. Una mujer pasó por una estrecha y pequeña obertura y una rama regresó a su sitio sin hacer ningún ruido. La miré, pero no pude hablar. Tenía un aspecto extraño. Sus rasgos me recordaron a los de las familias libanesas que vivían en el barrio en el que me crié, pero su piel era de un tono negruzco muy diferente al de cualquier piel humana. Reconocí sus ojos. Eran los mismos que habían observado con atención los míos en un par de ocasiones, los mismos que se alzaban sobre aquella boca que había pronunciado unas palabras desconocidas en nuestras viejas oficinas y me había hecho una advertencia en la acera.

Ranulfson no la vio acercarse. La mujer, que vestía un sencillo mono gris, sacó un cuchillo largo del bolsillo. Estupefacto, observé cómo le cortaba el cuello a Ranulfson y cómo caía su cabeza. Antes de que ésta tocara el suelo, ella sacó una estaca y la hundió en su corazón.

¿Cómo puedo describir lo que sucedió a continuación? De repente, la serpiente de sangre que había vertido en mi interior hacia tantos años se enrolló y murió. Aunque no regresé a la vida, volví a ser dueño de mi voluntad en aquel mismo instante. Ahora podía acabar con mi no vida si así lo deseaba. Era dueño de mis actos.

--Gracias --susurré.

Ella apartó de un empujón el cadáver de Ranulfson, que se estaba convirtiendo en polvo, y se sentó en el banco.

--Permítame que le explique por qué lo he hecho. Es importante que alguien lo sepa.

La verdad es que no entendí la historia que me contó. Vampiros de Oriente Medio, una gran batalla entre Antiguos que afirman conocer la mente de su progenitor, un vampiro que se autoproclama amo de todos los asesinos, eruditos y visires y exige su más absoluta lealtad.

--Durante un año luché en soledad --dijo--. Casi en soledad.

Hizo una pausa antes de continuar.

--Sin embargo, ahora no es el momento de contar esa historia. Como le he dicho, luché. Mi corazón anhelaba servir a Alá y a Haquim, el padre de todas las cosas y el padre de mi casta. A mi parecer, no era necesario rechazar a uno de los dos, porque la palabra de Alá habla del deber y de cómo se puede cumplir con los mandamientos cuando se tienen que hacer cosas que, de otro modo, estarían prohibidas para los creyentes. ¿Comprende?

--No --respondí.

--Creía que sí. No importa, límitese a escuchar.

Entonces me explicó que su padre-vampiro le había ordenado que renunciara a Alá y que ella se había negado.

–Por eso fui a la caverna y reflexioné sobre las palabras de Alá. Él le dijo a Mahoma: "No es de virtuosos volver la cabeza hacia el Este y el Oeste. El virtuoso es aquel que cree en Alá y en el Juicio Final, en los ángeles, en las Sagradas Escrituras y en los profetas; y aquel que, por amor, entrega sus riquezas a Él y a su familia, a los huérfanos, a los necesitados, a los peregrinos y a aquellos que piden, y para liberar a los esclavos; y cumple con una adoración adecuada y posee la humildad necesaria". Mi futuro amo quería convertirnos en sus esclavos, pero Alá ama a aquellos que liberan a los esclavos... así que me liberé y regresé al mundo.

Me miró con los ojos más compasivos que había visto en mi vida.

–Era un esclavo --añadió.

–Sí.

–Me necesitaba.

–Sí.

–Le recordaba. En lo más profundo de sus ojos se oía una pequeña voz que gritaba que no era eso lo que quería. Hay muchos esclavos que realmente desean la sangre, ¿sabe? Siempre hay hombres y mujeres que anhelan el poder, tener esclavos y poder coger sin tener que dar nada a cambio. Pero usted no parecía uno de ellos. Ranulfson me dijo que le había engañado... y se sentía orgulloso de ello.

–¿En serio? --estaba sorprendido.

–Por supuesto. Él no lo sabía, pero nosotros... es decir, los Hijos de Haquim, nunca aceptamos un trabajo hasta que conocemos a nuestro jefe y sus objetivos. Le manipulamos para que nos contara más cosas de las que él suponía que nos había contado, así que cuando llegó el momento de liberar a sus criados, decidí empezar por usted.

Fui incapaz de hablar durante un largo rato. Ella sólo me miraba.

–¿Y qué hay de los otros que estaban con usted? --se me ocurrió preguntar finalmente.

Una arruga de dolor se extendió por su frente.

–Ellos... prefirieron seguir siendo esclavos.

–¿Los ha destruido?

–Aún no. Puede que nunca lo haga. El castigo también es una tarea digna para los siervos de Alá, pero yo prefiero empezar con la libertad, porque ya hay bastantes prisiones de un tipo o de otro en el

mundo --hizo una pausa--. Así que, dígame. ¿Qué va a hacer ahora?

--No tengo ni idea.

Sonrió.

--La libertad es más complicada que la esclavitud --su sonrisa se desvaneció como las sombras después del crepúsculo--. Seguiré observando y veré que hacen usted y los otros esclavos liberados. Será un testamento para mí y para otros Hijos de Haquim que nos ayudará a descubrir si la palabra de Alá permanece en nosotros o si ya no nos encontramos entre aquellos para quienes habla.

Me estremecí.

Ella lo vio y analizó mi crispación con una mirada fría y serena.

--Está asustado.

--Sí.

--Bien. Aprenda a usar ese miedo para recordar que, haga lo que haga, siempre habrá público, que todos sus movimientos se realizan en el interior del gran teatro que es el universo.

Intenté decir algo, pero volví a sumirme en un confuso silencio. Ella desapareció en un abrir y cerrar de ojos. En un momento estaba allí, pero al siguiente se había ido. No pude oír sus pasos, pero de alguna forma, supe que se había ido.

Al verme libre de coacciones me sentí estimulado. Me levanté y descendí sin prisas la ladera, dejando atrás bares cerrados y cafeterías abiertas hasta que llegué a la playa. Fui dando un paseo hasta el espigón, uno de mis lugares favoritos en los días en los que aún tenía días, no esta noche infinita. En el extremo más alejado hay algunos bancos viejos en los que suelen reunirse los pescadores durante el día. A estas horas no había nadie; incluso los artistas se habían ido a otro lugar o habían renunciado.

Me senté. Esto fue hace dos horas.

El oleaje rompía a mis pies en un ritmo más antiguo que la humanidad. ¿Sería más antiguo que los vampiros? Sabía muy poco sobre mi especie, porque Ranulfson nunca me había contado más de lo que necesitaba saber para ejecutar sus órdenes. Siempre había creído que me enseñaría más cosas después de nuestra victoria, para poder honrar a los amos de la Camarilla cuando me los presentara. Ahora... bueno, hay más allí fuera, supongo. Puede que quieran enseñarme.

No tengo ni idea de qué es lo que voy a hacer a partir de ahora.

Por primera vez desde que aquel monstruo miserable empezó a cambiar mi sangre por la suya recurriendo a ilusiones y engaños, no

estoy sometido a ninguna orden. La señora Haquim me ha advertido que seré observado, pero no me ha dado instrucciones. Quizá... No, ahora no quiero destruirme. Antes de hacerlo, deseo saber de qué va todo esto. Después, tendré todo el tiempo del mundo para tomar una decisión.

Empiezo a desandar mis pasos por el espigón dirigiéndome al este, hacia Los Ángeles. Tengo que descubrir qué propósito tienen mi vida y mi no vida. Quiero saber contra quién luchaba mi amo y a quién servía. Supongo que pasará mucho tiempo antes de que logre entenderlo, pero entonces, cuando lo sepa, actuaré en consecuencia.

FIN

Mundo de Tinieblas:

MI ÁNGEL

Eric Griffin

{ Vampiro / Clanes-14 / Relato-04 (Tremere) }

Publicado en... "*Clan Novel: Anthology*"

Traducción: Isabel Merino Bodes

*Domingo, 21 de junio de 1998, 10:00 PM
El Jardín de Piedra, Ciudad de Nueva York*

Cuando Ernst Lohm saltó el muro del Jardín de Piedra, la luna no era más que un hilo de plata cuyo arco, tan fino como una cuchilla, apuntaba hacia el cielo. Era una luna fascinante. Al advertir que se había manchado las manos de hierba y barro, las restregó contra las perneras de sus raídos vaqueros azules salpicados de pintura. A continuación, extendió el brazo, levantó el pulgar y miró: la caprichosa luna se alzaba formando un ángulo de veintitrés grados con el horizonte. Perfecto.

Sin perder ni un instante, cambió la disposición de aquellas lápidas que habían sido ordenadas con tanto esmero.

Había sido tan minucioso con los preparativos que pudo trabajar con rapidez y pericia. Lohm era un artesano de la vieja escuela, un experto en configuración, equilibrio y composición. Sabía que si esta noche sólo conseguía rozar la perfección, no podría persuadir a ninguno de sus renuentes ángeles oscuros... o peor aún, no podría convencerlos para que abandonaran las maravillas multiformes de la luz de la luna sobre el mármol y regresaran de nuevo a la oscura llanura de la que procedían.

Sopló un viento cruel que hizo que sus huesos dejaran escapar un suave y trémulo gemido, similar al de un arco que roza las cuerdas de un violonchelo. Lohm observó distraído la luna, como si estuviera comprobando la hora en el reloj. Sí, pensó, hay tiempo de sobra.

* * *

Nigel estaba en el umbral de la Capilla de los Cinco Distritos. El Gran Salón se abría ante él, a un simple paso de distancia... pero era incapaz de entrar.

Su aspecto era impecable y ecléctico. El traje que llevaba se encontraba en algún punto intermedio del ambiguo terreno que separa los pijamas de seda de los uniformes militares, aunque de cerca se podía comprobar que sus inmensos botones dorados eran, en realidad, antiguas monedas de Roma, Cartago y Bizancio. Su bigote, complejo y curvado, le daba un aspecto más de soldado de caballería que de caballero.

Se había detenido en el umbral, atrapado involuntariamente en la intersección que separaba el mundo exterior (Nueva York y su infinita progresión de noches, hambre, misterios, manipulaciones y todas las comodidades que había en esta ciudad que había empezado a considerar su "hogar") de ese mundo interior desconocido, el *sanctum sanctorum*, la guarida de los Tremere.

Una capilla Tremere. Un sire Toreador podía pronunciar esas palabras para asustar a sus chiquillos neonatos. Nigel sabía que eran pocos los extraños a los que les había sido concedido el honor de doble filo de pisar el territorio de los brujos... y sólo un puñado de ellos se había atrevido a contar qué les estaba aguardando en su interior.

Aunque Nigel se enorgullecía de ser bastante persuasivo, era incapaz de acceder a los misterios que se escondían más allá del velo tras el que se ocultaba la Capilla de los Cinco Distritos. Imaginaba la capilla Tremere como un continente oscuro y desconocido, repleto de intrigas y sortilegios, porque sabía que éste era el lugar en el que se iban destilando todos los terrores conocidos (de la noche y el hambre, el misterio y la manipulación) hasta que adoptaban sus formas más puras, seductoras y letales. La perspectiva de ser invitado a compartir este poderoso licor le tentaba en un nivel primordial. Era una tentación que sorteaba las defensas del juicio y el intelecto y se dirigía directamente a la garganta, los intestinos y la ingle.

O puede que aquella fascinación fuera algo más primordial. En este lugar había toda una jerarquía de deseos y, sin duda alguna, éste era el mensaje que estaba implícito en el canto de las sirenas de los Tremere, el canto eterno de la capilla.

La sombra cae entre el deseo y la inquietud.

Nigel estaba descubriendo que ciertos sentimientos se asentaban a un nivel mucho más profundo que las ansias intelectuales (el deseo

de saber, comprender, dominar, ordenar, organizar y crear) e incluso que las necesidades físicas (como la comida, el calor, el sexo, la sangre y la juventud).

A un nivel mucho más profundo existía un deseo preeminente, un impulso puramente espiritual. Esta revelación rompió sobre él como una ola que, al instante, se retiró para volver a abalanzarse sobre él con mayor fuerza.

¿Por qué dejarán al alcance de los extraños un regalo tan insólito?

Sentía el manifiesto y fuerte deseo de continuar ileso, la innegable necesidad de regresar a casa. Sin embargo, también deseaba dar el salto instintivo que le conduciría a la unidad, que le ayudaría a satisfacer su deseo de pertenencia. Nigel se sentía sobrecogido por la fuerte seducción de la capilla Tremere: no era la llamada al poder que había esperado, sino una invitación a la unidad y a renunciar al egoísmo, una aniquilación y una culminación simultáneas.

Ante él, el vestíbulo de entrada alcanzaba una altura vertiginosa. Sus cúpulas, galerías y arrolladoras escaleras parecían entregarse por completo a la luz de la luna que entraba por las vidrieras. La exquisita construcción parecía tan efímera que Nigel tenía la certeza de que si parpadeaba, todo el escenario se disolvería y desaparecía de la vista.

Los senderos que trazaban los rayos lunares que entraban por las coloridas vidrieras parecían tener más consistencia que las paredes y las galerías con balaustrada del Gran Salón. Nigel podía imaginarse a sí mismo subiendo por aquellos senderos de luz tan pronunciados, escalando por aquella pendiente traidora hasta llegar al pináculo del deseo.

Sin embargo, alguna parte distante de su mente le impedía rendirse a esa extraña comunión de poder y deseo. Entonces, como a través de una niebla espesa, oyó una voz en su divagadora conciencia. Era el Guardián de la Puerta, el pequeño y enigmático vigilante del umbral. Talbott.

Talbott aguardaba impaciente a que entrara para acompañarle a su audiencia con la regente Tremere, que ya le estaba esperando. Nigel tuvo la impresión de que las palabras de Talbott recorrían una enorme distancia antes de llegar hasta él.

--¿Su señoría no nos ha honrado anteriormente con una visita?
--más que una pregunta, parecía una explicación.

Nigel lo miró con atención durante unos instantes, en silencio. Había oído todas y cada una de las palabras con claridad, pero era

incapaz de ordenar las sílabas en su mente para contestar. Parpadeó y empezó a abrir y cerrar los puños, bombeando manualmente la vida hasta las extremidades de su cuerpo. Se sentía como si acabara de despertar de un largo sueño o intentara despojarse de la modorra.

Si Talbott advirtió la incomodidad de Nigel, hizo caso omiso.

–Es hermosa, ¿no es cierto? Cautivadora.

En el tono de Talbott había una nota discordante que consiguió interrumpir las divagaciones de Nigel: esas palabras hablaban de belleza, pero Nigel percibía cierta sensación de peligro en ellas. Con una punzada de decepción (y puede que incluso de traición), Nigel advirtió que se encontraba de nuevo en un terreno conocido, en una posición a la que se había ido acostumbrado durante el transcurso de su larga vida y que se encontraba justo detrás de sus pestañas, dentro de las reconfortantes paredes de cráneo.

Bajando la mirada con rapidez, miró a los lados y hacia atrás en busca de posibles amenazas. Al instante se arrepintió de haberlo hecho, porque sintió una oleada de vértigo y se tambaleó. Por un momento, tuvo la clara impresión de que el Gran Salón no se extendía ante él, sino a sus espaldas, así que dio media vuelta hacía su única vía de salida y descubrió que miraba de nuevo aquel inmenso vestíbulo iluminado por la luna.

Talbott, desde debajo de su leonina cabellera, le dedicó una sonrisa que tenía la paciencia depredadora de un gran felino. Nigel empezó a girarse de nuevo, pero después de pensárselo mejor adoptó una postura que deseó que pareciera indiferente y se obligó a permanecer tranquilo. Entonces cerró los ojos hasta que sólo pudo diferenciar entre claridad y oscuridad.

Cuando los abrió de nuevo, Talbott le estaba mirando con curiosidad.

–¿Se encuentra mal, señor? Hay refrigerios en el interior. Si tiene la bondad de seguirme...

De nuevo aquella señal de peligro y puede que algo más... ¿Sarcasmo? Nigel estaba llegando a cierto nivel comprensión: una comprensión que aumentaba de forma proporcional al creciente recelo que sentía por el guardián. Con pasos cautelosos e indecisos comprobó que lo que había temido era cierto: ni hacia delante ni hacia atrás, no podía avanzar ni retroceder. Era como si estuviera atrapado en la compleja red de deseos que la capilla había tejido a su alrededor.

–Puede informar a la señora de que la esperaré... aquí.

Era una admisión de derrota. Nigel era consciente de que estaba sometido a la voluntad de los brujos, una revelación que no le resultaba en absoluto reconfortante.

El tiempo fue pasando con incomodidad. Nigel suponía que su resignación daría paso, en cualquier momento, a un gélido ataque de pánico, pero se sorprendió al descubrir que su absoluta impotencia traía consigo una serena claridad de pensamientos.

Lo más probable es que esté a punto de morir, fue lo primero que pensó. Nigel consideró esa idea sin miedo, con cierta curiosidad y casi con anticipación. La hizo rodar por su lengua y descubrió que era fresca, firme y dulce. *Lo más probable es que esté a punto de morir*.

Otra vez, fue lo segundo que pensó, consiguiendo que una ráfaga de recuerdos irregulares y apenas contenidos entrara en su mente. No eran las circunstancias de su primera muerte lo que recordaba con mayor claridad (aunque, por supuesto, podía reconstruir con todo detalle su última visión de la cúpula de la catedral e incluso contar el número de puntadas del cuello de la camisa de su sire, que tenía un bordado muy elaborado) sino el ensordecedor rugido de su corazón acelerando y deteniéndose, acelerando y deteniéndose... deteniéndose. Éste recuerdo era tan vivido que anulaba cualquier otra sensación que pudo vivir durante aquella fatídica experiencia.

Aquel último instante había sido infinito, pero ahora sentía que se encontraba fuera de los estragos del tiempo. Nigel era un inmortal que estaba a punto de morir. De nuevo.

Examinó al Guardián de la Puerta sin antipatía. Al ver la débil y acusadora palpitación de vida que asomaba por su cuello, el deseo se adueñó de él y extendió una mano para arrancar la fruta prohibida, acercarla a su boca.

—Lamento haberte hecho esperar.

La voz de la señora de la casa irrumpió en su mente, haciendo que Nigel recordara el propósito de su visita.

—Pero si aquí está la señora de la casa en persona. Empiezo a creer que mi liberación y el deseo de mi corazón están asegurados. Aisling, querida, ha sido una deliciosa crueldad hacerme esperar en el umbral.

Los rasgos de Nigel se suavizaron en una máscara de abatida contrición y sus ojos miraron hacia un punto muy distante mientras recitaba las estrofas siguientes:

Engaña a su amante como merece

*Y aún se las ingenia para mantenerle atado:
Primero decidiendo rehusar
Y después rehusando decidir.*

--Hola Nigel. Ignóralo, Talbott. Sólo estás animándolo. ¿A qué debo este... inesperado placer?

--Debes disculparme, mi señora. Como siempre, parece que me consideras una especie de desventaja --el Toreador extendió ambas manos ante él, con las muñecas juntas como si estuvieran atadas.

Sturbridge suspiró y trazó un complejo símbolo con la mano derecha. Una superstición de campesino. Una protección contra el mal de ojo. El movimiento de sus dedos pareció demorarse demasiado en el aire que había ante ella y resplandeció como si tuviera luz propia. Su huésped dio un cauteloso paso hacia delante y, viendo que no sufría ningún daño evidente, recuperó la confianza y entró con rapidez en la sala. Entonces, cogió a la mujer del brazo y la condujo hacia la fuente central.

--No te lo vas a creer --se inclinó hacia ella con confianza--. Ha sucedido algo de lo más extraordinario: Ernst Lohm está muerto.

Sturbridge advirtió que el Toreador la miraba sutilmente por el rabillo del ojo, intentando parecer indiferente.

--Ese nombre me resulta conocido --empezó a responder con cautela--. Es un artista, ¿verdad? Del Village.

--Sabes exactamente quién es, cariño --replicó Nigel--. Lo único que quiero saber es si sabes dónde está.

--¡Dios mío! Te has hecho muy poco sutil --Sturbridge se liberó con destreza de su brazo y siguió caminando--. Era un joven alemán muy serio, ¿verdad? Creo que recuerdo haber visto alguno de sus garabatos expuestos en alguna parte. ¿Era una de tus mascotas?

Nigel no intentó alcanzarla, sino que tiró hacia atrás la cabeza y empezó a reírse a carcajadas, acercándose a los ojos un immaculado pañuelo blanco que acababa de sacarse del bolsillo de la camisa.

--¡Oh, qué divertido! ¿Ernst? ¿Mío? Por supuesto que no. Ya sabes que uno de mis defectos es que soy demasiado... posesivo. Mis juguetes no se escapan con tanta facilidad.

--Entonces, no fingiré comprender el evidente interés que tienes por el muchacho. Y si te soy sincera, la verdad es que tampoco comprendo el motivo de tu visita.

--Es una gran maldición amar a una mujer que lanza dardos con la lengua.

–Creo recordar que existe una palabra para describir a aquellos que profesan amor por las mujeres muertas, pero creo que no es "condenado". ¿Por qué has venido, Nigel? ¿Y por qué me estás hablando sobre artistas muertos?

–Porque, amor mío, todos aquellos que viven en esta ciudad saben que sientes una fascinación completamente mórbida por la muerte... todos aquellos que son alguien, por supuesto. Para ti, la muerte es algo natural. Sospecho que se debe a esa sangre irlandesa que tienes, que hace que sea casi una obsesión nacional, un derecho de primogenitura, un legado. Antes me dijiste que habías visto la obra de Lohm, ¿verdad?

Sturbridge sacudió la cabeza ante su insistencia y, mientras observaba su diminuto cuerpo con desaprobación, extendió ambos brazos casi a modo de disculpa.

–El modelo original tenía sangre irlandesa, pero eso fue hace muchos años. La sangre que ahora se abre paso por estas viejas venas no ha estado en contacto con irlandeses desde hace más de... Pero eso no es realmente lo que quieres saber, ¿verdad? ¿Quién es Ernst Lohm y por qué debería importarme?

–Como un mastín que hunde sus colmillos en tu garganta --murmuró lo bastante alto para que ella lo oyera--. Aisling, querida, seguro que recuerdas su obra, pues siempre has tenido una memoria muy buena para los detalles. Las pinturas de Lohm presentan una geometría deliciosamente inquietante: ángulos que rechinan en tus huesos, secciones cónicas que aluden a algo profano, intersecciones de planos que rozan lo obscuro.

–Hum... sí. Creo que recuerdo algo de lo que dices. Adelante.

–Por supuesto que sí, querida, pero escúchame con atención: alguien muy próximo a mí, un miembro de mi círculo de amigos íntimos, centró su interés en el joven Ernst y decidió llevarlo a casa para que conociera a la familia... comprendes lo que intento decir, ¿verdad?

Ella puso los ojos en blanco.

–De verdad, Nigel, creo que no es necesario que aires la ropa sucia de tu clan delante de mí. A mi entender, al esqueleto de tu historia le encantaría poder quedarse encerrado en tu armario.

–No seas rencorosa, cariño. Sabes perfectamente que mi amigo no fue el único que se interesó por Ernst. Se rumorea que alguien más centró su interés en nuestro austero alemán... alguien que no le admiraba por los méritos estéticos de su obra, sino porque utilizaba de

forma poco ortodoxa ciertos diagramas olvidados y prohibidos.

Nigel le cogió del brazo y la obligó a acercarse.

—¿Sabes quién podría ser? —susurró.

Sturbridge se dio cuenta de que la respuesta se abría paso por su interior. Con gran esfuerzo, consiguió sofocar esas palabras antes de que cruzaran sus labios... pero ya era demasiado tarde: se había puesto tan nerviosa que Nigel ya sabía lo que quería saber. El Toreador le sonrió con afecto, le apretó con gentileza la mano y se alejó un poco de ella.

Aisling sintió que las atenciones que le había dedicado empezaban a retirarse, como las nubes negras cuando se aleja la tormenta. Un aire pesado, húmedo y opresivo se cernía sobre ellos. Hubo unos instantes de calma, pero pronto, los relámpagos centellearon en respuesta a la presunción de aquel hombre.

—Vete ahora mismo.

En los rasgos de Nigel apareció una mirada de perplejidad que pronto fue reemplazada por otras más familiares: abatimiento, desolación.

—¡Perdóname, mi dama! —balbució—. He abusado de su hospitalidad, mi señora. Es imperdonable...

Le gustaba tanto interpretar ese papel que no tardó demasiado en apoyar una rodilla en el suelo y dejar al descubierto la nuca, como si aguardara el hacha del juicio.

—...que mi mente se haya permitido imaginar, aunque sólo fuera por un momento, que la cortesía que usted mostraba hacia una criatura miserable como yo se podía interpretar como... Pero, por supuesto, eso era imposible. No merezco estar ante su presencia, y mucho menos de pie.

—Levántate, Nigel.

Él se puso en pie de un salto antes de que completara la frase. Parecía haber olvidado por completo su disgusto.

—Oh, mi dama. Con esas palabras me ha convertido en el más feliz de los hombres. Yo...

—Cállate, Nigel.

Guardó silencio, pero en esta ocasión, su respuesta había sido más comedida, más natural, pues no había coacción en aquella orden.

Ambos guardaron silencio durante un rato. Nigel se acercó a la fuente y apoyó con fuerza los brazos sobre el borde. El rico aroma de la sangre que se deslizaba sobre los severos rostros aztecas le turbaba, le mareaba. La sangre iba cayendo de una boca a otra hasta

que llegaba al último de los siete niveles de aquella pirámide tallada, y el camino que recorría en su descenso se había ido alisando durante el transcurso de infinitas eras.

--Aisling, tengo que saber si lo hemos perdido --dijo Nigel sin girarse--. Si está aquí, si todavía está entre vosotros, lo aceptaré. Pero si no...

Estaba mintiendo y lo hacía bastante mal, pero era evidente que no tenía ni idea del paradero del joven artista. Eso significaba que el Toreador había venido en busca de ayuda, no a regodearse.

--¿Pero si no está, qué? --repitió ella.

Él la miró airado.

--¡Mierda! ¿El muchacho está aquí o no?

Ella sonrió serena y benigna, consciente de que ahora jugaba con ventaja.

--No te puedo decir eso, Nigel. Inténtalo de otro modo. Estabas diciendo que si él no estuviera aquí...

Nigel frunció el ceño y pensó en poner mala cara, pero decidió no hacerlo.

--De acuerdo. Si no está aquí, está muerto. Completamente muerto. Y descubriré la razón.

De sus ojos salían chispas, pero intentó contenerse.

--Entonces te deseo una buena cacería, Nigel. Regresa cuando hayas descubierto la verdad. Me encantará conocer el final de tu insólito relato.

Nigel le cogió la mano y la acercó a sus labios. Empezó a dirigirse hacia la puerta, pero de repente se giró como si acabara de darse cuenta de algo.

--Si el artista no está aquí... Bueno, me duele pensar que alguien nos ha ganado a ambos por la mano.

--¿Qué quieres decir?

--Que por muy embarazoso que resulte saber que el joven ha podido escapar de los sedosos lazos de mis socios, sería mucho más humillante descubrir que se ha liberado del férreo agarre de la jerarquía Tremere...

--No sé a dónde quieres ir a parar, Nigel. El muchacho está muerto, pero los mortales mueren continuamente. Ése es el único acto que define su existencia. De todas formas, aunque alguno de mis hermanos hubiera sentido un imprudente interés por este artista tuyo (y me apresuraré a recordarte que nadie ha constatado ese hecho), éste acto no tendría nada que ver con la capilla.

Nigel asintió lentamente y con deliberación.

–Lo que tú digas. Nadie puede pensar que un incidente tan nimio como éste sea una señal de debilidad... pero entonces, ¿cómo es posible que un hombre que recibió los favores de esta augusta casa haya desaparecido y que nadie haga nada para castigar a los culpables? Pero supongo que nadie puede culparos por este pequeño desliz.

–Vete a casa, Nigel.

–¿Eso significa que investigarás todo este asunto? Lo consideraré un favor personal, mí dama. Te aseguro que nunca olvidaré tu amabilidad y discreción. Eso hace que mi corazón abrigue la esperanza de que algún día, quizá, pueda corresponderte con un pequeño favor. Que quizá...

–No vuelvas a venir a este lugar, Nigel. Si tengo noticias, enviaré a Talbott en tu búsqueda. Es tan obstinado como cualquiera de los sabuesos de Ulster y supongo que te resultará más sencillo verlo como a un igual.

–Esperaré con ansia tu regalo... pero no temas, pues sólo pensaré en ti mientras le tiene para que reconsidere sus opciones de lealtad. Buenas noches, mi señora.

* * *

–¿Deseaba verme, Regentia? –Johanus, inquieto por aquella repentina llamada, permaneció vacilante en el umbral del santuario, acariciando con una mano el marco de la puerta. A Sturbridge le sorprendió la indecisión de su recién designado Amo de Novicios, al que sus hermanos llamaban Pilar de Fuego... pero no por sus proezas pirómanas ni por su fiero temperamento, sino por su melena pelirroja, que siempre se alzaba al frente de una hilera de novicios rezagados—. Si es un mal momento...

–Lo es, Adeptus. Entra y cierra la puerta.

La pesada puerta de acero reforzado ya se estaba cerrando, así que Johanus entró a toda velocidad para no quedar arrapado en medio. Los pernos hidráulicos silbaron mientras regresaban a su posición.

Sturbridge descendió de un trono de libros precariamente equilibrados y avanzó con rapidez y determinación. Se detuvo muy cerca de él y, aunque Johanus se quedó en donde estaba, se dio cuenta de que había arqueado la espalda hacia atrás.

–¿Quién es Ernst Lohm?

–¿Por qué lo pregunta? Es un artista. Del Village, creo

--respondió con un hilo de voz.

–¿Crees?

Tras vacilar durante un momento demasiado largo, las palabras empezaron a salir por su boca a toda velocidad.

–Sí, un artista, un pintor. He visto su obra. Es realmente extraordinaria, pero me resulta difícil describirla: toda ella me hace pensar en ecuaciones abstractas y fórmulas espaciales. Es como una especie de *proto-diagramma*. Debería verla, Regentia.

–¿Y conoces personalmente al artista?

Johanus arrastró un poco los pies.

–Sí, Regentia, pero sólo en la medida que alguien puede conocerlo. Ernst no es el tipo de persona que va acumulando amistades casuales.

–O por lo menos, no las amistades casuales correctas --replicó ella con desaprobación--. Dime, ¿te gusta coleccionar artistas o éste es un caso especial?

Desconcertado, Johanus guardó silencio y se tomó su tiempo antes de responder.

–Resulta obvio que este tema le molesta por alguna razón, Regentia, pero no lo comprendo. No he hecho nada malo ni he quebrantado la Mascarada. Me he comportado con suma discreción. Ernst está tan poco al corriente de... nuestra existencia como lo estaba antes de que pusiera mis ojos en él.

–¿Te estás alimentando de él?

Se sobresaltó por la brusquedad de la pregunta, pues era como si su madre le estuviera preguntando si se acostaba con alguien. De todas formas, no vaciló al responder ni intentó disfrazar la verdad o mentirle.

–Lo he hecho, si eso es lo que quiere saber, pero no de forma regular.

–¿En más de una ocasión?

Asintió.

–Tres veces. Pero la verdad es que no veo...

–¿Y cuándo fue la última vez?

–Hace tres noches --en su rostro apareció una mirada de preocupación--. ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

–Ernst Lohm ha desaparecido. Se supone que está muerto... y puede que seas la última persona que lo haya visto con vida.

Johanus palideció.

--Pero eso es imposible. Yo... --se detuvo con brusquedad--.

¿Hace tres noches? ¿Nadie le ha visto desde hace tres noches? No puede ser. Aunque estuviera absorto en una nueva obra, es imposible que hubiera pasado tres días y tres noches encerrado en el estudio. Discúlpeme, Regencia. Debo irme. Tengo que hacer ciertas...

--No vas a ir a ninguna parte --en su voz había una nota tajante que prohibía las objeciones--. Necesito que me ayudes: si Ernst estuviera vivo, si temiera por su vida o si alguien le hubiera hecho una propuesta incómoda, ¿adónde habría ido?

--¡Regencia! No puede pensar que yo... Yo no he hecho nada similar. Tiene que creerme.

--¿En serio? No recuerdo haberte autorizado ninguna tarea de reclutamiento. Eres mi Amo de Novicios... o lo eras, puesto que revisaremos tu cargo actual en cuanto hayamos resuelto este vergonzoso tema. ¿Consideras que la posición que ocupas te autoriza de algún modo a marcar a los mortales para alimentarte de ellos?

--Por supuesto que no --Johanus estaba furioso; su voz sonaba entrecortada, tensa--. Lohm poseía un talento insólito y perturbador. Merecía una atención especial. Si hubiera desarrollado su talento durante un par de décadas más, seguramente se habría convertido en un candidato adecuado para formar parte de la Casa Tremere... o quizá, habría descendido por el abismo de la locura, el láudano o el espiritualismo. Aunque lo hubiera encontrado al borde de la muerte...

Antes de continuar, reprimió unas palabras que podrían haber estado demasiado cerca de la verdad.

--Incluso así, nunca habría tenido la presunción de actuar, de liberarlo, sin haber solicitado antes su aprobación, Regencia.

--Ya has actuado con demasiada presunción. ¿Eres consciente de que no has sido el único que ha estado agasajando a este joven artista? Ya veo que no. ¿No te paraste a pensar que su brillante ingenio también podía haber despertado el interés de nuestros primos?

--¿Se refiere a los Toreador? --estuvo a punto de reír a carcajadas--. Disculpe, Regencia. ¿Cómo iban a aceptar los Toreador a un tipo como Ernst? Sí, es cierto que revoloteaban a su alrededor, pero su obra les aterraba, les mortificaba. Tendría que haber asistido a la exposición del mes pasado. ¡Fue gloriosa! Todavía puedo ver a toda esa manada de gansos ocultando sus rostros con exquisitos pañuelos de encaje para ocultar su aversión y abanicándose de forma

compulsiva. Y mientras tanto, mientras se reunían alrededor de la bandeja del queso, una blasfema procesión de formulae (esos huéspedes que viven más allá de los discretos espacios de nuestro mundo) los miraba de soslayo desde los agujeros de todos y cada uno de los cuadros. Fue sublime.

--Has infravalorado a nuestros primos y nos has puesto en peligro --respondió Sturbridge con frialdad--. Creo que fueron ellos quienes asustaron a tu joven amigo, no al contrario... asumiendo, por supuesto, que no fue tu indiscreción la que lo impulsó a escapar. Sin embargo, no has respondido a mi pregunta. ¿Adónde puede haber ido?

Consiguió ignorar la renovada acusación y guardó silencio unos minutos.

--Al Jardín de Piedra --respondió por fin--. Es un lugar al que solía ir para reunirse con sus... donde solíamos reunirnos. Dudo que los Toreador estuvieran al corriente de su existencia. Puedo enseñárselo, si lo desea.

--Creo que sólo podrás decirme donde está, porque no vas a ir a ninguna parte. Permanecerás en tus aposentos hasta que decida qué debo hacer contigo. Mientras tanto, el Amo Ynnis se ocupará de los novicios. Eso es todo.

--Pero Regencia...

Ella sólo lo miró.

--Sí, Regencia.

Tras hacer una reverencia, Johanus dio media vuelta y se dirigió hacia la salida mientras los pernos de la voluminosa puerta de acero silbaban al abrirse. Se encontraba a medio camino cuando la voz de Sturbridge le obligó a detenerse.

--Johanus.

Él se volvió.

--Si sigue con vida, lo encontraré --anunció la Regente.

Johanus estuvo a punto de responder con la más obvia de las preguntas, pero sabía que ya no podía hacer nada. Asintió distraído y se retiró.

* * *

La pequeña y nítida placa de la puerta rezaba: "Wages and Sons," pero de lejos a Sturbridge le pareció que ponía "Salarios de Pecado" (Wages of Sin), una inscripción que le pareció extraña pero no del todo inapropiada.

Tocó la puerta y ésta retrocedió ruidosamente, a pesar del candado de cromo pulido que alguien había puesto en ella para impedir que se abriera. El detector electrónico de la base tampoco registró el movimiento, así que no emitió ninguna señal de alarma.

Sturbridge advirtió todo esto distraída. No había oscilado ninguna varita mágica ni había recitado ningún conjuro medio olvidado: lo único que sucedía era que las puertas se abrían para ella. Siempre lo hacían, como las del supermercado. Era una muestra de cortesía básica que, a estas alturas, ya daba por descontado.

Al otro lado de la puerta se extendía un corto y curvado sendero que conducía a un porche para automóviles. Alcanzó a ver un par de coches negros incómodamente largos que estaban aparcados el uno junto al otro. Ante ella se extendía un camino de guijarros blancos que se alejaba zigzagueando hacia la parte posterior de la casa solariega reformada. El edificio estaba a oscuras y en silencio; la sala de funerales permanecía cerrada durante la noche.

Sturbridge avanzó con rapidez por el camino. Sus pasos resonaban con estridencia en la quietud de la noche y la solemnidad de su entorno y los guijarros blancos emitían un débil y reconfortante destello bajo la difusa luz de la luna; sin embargo, Sturbridge sólo tenía ojos para el único punto sombrío que desfiguraba el camino: una gota de color carmesí que se alzaba en un nítido relieve. Se inclinó y extendió su dedo índice. La gotita se aferró con tenacidad a su yema y sólo se soltó cuando ella la tocó con la lengua.

Sturbridge levantó la cabeza desconcertada. No era en absoluto lo que esperaba. Para asegurarse, movió la lengua para que la gota pasara por todos los rincones de su boca. Entonces, asintió satisfecha y volvió a ponerse en marcha, desapareciendo tras la curva del sendero.

A este lado de la casa solariega, el muro estaba más próximo al edificio y formaba un pequeño patio enclaustrado: un cementerio privado. El sendero serpenteaba entre las suaves piedras de mármol y sobre el césped cortado hasta llegar a la puerta posterior de la vivienda. El segundo sendero (el rastro casi imperceptible de gotitas oscuras que estaba siguiendo Sturbridge) discurría junto al primero y se desvanecía entre los mármoles pulidos.

Incluso desde lejos, Sturbridge tenía la impresión de que había algo extraño en aquel lugar. Estaba familiarizada con los adornos de la muerte, pues ya había estado aquí en alguna ocasión. Había algo más. Había algo que le inquietaba.

Tras reflexionar durante unos instantes, descubrió que lo que tanto le perturbaba era la disposición de las piedras: estaban tan juntas que parecía que los cadáveres que había allí enterrados estaban amontonados. Además, el destello del mármol era anómalo: demasiado brillante, demasiado uniforme y se reflejaba de un modo demasiado perfecto. De alguna forma, el conjunto de la escena parecía falso, una réplica defectuosa. Una trampa.

Sturbridge obligó a su cuerpo a moverse. No tenía ningún plan de acción en mente, pero sabía que allí, en el espacio abierto que separaba la casa de pequeño cementerio, sería una blanco fácil. Avanzó con precaución.

Lo primero que descubrió fue que había encontrado lo que buscaba. En este lugar, el olor a vida derramada era fuerte, casi sobrecogedor. Algo en su interior se agitaba en respuesta a ese aroma... algo camuflado, oscuro y poderoso que irritaba sus fosas nasales, resoplaba y retrocedía revelando unas perversas pezuñas, tan grandes como la cabeza de un hombre y con herraduras con imágenes de crepitante neón. Sturbridge lo agarró por el cuello con todas sus fuerzas y le movió la cabeza hacia los lados y hacia abajo: no podía permitir que saliera la Bestia en ese momento.

A pesar de que la Bestia pugnaba por salir, hubo un instante en que Sturbridge estuvo libre del confuso filtro de la razón y todos sus sentidos cobraron vida. Entonces supo que el cuerpo del joven artista descansaba entre aquellas lápidas tan cuidadosamente ordenadas y que era el único cadáver que había en este "cementerio". Las lápidas estaban inmaculadas y prístinas; no habían sido deterioradas por el roce de ningún cincel. Carecían de nombres, fechas o epitafios.

Aquel no era un lugar para los muertos. Era una galería, una sala de exposiciones. Un lugar en donde un picapedrero experto podía mostrar la mercancía a sus desconsolados clientes. Las lápidas que cubrían este suelo no tapaban ninguna tumba. Johanus le había dicho que se llamaba *El Jardín de Piedra. El lugar al que solía venir Ernst para reunirse con sus...*

Sturbridge alcanzó a ver un rápido movimiento por el rabillo del ojo. Procedía del tejado que había a sus espaldas y fue como el destello de la luz de la luna sobre metal. Antes de que su mente convirtiera aquella imagen en un pensamiento consciente, ya se había sumergido entre las lápidas y empezó a rodar por el suelo hasta que, de repente, su cuerpo se detuvo junto al cadáver de Ernst Lohm. Se estremeció.

Sonaron tres bruscos disparos que, a su paso, hicieron que diversos fragmentos de mármol saltaran por los aires. *Seguro que lleva la munición suficiente para acabar con un oso*, pensó. Cerró los ojos con fuerza intentando ignorar la proximidad del cadáver, pero no lo consiguió. El olor a vida era rico, embriagador. Sus antebrazos chapoteaban en dulces y pegajosos charcos de sangre. La Bestia sacudió la cabeza y golpeó el suelo, batiendo la tierra y la vida derramada hasta convertirlas en una espesa y rica arcilla.

Sturbridge ahuecó las manos para coger un doble puñado de vitae en el que se reflejaba la luz de los guijarros y las lápidas. Acercó la bebida a sus labios.

—Que se haga la luz.

La terrible criatura movió la cabeza hacia atrás y sus pezuñas brillaron tanto como el magnesio y, entonces, hubo un nuevo destello en el tejado. La abrasadora luz alcanzó a Sturbridge una fracción de segundo antes de que se oyera el alarido de la deforme silueta que había en ese lugar.

Todo acabó en un instante. Fue un veredicto tan rápido e irrefutable como la caída de un rayo. Sólo se oyó el golpe seco del objeto grande e inanimado que cayó desde una altura de seis metros sobre el césped. Instantes después, todo volvió a estar en el más absoluto silencio.

Cuando Sturbridge recuperó el sentido, estaba tumbada boca abajo sobre los restos de la garganta del artista fallecido. Se puso en pie mientras se frotaba la barbilla con el dorso de una mano manchada de barro endurecido. Le dolía mucho el hombro izquierdo y, al examinarlo, descubrió que se le había clavado un fragmento de mármol en ese lugar. Al moverse, el mármol rechinó contra su omoplato. Ya podía sentir que la herida se estaba cerrando, que la sangre la estaba cosiendo de nuevo, pero utilizó la fuerza de voluntad para detener el flujo de aquella sangre curativa. A continuación, armándose de valor, deslizó una uña cruel por la herida para volver a abrirla. Era mejor dejarla así hasta que estuviera de nuevo en la capilla, donde podrían curársela de la forma apropiada.

Con el brazo bueno abrió un diminuto frasco en forma de lágrima que pendía de la cadena de oro de su garganta. Se inclinó de nuevo sobre el cadáver del joven artista y recogió algo que era esencial: tres cuentas perfectas de sangre derramada. Dejó lo que quedaba de Ernst Lohm entre los prístinos mármoles de su jardín de piedra.

* * *

–Aisling, cariño, he venido en cuanto lo he sabido. –Sturbridge sacudió la cabeza al ver a Nigel, que estaba despeinado y parecía sofocado. Por supuesto que le faltaba el aliento, como a todos los de su especie... pero desde hacía años.

–Creo recordar haberte dicho que no regresaras.

Nigel se sobresaltó al oír estas palabras, pero no tardó demasiado en recuperarse.

–Por supuesto que lo dijiste, cariño, pero tenía que traer de vuelta a tu perrito guardián, ¿no? No podía despedirme de él en la calle. Es una lástima que, después de oír sus noticias, supiera que no tendría la oportunidad de jugar con él como esperaba... pero no importa. ¡Oh, estás herida! No me dijiste...

Sturbridge dio un respingo cuando él la cogió del brazo.

–No es nada. Sólo un pequeño dolor en el hueco del hombro, un recuerdo por merodear por los cementerios a altas horas de la noche.

–Déjame ver eso --Nigel intentó enérgicamente ver la herida, pero Aisling, con idéntica determinación, esquivó sus esfuerzos. Sin embargo, resultaba imposible ocultar la magnitud de la lesión.

–¡Cómo que merodeando por cementerios! Esto es una herida de bala. Mi vida no está tan exenta de peligros como parece creer.

–Te equivocas, te lo aseguro --replicó ella--. De todas formas, si sólo has venido hasta aquí para ofrecerme unas recomendaciones médicas cuestionables, debo dar por concluida nuestra entrevista. No tengo ninguna necesidad de médicos... y mucho menos de alguien que sienta tanta "afinidad" por el bisturí como tú...

–Bueno... --dijo Nigel--. Y yo que tenía tantas ganas de cuidarte hasta que recuperaras la salud. La verdad es que necesito un poco diversión, porque he estado muy abatido desde que comenzó todo el tema de Ernst. Talbott, tu hombre, me ha dicho que lo has encontrado.

–Sí, Nigel. Pero está muerto y fuera de nuestro alcance.

Una mirada de irritación revoloteó por su rostro.

–¿Has dicho muerto? ¿Realmente muerto? Debo verlo con mis propios ojos. Llévame junto a él.

–En estos momentos debe de estar en la morgue, pues supongo que habrán encontrado su cuerpo por la mañana --dijo Sturbridge con voz era serena y ecuánime, como si se estuviera dirigiendo a un niño especialmente lento.

–¿Lo encuentras y luego dejas su cuerpo para los...?

–El cuerpo de ese muchacho ya no sirve para nada, Nigel. Se ha ido.

Parecía que Nigel iba a proseguir con sus acusaciones, pero se reprimió.

–¿Cómo murió? –ahora su voz era entrecortada, brusca.

Sturbridge le observó durante un largo momento, como si estuviera intentando decidir cuánto debía revelar.

–Le cortaron la garganta –respondió con sinceridad, pero ignorando la estricta cronología de los acontecimientos–. No podrías haber hecho nada por él. Nada.

Nigel había vuelto a adoptar una expresión de indiferencia.

–¿Y tu "socio" ha sido interrogado sobre este asunto? ¿Le has preguntado dónde se encontraba la noche del asesinato?

Sturbridge no parecía sentirse incómoda por esta nueva línea de acusaciones.

–Mi socio está encerrado en sus aposentos, donde permanecerá hasta que se conozcan las conclusiones de mi investigación.

–¿Pero cómo puede ser eso posible? Cuando vine aquí hace dos noches...

–Ernst Lohm fue asesinado anoche. Lo sé con certeza porque pude sentir la calidez de su sangre. Ya sabes que la sangre nos revela prácticamente todo.

Nigel frunció el ceño mientras intentaba suprimir un estremecimiento involuntario. Magia de sangre. Taumaturgia. El oscuro don de los brujos. Imaginó a Sturbridge sentada junto a un cadáver iluminado por la luna, examinando sus entrañas para destilar la verdad y leer los augurios... y con el vestido empapado de vida derramada. Pero el hombre fallecido había conservado su paz. Sus secretos le seguían perteneciendo.

Al darse cuenta del silencio que se había hecho entre ambos, Nigel sacudió la cabeza para que se desvaneciera aquella imagen y dijo lo primero que se le ocurrió.

–¿Y no encontraste nada cerca del muchacho? –se dio cuenta de que acababa de meter la pata.

–¿Cómo por ejemplo?

–No sé –respondió, intentando arreglar la situación–. Pinceles, pigmentos, lienzos...

–Ya veo que has registrado su estudio... y no hace mucho. Bien.

–Al ver su mirada de desconcierto intentó explicarse mejor:– Sabías que el cadáver no llevaba encima ninguno de sus objetos personales.

--Sí, sí --reconoció--. Mi socio estaba medio desquiciado de pesar y la verdad es que destrozó el estudio, literalmente.

--¿Y que fue los que descubriste... disculpa, lo que descubrió?

--Mi socio --replicó Nigel con énfasis-- no pudo encontrar ninguna señal de... de la obra en la que estaba trabajando Ernst.

Mierda. No tenía intenciones de contar tanto. Las insinuaciones de Sturbridge le habían puesto nervioso. ¡Qué presuntuosa!

--¿En qué estaba trabajando? --Sturbridge se agarró con fuerza a aquel hilo de conversación. Nigel se movió inquieto, sacó una caja de marfil llena de rapé y le ofreció con educación a su anfitriona.

Sturbridge rehusó distraída--. Nigel, es necesario que sepamos todo lo que sucedió durante, más o menos, los cinco días anteriores. Si Lohm estaba trabajando en algo, y ese algo también ha desaparecido, tenemos que saber qué era. Y cómo iba de avanzado. Y quién más estaba al tanto de su trabajo.

Sturbridge no sabía si se debía al contenido de la caja o al hecho de que Nigel estaba distraído, pero advirtió que se olvidaba de estornudar después de tomar una pizca de rapé.

--Si tienes que saberlo... --dijo, dándose golpecitos en la nariz con un immaculado pañuelo de seda--. Algunos amigos íntimos del artista me dijeron que iba a ser su obra maestra. Mi socio...

Miró con dureza a Sturbridge, como si estuviera retándola a que le contradijera.

--Mi socio me dijo que Ernst no quería que nadie se acercara a ella hasta que estuviera completada, así que se encerró en el estudio y no le abría la puerta a nadie, ni siquiera a los más íntimos. Me dijo que Ernst la llamaba *El Ángel*.

--Gracias, Nigel. --Sturbridge le dedicó una larga mirada calculadora antes de añadir:-- Tengo noticias para ti.

Nigel consideró la idea de ofrecerle más retórica florida o nuevas adulaciones, pero decidió guardar silencio y esperar a que continuara.

--En la escena del crimen encontré sangre... sangre de alguien más --esa información era cierta: las gotitas de sangre del camino. Sin embargo, Sturbridge olvidó mencionar que también había encontrado una cantidad importante de esa sangre en el interior del cuerpo de la víctima. Sangre poderosa. Vitae vampírica.

--¿Y examinaste esa sangre? --de nuevo, la expresión de disgusto arrugó las facciones de Nigel.

--Sí.

Se produjo un silencio expectante entre ellos hasta que Nigel lo

rompió.

–¿Y qué descubriste?

–Que la sangre era de un Nosferatu. Sin duda alguna, de la última criatura que vio a Ernst Lohm con vida.

Sturbridge tuvo la momentánea satisfacción de ver una expresión de hielo y puñales que consumía los rasgos de su huésped. Él cogió su mano y la acercó como un autómata a sus gélidos labios, olvidando enviar sangre y calor a ese lugar, como solía hacer siempre con afectación.

–Gracias, mi señora. Has sido de gran ayuda. Estoy en deuda contigo –su capa chasqueó como un látigo cuando dio media vuelta y salió con paso majestuoso de la capilla.

* * *

Sturbridge miró, quizá por centésima vez, el intrincado reloj de agua que había en el punto norte del *diagramma hermética*. Aquel mecanismo arcano de latón reluciente no daba ninguna señal de que hubieran transcurrido más de seis horas desde que lo había puesto en marcha.

Dos de las tres cuentas perfectas de color carmesí colgaban aún con precariedad sobre la abollada cuenca de cobre de debajo. Gracias a la magia, la segunda gota no caería hasta que la sangre de su propietario se derramara por el suelo. Era como si el tiempo se hubiese detenido, esperando expectante a que cayera la siguiente gota.

Sturbridge no se había mantenido ociosa: después de montar, ajustar y afinar el delicado y voluble instrumento, había tenido que unirlo al círculo de distribución. Realizó los preparativos con paciencia y precisión. Cuando estaba refrescando el círculo y saciando su sed voraz con la sangre de vida de un halcón (un halcón para la rapidez y la seguridad de vuelo), alcanzó a ver una señal reveladora de movimiento en el mecanismo de latón. Sin perder ni un instante, pasó la lengua por los extremos ensangrentados de las plumas del pecho del ave para sellar la incisión y, susurrando de modo reconfortante, acarició con un frío dedo su lomo. En cuanto dejó al majestuoso animal en su percha, el ave se agitó, parpadeó y sacudió las plumas, emergiendo de su estado casi-petrificado.

Pero Sturbridge ya estaba observando el reloj de agua: la segunda gota de vida se hinchó, se curvó y se extendió antes de

rendirse y caer. Se oyó un único repique, profundo y grave, cuando tocó la cuenca de cobre que había debajo. Entonces, Sturbridge cruzó con aplomo la línea que había trazado la sangre.

* * *

Se oyó un gemido y el resonante chasquido de un látigo. Entonces, una llama crepitó y chisporroteó y la sala se inundó de olor a carne chamuscada.

—Te lo preguntaré de nuevo. ¿Dónde está? —preguntó una voz cada vez más airada o exaltada.

La respuesta fue un completo silencio, un vacío. *La naturaleza aborrece el vacío*, pensó Sturbridge con tristeza, entrando en aquella oscura sala. Le invadió una incómoda sensación de vértigo y se tambaleó mientras intentaba que sus ojos enfocaran su nuevo entorno. Sabía que la furia y los chasquidos del látigo regresarían en breve para rellenar aquel vacío.

—He sido mucho más que paciente, desgraciado. Has robado algo que considero precioso. Devuélvemelo —aquella voz parecía estar lanzando puñales de hielo—. Hasta que no lo hagas, sufrirás...

Se oyó el débil pero inconfundible sonido de una hoja acero moviéndose muy despacio, separando lentamente la carne.

Sturbridge alcanzó a ver el destello del metal, de la sórdida cuchilla. Vio una hermosa línea de color rubí que se extendía a lo largo la cuchilla y caía descuidadamente al suelo de piedra. En el mismo instante en que se produjo el impacto, el reloj de agua repicó a sus espaldas, grave y lastimoso, por tercera y última vez.

Pudo ver la sala con claridad. En aquella oscura cámara subterránea había una docena de figuras... trece, se corrigió, al ver a la desafortunada criatura que colgaba de una antigua araña de hierro fundido, a la que estaba unida por las muñecas. Era el Nosferatu que faltaba. La última criatura que había visto a Ernst Lohm con vida.

Aquel desgraciado oscilaba levemente, como un péndulo, dando un mudo testimonio de los sutiles movimientos de la tierra. Daba la impresión de que ya estaba traicionando los secretos.

Sin embargo, a Sturbridge no le llamó la atención el camino que trazaba aquel cuerpo en el espacio, sino la elegancia con la que lo hacía. A pesar de las toscas cuerdas, los cortes de los viles cuchillos, el chasquido del llameante látigo y el leve sonido de la sangre derramada, el colgado no tenía una imagen indigna.

Es más, parecía transfigurado, engrandecido. Suspendido en el aire, la paralizada curvatura de su columna parecía desvanecerse y su silueta sólo revelaba el gentil y elegante arco de la espalda y el cuello. La tensión eterna que retorció sus manos hasta convertirlas en porras inútiles se había evaporado, dejándole sólo ante un peligro solitario. Las manos que asomaban entre las ataduras parecían elegantes y relajadas, aleteaban con gracilidad como delicados pájaros blancos. Las heridas que antaño desfiguraban sus rasgos se habían rendido al meticuloso trabajo del acero al rojo vivo; ahora, un pequeño sendero de sangre mancillaba la prístina piel de color mármol que discurría entre la mejilla y la mandíbula.

Era hermoso, muy hermoso. Parecía más una escultura que una criatura de carne y sangre, era una obra maestra que podría haber salido directamente de las cortes del Renacimiento de Florencia o el Vaticano. Un Miguel Ángel... no, mejor aún, un Donatello. No era ningún héroe mitológico, sino una figura vibrante, vulnerable. Una figura humana.

La escultura resultaba tan real que casi esperaba que se moviera. Entonces, el látigo chasqueó y el arco perfecto de la espalda se encorvó dolorido. La capa de frío mármol se resquebrajó, revelando la retorcida forma que había debajo... y que aún se aferraba con tenacidad a la cruel parodia de vida.

–Ya basta, Nigel –dijo su propia voz, calmada y autoritaria. Durante unos instantes, consideró sus propias palabras con curiosidad, como si fueran extraños que se habían abalanzado sobre ella en la oscuridad. Avanzó hacia la luz con resignación. Ya no había vuelta atrás.

El hombre del cuchillo corrió hacia ella con los ojos desorbitados, pero pronto se tranquilizó.

–¡Tú! No tienes nada que hacer en este lugar, Aisling. No necesito tu ayuda para sacarle a este desgraciado la información que necesito --su mirada de asco, que había estado ausente mientras llevaba a cabo su sangriento trabajo, se reafirmó.

El círculo de confianza de Nigel avanzó con precaución, formando un corro alrededor de ambos vampiros.

–Nigel, cariño, ya has vuelto a dejarnos al margen --dijo una voz que era casi un ronroneo acusador--. Tienes que presentarme a tu amiga. Parece muy... severa.

–Éste no es el momento ni el lugar --respondió él con frialdad, sin apartar ni por un segundo los ojos de Sturbridge.

–Ni éste es el hombre que buscas --añadió Sturbridge--. Este Donatello que tienes aquí no es quien asesinó al joven artista. Lo sabes perfectamente.

–No sé nada de eso... además, fuiste tú quien me condujo hasta él. Tú y tu magia de sangre. ¿Cómo te atreves a decirme ahora que no es él el asesino?

Ella meditó su respuesta.

–La verdad es que su sangre estaba en el lugar de los hechos. Sin embargo, había más en el interior de tu joven amigo que en su propio cuerpo.

–¿Qué estás diciendo? ¿Que Ernst estaba... vinculado a esa cosa? ¿A ese monstruo? --levantó el cuchillo, del que aún caían gotas de sangre, para señalar al colgado.

Sturbridge sonrió.

–No debería ser tan dura con los monstruos, pero lo sabías perfectamente. Nuestro Donatello estaba en deuda con el joven Ernst. Vamos, Nigel, no me digas que no tenías ni idea, porque sé que llevabas tiempo observando las correrías nocturnas de nuestro joven artista desde la seguridad de tu salón posterior: la sala de funerales que hay junto al jardín de piedra de Ernst.

–Yo no hice nada semejante...

–Oh, estoy segura de que no fuiste tú en persona. Al menos, no siempre. Creo que anoche tropecé con uno de tus socios, que estaba esperando a que el "monstruo" que había contaminado a tu artista mimado saliera de su escondite.

–Eso es ridículo. Ni siquiera supe de la existencia de esta criatura hasta que tú me hablaste de ella.

–Sin embargo, sabías dónde habían asesinado a Ernst. Y también "sabías" que la herida de mi hombro la había causado una bala. ¿Qué te hizo pensar en balas? Lo único que te dije fue que era un pequeño recuerdo que había recibido por merodear por los cementerios a altas horas de la noche... y lo era. Sin embargo, no era una herida de bala, sino un fragmento de mármol que se hundió en mi hombro. Tu socio erró el tiro, Nigel.

Se oyó un gruñido entre el círculo de seguidores, pero la mirada de Nigel bastó para que guardara silencio al instante.

–Y veamos, ¿cómo podía saber que el joven Ernst había sido... maltratado por ese estúpido desgraciado?

–Pues del mismo modo que yo: porque te alimentabas de él. La vitae de su interior era tan fuerte que resultaba imposible ocultarla. Era

sangre vampírica. Además, no me creo que un experto como tú no advirtiera la corrupción de un Nosferatu. Yo la probé en la sangre, por supuesto, porque la sangre nunca me oculta nada. ¿Pero cómo lo supiste tú? ¿Fue su flexible piel de alabastro, que de repente se hizo áspera y vulgar? ¿Fue el roce de su mano, antaño satinada pero ahora inexplicablemente fría y húmeda? ¿Fue...?

—¡Ya basta! No te consiento que me hables así. No pienso justificarme. Puede que liberara al muchacho de esa detestable criatura arrebatándole su miserable vida, pero eso no es asunto tuyo. No puedes castigarme por haberlo hecho. No he cometido ningún crimen. Era un mortal, Aisling. Sólo eso.

Entonces, ella recordó las palabras que habían salido por su boca: "¿Quién es Ernst Lohm y por qué debería importarme? El muchacho está muerto, pero los mortales mueren continuamente. Ése es el único acto que define su existencia".

Aisling guardó silencio largo rato, con la cabeza inclinada por la derrota. Por fin, sin moverse ni levantar la cabeza, dijo con voz profunda:

—Vete, Nigel. Llévate a tus amigos, llévate tus juguetes y vete.

—No vamos a ir a ninguna parte hasta que no consiga algunas respuestas de este maldito...

—Ernst está muerto, Nigel. Tienes que olvidarte de él. Tienes que seguir adelante. Él decidió aceptar un oscuro pacto. --Intentando que aquellos que se habían reunido a su alrededor no la oyeran, añadió en un susurro:— Puede que ahora te haga un daño de mil demonios saber que te dio la espalda, a ti y todo lo que le habías ofrecido, y que prefiriera...

Su voz se interrumpió y descubrió que estaba observando a la criatura deforme y destrozada que colgaba del techo.

Nigel la miró fijamente y también habló en voz baja, pero su tono era duro, cruel y amenazador.

—Si no puedo tener al muchacho tendré ese cuadro... su obra maestra final, su aliento de muerte. Lo contemplaré. Lo observaré con atención y así podré interrogarlo. Hay muchas preguntas que me gustaría hacerle y también hay palabras... --su tono se suavizó; parecía que la furia de su interior había desaparecido— También hay palabras que quedaron sin decir entre nosotros. Ese cuadro es el último vínculo que me une a él, Aisling. Es la última oportunidad que tengo de volver a estar cerca de él, la última oportunidad de decirle esas palabras. Tengo derecho a hacerlo. No puedes negármelo.

Ella lo miró con seriedad durante un largo momento, descubriendo una vez más que le estaba analizando. Cuando habló, su voz era calmada, segura, autoritaria.

–Encontraré tu cuadro, Nigel, pero ya no tienes nada que hacer en este lugar. Vete a casa e intenta descansar. Puedes venir a verme mañana.

Él no la miró a los ojos, sino que se volvió hacia su círculo de confianza mientras recuperaba su actitud habitual y se envolvía en ella como si fuera una vieja y cómoda capa.

–La bruja ha hecho su juramento de sangre. Nos dará la información necesaria, pero mientras tanto nos iremos. Estoy seguro de que hay diversiones más agradables en cualquier otro lugar. ¿Caballeros? –les indicó que se adelantarán mientras él se inclinaba respetuosamente ante Sturbridge–. Mi señora, lo dejo a tu disposición para que estudies sus entrañas y sus oráculos, aunque debo admitir que envidia a esta criatura desafortunada. Esta noche conseguirá lo que yo siempre he anhelado, pues para él serán todas tus atenciones. Hasta mañana entonces, querida.

El Nosferatu se sobresaltó al oír el chasquido que hizo la capa de su inquisidor cuando éste dio media vuelta para retirarse. Sin perder ni un instante, Sturbridge avanzó hasta él y empezó a buscar la forma de bajarlo hasta el suelo.

–¿Estás bien? Ahora voy a bajarte. ¿Crees que podrás aguantar?

Él gruñó, respuesta que ella consideró afirmativa. La cuerda que le sujetaba pasaba sobre el aro de la lámpara y se deslizaba por un corchete de la pared. Aisling acercó un dedo al nudo y este se deshizo al instante. Hubo nuevos gruñidos cuando los pies tocaron el suelo. Al asumir de nuevo la carga de su propio peso, el Nosferatu se encorvó y se tambaleó.

Sturbridge le ayudó a sentarse en el suelo. A continuación, con un hábil movimiento de uña, se abrió la muñeca.

–Toma. Bebe. No tengo ni idea de dónde estamos, pero necesitarás todas tus fuerzas antes de que podamos ir a ninguna parte. –Al ver que vacilaba, añadió, como si eso lo explicara todo:– Soy Sturbridge.

El hombre se llevó una mano nudosa y paralizada a la cara. Estaba rechazando el alimento que tanto necesitaba.

–¿Por qué? –preguntó con una voz ronca, rota–. ¿Por qué me has llamado Donatello?

Sturbridge se sorprendió por la pregunta y por la intensidad de su

atenta mirada. Cuando lo miró, se dio cuenta de que tenía razones para dudar: creía que se estaba burlando de él.

–Cuando te vi ahí colgado –empezó a explicar con precaución, como si sólo el sonido de su voz bastara para hacerle huir–, me recordaste a una escultura, a una estatua. Eras como una figura de mármol blanco, perfecta y reluciente, que se alzaba contra los estragos y la indignidad del tiempo. Una figura vibrante, vulnerable, humana. Un Donatello.

Se encogió de hombros, casi a modo de disculpa. La sangre ya se había deslizado por todo su brazo y ahora caía desde el codo hasta el suelo. Él inclinó la cabeza, pero Sturbridge fue incapaz de adivinar si lo hacía por vergüenza o por resignación.

Con una mano destrozada, el hombre acercó el brazo que le ofrecía a sus labios y bebió con furia, dando sorbos sin parar de sollozar. Después de un rato, sus jadeantes sollozos se fueron haciendo más regulares hasta que por fin cesaron por completo. Sturbridge permitió que apoyara la cabeza en su regazo y selló el ahora dentado corte de su muñeca.

Sus ojos contemplaron aquel rostro desfigurado que ahora estaba calmado. Las heridas provocadas por el cuchillo ya se habían unido, porque su sangre había ayudado a que se cerraran. A continuación, desvió su atención hacia las lesiones de la espalda y lo que sabía que encontraría en ese lugar.

Su camisa estaba hecha jirones. Con sumo cuidado, Sturbridge retiró aquellos harapos empapados de sangre. Aunque, piadosamente, el látigo no tenía púas, sus verdugos le habían prendido fuego... un enemigo ancestral que provocaba heridas más profundas y duraderas que cualquier púa de acero.

Los vendajes de lino que cubrían la mayor parte de su espalda habían recibido la peor parte de los azotes, pero permanecían allí para indicar la gravedad de los daños que había recibido la suave piel de debajo. Lentamente, cada vez con más ansiedad, Sturbridge fue retirando las vendas.

Al tirar de ellas, éstas fueron saliendo en una lámina continua, acompañadas de un sonido húmedo y pegajoso que aludía a costras recientes que aún no se habían acabado de formar y a viejas heridas que se habían vuelto a abrir. Sturbridge contuvo el aliento.

Allí, asomando bajo las vendas, estaba la obra maestra de Lohm: el Ángel. Lo había tallado en la espalda del Nosferatu, Era una obra maestra inmortal.

Sturbridge la observó con atención, absorbiendo todos y cada uno de los detalles. Sí, esa figura oscura y encapuchada le resultaba muy familiar. Las alas eran de la llama más pura; el destrozado brazo derecho colgaba flácido e inútil como una guadaña en primavera. Era Uriel el Recolector, el Ángel de la Muerte. La sangre manchaba el borde de su túnica y por todas partes había cardenales recientes. El lívido carmesí asomaba con temeridad, imponiéndose sobre los naranjas ardientes, los púrpuras imperiales y los verdes de medianoche que el artista había utilizado para insuflar la vida en el precursor de la muerte.

Sturbridge acarició distraída la cabeza que descansaba en su regazo. Qué terrible y enigmático regalo había recibido en manos de su devoto y condenado admirador. Por un momento, sintió envidia y piedad por este hombre que no era más que un caparazón muerto y lisiado, por este monstruo que había sido doblemente bendecido y que era una obra de arte eterna y la obra maestra de un artista.

Meció entre sus brazos el destrozado cuerpo. Era tan liviano y tan frágil que parecía que una corriente de aire bastaría para que se desmoronara y volara por los aires. Era como una doble brazada de hojas crujientes de otoño.

Se preguntó cómo podía tener alguna esperanza de resistir. Era imposible que pudiera enfrentarse a los rigores físicos de las próximas noches o al más arduo de los desafíos: el de despertar cada noche viendo su propia deformidad, sin poder observar la radiante belleza que estaba siempre a su alcance, pero fuera de su campo visual. La belleza que cargaba a sus espaldas, escondida.

Tarde o temprano, la paciente sombra de Donatello le acabaría alcanzando. Sturbridge imaginaba que el Recolector le daría unos golpecitos en la espalda (territorio neutral, la tierra de nadie que había entre ambos) y le conduciría hasta casa. Eso sería inevitable, tan cierto como la muerte. Sin embargo, morir no resultaba difícil; lo complicado era encontrar la fuerza necesaria para permanecer entre los vivos y levantarse cada noche. Para alimentarse y resistir.

No envidiaba su lucha por despertar de la blasfema parodia del regalo divino, de la vida eterna, sabiendo que el Ángel de la Muerte estaría eternamente en su espalda, revoloteando, esperando a que él tropezara o resbalara, sólo una vez, para intervenir.

Sturbridge cambió con cuidado los vendajes y extendió una sábana para cubrir su rostro. Le asombró la urgencia de aquellos ojos terribles, penetrantes y sobrecogedoramente pacientes.

Por lo menos, esta noche estaría a salvo. Le rodeó con sus brazos protectores, como las oscuras alas de los cuervos, y él durmió profundamente. El sueño de los muertos.

FIN

Mundo de Tinieblas:
CARNE DE MI CARNE
Eric Griffin

{ Vampiro / Clanes-14 / Relato-05 (Tzimisce) }
Publicado en... *"Clan Novel: Anthology"*
Traducción: Isabel Merino Bodes

Viernes, 13 de agosto de 1999, 11:30 PM
Washington, D.C.

Cuando se iniciaron las revueltas, el Mall de Washington D.C. había adoptado la forma de un campamento militar. Era una ciudad de tiendas de campaña, desbordada de refugiados y trabajadores de emergencia, que se extendía sin interrupción entre el Capitolio y las ventanas tapiadas de la Casa Blanca. Por segunda vez en la historia, la residencia de los presidentes se había visto sometida a la indignidad de las linternas. La Primera Dama se había tomado con calma la evacuación forzosa y, al igual que había hecho su predecesora, Dolley Madison, se había fotografiado rescatando un retrato de George Washington del incendio.

El Monumento a Washington se alzaba erecto y desafiante entre la marea de tiendas y cuerpos desaseados, como un dedo que señalaba acusador hacia el cielo. De cerca, resultaba obvio que los esfuerzos concertados de innumerables vándalos se estaban cobrando su peaje. Sin embargo, como si fueran conscientes de lo que iba a suceder, los trabajadores de FEMA habían intentado superar sus miedos y habían levantando un andamio provisional para pintar una prominente cruz roja a cada uno de los cuatro lados del obelisco.

El Instituto Smithsonian había cerrado sus puertas al público. El nivel inferior del Museo del Aire y el Espacio se había convertido en la base de campo de la Milicia del Estado de Maryland que, en vano, intentaba restaurar algo similar al orden en la capital del estado. El Museo Nacional de Historia había sido acordonado después de la explosión (supuestamente causada por unos ladrones de diamantes) que había sacudido al edificio y había desestabilizado la estructura.

Los equipos de rescate se habían visto obligados a abrirse paso a través de la réplica en tamaño natural de una ballena azul que, antaño suspendida del techo, se había precipitado al suelo y había sellado un ala entera del edificio.

Sin embargo, de todos los edificios del Mall, el que más había cambiado era el Castillo. Algo fundamental de ese nostálgico edificio de ladrillos había sido alterado. La presión de aquella multitud de vida se había alejado de su presencia y los hierbajos ya no arraigarían en sus sombras.

* * *

Al anochecer, la ciudad de tiendas de campaña estaba iluminada por las fogatas que ardían en contenedores de basura de metal y en automóviles destripados. La pequeña figura lisiada dio un enorme rodeo para evitarlos. Sabía que si cometía la imprudencia de acercarse demasiado a uno de esos apretados grupos de humanidad, éstos le recibirían, en el mejor de los casos, con miradas airadas y palos de acero. Con un poco de mala suerte le robarían, le golpearían o... bueno, muchas de las personas que había en este lugar estaban muertas de hambre, así que no se mostrarían demasiado escrupulosas.

Se alejó de la presión de aquellos cuerpos voraces y apareció en un escabroso claro despejado, la tierra de nadie que rodeaba el Castillo. Sin mirar a su alrededor para ver si le estaban observando, avanzó con rapidez hacia las puertas principales. Tenía la impresión de que el viejo edificio estaba atento a sus movimientos.

Con cuidado, acercó una mano a la puerta. Su superficie era áspera y nudosa, pero pareció retorcerse bajo su contacto. Suave y flexible, húmedo y vivo. El portal no se abrió para él, sino que se replegó a su alrededor, le engulló.

Avanzó a ciegas, empujando y golpeando las paredes de la viscosa membrana, hasta que sintió que era escupido hasta el fresco interior. Durante el forcejeo perdió una de sus muletas de metal pulido, que resbaló por el suelo de mármol y se detuvo a diversos metros de distancia con el bullicioso y reverberante tintineo del metal hueco.

--¿William? --gritó una voz desde el piso superior--. ¿Eres tú, William? Siempre armas un alboroto tremendo.

--Sí, Su Eminencia, soy yo. Lamento haberla molestado. He...

--Bueno, entonces sube. Estoy ansiosa por conocer las noticias.

Pero intenta no hacer ruido. No me gustaría que asustaras a los sujetos. En estos momentos están muy tranquilos. Sube.

William se despojó de su ropa de viaje y abandonó en la entrada la muleta que le quedaba. A continuación, ajustó la cincha del saco alrededor de sus costillas. La escasa musculatura que tenía bajo la caja torácica (una confusión de entrañas y órganos vitales) estaba envuelta en aquellos manchados trozos de cañamazo. A medida que avanzaba (impulsándose hacia delante con sus brazos grotescamente desarrollados) el contenido se iba derramando, dejando un rastro húmedo en el suelo.

William subió las escaleras mediante una tortuosa serie de saltos y sacudidas, mientras sus manos golpeaban con fuerza el gélido mármol. Se detenía en cada escalón y esperaba a que el movimiento de contrabalanceo remitiera antes de intentar subir el siguiente. Después de lo que le pareció una eternidad, alcanzó la habitación de la torre.

La pequeña sala circular era sofocante: el aire estancado olía a rancio y el hedor de la carroña resultaba casi avasallador. William tuvo la perturbadora impresión de encontrarse en el nido de una gran ave depredadora. Podía ver trozos de cielo a través de los ventanales de ese nido de águilas, cuyo suelo estaba repleto de huesos viejos. Aquí y allá, brillantes y resplandecientes baratijas reflejaban la luz... unas baratijas que, en su mayoría, eran de acero, tenían púas y habían sido ribeteadas con crueldad.

Sascha Vykos estaba sentada en un taburete alto delante de un inmenso escritorio antiguo de madera tallada. Aunque ese mueble debía de pesar unos ciento cincuenta kilos, sus soportes entramados le proporcionaban un aspecto ligero, casi efímero. Al verlo, la mente de William evocó los bazares de Bagdad, los sacos de canela y aquellas muchachas cuyos ombligos parecían almendras perfectas.

El taburete parecía ser dos tallas más grande que el escritorio. Vykos estaba inclinada sobre él, con los brazos doblados sobre sus costados como si fueran alas. Con uña cruel, examinaba los detallados esbozos anatómicos que tenía delante y, de vez en cuando levantaba la cabeza para contrastar algún detalle con los sujetos vivos que había dispuesto a su alrededor... después de haberlos abierto en canal para estudiarlos.

William pensó en Vesalius y los grandes anatomistas del Renacimiento, que se vieron obligados a llevar a cabo su trabajo en secreto y en la infamia, garabateando con premura los conocimientos

prohibidos que recababan de sus rápidas y furtivas miradas a las profundidades secretas del cuerpo humano.

Sin embargo, la operación que se estaba desarrollando en este lugar era muy diferente: Vykos no estaba anotando la información derivada de sus observaciones, sino que estaba examinando a sus sujetos humanos a partir de los esbozos que descansaban sobre el escritorio.

Vykos apartó la mirada de su trabajo y, al ver a William, se levantó para saludarlo.

—¡Estás aquí, William! Entra. Estoy acabando de hacer unas cosas. ¿Traes alguna noticia?

El gemido estremecedor que dejó escapar el sujeto más cercano reveló que Vykos todavía no había terminado. William consideró que el hecho de que aún advirtiera esos detalles tan insignificantes no era más que una señal de su propia debilidad. Estaba tan acostumbrado a ver ríos de vida derramada, a sentir el húmedo peso de los órganos internos o a realizar cortes precisos para separar los huesos de los tendones, que ya se había insensibilizado. Sin embargo, los gemidos, los lamentos, el rechinar de dientes...

Vykos le dedicó una gélida mirada de desinteresada curiosidad, como si estuviera reconfigurando sus rasgos mentalmente. William tragó saliva y se obligó a sí mismo a centrarse en el motivo de su visita.

—Sí, Su Eminencia. Traigo noticias sobre el tercer enclave. Todo está preparado. Ya hemos traspasado las protecciones internas, pero sé que querrá estar allí en persona antes de que accedamos al interior. He invocado el *noli mirare* y he despedido a los equipos de excavación durante el resto de la noche.

—Excelente. Has hecho bien, William. Sin embargo, ¿nunca has tenido tentaciones de entrar en el enclave? ¿De ser el primero en pasear por esas galerías que han sido abandonadas por el enemigo con tanta premura? ¿De contemplar esos tesoros escondidos y tocar esos objetos que tanto apreciaba? ¿De echar un vistazo a sus libros antiguos y conocer sus deseos más secretos?

La voz de Vykos se había convertido en un coro susurrante. William observaba con mudo horror y fascinación los solemnes tatuajes tribales que asomaban por las mangas del arzobispo. Cada uno de ellos parecía retorcerse por voluntad propia, y entonces, con el inconfundible sonido de la carne al separarse, partirse en dos para formar una enorme y desdentada sonrisa. Al instante, todas aquellas

bocas empezaron a susurrar, aguardando con impaciencia el próximo botín o venganza o humillación.

William apartó la mirada mientras forcejeaba con sus labios para que pronunciaran alguna palabra. La que fuera.

–¿Si me he sentido tentado, Su Eminencia? Sí, supongo. Sin embargo, usted ha sido más que generosa conmigo. Los botines de los dos primeros enclaves... Si no fuera por los secretos que descubrimos allí, nunca habría alcanzado este nivel de liberación de la carne. Estoy en deuda con usted.

Vykos frunció el ceño.

–Mientes muy mal, William. Has entrado, ¿verdad? Puedes decírmelo, lo entenderé --se acercó más a él.

–¡No, Su Eminencia! Yo no... Nunca osaría... Soy su fiel servidor. Usted, que puede discernir la verdad de la mentira, sabe que es cierto.

Vykos observó impassible al gusano que se retorció a sus pies, retrocediendo lentamente sobre su propio rastro de limo para dirigirse al borde de las escaleras. Era un bicho curioso. Levantó un pie para aplastarlo.

–Gracias, mi señora --William, sumamente agradecido, se inclinó ante el pie que le ofrecían y acercó sus labios a él.

Vykos vaciló, intentando decidir si prefería aniquilar al gusano o recibir aquella muestra de adoración.

–No hagas eso, William. Es totalmente impropio --movió los dedos con desdén mientras retiraba el pie. William se apartó con brusquedad y sólo la suerte permitió que lograra sujetarse al borde de las escaleras y no cayera rodando por ellas.

–Haz que traigan el coche ahora mismo. Nos iremos de inmediato.

–Sí, Su Eminencia.

* * *

El vehículo blindado para el transporte de tropas retumbó por el aparcamiento subterráneo del Museo del Aire y el Espacio; en cuanto salió al exterior, los súbditos de Vykos levantaron de nuevo la barricada. El vehículo cruzó la calle y siguió adelante, alejándose en dirección al Mall, la tierra de nadie que rodeaba el Castillo.

La multitud, apartándose a su paso, mostró su desaprobación mediante una lluvia intermitente de rocas, botellas y desechos humanos. El vehículo blindado llegó a las puertas principales, se

detuvo unos instantes y arrancó de nuevo, despejando el camino con una ráfaga de disparos de advertencia. La multitud gritó, lanzó una nueva salva de improperios e, instantes después, retrocedió acobardada.

El vehículo se abrió paso entre los detritos de la ciudad, cruzó el último puente que seguía alzándose sobre el Potomac y se alejó en dirección a Virginia.

* * *

Ya se encontraban en las profundidades de las montañas que hay más allá de Winchester cuando el automóvil se detuvo. Las puertas se abrieron y Vykos fue recibida por el fresco aire de la noche y su penetrante olor a pino. La inmensidad de aquel espacio abierto le perturbó. Quizá, había pasado demasiado tiempo encerrada en los estrechos y sombríos laboratorios, prisiones y bunkeres que, últimamente, se habían convertido en todo su mundo.

Meditó. Que ella recordara, la última vez que había estado al aire libre fue la noche que atacaron Washington. Aquello fue glorioso. ¡No! La última vez fue la noche de su coronación. Recordaba con claridad estar sentada en el tejado del Castillo mientras los dignatarios del Sabbat se reunían a sus pies. Desde entonces, la ciudad se había convertido en una trampa para ella, en una prisión.

Vykos sentía poco o ningún interés por los rigores nocturnos que comportaba el gobierno de una ciudad... especialmente una del tamaño y la complejidad de Washington. Los infinitos detalles y conflictos de los que tenía que ocuparse le distraían de su trabajo, de su investigación. No, no sólo le distraían. La verdad es que le impedían realizarlo.

Pero esta noche... Por dos veces se llenó los pulmones de aire mientras contemplaba las estrellas y los pinos. Esta noche estaba libre de distracciones. Aquí tendría tiempo suficiente (y espacio suficiente) para los descubrimientos. ¡Para las revelaciones! En estos bosques, en la ermita de su viejo rival, en este escondite de secretos celosamente guardados, puede que encontrara alguna pista que le condujera hasta aquello que le había estado eludiendo durante todos estos largos años. Quizá, nunca más regresaría a la ciudad.

William carraspeó incómodo, aterrado por el hambre que se dibujaba y consumía las facciones de su ama. Aquella expresión era más terrible que su indiferencia clínica, que sus despidos fortuitos.

–El enclave esta justo por aquí, Su Eminencia.

El reciente tránsito pedestre había abierto un sendero por el muro de zarzas. El olor a pino pronto quedó anulado por el dulce y empalagoso aroma de las magnolias. A ambos lados del sendero de entrada se alzaban florecientes árboles blancos que se inclinaban hacia delante y se unían entre sí en lo alto, formando una columnata enramada que conducía a la decrepita casa solariega.

Dos centinelas flanqueaban los escalones semicirculares que ascendían hasta el porche principal. Visto desde esta distancia, parecían un par de arbustos espinosos mal recortados, pero sus impacientes murmullos les traicionaban. Además, sus movimientos no coincidían con las ráfagas de aire.

Al ver que se acercaba el arzobispo, ambos arbustos espinosos hicieron una reverencia, desconcertados, y se inclinaron hasta quedar muy cerca del suelo.

–Buenas noches, Su Eminencia.

–Es un gran honor, Su Eminencia.

Aquellos hombres vegetales tenían un aspecto violento. Su "cabello" frondoso y despeinado, apenas contenido por severas coronas de espinas, salía disparado en todas direcciones. La madera de sus rostros era vieja y el paso del tiempo la había erosionado, dejando profundas marcas. Sus rasgos eran afilados y angulares, al igual que sus quebradizas extremidades, que parecían ramitas. La madera chasqueaba y restallaba a cada movimiento.

–Usted nos acompañará –dijo Vykos, señalando al guardián situado a su derecha–. Necesitaremos una linterna. William, estate quieto un momento.

Vykos hizo un cuenco con sus manos y sopló en ellas lenta y sostenidamente, hasta que un débil y vacilante parpadeo floreció en el interior de la oscura cuenca. A medida que insuflaba vida a la chispa, ésta se hacía más brillante, más candente.

William gritó asustado y estuvo a punto de perder el equilibrio sobre sus muletas de metal. Tiró al suelo su abrigo negro de lana, que humeaba ligeramente. Al quedar a la vista, el saco de cañamazo que llevaba atado a sus entrañas resplandeció con una cegadora luz blanca. Aquella confusión de fibras toscas proyectaba tanta luz como la mecha de una lámpara de propano.

Vykos le ordenó guardar silencio con una mirada.

–Si ya has acabado, podrías tener la amabilidad de abrir la marcha.

* * *

Las muletas metálicas avanzaban por pasillos y galerías. William tenía la impresión de que llevaban horas y horas caminando. Era evidente que los antiguos moradores de esta casa la habían abandonado con premura, porque los efectos personales descartados se diseminaban por todas partes, ensuciando las habitaciones del piso superior, y los laboratorios habían sido invadidos por vapores nocivos y cultivos desenfrenados de hongos, descendientes de los dudosos componentes que habían sido abandonados a sus propios recursos en vasos de precipitados sin tapar y placas de Petri.

En los santuarios y talleres, el polvo sedimentado había oscurecido las perfectas líneas trazadas con tiza de los diagramas de protección, revelando que aquellos ritos habían sido abandonados en plena ejecución. En el ala este, William pudo seguir un sendero de masacre que sólo podía ser obra de un espíritu guardián renegado que, al ver que no se habían cumplido los pactos que le vinculaban, había decidido marcharse de forma dramática y vengativa.

--En este lugar ha sucedido lo mismo que en los otros dos enclaves --murmuró Vykos--. Me complace ver que la lealtad de Goratrix ha sido recompensada. Los pupilos abandonaron sus puestos a la primera señal de peligro.

--Dicen que fueron convocados --dijo William, intentando no rezagarse--. Todos ellos. Que todos fueron llamados para servir a su amo.

También dicen, pensó, que Vykos y Goratrix han sido los más fieros de los rivales... incluso en sus días mortales, cuando ambos no eran más que simples aprendices que competían por las atenciones del brujo Tremere. Pero eso fue en la época dorada, cuando los dioses de la noche caminaban entre los hombres mostrando sus verdaderas formas, sus rostros bellos y terribles de contemplar. El simple hecho de mirarlos bastaba para que estallaran los sentidos de cualquier hombre que hubiera tenido la presunción de contemplar a los mejores. Sin embargo, la Inquisición acabó con todo esto y los agraviados Tzimisce apartaron sus radiantes e inefables rostros incluso de los fieles.

William había acompañado a Vykos a todos los enclaves de la Casa Goratrix que habían sido abandonados con tanta premura. Deseaba saber qué había sucedido entre esos dos rivales legendarios,

pero como no podía preguntárselo directamente, hacía elucubraciones basándose en las cosas que decía su ama cada vez que era presa de un ataque de cólera. En el momento presente, suponía que Goratrix intentó vencer a su rival traicionándola ante Los Radiantes, aunque no dio cuenta de que sus artimañas no le ayudarían a derrotarla, sino a cultivar una enemistad que se extendería a lo largo de ocho largos siglos. De todos modos, William había tenido la prudencia de no compartir con nadie sus conjeturas.

–Sé lo que dicen. ¿Crees que estaríamos aquí si...? --Vykos estaba muy tranquila--. Por supuesto que he oído esos rumores, incluso cuando todavía estaba en Europa... Pero necesitaba verlo con mis propios ojos. Lo comprendes, ¿verdad, William? No he tenido noticias de su amo durante todos estos meses y su silencio me inquieta. Le... le aprecio mucho.

William estaba seguro de que no le gustaría ser el objeto de un afecto similar.

–Y... ¿realmente cree posible que estuviera aquí, Su Eminencia? ¿Entre estos mismos muros? Después de todos los rumores que he oído sobre el Traidor, creo que empiezo a dudar que haya algo de verdad en las historias que se cuentan sobre él: que consiguió de los Tremere el secreto de la vida eterna; que encontró, sin la ayuda de nadie, las premisas perdidas de la Magia de Sangre; o que tuvo la osadía de enfrentarse a su amo para proclamar su propia Casa. En mi opinión, si sólo la mitad de las cosas que se dicen de él fueran ciertas, tendría que haber sido el brujo más grande que jamás... --William se interrumpió de repente, dándose cuenta al instante de que había hablado demasiado.

Vykos le observaba con seriedad. Conocía bien esa mirada de su ama: era ese momento de calma que hay justo antes de que empiece a derramarse la sangre. William empezó a retorcerse debido a la fuerza de esa mirada. Entonces, dándole la espalda, Vykos espetó:

–Conozco a alguien más colosal.

William avanzó cojeando en silencio durante un rato, pues no deseaba decir nada que pudiera enojarla aún más. Le alegraba poderse quedar rezagado. Tenía la impresión de que estaban recorriendo una y otra vez los mismos pasillos vacíos, pero no dijo nada. Delante de él, Vykos acababa de detenerse con brusquedad.

–Tiene que ser aquí. Estoy segura de que, por lo menos, ya hemos recorrido este mismo pasillo tres veces. William, ¿recuerdas si hemos buscado ya en este almacén?

Echó un vistazo a su alrededor y descubrió una pequeña puerta que no había visto mientras se acercaba... seguramente, porque había quedado oculta por la intimidante figura de Vykos. Buscó en sus recuerdos.

--Sí, es una pequeña bodega. Su Eminencia recordará que la mayor parte de los víveres están cubiertos por una especie de moho rojo y gris.

El escolta, que había oído la conversación, se acercó a la pareja.

--¿Tendrías la amabilidad de realizar un rápida comprobación de esta habitación para confirmar las palabras de William? --dijo Vykos al hombre vegetal cuando éste les alcanzó.

--Por supuesto, Su Eminencia --el hombre abrió la puerta, observó con atención el interior y, arrugando la nariz de asco, volvió a cerrarla de inmediato.

--Es exactamente tal y como él dice. La verdad es que no me gustaría nada tener que entrar allí --dijo, dando media vuelta para seguir avanzando por el pasillo.

--¿Y qué es exactamente "tal y como él dice"? --preguntó Vykos.

El guardia parecía confundido.

--Pues hay unos escalones que bajan a la bodega. Al parecer, los tablones están podridos... y debido al hedor, yo diría que la escalera no es lo único que está pudriéndose allí dentro.

--¿La bodega? --Vykos se volvió hacia William con una mirada de triunfo en los ojos.

--Sí, su Eminencia, la bodega. Si considera que es importante echarle un vistazo, supongo que podría ponerme un arnés para poder bajar esas escaleras. Creo recordar haber visto algo de cuerda en la sala de suministro del ala oeste.

--Hace un momento me dijiste que era una despensa --insistió Vykos.

William parecía nervioso.

--Puede que me haya desorientado. Tengo la impresión de que llevamos horas dando vueltas en círculo por estos pasillos --se acercó a la puerta y, apoyándose entre las muletas y la pared, la abrió.

»Como siempre, usted tenía razón, Su Eminencia. Es una bodega, sólo eso. Lamento haberle hecho perder el tiempo.

¿Procedemos a investigar los terrenos?

--No. Vamos a pasar por esa puerta. Todos.

--¿Quiere que entremos todos ahí dentro? --le desafió William--.
Por mucho que nos apretujemos, no creo que quepamos. Además, la

despensa está llena a rebosar de víveres podridos y el hedor es insoportable. Quédese aquí fuera, ama. Entraré yo solo.

--Estúpido --murmuró Vykos--. No es más que una defensa, una trampa duradera de viejas magias de sangre. Está nublando tu percepción... y al parecer, también tu recuerdo, de lo que hay al otro lado de la puerta.

Vykos conjuró una perversa espada de acero que extrajo de su manga. Al verla, William retrocedió alarmado, balanceándose con precariedad. Sintió una oleada de calor y pánico cuando su ama le sujetó de la espalda para mantenerlo erguido. Entonces, bajó la mirada y vio que el arma estaba enterrada en la malla candente que encajonaba sus órganos internos.

--¡Pero mi ama! ¡Su Eminencia! --balbució.

--Cierra la boca, William --Vykos retiró el cuchillo, que resplandecía de fuego robado. A continuación, acercó la hoja a la madera de la puerta y, con un sencillo movimiento circular, quemó un círculo perfecto en su superficie. Trabajó con rapidez, añadiendo runas y grabados arcanos para transformar aquel círculo en un diagrama protector. Tras algunos retoques hábiles, el diagrama cambió de nuevo y adoptó la forma de un gran dragón que se enrollaba sobre sí mismo para comerse su propia cola.

El cuchillo ya se había enfriado, pero el dragón resplandecía, como si estuviera iluminado por una llama interna. William había retrocedido hasta la pared y se había deslizado lentamente hasta el suelo. Sus entrañas se habían liberado de los raídos restos del saco de cañamazo y ahora se esparcían a su alrededor, extinguidas y sin vida. Miró desconcertado a su ama.

--Esperarás aquí, William --Vykos indicó por señas al guardia que le acompañara al interior--. Podrás seguirnos cuando se aclare tu discernimiento.

--Gracias, Su Eminencia. Es usted sumamente generosa --respondió William.

* * *

La sala que había al otro lado de la puerta resultó ser un patio interior inmenso. No había ni rastro de la despensa diminuta ni de la escalera podrida que conducía a la húmeda bodega. Los jardines, antaño bien cuidados, estaban sofocados de hojas podridas y charcos de agua estancada en los que proliferaban nubes de mosquitos. Tres

senderos bifurcados (de guijarros rojos, negros y blancos, respectivamente) serpenteaban bajo la maleza.

Vykos permaneció en el pequeño círculo de espacio despejado que había justo detrás de la puerta. El suelo era de piedra, pues debido al movimiento de la puerta, los hierbajos y los helechos no habían podido proliferar. A su derecha había una gran roca dentada en la que descansaban unas manillas rotas de hierro. Las cadenas estaban teñidas del color rojo oscuro: corrosión y sangre vieja.

El guardián se inclinó para examinar la inscripción que había sido grabada en la roca: *"Ecce inquit ignis et ligna ubi est victima holocausti."*

--¿Víctimas del holocausto? --levantó la mirada hacia las sangrientas manillas y sacudió la cabeza--. ¿Por qué erigirían un monumento en memoria a las víctimas del Holocausto en un lugar como éste?

Vykos lo observó disgustada.

--*Victima holocausti*. Eso significa "res para el holocausto".

¿Podrías decirme exactamente dónde estudiaste...? Bueno, no importa. No me lo digas. Eso sólo me llenaría de cólera. El conjunto de la inscripción dice: "Aquí llevamos el fuego y la leña, pero la res para el holocausto, ¿dónde está?". Es de la Biblia --añadió con optimismo, viendo la perpleja mirada de su rostro--. Quizá te suena. ¿Has leído la historia de Abraham e Isaac?

--Por supuesto que sí --enfadado, el guardián apartó de un patada algunos guijarros sueltos que había en el círculo--. Sin embargo, nunca me he molestado en leerla en latín.

--Cuando conocí la historia --la voz de Vykos era distante; su mente se encontraba en algún lugar remoto--, no se podía leer en ninguna otra lengua que no fuera latín. O hebreo...

Echó un vistazo a su alrededor y advirtió las familiares marcas de las estructuras cabalísticas que descansaban bajo la maleza del Jardín de los Caminos Bifurcados. Había tres senderos que se originaban en Malkhut, la Prisión Terrenal y, bifurcándose y transformándose, ascendían hasta Kether, la Corona. El palacio de la divinidad pura. Durante su recorrido, los tres caminos se separaban, se cruzaban y se dividían hasta que acababan convirtiéndose en veintidós: uno por cada manifestación de los Arcanos Mayores. Vykos pudo ver otros nueve claros circulares, idénticos al que ocupaba, que representaban las esferas planetarias, las estaciones del recorrido del descubrimiento interior. En algunos se alzaban fuentes obturadas, en

otros estatuas descoloridas y en otros, piedras conmemorativas desatendidas.

Cuando el conocido patrón místico se fue desplegando ante ella, Vykos no vio la brillante escalera de Jacob que ascendía, peldaño a peldaño, de lo humano a lo divino, sino una trampa: un laberinto de giros falsos, caminos bloqueados y callejones sin salida. Aquellas serpenteantes rutas deberían haberle anunciado revelaciones y, en cambio, se enrollaban sobre sí mismas, obstruidas, cerradas, crueles. En el mismo centro de los jardines, el dragón se mordía la cola.

Vykos respiró hondo, saboreando la absoluta contradicción de los planes de su rival por aferrarse a la inmortalidad. Lamentaba que Goratrix no pudiera estar allí para verlo, para compartir con ella este momento. Sin embargo, puede que su ausencia fuera la contradicción más condenable de todas. Quizá, había sucumbido al gentil reproche de la muerte.

--Puedes seguir adelante si lo deseas --dijo Vykos al guardia--. Pero hazlo con cautela. Aquí, entre los Caminos Bifurcados, se encuentra la muerte.

Con gran valor, Vykos avanzó a grandes zancadas hasta el camino central, hasta el centro mismo de la corrupción: la boca del dragón. Instantes después, unas pisadas crujientes le informaron de que su guardián había empezado a caminar tras ella. ¡Estúpido!

El sendero de guijarros blancos era el Axis Mundi, el pilar cósmico. Su secreto es que no conoce los regresos, sólo las marchas.

El camino zigzagueaba hasta la esfera central. Ya podía ver el raquítico manzano que había en el centro de los jardines, donde convergían diversos caminos formando encrucijadas. Vykos recordó que, en sus días de juventud, solían colgar a la gente en las encrucijadas. Una vieja costumbre muy curiosa.

--Más te valdría haberte quedado en la roca --dijo Vykos sobre su hombro.

Su escolta refunfuñó y apresuró sus pasos para alcanzarla.

--Tenía la piel de gallina. Sentía que había algo encima de mí, dando vueltas en círculo... esperando. Tenía que salir de debajo. Además, había un fuerte olor a sangre. ¡Le juro que los grilletos rezumaban sangre! Creía que estaba volviéndome loco. Aquella sangre no era falsa, sino vitae antigua y poderosa. No tengo ni idea de dónde salía, pero me resultaba imposible ignorarla. Era incapaz de sacármelo de la cabeza.

--Tendrías que haber esperado fuera, con William --respondió

Vykos con sensatez. Tras avanzar entre la maleza en silencio durante un rato, añadió:

»Está bien que no hayas probado esa sangre, pues es la sangre del Traidor. Ésta es su Casa y esas, sus cadenas. Sin duda alguna, están allí para que sus ilusos seguidores recuerden siempre el precio que tuvo que pagar por ellos.

Ante ellos se abrió un nuevo claro que estaba rodeado por un muro bajo de ladrillos de apenas treinta centímetros de altura. Aquel muro había sido construido por un picapedrero experto que había sido capaz de crear un círculo perfecto usando tan sólo ladrillos rectangulares. Los ladrillos encajaban entre sí a la perfección, sin la ayuda de argamasa ni cemento. Vykos le pegó una patada al muro y descubrió que era sólido. Esto debía de ser Yesod, la Base.

Se acercó a la erosionada estatua que se alzaba en el centro del lugar cercado.

—Ah, aquí estás, mi viejo amigo. Ya veo que, como siempre, tu ambición sólo puede ser superada por tu modestia.

La estatua medía dos metros y medio de altura, sin contar con el pedestal, y representaba a una figura joven, vigorosa y triunfal. Tenía la cabeza hacia atrás, el puño levantado y sujetaba con fuerza algún premio escondido.

—¿Es él? Parece terriblemente joven --comentó el guardián con escepticismo. Al advertir la mirada de desaprobación de Vykos, añadió:

»Parece que acaba de robar algo.

Al oír esas palabras, Vykos sonrió.

—Y así es. Era el Prometeo de esta gente, su Portador de la Luz. La diferencia está en que Prometeo sólo robó para el hombre el secreto del fuego, pero Goratrix proporcionó a estas personas el secreto de la llama imperecedera... el secreto de la vida eterna. Después cerró su Pacto Oscuro y lo firmó, pero no sólo con su sangre, sino con la de todos sus hermanos... y recibió su merecido.

—¿Está diciendo que lo mataron? ¿Qué lo encadenaron a la roca?

—Prometeo fue encadenado por su vanidad --corrigió Vykos--.

Cada día, un buitre le arrancaba y se comía su hígado, que se volvía a regenerar para el banquete del día siguiente. En cambio, Goratrix desea nacernos creer que él, al igual que Prometeo, tiene que sufrir noble e injustamente, que su sangre se derrama noche tras noche por su pueblo. Yo tenía la esperanza de haber visto ya sus últimas gotas de sangre.

–¿Qué dice la inscripción? –el guardián señaló con un dedo el pedestal, donde ponía: *Quasi tempestas transiens non erit impius iustus autem quasi fundamentum sempiternum.*

El humor de Vykos había mejorado tanto que ahora no le increpó por su falta de educación clásica.

–"El paso de un malvado es como el de un torbellino; sin embargo, el virtuoso es una base duradera". Es de la...

–Oh, sí, de la Biblia. El malvado cae en el olvido, ¿verdad? Es extraño que alguien ponga estas palabras en su propio memorial

–pensó en voz alta mientras ambos se dirigían hacia el otro lado del claro–. ¿Usted cree que realmente vio todo esto? ¿Qué alguna vez recorrió los caminos que estamos pisando ahora?

Por un instante, la irritación se dibujó en el rostro de Vykos: esta noche, era la segunda vez que intentaban someterle al mismo tipo de interrogatorio. De todas formas, su enfado no duró demasiado, pues se sentía extasiada caminando entre las ruinas de la casa de su enemigo.

–No lo sé con certeza, pero es posible. Supongo que la Casa de Goratrix no habrá tenido más de una docena de capillas en el mundo entero. Nosotros hemos descubierto y traspasado tres de esos enclaves... cuatro, si incluimos las carbonizadas ruinas que se extienden bajo Ciudad de México. Seguramente vino a este lugar en, al menos, una ocasión, quizá para honrar a su nueva comunidad... y conseguir juramentos de sangre y lealtad.

El camino volvió a abrirse ante Vykos formando un nuevo círculo: el claro central. Su compañero se acercó a ella tapándose la nariz y la boca con una mano y blasfemando.

–¡Puff! ¡Qué peste!

Las moscas se apiñaban alrededor del fruto colgante de aquel árbol ennegrecido. Ése era el punto central del modelo, el punto en el que se unían las emanaciones de lo divino con los esfuerzos de lo mortal, el lugar en donde la cola y la boca del dragón se unían en la humilde perfección del círculo. Extasiada, Vykos se apresuró en seguir adelante.

Sobre el tronco de aquel árbol escuálido había una placa de mármol. Apartó la maleza que la cubría y leyó en voz alta: *"Eritis sicut dii scientes bonum et malum..."*

–¿Qué significa eso?

Vykos contemplaba la maltrecha canopia de ramas secas como si estuviera buscando algo: el destello de alguna escala, el temblor de

una lengüeta.

--"Y tenéis que ser como dioses --respondió sin mirarlo--, conociendo tanto el bien como el mal".

Con indecisión, extendió una mano para arrancar la fruta prohibida. La manzana. El Malum. El símbolo de la Casa de Goratrix y de la tentación que le había conducido a traicionar y a condenar a los Tremere. *Tenéis que ser como dioses...*

Entonces, la nube de moscas se apartó en un zumbido de envidiosos reproches, revelando lo que no era el lustroso brillo rojo del Malum, sino los tonos rojos y negros más intensos de un corazón humano marchito.

El árbol estaba adornado de vida detenida. Con un hábil movimiento, Vykos arrancó la fruta colgante y apreció su viscoso y húmedo peso. Una única gota de sangre brillaba en el rabillo aórtico que acababa de romper. Cerrando los ojos con sublime anticipación, acercó la fruta a sus labios y mordió su dulce carne.

Al instante se oyó el inconfundible sonido de un desgarró, crujiente, húmedo y cálido. Después, la precipitación de los jugos, un bocado de luz de sol prohibida desde hacía tanto tiempo. Vykos advirtió la calidez que se estaba extendiendo por todo su cuerpo, abriéndose como un abanico. Era un calor que no seguía el camino que conduce de la garganta a los intestinos, sino que se abría paso entre los atrofiados canales de sus venas y arterias vacías.

En respuesta a aquella calidez, Vykos sintió fuego en su propia sangre. Saltaba en su interior, hirviendo, furioso. Se encogió de extasiado dolor.

Entonces oyó un grito a sus espaldas y obligó a sus ojos a contemplar aquella escena de violencia: el cuerpo del guardia había estallado en llamas, se había consumido desde el interior. El hombre salió del círculo y corrió a toda velocidad hacia un denso muro de vegetación, intentando con todas sus fuerzas llegar a la fuente más cercana. A su paso, las hojas secas empezaron a arder en llamas.

De repente, los gritos y los movimientos que había entre la maleza cesaron. Al ver la oscilante columna de humo que se alzaba hacia el cielo, Vykos supo que su compañero nunca consiguió llegar a su destino.

* * *

Vykos oyó una voz ansiosa que procedía de Malkhut, la Prisión

Terrenal. La salida.

–¿Está usted bien, Su Eminencia? He oído...

Entonces pudo ver a William. Estaba apoyado de forma precaria sobre las muletas; sus entrañas colgaban libremente, enrollándose entre los oxidados grilletes como si fueran ciegas serpientes blancas que probaban el aire con sus veloces lenguas. Sin embargo, él no era consciente del espectáculo que ofrecía, pues sólo tenía ojos para su ama.

Vykos estaba radiante, transfigurada. Una luz resplandeciente brillaba por todos los poros de su piel. Era como un prisma de colores.

–Estoy bien, William –su voz era fuerte, reconfortante. No tenía nada que ver con los extraños tonos melódicos que había utilizado últimamente. El prisma de luz se aproximó más, avanzando a empujones. Crujió con fuerza sobre el camino de guijarros y entró en la Prisión Terrenal con el tintineo del latón hueco golpeando la piedra.

A cada paso vacilante que daba, su resplandor se desvanecía, apagándose hasta convertirse en un tenue reflejo. Completamente maravillado, William observó la imagen que se alzaba ante él: no era la de su severa ama, sino un reflejo de sí mismo. ¡Pero menudo reflejo! La imagen no le reflejaba tal y como era ahora, sino tal y como sería en el futuro. El espejo seleccionaba todas sus cualidades nobles, dignas de alabanza y envidiables y las magnificaba. Y se las mostraba como un regalo.

Al verse a sí mismo ocupando el lugar de Vykos, se sintió desconcertado: estaba contemplando a un William que era un depredador milenario, un pilar del Sabbat, el líder de una ciudad temida por el mundo entero.

Y mientras observaba, la imagen iba cambiando, puliéndose. Su doble se enderezó y pareció quedar suspendido en el aire. Las torpes muletas de metal cayeron al suelo, abandonadas, olvidadas. Entonces, la imagen cambió de nuevo, marchitándose y enrollándose sobre sí misma como una serpiente que se come sus propias entrañas. Se despojó de su piel, deshaciéndose de ella como si fueran capas y capas de voluminosa ropa de abrigo y dejando al descubierto las prendas de debajo, cada vez más brillantes. Las capas de piel dieron paso a los músculos, luego a los tejidos y por fin, a los huesos. La confusión de costillas y vértebras cayó al suelo como una lluvia afable; el cráneo las siguió con un sonido melódico de hueso hueco golpeando la roca.

William se encontraba ante sí mismo, tal y como era en esencia:

una etérea niebla de sangre que navegaba a la deriva. Con los ojos llenos de lágrimas, extendió una mano vacilante.

–¿Algo va mal, William? –dijo una voz que apenas era un movimiento de la niebla.

Sintió una humedad fría y reconfortante cuando aquellas briznas de color carmesí danzaron entre las yemas de sus dedos.

–Nada. Absolutamente nada.

Guardó silencio durante largo rato, sin ser consciente de todo lo que le rodeaba. Por fin habló en voz alta, a nadie en particular, a Vykos (¿dónde había ido?), a sí mismo.

–Tengo miedo de que acabe. Tengo miedo de que no acabe.

–¿William? Regresa conmigo, William.

La nube adoptó la forma un rostro. El rostro de Vykos. Estaba inclinada sobre él, observándolo con preocupación. Sus rasgos se perfilaron más y recuperaron su habitual serenidad. Era una mirada que empuñaba un escalpelo.

–Tu centinela ha sufrido un accidente. Supongo que debido a alguna protección que impide que los no iniciados prueben la fruta del árbol. La verdad es que deberías ser más cuidadoso a la hora de reclutar a tus ayudantes, pues he observado ciertas negligencias desconcertantes en su adiestramiento formal. ¿Tendrás eso en cuenta cuando busques un sustituto, William?

William era incapaz de prestar atención a las palabras de su ama. Sus pensamientos seguían centrados en aquellas briznas danzantes de color carmesí. La forma física se separaba de la primordial. Entonces supo que ésta sería su obsesión, su llamada, su obra principal.

Aquí, en el Jardín de los Caminos Bifurcados, su ama le había hecho un regalo ambiguo, un regalo de doble filo. Se levantó, libre de la roca manchada de sangre, mientras se preguntaba qué le exigiría ella a cambio.

Sabía perfectamente qué le exigiría.

–Acércate, William. Mañana verás el desmantelamiento de este enclave. Podrás repartir el botín de la forma que consideres más apropiada, pero asegúrate de que todo arda en llamas. Y William –se volvió hacia él–, voy a quedarme con esa estatua para tenerla en mi museo. En mis museos. Te encargarás personalmente de que la lleven al Castillo, ¿de acuerdo?

–Se hará su voluntad, Su Eminencia.

Delante de él no veía la familiar silueta de su ama, sólo la brizna

roja que navegaba a la deriva. La tentación adquirió su forma más pura, más primordial, más letal... y entonces supo por qué era incapaz de negarle nada a su ama.

FIN

Mundo de Tinieblas:
LOS PECADOS DEL PADRE
Robert Hatch

{ Vampiro / Clanes-14 / Relato-06 (Ventrue) }
Publicado en... "*Clan Novel: Anthology*"
Traducción: Isabel Merino Bodes

Sábado, 9 de octubre de 1999, 6:13 PM
Baltimore, Maryland

Derek Joiner conducía hacia el sur, con diez años de su vida guardados en una caja.

La caja era de cartón y tenía el logotipo de la Corporación Anodina, la empresa en la que había trabajado durante la mayor parte de la década anterior. Le habían dado la caja junto a una indemnización por cese. Mientras empaquetaba sus cosas, Kincaid le había acompañado de una terminal a otra para asegurarse de que no robaba ratones, bloques de notas Post-It u otras propiedades de la empresa.

Si Derek hubiera reflexionado un poco sobre lo sucedido (no lo había hecho, al menos conscientemente) habría tenido la impresión de que aquel día estaba maldito: la mañana había sido bastante mala, repleta de clientes airados, correos electrónicos no contestados y el imperativo de terminar todo el trabajo que sus subordinados deberían haber tenido listo hacía un mes. Sin embargo, los verdaderos problemas habían comenzado a primera hora de la tarde, con aquella llamada telefónica. Había levantado el auricular suponiendo que se trataba de una llamada importante de los tipos del departamento Técnico de Marketing.

Pero era Melanie, su mujer. Casi nunca le llamaba al trabajo, excepto cuando tenía que darle alguna mala noticia. Con el paso de los años, Derek, como si fuera un músico escuchando diferentes acordes, había aprendido a calibrar los diferentes tipos de tensión que transmitía su voz. Entre las infinitas notas de aquella sinfonía que habían ido componiendo a lo largo de todos esos años, estaba la tensión del "Sé que estás con otra puta mujer"; la tensión del "Jeremy

ha sacado malas notas"; y la tensión del "Acabo de hablar con mi madre". Al responder al teléfono y oír que ella le saludaba con un simple "Derek" (no "Hola, Derek" o "¿Qué tal?" o "Hola cariño") supo con certeza que se trataba de una "tensión" de crisis y sintió que se le encogía el estómago mientras esperaba el golpe...

–¿A qué te refieres? ¿Devuelto?

–El banco me ha dicho que no tenemos nada en la cuenta corriente y que...

–¿Conseguiste el talonario de cheques? ¿Un estado de cuentas? ¿Te dieron...?

–¡Derek, por favor! Fui al banco y hablé con el director de la sucursal. Estuvo examinando los movimientos... y la verdad es que no parece que alguien haya usado nuestro número personal para robarnos. Lo único que sucede es que no hay nada de dinero. La cuenta se ha ido vaciando lentamente y...

–Pero tenemos los extractos del año pasado, ¿no? Y los de los años anteriores.

–Yo... el director dijo que había llamado a la oficina central, que había hablado con los de allí y que se reunirían con nosotros. Dijo algo sobre la FICA (Ley de Contribución al Seguro Federal), sólo que... sólo que parece que el dinero nunca estuvo allí. Entonces me dio a entender que creía que yo le estaba mintiendo o que era una chiflada y que el dinero nunca había estado allí. Pero eso no es todo... Después llamé al servicio del fondo mutualista para consultarlo y... también ha desaparecido todo el dinero. Pasé más de una hora al teléfono con alguien del Servicio al Cliente...

–El puto Servicio al Cliente –gruñó Derek–. Quiero el número del jodido vicepresidente. Todo esto es imposible, Melanie. El dinero no desaparece de repente. En nuestra cuenta bancaria había casi diez mil dólares, y cuarenta mil más en el fondo mutualista. ¿Dónde cojones está ahora todo ese dinero?

Después de aquella llamada, Derek había pasado la tarde entera intentando conseguir alguna información razonable de Melanie, el director del banco o el fondo mutualista. Su voz, que había ido aumentando de volumen paulatinamente, cada vez estaba más ronca. Mientras mantenía su cuarta conversación telefónica con Melanie, Kincaid había entrado en su despacho para decirle que Jim Phelan quería verle.

–Espera un minuto.

–No, no puede esperar.

Antes de colgar, había intentando tranquilizar a su mujer diciéndole que tenía que tratarse de un fallo técnico, de algún virus informático o de algo similar. Era imposible que sucediera este tipo de cosas; el dinero de una familia no podía evaporarse de repente, como el agua sobre el asfalto caliente.

* * *

Subió un tramo de escaleras y cruzó los cubículos de la empresa hasta que llegó a los despachos con ventana que ocupaban los grandes ejecutivos. La atmósfera era tan tensa que se sentía como si le hubieran llamado a la oficina del director general. Jim estaba sentado tras su odioso escritorio de caoba y Kincaid, que nunca había apreciado demasiado a Derek, estaba de pie junto a él, con su esquelético cuerpo ligeramente tenso. Ambos le invitaron a tomar asiento.

Kincaid cerró la puerta del despacho.

—¿Sucede algo? —preguntó Derek, pues sabía que a John Phelan no le gustaba tener la puerta cerrada.

Resultó ser que sí.

El nuevo cargo que ocupaba no estaba teniendo los resultados que habían previsto en los análisis de rendimiento del año anterior. Derek siempre había obtenido buenos niveles de producción, pero el puesto que ocupaba requería una forma de pensar más estratégica y, francamente, las cifras alcanzadas no eran las que esperaba la empresa.

Derek tenía la impresión de encontrarse en el centro de una furiosa tormenta. Protestó y se defendió. De acuerdo, su departamento había aumentado los beneficios en un cuatro por ciento, pero durante el pasado año fiscal, las pérdidas de la empresa en su conjunto ascendieron al once por ciento. De todas formas, si Derek había cumplido o superado todos los objetivos enumerados en la descripción del trabajo que había redactado el propio Phelan cuando le promocionó, ¿cómo era posible que estuvieran tan poco satisfechos con su trabajo?

Ellos eran conscientes de todo esto, por supuesto, y no tenían ninguna duda de que Derek se había esforzado mucho; sin embargo, esos objetivos hubieran sido aceptables para alguien que fuera nuevo en el puesto, pero no para alguien que llevara ya nueve meses ocupándolo. El consejo de dirección consideraba que no tenía

iniciativa, que no era lo bastante agresivo y que no parecía ser demasiado ambicioso. Entonces pronunciaron la frase demoledora: no era la persona apropiada para el puesto.

No era la persona adecuada. A pesar de que había pasado una década entera consiguiendo "4" y "5" en sus análisis de rendimiento, de repente habían llegado a la conclusión de que ya no era bueno en su trabajo. Esta hiriente frase significaba que el mamón de Kincaid había conseguido plantar veneno suficiente en la oreja de Phelan para que lo despidieran. Derek lo intentó con todas sus fuerzas: les recordó los objetivos y todos los criterios mensurables de rendimiento. Al final les suplicó, como un niño pequeño, pero Phelan era una persona tan benigna e implacable como la estatua de granito de un presidente fallecido. Como había trabajado para la empresa durante tanto tiempo, recibiría una generosa indemnización por cese, además de todas las cartas de recomendación que necesitara. Ambos estaban seguros de que pronto encontraría otro trabajo.

Derek también estaba seguro de algo, referente a la familia y a la moral de esos hombres. El estrés que había estado soportando durante todo el día salió burbujeando por su boca como el vapor del alquitrán. En cuanto su voz traspasó la puerta, empezaron a asomarse cabezas curiosas sobre las paredes de los cubículos que le recordaron a aquellas estúpidas cabezas de payaso que la gente golpea con un mazo en carnaval. Phelan y Kincaid escucharon impasibles su invectiva (puede que en el caso de Kincaid hubiera también alguna emoción diferente) y le dijeron que, aunque comprendían su frustración, sería mejor para los intereses de todos que se limitara a retirar las cosas de su escritorio y a abandonar la empresa. Joiner, que entendía perfectamente las implicaciones de aquellas palabras, no estaba dispuesto a consentir que un par de policías de alquiler le sacaran a rastras de la puta empresa.

* * *

Derek Joiner estaba conduciendo su Saab hacia el sur, dejando atrás una carrera profesional arruinada y dirigiéndose hacia una mujer histérica y una cuenta corriente vacía. Sus movimientos eran tan mecánicos que parecía que le estuviera siguiendo la policía. Si hubiera habido algún observador fortuito, se habría quedado sorprendido al descubrir que tanto las situaciones de absoluta serenidad como las de caos absoluto pueden provocar reacciones superficiales idénticas:

respuestas automáticas, como las Zen.

Iría a casa. Hablaría con Melanie y descubriría qué cojones había sucedido con su dinero. Presentaría una demanda de despido improcedente. Se limitaría a ir a casa y ya vería lo que sucedía después.

Salió de la autopista y se detuvo en el semáforo. A continuación giró a la izquierda dos veces, después a la derecha y recorrió el sórdido camino flanqueado por Western Unions y emporios adultos que evitaba siempre que llevaba a los niños en el coche. Al final de la calle giró a la izquierda y avanzó por un laberinto de bloques de apartamentos que alquilaban aquellos estudiantes cuyos padres tenían algo de dinero pero no demasiado. Cuando giró de nuevo a la derecha, se encontró en medio de un barrio residencial, con casas de dos plantas, jardines con el césped cortado y cubierto de hojas, y Volvos aparcados en los caminos de acceso. La luz de las farolas hacía que aquel barrio tuviera un aspecto espectral, que pareciera más un decorado que algo real. Una brisa otoñal golpeaba los árboles depilados mientras dejaba atrás aquel paisaje tan familiar y accedía al camino de acceso de una calle concreta. Ya estaba en casa.

* * *

El sol se había puesto, pero los rascacielos del centro de la ciudad resplandecían como antorchas contra el cielo nocturno, dando a la oscuridad que les rodeaba un tono gris ceniciento. Las torres permanecían iluminadas para fomentar el "orgullo cívico" (es decir, por ostentación), aunque algunas luces estaban encendidas por razones más prácticas: para que pudieran trabajar los equipos de limpieza, los comerciales ambiciosos que deseaban hacer varias horas extra para ser promocionados o los verdaderos accionistas y corredores de bolsa, que no podían asistir a las reuniones que se celebraban a las dos de la tarde, aunque durante la noche decretaban importantes políticas y directrices.

Jan Pieterzoon estaba sentado, muy erguido, en una de esas oficinas. Tenía los brazos cruzados y escuchaba el informe de su subordinado, un espía que llevaba largo tiempo al servicio de uno de los múltiples enemigos menores de Pieterzoon. Dichos enemigos se aferraban como percebes a todos aquellos que nadaban por los mares de la Yihad. Cada jugador crítico del gran juego tenía un papel que desempeñar; sin embargo, en ocasiones era necesario deshacerse de

ellos... sobre todo cuando los percebes se hacían demasiado pesados o voluminosos.

Pieterzoon sentía un picor concreto, el escozor provocado por un parásito especialmente repugnante que nunca conocería su indulgencia. Esta semana, aquel parásito había interferido en las operaciones de la Corporación Anodina, una de las empresas de su propiedad, y en las de una firma de valores de alguien a quien Pieterzoon debía un favor. La intromisión en sí no era importante, pero formaba parte de un modelo recurrente. Ese *autarkis*, ese animal de rapiña que avanzaba furtivamente de una generación a otra como si fuera una garrapata enganchada a la piel de un animal, ya había arañado la superficie de la base de poder de Pieterzoon con anterioridad; el cultivo de Iberville, destruido una década antes del Terror; la ruina de Miller & Joiner Trading Company, empresa clave para el dinamismo oriental de Pieterzoon durante el apogeo de Victoria. Ninguno de sus ataques había sido mortal para una criatura de la edad y la astucia de Pieterzoon... pero ya eran demasiados arañazos, erosiones e incursiones en el armazón político y económico que había creado a su alrededor, como un pólipo de coral, para defenderse de los estragos de la Yihad.

Si esa criatura seguía molestando, tanto a él como a sus aliados, la imagen de Pieterzoon se arruinaría. Además, gracias a la información secreta de sus subalternos, sabía que la criatura se dejaría ver dentro de muy poco, justo en el momento adecuado, tal y como había hecho durante siglos.

No lo permitiría.

—¿De modo que Gastón se va a mover esta noche? —preguntó Pieterzoon cuando su criado guardó silencio.

* * *

Derek aparcó el coche al final del camino de acceso, igual que había hecho todas y cada una de las noches de aquellos diez años, cuando aún no estaba arruinado. La luz de la puerta principal estaba encendida, como un falso faro que hace señales a los barcos para que choquen contra las rocas. También estaba encendida la luz de la sala de estar. ¿Qué iba a decir? ¿Qué iba a decirle a su esposa? Los fragmentos incompletos y caleidoscópicos de pensamientos que había en su mente daban vueltas con tanta rapidez que era incapaz de articular frases coherentes.

Entró por la cocina. No había ninguna luz encendida ni fue recibido por el olor de la comida. *Por el amor de Dios, Melanie, ¿no podrías haber pedido comida china, por lo menos?* Pensó en llamar a su mujer, pero prefirió ir en su búsqueda. Tras detenerse un instante para coger aire con fuerza, cruzó la cocina, que estaba hecha un desastre, pues había papeles por todas partes y un montón de cuchillos por el suelo; Amanda podría pisarlos y hacerse daño. Entonces accedió a la familiar estancia beige y marrón de la sala de estar, con su televisor de treinta y seis pulgadas y sus accesorios comprados por catálogo.

Y allí estaba Melanie, repantigada en el sofá, con un vestido azul de estar por casa, el cabello suelto y la boca (uno de sus rasgos más atractivos cuando estaba cerrada o, al menos, ocupada en otras actividades distintas a la de hablar) roja, llena y abierta. Tras mirarla con atención, advirtió que tenía otra boca abierta: una que estaba más abajo y era más grande, más roja y más llena. Melanie tenía una dentada boca de payaso en el cuello.

Fue como volver a entrar en el despacho del director general, pues Melanie permaneció tumbada en el sofá; no se levantó para explicarle a gritos los acontecimientos que habían tenido lugar durante el día... ni siquiera se dio cuenta de que había llegado.

--¿Melanie? --dijo él, con voz cavernosa--. ¿Melanie? ¿Qué sucede?

Melanie no estalló en lágrimas, ni habló, ni se movió. Derek sentía que una mano inmensa e invisible le estaba zarandeando.

Era como observar un cuadro. A pesar de que llevaba ocho años viviendo en esta casa, Derek nunca se había fijado de verdad en los detalles de su sala de estar. Sin embargo, ahora se extendió en su conciencia la moqueta afelpada de color beige, que estaba salpicada de unas extrañas manchas rojas; el sofá, de color marrón suave para contrastar con la moqueta, que también estaba salpicado de manchas; y la mesa de café de cristal que había comprado en Pier 1 en Navidad, para regalársela a Melanie, que estaba jaspeada de manchas de color carmesí.

--¿Melanie? --a medida que avanzaba, su voz fue aumentando de volumen. El vestido azul de su mujer, visto bajo la luz de la lámpara de Tiffany, estaba repleto de manchas oscuras. Melanie tenía los ojos abiertos de par en par, como los de las truchas que se pescan en el lago. Su garganta era una masa de carne destripada.

--¡Dios mío! --Derek respiró hondo y se arrodilló junto al

destrozado cuerpo de su mujer; sin perder ni un instante, la cogió de los hombros y la zarandeó frenéticamente, intentado que recuperara los signos vitales. Aunque no era la primera vez que estaba en esta habitación acompañado por la muerte (pues había celebrado los funerales de algún pariente al que conocía, sobre todo, por los cheques que le enviaba en Navidad o por su cumpleaños), nunca había sentido la muerte tan cerca, nunca había podido palparla con tanta claridad en el aire que le rodeaba.

Y entonces, como un escalpelo, un pensamiento sobrecogedor se extendió por las redes de su conciencia. *¡Los niños!*

Jeremy... Recordó parte de una conversación que había mantenido con Melanie durante el desayuno, algo así como que Jeremy pasaría la noche con su amigo Brian. *Jeemy no está en casa, pero Amanda...*

--¡Amanda! --Amanda era su hija de dos años. ¿Estaría en casa?

Se levantó y dio media vuelta para correr hacia el pasillo y subir las escaleras que conducían a la habitación de Amanda.

--¡Amanda! --intentó gritar de nuevo, aunque perdió el aliento al ver qué había en la puerta de la sala de estar.

Un hombre alto y vestido con ropa oscura sin forma estaba apoyado tranquilamente contra el marco de la puerta. Tenía que el cabello castaño y largo, una barba de tres días, la piel de una palidez enfermiza bajo el resplandor de la lámpara de Tiffany y un abrigo negro. Además, Derek advirtió que aquel hombre sujetaba la blanca forma de su hija entre sus brazos.

--Deje que mi hija... ¿Qué es lo que quiere?

--Síntese --espetó el extraño. Al instante, como si le hubiera derribado una ráfaga de viento, Derek se dejó caer sobre el sofá que había junto al que ocupaba el cadáver de su mujer. Sus músculos, repletos de adrenalina hacía escasos segundos, eran ahora como globos que se habían desinflado.

--Déjela ir --repitió Derek levantándose de nuevo, a pesar de su repentina debilidad.

--He dicho que se siente. Y cállese --siseó el extraño.

Volvió a caer sobre el sofá. Entonces, como si quisiera recordarle quién estaba al mando, el extraño levantó con delicadeza el cuerpecito de Amanda que, misericordiosamente, parecía estar dormida.

Aquel gesto tranquilizó a Derek, que dejó de ofrecer resistencia. El conjunto de la sala, de la escena, daba vueltas a su alrededor. Era consciente de que tenía que actuar de la forma correcta: ahora no se

trataba de intentar conservar el trabajo, sino de salvar la vida de su hija. No podía cometer ningún error.

–¿Quién es usted? –preguntó Derek jadeando–. ¿Qué quiere?

–Bueno –dijo el extraño, arrastrando las palabras–, soy la persona... bueno, no soy una persona exactamente, pero vayamos por partes. Soy la criatura que ha arruinado su vida. ¿Su insignificante reserva de ahorros? Se ha esfumado, por cortesía mía. ¿El yugo de su trabajo? Arrancado de su vida como el ala de una mosca, por cortesía mía. ¿Su apetitosa mujer? Más fría y con menos sangre que cuando tenía vida... de nuevo, una atención que le he dedicado con todo mi cariño.

El extraño le hizo una reverencia burlona, sujetando siempre entre sus brazos a Amanda.

Era imposible que esto estuviera sucediendo. No podía ser cierto que ese lunático, al que no había visto en su vida, apareciera de repente en su vida y arrasara los cimientos de su existencia como si fuera un tsunami. ¿Acaso todo esto era una especie de... broma? Sí, tenía que ser eso. Melanie se levantaría del sofá y se lavaría el cuello para eliminar la sangre falsa y el maquillaje y Phelan le llamaría para decirle que se presentara en el trabajo al día siguiente. Después, todos se reirían de aquella mórbida broma de mal gusto. Podría perdonarles, podría olvidarse de todo esto. Se iría a dormir y borraría de su mente todo lo que había sucedido durante el día, del mismo modo que eliminaría una entrada innecesaria de una hoja de cálculo.

–¿Por qué está haciendo esto? –balbució.

No podía soportar el hecho de que aquel extraño tuviera a Amanda entre sus brazos ni que Melanie le observara en la muerte de un modo más acusador de lo que había hecho en vida. Sin embargo, con más fuerza que la ira, el pesar o cualquier otro sentimiento que tuviera en esos momentos (excepto el miedo que sentía por Amanda), deseaba comprender qué estaba sucediendo para poder reaccionar antes de que su hija resultara herida.

–Bueno, señor Joiner, esa pregunta es muy sensata –fue la respuesta del extraño–. Pero para responderla, tenemos que dirigir el ojo de nuestra mente hasta el otro extremo del Atlántico, hasta una pequeña provincia del Midi que se encuentra al sur del territorio de lo que usted conoce como Francia, y hacer que nuestra memoria se remonte unos seiscientos años atrás...

–¡Limítese a responder la puta pregunta! ¿Qué es lo que quiere? –sus palabras eran tan ásperas que le arañaban la garganta.

Como única respuesta, el extraño levantó a Amanda y abrió la boca como si fuera a morderle el cuello.

Unos dientes largos e imposiblemente afilados brillaron bajo el fulgor de la lámpara, en amenazadora yuxtaposición con la suave piel de la pequeña.

--¡Por el amor de Dios, deténgase! ¡No lo haga! De acuerdo... de acuerdo... No le haga daño, por favor --las palabras corrían por su boca como los dibujos de una máquina tragaperras, y casi con idéntica aleatoriedad.

El extraño frunció el ceño, haciéndose el ofendido, mientras bajaba los brazos y sujetaba a la pequeña delante de él en un gesto de obvio significado.

--Ejem. De acuerdo. Ahora permitamos que el ojo de nuestra mente contemple las tierras de Señor de Joinville, soberano heredero de un pequeño feudo durante los últimos años de la Edad Media. No era un personaje muy importante, pues en términos modernos supongo que podría decirse que ocupaba una especie de cargo medio de dirección, similar al que ha ocupado usted hasta hoy. De todas formas, al igual que muchos gobernantes insignificantes, era un tipo sumamente presuntuoso... pero como ya le he dicho, esta descripción puede aplicarse a diversas personas de aquella época, y también de ésta. Sin embargo, para mí, el Señor de Joinville era un tirano muy especial. Dígame, señor Joiner... ¿usted sabe quién era el Señor de Joinville?

Derek observó sin expresión alguna a su interlocutor. Escuchaba las palabras del mismo modo que escucharía el boletín de tráfico un conductor que se encontrara en un atasco peligroso, porque la mayor parte de su cerebro estaba intentando encontrar una forma factible y segura de liberar a su hija de las manos de ese demente. Al extraño pareció desconcertarle la falta de respuesta, pero optó por continuar.

--Usted es tan maleducado como el resto de su linaje, e igual de negado para mantener una conversación amena. Hum. Bueno, él... el señor, era un hombre muy malvado, una bestia incluso para los estándares de la época; sus siervos y secuaces le detestaban con más fuerza que usted al señor Kincaid --el extraño hizo una pausa y miró con malicia a Derek--. Por cierto, supongo que le interesará saber que el Señor de Joinville era su ancestro.

El extraño hizo otra pausa, esperando a ver su reacción, pero no obtuvo respuesta.

--Es su ta-ta-tatarabuelo, veintitrés generaciones atrás.

Exactamente veintitrés generaciones. Lo sé porque las he contado con extrema meticulosidad.

Derek tenía que centrarse. Por el bien de su hija, tenía que reaccionar ante esta locura de una forma racional.

–Ignoro por completo la historia de mi familia. Mire, sé que usted no quiere hacer esto; tenemos que llevar a mi esposa al hospital y...

–¡No se atreva a decirme lo que quiero y lo que no quiero hacer! –gritó el extraño. Alarmada por el grito, Amanda despertó y empezó a patallar y a chillar. Entonces, el extraño levantó a la nerviosa niñita y, mirándola a la cara, susurró: "Duerme, duerme". La pequeña se tranquilizó al instante, como si le hubieran administrado un tranquilizante.

–Fíjese en lo que ha sucedido, señor Joiner. ¡Por su culpa he molestado a la pequeña! La situación es la siguiente: yo he venido aquí a contarle una historia; si desea salir de este... incidente sin que usted ni los suyos sufran ningún daño, tendrá que escucharme. De otro modo... –el extraño levantó a Amanda hasta la altura de sus labios y empezó a besarle la mejilla.

–¡De acuerdo! ¡De acuerdo! –Derek levantó las manos en un gesto de súplica—. Cuénteme su historia, cuénteme lo que quiera, pero por favor, no le haga daño...

–Excelente. Veamos, estábamos hablando del Señor de Joinville. Tal y como le he dicho, su difunto ancestro era un tirano de despreciable reputación en una época de monstruos. Pertenecía a una familia noble, de las de más baja cuna, pero intentó incrementar sus escasas riquezas administrando su pequeño feudo como si fuera un Sarraceno sanguinario. La vida de los siervos que trabajaban sus campos era miserable: el terreno que cultivaban era tan rocoso como el corazón del señor y tenían que pagar el doble de tasas que aquellos que vivían en otros feudos más prósperos de los alrededores. Pasaban tanta hambre que lo único que les consolaba era que el señor tenía cierta propensión a colgar a sus siervos, por pequeño que fuera el pretexto, y eso ayudaba a reducir el tamaño de la población durante los meses de más hambruna. Este problema continuó durante varios años agotadores... pero no eternamente, porque incluso en aquella época tan fatalista, una conducta tan monstruosa como la del señor de Joinville provocaba resentimiento, desesperación... y en última instancia, rebelión. Con el tiempo, empezaron a oírse quejas en los pedregosos campos, en las cabañas y en la sucia iglesia, donde los sucios siervos rezaban por su liberación. Algunos de los jóvenes

más valientes o desesperados de la aldea juraron que acabarían con él o morirían en el intento. Recuerdo cuando empezó todo. Fue a finales de otoño, cuando otros jóvenes y yo desafiábamos el toque de queda del señor y nos reunimos en mi tosca morada para tramar un complot tan cruel como los que nos gustaban a los campesinos de la época. No sabíamos nada de armas, pero éramos muchos y estábamos cargados de odio. Además, las fuerzas del señor eran poco más que bandoleros y el salario que recibían era demasiado bajo. Supongo que los demás me eligieron como líder porque en una ocasión tuve que ejercer de recluta involuntario del señor, cuando éste se vio obligado a enviar a sus tropas al condado vecino para devolverle un favor a otro noble. Durante más de un mes tuve que esgrimir un cuchillo con un látigo en el extremo, que supuestamente era una lanza, aunque intenté mantenerme tan lejos de la refriega como me fue posible. Supongo que como sobreviví, me convertí en un verdadero héroe en mi aldea.

El extraño carraspeó antes de continuar.

—Decidí acercarme a un lugarteniente que formaba parte de la guardia, un rufián vil y borracho que no era amigo del señor ni del capitán. Le propuse un pacto: si persuadía a algunos de sus compañeros para que bajaran el puente levadizo y provocaban el caos entre los guardias mientras nosotros accedíamos al castillo, permitiríamos que él y sus hombres lo saquearan y se llevaran todo lo que pudieran transportar. Como se produciría una gran rebelión, aquel motín sería pasado por alto; además, nosotros juraríamos que el saqueo había sido obra de unos bandidos que merodeaban como lobos entre las provincias. El pacto se cerró aquella noche. Durante el mes siguiente, trabajamos cada atardecer, golpeando y aporreando los aperos de labranza para convertirlos en viles armas de guerra. Cuando llegó la noche señalada, nuestro grupo marchó hacia la casa... sólo para dispersarse cuando las flechas pasaron zumbando entre nosotros como airadas avispas. Alguien, seguramente el lugarteniente, nos había traicionado y había hablado de nuestro complot al señor; por eso, sus soldados estaban esperando a nuestros hombres. Nosotros no éramos soldados, sino simples granjeros... y nuestra determinación se fundió como el hielo en primavera. ¡Qué estúpidos fuimos al confiar en los chacales que servían al señor! Muchos fuimos apresados. Yo vi una oportunidad de escapar y corrí hacia el bosque que se alzaba en las inmediaciones del territorio del señor. Como me había criado entre aquellos árboles, lo conocía

bastante bien y pude evadir la persecución inicial de los guardias, pero las cosas se pusieron feas en cuanto se desplegaron. ¿Cómo hubiera podido imaginar lo cruel que sería la venganza del señor? Al verse sometido al yugo del señor, un cautivo reveló el origen de la conspiración. Yo me encontraba en un punto cercano pero tan escondido como un campesino asustado puede esconderse; desde allí vi una columna de humo que se alzaba sobre un armazón llameante situado en el lugar que antes ocupaba mi choza. También vi las siluetas, pequeñas como hormigas, de mi mujer y mis hijos cuando fueron llevados a rastras ante el señor. Me acerqué sigilosamente un poco más, todavía asustado y siendo incapaz de intervenir. Los hombres del señor llevaron a rastras a mi esposa y a mis hijos hasta los muros del castillo. Entonces se convocó una asamblea pública que fue presidida por el Señor de Joinville desde las almenas. Este ordenó que desnudaran a mi familia y la azotaran con bridas hasta que sus huesos quedaran a la vista. Mis hijas y mi hijo menor fueron incapaces de sobrevivir al castigo... pero, por desgracia, mi mujer y mi hijo mayor lo soportaron. A continuación, el señor ordenó que les cortaran las manos y los pies y que les cauterizaran las heridas para que no murieran en el acto; después ordenó que les quemaran los ojos con un atizador al rojo vivo; entonces les obligó a arrastrarse desde castillo hasta la plaza de la aldea, donde les aguardaba la misericordia de la horca. El Señor ordenó que colgaran en la plaza durante días, para que los guardias les arrojaran su orina y sus heces, y el pueblo aprendiera la lección. Cuando su hedor amenazó con provocar un brote de peste, el señor ordenó que seccionaran sus cuerpos y los tiraran en el montón de la basura, para que los perros se los disputaran.

El extraño dijo estas últimas palabras con un tono monótono, como si fuera una letanía que había ensayado y repetido una y mil veces.

—Dios decretó que yo observara todo eso desde mi escondite, pero mi corazón resultó ser demasiado cobarde para intentar ayudarlos. Me alejé de mi hogar con el alma enferma; estaba solo y desconsolado en el oscuro bosque. Sabía que si los cazadores del señor no me encontraban (algo casi inevitable), sería víctima de los bandoleros, la corrupta gentuza que pululaba entre los feudos como el pulgón en aquellas noches. O quizá... quizá, señor Joiner, sería víctima de algo peor. Ya sabe que en aquella época éramos muy supersticiosos y se decía que todo tipo de hijos del Diablo acechaban

en las profundidades de los bosques. Pero a mí no me importaba. Avancé a ciegas por la oscuridad. Me daba igual que mis pasos me condujeran a la venganza del señor, a un lugar seguro o al mismísimo Infierno. Creo, en retrospectiva, que mi destino fue esta última opción. Verá, aquella noche... algo me encontró, señor Joiner. Puede que el señor fuera una bestia inmundada y cruel, la obesa garrapata que engordaba con la sangre de la gente durante el día. Sin embargo, por las noches despertaban otros monstruos más terribles que también deseaban robar la sangre de vida de las personas de una forma más... literal que el señor. Mientras deambulaba por la maleza, algo se acercó a mí desde las profundidades del bosque, algo que deseaba abrirme las venas y chupar la sangre de mi cuerpo hasta que estuviera vacío y frío. A pesar de su hambre insaciable, esa criatura no me arrastró de inmediato a la muerte porque mi reacción... o mejor dicho, la falta de ésta, consiguió despertar su curiosidad. Verá, como esta criatura era espeluznante en apariencia y actitud, la mayoría de sus víctimas intentaba correr, forcejear o, al menos, gritar y suplicar por sus vidas. Sin embargo yo no hice nada, porque ni siquiera me importaba haber tropezado con una criatura de la noche en un solitario camino del bosque. Cuando vino a por mí, me limité a esperarla con pasividad, puesto que ningún enemigo podría hacerme más daño del que ya me había hecho el señor. Siendo ésta una reacción insólita, aquella criatura me preguntó por qué me había entregado a su abrazo sin oponer resistencia. Inspirado, quizá, por cierta sensación de ironía, le conté mi historia como si fuera un sacerdote en un confesionario. El monstruo me escuchó con interés y, por alguna razón (ignoro si por diversión, burla o lástima), retiró sus colmillos. Según me explicó más adelante, entre los de su especie también había propiedades, señores y castillos, opresores y oprimidos, tiranos y esclavos. El monstruo con el que había tropezado se llamaba *autarkis*, Anarquista, porque renegaba de su parlamento de monstruos. Era evidente que algo de mi historia le había conmovido. Aquella noche, aquel monstruo hizo un pacto diabólico conmigo: me convertiría en su vasallo, pero antes moriría y me chuparía toda la sangre de las venas. Entonces, cuando abandonara este mundo, mi cuerpo recibiría su sangre y renacería siendo un monstruo, como él. Durante el resto de la eternidad, sería una criatura condenada que avanzaría majestuosa en la noche, evitando para siempre el sol y los alimentos, excepto la sangre de los mortales. A cambio me sería concedida la vida eterna... una especie de vida, en cualquier caso, y lo que era más importante, la fuerza

necesaria para vengarme del señor con mis propias manos: en cuanto rompiera mis vínculos con la vida y con Dios, recibiría la fuerza de cinco hombres mortales y ni la carne ni el acero podrían hacerme ningún daño duradero. Acepté el pacto y durante las semanas siguientes aprendí a cazar, a alimentarme y a invocar al Diablo para obtener un poder impío. Cuando finalizó mi aprendizaje regresé al miserable castillo del señor y no tuve ningún problema para entrar en su interior. Ahora esgrimía el poder del Infierno: ni había aprendido los caminos de la sutileza ni deseaba utilizarlos. Mientras el señor se encogía de miedo en sus aposentos, desmenucé, miembro a miembro, a sus traidores guardias. Sin dejar de pronunciar su nombre, llevé a su mujer y a sus hijos, de uno en uno, hasta el refectorio del castillo, donde los mataba o los ataba para acabar con ellos más tarde, según considerara más conveniente. A continuación destruí la puerta de roble tras la que se ocultaba el señor, que se abalanzó sobre mí con su espada ancestral... aunque el impacto fue tan insignificante como el mordisco de una mosca de pantano. Llevé a rastras a ese miserable por pasillos salpicados de sangre hasta llegar a sus mazmorras, donde le até con cadenas de hierro. Recuerdo perfectamente que no dejó de gritar en ningún momento. Ojalá hubiera tenido el tiempo necesario para llevar a cabo una venganza adecuada, pero como la noticia del ataque no tardaría en extenderse, sólo disponía de una noche. ¡Sólo una noche! De todas formas, sé que cada segundo de aquella noche fue como mil años en el Infierno para el señor. Aunque yo no era un torturador experto, mi odio superó con creces mi falta de técnica. Utilicé la espada, el garrote, el látigo y el hierro candente y practiqué ciertos ritos que me habían sido concedidos en mi renacimiento. Le obligué a presenciar el asesinato de su mujer y sus hijos y, cada vez que su propia muerte amenazaba con interrumpir mi venganza, volvía a llenarle de fuerza con un trago milagroso de mi sangre diabólica, sólo para destrozarlo de nuevo. Entonces, ciertos dolores y una fatiga peculiar me anunciaron la llegada de la mañana y del odioso sol que no podría resistir. ¡Ay, qué pena! Tenía que marcharme. No podía descansar en aquellas tierras porque, incluso en aquella época sumida en la oscuridad, la noticia de la muerte del señor se extendería con rapidez. A pesar de todo lo que me había hecho, me vi obligado a concederle el piadoso golpe final. Me volví hacia él, listo para orquestar su muerte en un agónico crescendo final... ¿y sabe qué sucedió? Aunque el Señor ya no tenía lengua con la que suplicar o maldecir, en lo que quedaba de su rostro se dibujó una expresión que

no era de odio ni de miedo ni de desesperación, sino de resignación. ¡Resignación! ¡Menuda temeridad la de aquel hombre! Con aquella expresión parecía decirme: "Adelante, acabemos con esto de una vez". ¡Aquel ser arrogante se estaba burlando de mí! Sabía que aún no podía enviarle al Infierno porque no había sufrido tanto como yo. ¿Qué más podía hacer? Había devastado su propiedad, había maltratado su cuerpo de mil formas distintas, había destruido a su familia... ¡Y entonces se me ocurrió! Su familia... Verá, en aquel entonces, a la nobleza le preocupaban tanto las riquezas como la continuación de su linaje. Los límites del tiempo ya no me afectaban, porque era inmortal; en cambio, el señor, sus hijos y los hijos de éstos nacerían, crecerían y morirían. Entonces me di cuenta del poder del arma que tenía entre mis manos, la crueldad de la daga que hundiría en el alma del señor. Así que, señor Joiner, ¿sabe qué le dije al señor? Le dije que, aparte de destruirle a él, también había destruido sus propiedades y a todos aquellos parientes que tenía a mi alcance. Pero añadí que dejaría con vida a uno de sus vástagos, el pequeño Henri, hasta que éste alcanzara la madurez. Henri no se encontraba en aquellos momentos en el castillo, porque era paje de la corte de un noble vecino, así que sólo sabría que sus tierras y su familia habían sido víctimas de una "rebelión" o del ataque de unos "bandidos". El pequeño Henri crecería, se casaría y fundaría su propia familia, y entonces acabaría la tranquilidad del señor. En cuanto Henry tuviera descendencia, lo destruiría... pero lo haría del mismo modo que había hecho con el Señor de Joinville: es decir, permitiría que un miembro de su familia escapara de la destrucción. Y a cada nueva generación... o cada dos, como mucho, volvería a llevar a cabo mi venganza, haciendo que cada hijo del hijo del hijo pagara por los pecados del Señor de Joinville. Mientras esta maldición descendía como el golpe de un martillo sobre su rostro, ahora suplicante, envíe a ese miserable al Infierno. Durante siglos, una gran maldición descendió sobre la Casa de Joinville. Su nombre estaba tan empañado por la tragedia y la desgracia que se convirtieron en leprosos entre la aristocracia. Cuando comenzó la época del Terror, hacía tiempo que el nombre y la fortuna de la familia se habían marchitado. ¡Pero sólo yo lo recuerdo! Yo, que soy un pariente más directo de esa familia que muchos de los descendientes que han cargado con su maldito nombre. Si dispusiera de más tiempo, le invitaría a examinar el historial de la familia Joiner. Incluso un estudio superficial de su linaje revela una letanía de muertes trágicas, ruinas económicas e incidentes similares.

¿Recuerda que su abuelo paterno fue el único superviviente de un misterioso accidente que tuvo lugar a principios del siglo XX? Es una lástima que haya tenido tantos asuntos nocturnos de los que ocuparme durante este siglo... pues esa es la razón de que tantos de sus antepasados inmediatos hayan podido escapar de la desgracia. De todas formas, su muerte causará un gran tormento a su padre y a su abuelo y mi venganza continuará.

Derek observaba sin expresión alguna a la arrogante criatura que tenía delante. Seguramente era un psicópata que se había escapado del manicomio. Sin embargo, aquellos ojos capaces de anular su fuerza... y aquellos colmillos con los que había amenazado a su hija...

--¿Así que ahora me toca a mí? --preguntó Derek.

--Por supuesto. Verá, señor Joiner, durante más de seis siglos he cultivado su árbol genealógico del mismo modo que un jardinero cuidaría un arbusto, con la podadora siempre a mano. En ocasiones, cuando mi cólera es muy fuerte o un descendiente concreto me recuerda demasiado al señor, mis ataques se suceden con pocas décadas de separación. Sin embargo, en otras, tengo que ocuparme de otros asuntos más importantes y su familia puede respirar tranquila durante un par de generaciones, o incluso tres. De todas formas, siempre, siempre, regreso para destruir a la inmundicia prole del Señor de Joinville. Pero si le sirve de consuelo... aunque supongo que no, el pequeño Jeremy sobrevivirá esta noche. Sin embargo, usted no tardará demasiado en reunirse con su esposa en el Infierno. Jeremy conservará su vida y crecerá igual que un pollo en una jaula, y la hora de su muerte llegará cuando yo lo decida.

--¿Y Amanda? --preguntó Derek--. Mire... si su propósito es destrozarme la vida, ya... ya lo ha conseguido con creces. Si lo que me ha contado... es decir, ya ha arruinado mi vida laboral, ya ha... mi mujer --se atragantó. Era incapaz de decir la siguiente palabra o de mirar el cadáver tendido en el sofá contiguo. Entonces, balbuciendo, consiguió suplicar:-- ¡Por el amor de Dios! Puede matarme si eso es lo único que puede hacerle feliz, ¿pero no podría dejar a mi hija fuera de todo esto? ¡Jesús bendito! ¡Sólo tiene dos años! Es inocente...

--También lo eran mis hijos --siseó el extraño.

--¡Entonces sabe qué se siente! ¡Sabe qué se siente al ver sufrir a un niño pequeño! --Derek se inclinó hacia delante, con todos los músculos tensos, mientras su entumecido cerebro intentaba calcular las posibilidades que tenía de vencerle si le atacaba. No parecía que aquel tipo llevara armas. Aunque Amanda estuviera en sus brazos

como rehén, si conseguía derribarlo... la moqueta era de felpa, así que la pequeña sólo recibiría un pequeño golpe. Si esa era la única forma de...

–Por terrible que fuera lo que le sucedió, no debería hacer daño a una niñita. Por favor, muestre un poco de piedad. –Tenía que alejar a su hija de las manos del asesino... por lo menos, tenía que intentarlo.

–Bueno... –el extraño observó a la niña que dormía entre sus brazos y, por un instante, pareció que su expresión se...

¿enternecía?–. Para ser una Joinville, es una niña muy dulce.

¿Estaría dispuesto a dar su vida por la de ella?

Derek se inclinó hacia delante. Ahora, sus manos eran garras.

–Mire, haga lo que quiera conmigo. Máteme... hágalo muy despacio si eso le ayuda a sentirse mejor. Iremos a la casa de algún vecino y dejaremos allí a Amanda. Le prometo que no diré nada de nada. Después regresaremos y podrá hacer lo que quiera conmigo –una incongruente carcajada se abrió paso por su garganta–. No opondré resistencia. Se lo prometo.

–Muy bien. Puede que también deba dejarla a ella con vida...

Derek dejó escapar un fuerte suspiro de alivio. Estaba aterrado, pero se sentía infinitamente agradecido. Cuando se acercó tembloroso a su pequeña, el extraño esbozó una enorme sonrisa.

–¿No cree que la esperanza es algo patético, señor Joiner? He cambiado de opinión, ¿sabe? Creo que le cortaré la cabeza a la zorra de su hija y me beberé toda su sangre delante de usted.

Al oír esas palabras, Derek salió del letargo en el que se había sumido y se abalanzó sobre el extraño. Oyó que su hija se despertaba chillando, pero siguió golpeando al extraño con todas sus fuerzas hasta que éste chocó contra la pared revestida de madera.

La carne del extraño era tan fría como una escultura de hielo. A pesar de que Derek había jugado a rugby en la universidad y medía casi metro ochenta, tenía la impresión de estar golpeando a un muñeco de madera. Con un silbido de hastío y sin soltar a su hija, el extraño osciló su antebrazo izquierdo como si fuera una maza y le golpeó en la cabeza. Derek cayó al suelo. Aturdido, advirtió que se había roto el labio y que el sabor salado de la sangre inundaba su boca. Pensando en su pequeña, se incorporó con rapidez y se abalanzó hacia las rodillas del extraño, pero una patada lo envió volando hasta el sofá y su espalda restalló contra la madera. Del impacto, el cadáver de Melanie se precipitó hacia el suelo y su mano inerte se deslizó por el rostro y la espalda de Derek como si fuera una

araña descendiendo por su tela.

Aturdido e inmóvil, consciente de la superioridad física de su adversario, Derek intentó reunir todas las fuerzas que le quedaban, por escasas que fueran. Los gritos de Amanda le obligaban a intentarlo. El extraño, que sujetaba a la pequeña sobre su cabeza con un brazo, lo observaba como si estuviera analizando un proyecto.

–Es tan terco y obstinado como todos los de su linaje –murmuró el extraño–. ¿Sabe? El dolor que siente ahora no es más que un leve indicio del que sentirá en cuanto les lleve a rastras hasta el sótano. Usted es todo un manitas, señor Joiner: ya he visto la cinta aislante, las cuerdas y las herramientas que cuelgan pulcra y ordenadamente de la pared. Aunque soy viejo, puedo imaginar las caricias de la lijadora eléctrica sobre la delicada piel de la pequeña Amanda, y...

–¡Gastón! –interrumpió una voz que procedía de la puerta de la cocina. En el umbral se alzaba la figura de otro hombre que debía de haber entrado por el garaje. Derek observó a aquel tipo rubio de mediana edad y complexión media. Era más pálido que el extraño, llevaba un traje de Armani de color carbón y su rostro reflejaba una serena determinación.

Al ver al recién llegado, el extraño siseó como un gato fiero y en sus rasgos se dibujó un rictus de rabia.

–¡Pieterzoon! –gruñó el extraño–. ¿Qué estás haciendo aquí? Esto no es asunto tuyo. No somos rivales en este asunto.

–Rivalidad es un término demasiado... generoso, Gastón –replicó el recién llegado–. Suelo reservar la palabra "rival" para aquellos adversarios que son lo bastante inteligentes como para saber que no deben arrastrarse hasta el mundo de los vivos cada pocas décadas, como las babosas, para contaminar todo lo que les rodea con sus babas. Creo que la palabra "molestia" encaja mejor contigo, puesto que has puesto en peligro los recursos financieros de la Corporación Anodina, una empresa que es de mi propiedad. Además, tu ridícula venganza, que era sumamente irresponsable antes de que la policía tuviera acceso a las huellas dactilares, los ordenadores y las pruebas de ADN, resulta inaceptable en estas noches. Esto tiene que acabar, Gastón. Esta será la última noche que juegues con la vida del ganado.

El recién llegado avanzó hacia el extraño, que retrocedió con indecisión. Derek, que estaba intentando levantarse a pesar del dolor que sentía, oyó el monólogo del recién llegado como si tuviera los oídos tapados con algodón. Sólo era consciente del forcejeo y de los desgarradores gritos de Amanda.

--He hablado con el príncipe, pues también es de su incumbencia la sangre que has derramado en dos continentes, cegado por tu negligente obsesión. No me dignaré recordarte qué constituye esta escandalosa violación de la Mascarada --Pieterzoon señaló despectivamente el conjunto de la escena--. De todas formas, te doy la opción de rendirte, *autarkis*. Si te presentas ante el príncipe y los oficiales que se reúnan para juzgarte, puede que se muestren clementes. Sin embargo, Gastón, antes tendrás que darme a la niña --ordenó el recién llegado, observando con frialdad al extraño.

De forma mecánica, Gastón dejó a la desconsolada niña en manos de Pieterzoon que, manteniendo la mirada fija en los ojos de su enemigo, depositó a la pequeña en los temblorosos brazos de su padre. Derek estaba tan ansioso por abrazarla que estuvo a punto de dejarla caer y Pieterzoon se vio obligado a desviar su atención para socorrer a la niña. Gastón aprovechó aquel breve instante para abalanzarse sobre él, con las garras extendidas y los colmillos asomando de forma aterradora... pero Pieterzoon pudo esquivar el ataque del monstruo y, tras sujetarlo con fuerza, tiró hacia atrás su cabeza con un brazo y dejó su cuello expuesto. Al ver que los labios del recién llegado se abalanzaban hacia el cuello del extraño, el instinto le dijo a Derek que debía apartar la mirada, así que enterró la desconsolada carita de Amanda en su hombro y cerró los ojos, sintiendo a un lado la presión del peso inerte de su hija viva y al otro, el de su mujer muerta.

Durante diversos segundos, el mundo se convirtió en una oscura sinfonía de sollozos, latidos de corazón y húmedos sonidos de succión. Derek abrazó a Amanda con fuerza, como si el mundo estuviera a punto de llegar a su fin.

Cuando el ruido cesó, Derek abrió los ojos y vio que el recién llegado, Pieterzoon, estaba delante él. Su prístino traje estaba salpicado de manchas de lo que parecía mugre u hollín y a sus pies había un montón de harapos mugrientos. No había ni rastro del extraño. Derek abrazó a su hija con fuerza y cerró los puños para atacar al extraño si era necesario.

Pieterzoon observó el montón de cenizas que había en el suelo y dejó escapar un suspiro de desdén. Entonces centró su atención en el ganado y en su hija. La diminuta y pálida criatura estaba abrazada al cuello de su padre, llorando. Él la sujetaba con fuerza. El hombre tenía los ojos vidriosos, como un salmón, y era evidente que sentía un dolor tan profundo que estaba al borde del delirio.

--Dormid --susurró Pieterzoon, mientras tumbaba al padre y a la hija en el sofá. A continuación, sacó de su bolsillo un pequeño cuchillo. No quería enviarlos al hospital, así que tenía que recurrir a sus propios métodos para curarles las heridas. Tras clavarse la hoja en la muñeca, empezó a reparar el caos que había dejado Gastón a su paso...

La mirada de Pieterzoon envolvió a Derek, que sintió que la sala, Melanie e incluso Amanda empezaban a alejarse de él, navegando a la deriva como en un sueño distante. Entonces oyó unas palabras reverberantes que parecían proceder de algún punto muy distante, situado sobre su cabeza: "Olvidarás los acontecimientos de este día. Recordarás una tragedia, la de tu mujer agonizando en manos de un extraño. El dolor no te permitirá ir a trabajar durante un tiempo; después solicitarás el traslado a la sucursal de San Francisco de la Compañía Anodina. De momento, abandonarás tu casa y llevarás a tu familia al hotel Hyatt Regency del centro de la ciudad, donde tienes a tu disposición la suite 1814. No regresarás a casa hasta dentro de una semana".

Mientras el coche de Derek se alejaba de su desolado hogar, Pieterzoon observó el devastado escenario que le rodeaba. Aunque nunca se dejaba llevar por sentimentalismos, la incoherencia de este incidente le hacía sentirse... vacío, por decirlo de alguna manera. ¿Cómo podía haber sido alguien capaz de llevar a cabo la más mezquina de las venganzas durante siglos, hasta que sus propios actos lo habían conducido a la perdición?

Pero entonces recapacitó: ¿acaso Gastón era muy diferente del resto de aquellos que estaban jugando a su mismo juego? ¿O simplemente tenía menos talento y era más honesto?

Este pensamiento permaneció en su cabeza mientras acababa su trabajo, apagaba las luces y dejaba aquella casa silenciosa en manos de la noche y la muerte.

FIN

Mundo de Tinieblas:
LA REINA DE LA NOCHE
Bruce Baugh

{ Vampiro / Clanes-14 / Relato-07 (Lasombra) }
Publicado en... "*Clan Novel: Anthology*"
Traducción: Isabel Merino Bodes

**Domingo, 5 de noviembre de 1999, 9:42 PM Flag
Pavilion, Centro de Seattle, Seattle, Washington**

Dejándose llevar por un impulso, la mujer se acercó al muchacho.

--Disculpe --dijo, mientras levantaba una mano enguantada para señalar el estuche de la guitarra. Bajo el cierre superior había una pegatina en la que ponía "Zaragoza", que mostraba la imagen de una catedral iluminada por el sol que se alzaba sobre el cauce de un río. Tras apartar una gota de agua de su guante, la mujer deslizó un dedo a lo largo de la palabra--. ¿Ha estado alguna vez en Zaragoza?

El muchacho giró sobre sus talones, dejando a sus espaldas la Aguja Espacial. Durante unos instantes observó a la mujer con atención: tenía el rostro terso, pero sus ojos eran fríos y la forma de su mandíbula le recordó a la de los boxeadores. Iba vestida de gris de la cabeza a los pies y parecía que todas sus prendas habían sido confeccionadas a la medida, porque mostraban diseños muy laboriosos: escudos de armas en el sombrero y dibujos geométricos en el abrigo y las botas. Todo estaba imaculadamente limpio; sólo los tacones de sus botas, que estaban manchados de barro, dañaban su perfecta imagen. No sabía quién era aquella mujer, pero no parecía ser una de esas damas de sociedad que se dedicaban a buscar jóvenes artistas para entretenerse.

--Sí --respondió él--. Estuve viviendo allí un par de años. Trabajaba en el taller de un par de antiguos alumnos de Fernández y Ferrer. --Se hinchó de orgullo al ver que ella se sorprendía. Como llevaba vaqueros anchos y una chaqueta del ejército, supuso que la mujer había considerado que no era más que el típico músico mediocre, y se había quedado desconcertada al saber que en realidad

era un experto luthier--. También realicé un periodo de prácticas con los Manitos... --ahora fue él quien se sorprendió, pues la mujer lo miró con aprobación--. Lo prepararon para mí y para otro chico de mi clase.

En cuanto guardó silencio, la mujer volvió a centrar su atención en la pegatina. El muchacho era incapaz de interpretar su expresión. Ni siquiera se atrevía a hacer conjeturas.

--Entonces, usted fabrica guitarras --dijo ella, con un acento que parecía algo anticuado.

--Sí.

--¿Es bueno?

El joven meditó su respuesta durante unos instantes. Consideraba que se trataba de una pregunta grosera, así que no tenía ninguna obligación de responder con amabilidad. Sin embargo, por alguna razón que era incapaz de comprender, no deseaba ser desagradable con aquella mujer.

--Sí, lo soy... aunque supongo que con el tiempo seré mucho mejor. Cada vez aprendo un poco más, pero los buenos clientes nunca se han sentido defraudados con mi trabajo.

La mujer observó, por encima de los hombros del muchacho, la doble hilera de banderas mundiales que conducían hasta la Aguja Espacial. A pesar de la lluvia, las blancas columnas brillaban y los focos de la cúspide proyectaban una luz centelleante. Al fondo se alzaba la estación de monorraíl Seattle Central, un lugar que le parecía vulgar debido a sus luces multicolores y su música grabada.

En cambio, la blanca torre de la Aguja Espacial le fascinaba; consideraba que era una obra de arte envuelta en un aislamiento prístino. El ascensor que se alzaba entre las tres patas de la torre estaba envuelto en cristal oscuro para rechazar la deslumbrante luz del día, así que la iluminación interior sólo permitía ver formas oscuras. La torre se alzaba en soledad, incluso cuando la humanidad subía hasta su cima. Nunca lamentaría la muerte de su arquitecto, nunca le entristecería la pérdida de consejeros de confianza, nunca le aterraría la idea de que algún otro edificio más antiguo despertara algún día e intentara arrebatárle la popularidad. Al darse cuenta de que se estaba poniendo sentimental, la mujer frunció el ceño.

El muchacho malinterpretó su expresión.

--Me ha dado la impresión de que es una experta en este tema. Aunque supongo que es una mujer muy ocupada, permítame que le dé mi tarjeta --tanteó media docena de bolsillos de su abrigo antes de encontrar el que buscaba. Ella lo miró inexpresivamente mientras él

sacaba un fajo de tarjetas y le tendía una.

--Espere un momento --consultó su reloj--. Me gustaría profundizar un poco más en el tema.

Antes de continuar, dio unos golpecitos a la pegatina.

--¿Podría enseñarme alguna de sus obras? --preguntó, esbozando una pequeña sonrisa--. Me crié en Aragón, ¿sabe? Durante unos años viví en Zaragoza... El trabajo bien hecho me recuerda a mi hogar.

Al oír aquellas palabras, el muchacho se sintió un poco defraudado: al parecer, aquella mujer no era más que una dama de sociedad normal y corriente. Sin embargo, era consciente de que el dinero no salía de debajo de las piedras, así que no podía desperdiciar aquella oportunidad.

--Por supuesto. De hecho, el director de orquesta del teatro de la ópera me ha pedido que le lleve este instrumento. Si me acompaña hasta allí, podrá examinarlo.

De repente se levantó un fuerte viento y se abrieron claros entre las nubes de lluvia. Un último chaparrón dejó a su paso una pequeña riada que recorrió las carreteras de adoquines y hormigón. Entonces, se proyectó un arco de luz de luna sobre la gigantesca fuente junto a la que se había detenido la mujer para conversar con el muchacho. Debido a la refrescante capa de agua de lluvia que la cubría, la cúpula central de la fuente, que era de aluminio y medía dos metros y medio de largo, se había convertido en un fino espejo. El muchacho dejó el estuche en el suelo y sacó un peine de su bolsillo para acicalarse un poco.

Entonces se dio cuenta de que la imagen de la mujer no se reflejaba en aquel espejo.

--Hum... --las palabras se congelaron a medio camino de su boca.

--Olvídalo --dijo ella.

Si hubiera tenido aire en sus pulmones, habría dejado escapar un pequeño suspiro, pero como no deseaba realizar ese esfuerzo, se limitó a avanzar hasta la siguiente sombra. Entonces, cerró el paraguas y lo dejó apoyado pulcramente junto a un umbral, con la esperanza de que lo encontrara alguien que lo necesitara. Su abrigo, sus botas y su piel empezaron a desvanecerse en una oscura intangibilidad. Instantes después, desapareció.

El muchacho permaneció inmóvil hasta que las nubes volvieron a cerrarse, ocultando la luna y dando paso de nuevo a la lluvia. Observó la tarjeta que descansaba en el suelo y se encogió de hombros.

Cuando las gotas de lluvia empezaron a caer con más fuerza, protegió el estuche con la chaqueta y corrió de un toldo hasta el siguiente, dirigiéndose hacia el teatro de la ópera. Cuando ya había dejado atrás dos plazoletas, un solar en construcción y dos aparcamientos, cualquier señal que hubieran podido dejar los guantes de la mujer en la pegatina había desaparecido. Tampoco quedaba ningún recuerdo de ella en los pensamientos del muchacho.

Miércoles, 15 de junio de 1791, 10:59 PM
Theater an der Wien, Viena, Austria

Wolfgang se detuvo en el patio interior del Theater an der Wien y esperó a que el reloj del vestíbulo diera once campanadas. Su ópera seguía siendo un poco larga, pero los cambios que había efectuado hoy habían sido muy positivos para el segundo acto. Schikaneder, que había redactado un libreto que describía a los enemigos de la iluminación de un modo demasiado estereotipado, no comprendía por qué Wolfgang seguía buscando una forma más interesante de presentar a la Reina de la Noche en el primer acto, pero hacía tiempo que Wolfgang había renunciado a explicarle esas cosas al libretista. Como hermano masón, como compañero en la eterna batalla por iluminar el mundo, como guía de las cosas más exquisitas de la vida de Viena, Schikaneder carecía de defectos... y por lo tanto, no tenía ninguna importancia que las profundas nociones de la tensión dramática escaparan de su comprensión.

Aquella agradable noche de verano las estrellas brillaban en lo alto. Gracias a una larga experiencia sabía que, caminando a paso rápido, tardaría entre quince y veinte minutos en llegar a su apartamento, situado en el Rauhensteingasse, en el centro de la ciudad. Esta noche tardaría algo más, porque le apetecía pasear. Los edificios que se alzaban alrededor de Teatro le hacían sentir un pesar y una compasión enormes. En los treinta y cinco años que llevaba en la tierra, Wolfgang había conocido la pobreza y la desgracia, además del éxito. Conocía perfectamente la diferencia que existía entre un revés de la fortuna y una vida condenada a la miseria. En su mente, la música que había escrito para Sarastro, el sumo sacerdote de la Sabiduría, la Razón y la Naturaleza, reverberaba con sus pasos. Wolfgang soñaba con el día en que las masas pudieran descansar

tranquilas, sin sentirse extenuadas y hambrientas; soñaba con el día en que el mundo se mostrara como un aliado y un siervo, no como un enemigo y un dueño.

Se detuvo en una pequeña pendiente al advertir cierto movimiento sobre los tejados, más allá del centro de la ciudad. En un principio pensó que se trataba de una nube que se deslizaba por el cielo, pero pronto se dio cuenta de que el viento soplaba en ángulo diferente al que seguía aquel movimiento. Entonces le pareció ver una figura humana cubierta con una gran capa. La figura saltó en busca de algún objetivo borroso que Wolfgang no pudo distinguir. Cuando la silueta se perfiló contra la ventana iluminada de un hostel, descubrió que se trataba de una mujer. Sin duda alguna, era la verdadera Reina de la Noche.

Entonces se quedó paralizado: de las manos y el rostro de la mujer se extendían largos zarcillos de la oscuridad más absoluta que se movían con sorprendente velocidad para azotar a la masa confusa a la que perseguían. Cuando los zarcillos alcanzaron a su presa, Wolfgang pudo ver la figura de un hombre de larga barba que se retorció y forcejeaba intentando liberarse. La mujer avanzó por el tejado y saltó con agilidad hasta una buhardilla para llegar junto a su víctima y, al instante, la oscuridad se cernió sobre ellos. Wolfgang nunca supo con certeza si había oído un grito o si, simplemente, lo había imaginado. Segundos después la oscuridad se desvaneció. Ya no había ninguna figura visible en ninguna parte. Esperó durante diversos minutos, en una agonía de miedo y asombro, pero no vio nada que se saliera de lo corriente.

Wolfgang se dio cuenta de lo torpes que habían sido sus esfuerzos por describir en una canción a una dama de la oscuridad. La figura que acababa de ver era la verdadera Reina de la Noche. ¿Sería capaz de evocar la majestuosidad de su confianza, su terrible autoridad sobre la oscuridad? ¿Qué música lograría transmitir el salto sobrehumano que había dado sin hacer ningún esfuerzo? Aunque el círculo masón en el que se movía hablaba de la emancipación de la mujer, Wolfgang sospechaba que ninguno de sus compañeros había imaginado jamás a una mujer como una grácil asesina.

Sólo un estúpido podría vivir toda su vida en la corte sin ver algún indicio del mundo secreto de las sombras, y Wolfgang no era ningún estúpido. Sabía que tras las apariencias que se mostraban en público se ocultaban cosas extrañas. Él mismo había visto algo de eso, pero nada comparado con la terrible majestuosidad de lo que había

presenciado aquella noche. Su temor liberó un torrente de emociones, pero la que sentía con más fuerza era la rabia: ¿cómo era posible que un ser humano al que le había sido concedido el don divino de la razón pudiera sentir miedo de una criatura disfrazada de humano? ¡Ahora entendía la profunda cólera de Sarastro! Entonces se le ocurrió una nueva melodía para la Reina de la Noche: sería un himno a las artes oscuras del engaño y el terror... un himno a las limitaciones humanas.

Siguió caminando hacia su casa pensando en la orquestación. Tendría que anunciar el motivo principal en la primera escena. Estaba tan entusiasmado con la obra que, pronto, su cuerpo dejó de temblar. Cuando llegara a casa, cogería la pluma y escribiría dos nuevas arias y un coro. *La Flauta Mágica* tendría el éxito que deseaba.

Domingo, 5 de noviembre de 1999, 10:01 PM
Teatro de la Ópera de Seattle, Seattle, Washington

Lucita no sonrió cuando pasó bajo los toldos que anunciaban: "Restauración del Teatro de la Ópera de Seattle: Nuevo, Mejor, Para Usted". De todas formas, tampoco le haría gracia estar bajo la lluvia... había tenido que soportar cosas peores, pero no le gustaba mojarse sin necesidad. Se sacudió el abrigo (lamentándose por haber dejado atrás el paraguas), cerró los ojos y escuchó los espacios que la rodeaban. El encuentro con el creador de guitarras había intensificado su melancolía. Seattle era una ciudad hermosa, pero demasiado moderna para su gusto. Carecía de la gracia de las ciudades que poseen un verdadero legado histórico, pero tenía vigor y muchas de sus viviendas y oficinas habían sido construidas con buen gusto. Además, admiraba la frondosa vegetación que crecía por todas partes, que tanto contrastaba con la aridez de su hogar, donde los jardines habían sido un símbolo de poder y opulencia. En esta ciudad, incluso los plebeyos (las personas que ahora se consideraban de "clase media" y "obrera") llenaban sus propiedades de plantas de todo tipo. También admiraba la vitalidad de sus habitantes. En esta ciudad funcionaba una importante industria... que perseguía unos objetivos generalmente improductivos. De todas formas, poseía un gran potencial.

Sin embargo, no había nadie con quien compartir sus

pensamientos.

Entonces pensó en su sire y en los compañeros que había perdido a lo largo de los años. ¿Qué hubiera hecho Monçada? Sin duda alguna, habría ideado alguna intriga. Habría encontrado media docena de puntos débiles sociales y habría utilizado sus encuentros con los transeúntes para poner en marcha alguna intriga compleja que culminaría una década después, cuando todas las instituciones principales de la ciudad estuvieran en sus manos. Durante el proceso habría arrasado la ciudad, provocando conflictos entre las comunidades, fomentando la violencia para encubrir las confabulaciones de sus soldados y reduciendo la vitalidad de los ciudadanos para convertirlos en un conjunto de peones predecibles.

¿Y Anatole? Nunca había sabido anticipar qué iba a decir el profeta, así que tampoco podía predecirlo en su ausencia. Sabía que habría visto señales que ella se le habían escapado: los pliegues de los abrigo y el patrón que seguían las aves en su vuelo le habrían advertido de los males que se agitaban en las proximidades; el cielo y la tierra le habrían anunciado catástrofes inminentes. Imaginaría la ciudad en llamas y el cielo abarrotado de criaturas cadavéricas que transportaban a sus amos no vivos para que supervisaran su trabajo. O quizá la masacre llegaría de una forma que los mortales no podrían reconocer: un volcán, un terremoto, una inundación o una guerra. ¿Acaso, a cada minuto que pasaba, los habitantes de Seattle se encontraban más cerca de un acto de la trágica farsa que era la Gehena? No lo sabía, pero tampoco podía preguntarlo.

Lucita había estado en Seattle con anterioridad, cuando su país estuvo en guerra con las potencias europeas y asiáticas. Suponía que a pesar del caos que provocaban de vez en cuando los Anarquistas, muchos de los vampiros que vivían en la ciudad en aquella época (quizá, la mayoría) seguían aquí, así que podría encontrar a alguno de sus viejos contactos. También suponía que algunos de los soldados más jóvenes y sus novias seguirían viviendo en esta ciudad, aunque ya serían ancianos. ¿Alguno de ellos querría verla? Lo dudaba. Siempre había venido por negocios y, por experiencia, sabía que a los clientes no les gustaba recordar que habían contratado a un asesino para zanjar sus problemas. Entonces pensó en los siervos del castillo de su padre, que hubieran deseado poder desvanecerse entre los muros cada vez que la familia real pasaba delante de ellos. Eso mismo era lo que sus clientes querrían de ella, no una conversación cordial.

Inquieta por el rumbo que habían tomado sus pensamientos, abrió

los ojos y relajó su concentración. De momento, había analizado el escenario sólo con los sentidos de su cuerpo: sus ojos habían observado la calle flanqueada de árboles y garajes (¿qué hacía la gente con todos esos coches?); sus oídos habían advertido los vientos inconstantes que azotaban las frondosas ramas y las gotas de lluvia que repicaban sobre los toldos de plástico con los que habían cubierto el tejado en obras del teatro de la ópera; su nariz había olido el alquitrán que habían puesto durante el día (mientras ella dormía en la bodega de carga de un avión de alquiler que estaba aparcado en un extremo del Aeropuerto Sea-Ta) y que ahora se estaba enfriando; y a través de los guantes, sus dedos habían seguido el fino recubrimiento de arena de las paredes de ladrillo marrón del teatro de la ópera. Había advertido más cosas que cualquier observador mortal, pero sólo había analizado un lugar y estaba usando unos sentidos que diferían en gran medida de los básicos.

El ejercicio le ayudó a relajarse. Le preocupaban aquellos recuerdos que la distraían y que cada vez eran más frecuentes. Aunque sus días mortales sólo representaban una fracción diminuta de su existencia, siempre aparecían con fuerza en sus pensamientos y en sus reacciones. Sabía demasiado bien que esto solía ser una señal de auto-destrucción inminente porque, durante siglos, había explotado esta falta de voluntad para derrotar a sus rivales y continuar siendo un vampiro. Si hubiera habido algún rival al acecho, éste le habría derrotado con facilidad mientras estaba perdida en dichas ensoñaciones. Lucita se había repetido una y mil veces que sólo podía dejarse llevar por sus pensamientos cuando estuviera en algún lugar seguro.

Cuando consiguió centrarse en lo que estaba haciendo, cerró los ojos de nuevo y avanzó hacia las sombras. Podía sentir los torpes parpadeos de las mentes mortales. En su mayoría eran turistas que estaban reuniéndose para cenar en la Aguja Espacial o en otros restaurantes cercanos. También había conserjes y guardias que tenían que trabajar horas extras para mantener la ilusión diurna y encargarse de que no hubiera clases marginales que avergonzaran a los comerciantes modernos, a los financieros y a los empleados que ocupaban esas oficinas. En el teatro de la ópera, los artistas y el equipo técnico estaban interpretando una obra, pero no para una audiencia real, sino para un mecanismo de grabación.

Había débiles indicios de otros vampiros que habían pasado por los alrededores recientemente. Al advertir que dos de los guardias

emitían el débil pero distintivo almizcle de la vitae, se preguntó si se habían convertido en ghouls de forma voluntaria o no. Un miembro del equipo técnico (en los pensamientos de la mujer alcanzó a ver el término "segundo operador de cámara") también había bebido vitae, y mucha: estaba vinculada por completo a uno de los hermanos de Lucita. Y allí, en el extremo más apartado del recibidor, sentía el poderoso latido de fuerza de voluntad de un vampiro. Hizo que sus sentidos se adentraran en la sombra del teatro de la ópera para examinarlo con mayor detalle.

Lo observó desde ocho puntos diferentes de la sala principal de conciertos, principalmente desde rincones elevados y tras las estructuras de soporte que los operarios llamaban "puentes ligeros". Dos de las sombras que escogió no le permitieron ver nada, pues había un destello que le deslumbraba. Entonces bajó al patio de butacas para observarlo desde allí. Al mirar hacia el techo del auditorio vio cinco puntos por los que había sido perforado el tejado para que los operarios pudieran acceder a las tuberías del edificio o a algún otro sistema oculto, a pesar de que todos ellos estaban cubiertos por tapices de gruesas fibras sintéticas. Aparte de eso, en el vestíbulo principal no había ninguna señal de aquellas obras que eran tan visibles en el exterior.

El escenario estaba preparado para la representación de *La Flauta Mágica*. Lucita recordó las primeras críticas que hubo a principios del siglo XIX sobre la obra y su vil "Reina de la Noche". Tuvo que ser antes del año 1848, pues el joven Lasombra que le había hablado de ella falleció accidentalmente durante la revolución de París de aquel año. Lucita recordaba que en el año 1791 había acabado con una prole de Anarquistas envejecidos y, asombrada por el argumento de la obra, se estuvo preguntando si el autor se habría inspirado en ella para crear al personaje. Un mes más tarde se quedó satisfecha al descubrir que no podía ser así, pues el libreto había sido escrito mucho antes de que llegara a la ciudad. Consideró que sólo se trataba de una simple coincidencia, como los muchos giros del destino que confunden a los Condenados.

Según lo que había ido escuchando en las conversaciones que tenían lugar en el edificio, la obra sería una puesta en escena "postmoderna," significara eso lo que significara. El decorado consistía únicamente en formas geométricas, cada una de ellas de un único color, excepto las columnatas griegas que habían sido realizadas con sumo detalle y realismo. Lucita era incapaz de averiguar el efecto que

pretendían crear, pero la verdad es que nunca había comprendido el concepto del teatro renacentista ni de sus sucesores. En la sala no había un público normal, sino una serie de cámaras y micrófonos. Vio que su objetivo estaba sentado en un extremo de la primera fila, hablando de vez en cuando por un pequeño micrófono que tenía en la solapa para hacer algún comentario al "director", que estaba supervisando la operación como si de cine se tratara. El equipo técnico estaba grabando la representación. Entonces alcanzó a oír las palabras "DVD" y "Webcast" y se dio cuenta de que realmente era una grabación cinematográfica, una película cuya única intención era proporcionar al público la experiencia de presenciar una ópera en su propio hogar... un placer demasiado aristocrático para una era tan escandalosamente igualitaria.

Centró su conciencia al otro lado de la cortina que había más cerca de su objetivo y susurró:

–Havel Fedlos. Tengo que hablar con usted.

Viernes, 20 de agosto de 1915, 7:27 PM
Vinohrady, Praga, Imperio Austro-Húngaro

Havel Fedlos descubrió de repente, un buen día, que deseaba separarse de su sire y los demás miembros de su clan. Cuando despertó, esa idea ocupaba la primera línea de sus pensamientos, y deseó que ningún curioso más madrugador se hubiera dado cuenta de sus intenciones. Salió de su ataúd con cierto nerviosismo y mientras se vestía, estuvo hablando con sus siervos tranquilamente (esperaba) y no percibió nada que se saliera de lo común. Durante la comida de la noche se enzarzó en una cantidad suficiente de conversaciones educadas, después ayudó a su hermano más joven en la sangre a deshacerse de los cadáveres y finalmente salió a dar un paseo por el palacio de Praga.

En vida, Havel había tenido escasas ideas originales, y éstas se habían reducido aún más desde su Abrazo, cuando entró a formar parte de las filas de los no muertos. Se preguntó a qué se debía entonces esta decisión, y supuso que la respuesta se encontraba en la historia que había leído la noche anterior. Era de un joven escritor vivo llamado Kafka, a quien Havel había visto en alguna ocasión realizando lecturas improvisadas en las cafeterías que ambos frecuentaban; sin

embargo, esa obra en concreto era nueva para él. Trataba sobre un joven que se había transformado en un insecto gigantesco y acababa muriendo, como si ese fuera el final más apropiado para una existencia inútil. Aquella historia le había hecho sentirse incómodo. Su propia existencia le recordaba demasiado a los tormentos ficticios que sufría Gregor después de su metamorfosis, y tenía la impresión de que el final de su historia no sería más feliz.

Sin embargo, sabía que su existencia no era tan limitada como la de Gregor: no necesitaba ninguna ayuda para mezclarse con el mundo que le rodeaba, ni se mostraba siempre con el aspecto de un monstruo. Si evitaba alertar a su sire o al resto de la prole de Vinohrady, lograría desvanecerse en la noche y forjarse una nueva existencia... o al menos, tenía la esperanza de conseguirlo. Quizá, incluso lograría convertirse en un mecenas de las artes, a pesar de la maldición que había acabado con toda la creatividad que su mente mortal había albergado antaño.

Pero, al menos, su existencia podría ser mejor que la de un insecto.

Domingo, 5 de noviembre de 1999, 11:30 PM
Teatro de la Ópera de Seattle, Centro de Seattle, Seattle,
Washington

Durante veinte años había sido Harold Grushkin, un inmigrante de algún país de Europa del Este vagamente identificado que era un inversor prudente y un amante de las bellas artes. A principios de los años ochenta llamó cierta atención en la escena de la música clásica por patrocinar conciertos grabados, editados y mezclados con más minuciosidad que la mayoría de sus rivales. A mediados de los noventa, el logotipo de Grushkin Productions se había asegurado un volumen de ventas pequeño pero sumamente digno para los entendidos. Entonces creó una línea económica, dirigida principalmente a las escuelas y las bibliotecas, y una de élite dirigida a aquellos clientes para quienes el dinero no suponía ningún impedimento. Durante los últimos cinco años apenas había tenido que tocar la inversión inicial y ahora dejaba que fueran sus abogados quienes se ocuparan de los asuntos financieros, puesto que él prefería centrarse en dirigir el estudio.

Llevaba una grata existencia, mucho mejor que la que había tenido con sus anteriores experimentos. Era improbable que alguien relacionara a aquel americano culto y entusiasta de los videos con un Anarquista vienes del siglo pasado. Ahora no sólo tenía papeles y una buena cobertura administrativa, sino también un linaje fidedigno de dos generaciones. Conseguirlo le había costado ciertos favores, pero gracias a los desesperados refugiados de la batalla de la Costa Este que habían necesitado ayuda a cualquier precio, ya estaban todos devueltos. Aquellos que podrían haberle causado molestias habían huido o tenían otras preocupaciones más apremiantes. A su debido tiempo asesinaría a algunos de ellos, pero era consciente de que, aunque eliminar los cabos sueltos era bueno, estar en deuda con los asesinos no lo era.

La verdadera pasión de Havel era la magia de sangre. Algunos acontecimientos fortuitos acontecidos durante los años treinta le habían introducido en las pequeñas comunidades de magos de sangre que había en el exterior de la pirámide Tremere y, para su sorpresa, había resultado ser un alumno muy competente. Aunque Harold Grushkin seguía una rutina estrictamente conservadora, Havel nunca se encontraba a más de unos contactos de distancia de todos los ocultistas decadentes y mortales que quería, para que nunca le faltaran aprendices y pastos. Las donaciones altruistas de Grushkin le permitían acceder con más facilidad a las universidades locales, donde podía organizar experimentos a largo plazo y desarrollarlos sin interrupciones. Las visitas que realizaba a los patrocinadores, los subscriptores y los posibles lugares de grabación permitían que Havel buscara alguno de los infinitos tesoros perdidos que todos los taumaturgos deseaban encontrar. En ocasiones, sus esfuerzos tenían éxito y su sabiduría aumentaba silenciosamente.

De vez en cuando pensaba en la posibilidad de crear un chiquillo, pero sabía que eso complicaría su existencia... y aún tenía que encontrar a alguien con quien realmente deseara pasar infinitos años. De todos modos, entre los miembros de su equipo había un buen surtido de ghouls que servían bien a sus necesidades. Quizá alguna noche...

En aquel momento le hablaron las sombras.

–Havel Fedlos. Tengo que hablar con usted.

Pensó en escapar, pero descartó aquella idea. Había oído historias sobre vampiros que podían moverse entre las sombras y no tenía ningún deseo de descubrir en qué medida eran ciertas. Si el

Sabbat había venido a por él, por lo menos moriría con dignidad.

–Hace mucho que no utilizo ese nombre, señor o señora. ¿Puedo ayudarle?

La cortina se movió un poco, dejando ver a una señora vestida con ropa muy elegante. Podría ser de origen hispánico o mediterráneo, pero Havel sabía que los vampiros disfrazaban sus rasgos con frecuencia.

–Me gustaría hablar con usted en privado, si fuera posible.

Los ataques del Sabbat no solían ser así, pero esa mujer esgrimía un poder que la marcaba como descendiente de los destructores Antediluvianos.

–Por supuesto. Espere un momento –Havel encendió el micrófono–. Jerri, por favor, continúa grabando. Tengo que ocuparme de un asunto en mi despacho, pero regresaré en...

Hizo una pausa y vio que la mujer levantaba sus dedos enguantados.

–En unos diez minutos –añadió. Entonces tiró del cable del micrófono para quitárselo y lo dejó sobre la butaca–. Señora, estoy a su entera disposición. Venga por aquí.

Intentando no temblar, recorrió toda la sala de butacas, subió las escaleras, dobló una esquina y subió un segundo tramo de escaleras para llegar a su oficina. Ella le siguió midiendo sus pasos.

Al entrar en la oficina, la mujer cerró la puerta a sus espaldas e hizo un pequeño ademán. Havel vio deslizarse unas sombras sobre las ventanas que daban al foso de la orquesta y los bastidores. Supuso que desde el exterior debía parecer que las cortinas estaban cerradas o, simplemente, que no había encendido la luz. Sin embargo, y para su sorpresa, ella no le atacó, sino que se limitó a observarlo con curiosidad.

Finalmente, no pudo soportar el silencio por más tiempo.

–¿Ha venido a destruirme?

–Quizá.

–¿Un Sabbat indeciso? Esa debe de ser una de las señales tácticas de la Gehena.

Ella sonrió.

–No pertenezco al Sabbat.

–Pero es evidente que usted...

–Mi clan no le hablará bien de mí, del mismo modo que tampoco yo hablaré bien de él.

–Ah –al sentir que las palmas de sus manos estaban húmedas,

Havel miró hacia abajo para ver su ensangrentado sudor—. ¿Entonces por qué quiere destruirme?

—Porque mi trabajo consiste en destruir a muchos de su especie. Para eso me pagan.

A pesar de sus esfuerzos por secarse el sudor de las manos, éste empezaba a espesarse.

—Si se trata de un tema monetario...

—El dinero no es lo único que importa. La verdad es que tengo ciertas preguntas que hacerle.

—¿Un interrogatorio?

—Más o menos --hizo una pausa, durante la cual se sentó en la silla más próxima a la puerta de la oficina mientras él ocupaba la de su escritorio—. Señor Fedlos...

—Grushkin, si hace el favor. No se trata tan sólo de una máscara, sino de la existencia que me he creado.

—Entonces Grushkin. Cuénteme qué fue lo que le hizo abandonar Viena.

La pregunta le sorprendió. Entonces pensó que, si esa mujer podía leer el aura, seguro que había percibido la profundidad de su confusión.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Mis propósitos no son de su incumbencia. Cuéntemelo.

Intentó poner en orden sus pensamientos y describió, lo mejor que pudo, el estancamiento de su prole y de las viejas formas imperiales que habían sido preservadas incluso cuando la modernidad daba vueltas a su alrededor. Le habló del dolor que le había provocado su vida perdida, a pesar de lo tediosa que había sido, y de lo mucho que anhelaba el arte. Poco a poco, su narración fue dando vueltas en espiral, del plan a la ejecución, hasta llegar a la historia del insecto gigante. Ella le escuchaba inmóvil, asimilando toda la información.

—Gracias --dijo cuando terminó—. Ya no tiene nada que temer.

La mujer desapareció en lo que habría sido un abrir y cerrar de ojos mortal. Incluso con su aguda percepción, Havel apenas logró ver cómo se fundía entre las sombras que había dispuesto sobre las ventanas. Instantes después, éstas también desaparecieron.

Lunes, 6 de noviembre de 1999, 6:51 AM
Hotel Sheraton, Seattle, Washington

–No, Herr Wiscz, todavía no lo he encontrado. El señor Grushkin no era su chiquillo perdido, como tampoco lo eran los otros tres candidatos. Estoy segura de que si me proporcionara el resto de la lista, en vez deirme dando los nombres de uno en uno, ambos nos ahorraríamos muchos esfuerzos. –Dicho esto, Lucita dejó el teléfono del hotel en su sitio y observó los primeros remolcadores que se aproximaban al puerto de madrugada.

No estaba segura de la razón por la que había mentido a ese arrogante ancilla... pues al fin y al cabo, no era el cliente más arrogante que había tenido en su vida. Sin embargo, había algo en Grushkin...

No se trata tan sólo de una máscara. ¡Eso era!

Lucita era consciente de que también ella había llevado diversas máscaras. Sólo en los últimos años, desde que empezó a negociar con Fátima hasta que se reunió por última vez con su sire, había dejado de ser una mujer moderna y cruel para convertirse en una dama del Reino de Aragón desfasada. Suponía que ninguna de esas mujeres era realmente ella, ¿pero acaso había algo más debajo de aquella máscara?

Fedlos había conseguido descubrir qué quería ser y ahora hacía lo que siempre había deseado. El silencioso hedor a magia de sangre que inundaba su despacho le causaría problemas algún día, pero era muy poco probable que pasaran por allí otros vampiros, pues él no formaba parte de la "sociedad nocturna" ni estaba adherido a ninguna secta. Si sobrevivía, formaría parte del Inconnu, se convertiría en un rumor de música y magia con el que los sires podrían amenazar a sus chiquillos. Si no... bueno, por lo menos habría tenido satisfacciones durante el camino.

Lucita no sabía qué quería ser. Ya no le bastaba con ser la anti-Monçada (si es que realmente lo había sido alguna vez, pero todavía no estaba preparada para pensar en eso). Se sentía cómoda siendo una dama de Aragón, pero sabía que no era más que una farsa. En vida siempre había anhelado interpretar otro papel, así que era una ofensa para su antigua persona fingir que le gustaba ser una dama regia.

Pensó en las máscaras que llevaban los actores griegos cuando interpretaban una de las tragedias clásicas. En su momento no les

había prestado demasiada atención, pues sólo formaban parte del trasfondo de su segunda cacería de 1955, sin embargo, ahora se amontonaban por toda su mente. Incluso esas ilusiones eran más complejas que su propia alma. Las máscaras tenían cicatrices y arrugas para mostrar las marcas del paso de los años... de los años imaginarios de unos personajes inventados, ¿pero acaso su terso rostro y su vacío corazón eran mejores? Entonces deseó tener una máscara con la que pudiera crecer, del mismo modo que Fedlos había crecido hasta convertirse en Grushkin.

El cielo que se alzaba sobre Puget Sound seguía siendo oscuro y sobre las montañas lejanas no brillaba ningún indicio del amanecer; sin embargo, sentía que el sol se estaba acercando a sus huesos. De pronto se imaginó a sí misma negándose a moverse, enfrentándose al sol, sintiendo su luz pura, ardiendo, desintegrándose...

No. Todavía no. No hasta que supiera quién moriría bajo aquel resplandor final. Hoy no lo haría. Echó las cortinas, colgó una manta como protección adicional y se tumbó en la cama, donde le aguardaba otro día de sueño.

FIN

Mundo de Tinieblas:
REUNIRSE CON SU SEMBLANTE Y CON SUS OJOS
Eric Griffin

{ Vampiro / Clanes-14 / Relato-08 (Grangel) }
Publicado en... *"Clan Novel: Anthology"*
Traducción: Isabel Merino Bodes

Martes, 7 de diciembre de 1999, 10:45 PM
Ciudad de Nueva York, Nueva York

Se oyó un fuerte chirrido y el tranvía se tambaleó con fuerza hacia un lado. Cuando las luces se apagaron, Ramona oyó gritos a sus espaldas. Instantes después, la opresiva oscuridad del túnel se detuvo.

–Esto no es divertido --gritó ella, sin dirigirse a nadie en concreto.

De repente se silenciaron todos los sonidos humanos que había a su alrededor. Ramona avanzó a tientas hacia las puertas y buscó el punto en el que se separaban. Aquí. Apartó con sus garras las deterioradas y podridas juntas. Con gran esfuerzo, consiguió abrir las puertas y fue recibida por un aire infecto y estancado.

Entonces se oyó un sonido crepitante por los altavoces del vagón.

–...no será necesario, señora Salvadore.

Se quedó asombrada al oír su nombre. Dio media vuelta. Sus agudos sentidos ya estaban preparados para la batalla. En cuanto determinó con precisión el origen del sonido, avanzó hacia él con cautela. Le sorprendió no tener que luchar contra la presión de la gente que se abalanzaba a la salida. No se oía ningún sonido humano en la oscuridad.

–Por favor, mantente apartada de la puerta.

Al instante, las puertas volvieron a cerrarse a sus espaldas; el tren se puso en marcha con un ronroneo y continuó su camino. A través de las sucias ventanas pudo ver el destello de unas luces que se alejaban, pero el vagón en el que se encontraba ella no se movió.

Ramona se acercó al interfono con cautela, esperando y deseando tropezar con el cuerpo de alguna persona. Nada. Airada,

oprimió el botón.

--He dicho que esto no me hace gracia. Vais a acabar con esto ahora mismo y a ayudarme a sacar a todas estas personas o...

Las pálidas luces de emergencia zumbaron al cobrar vida. El vagón estaba vacío.

Ramona acercó su rostro al micrófono y dijo, gritando:

--¿Qué cojones habéis hecho con ellos?

--Todos están bien, señora Salvadore --dijo la voz, pero no por el diminuto altavoz, sino desde una oscura forma que se alzaba en el extremo opuesto del vagón--. Para ellos, el tren se ha quedado sin energía durante unos segundos y después ha continuado con su camino.

Ramona se volvió hacia el recién llegado.

La encorvada forma avanzó hacia ella, apoyándose con fuerza en los respaldos de los asientos. Ramona intentó oír el sonido de los jadeos que deberían haber acompañado a aquel esfuerzo, pero no oyó nada.

--Has solicitado una audiencia, querida. Una audiencia privada. Me ha costado grandes esfuerzos conseguir un lugar en donde pudiéramos estar a solas. Ya sabes que la privacidad es un lujo. Con demasiada frecuencia, me resulta imposible justificar los gastos que acarrea conseguirla... y siempre hay alguien que siente envidia de dicha decadencia. Sin embargo, no has venido a escuchar mis lamentos. Siéntate aquí, a mi lado, y cuéntame por qué has venido.

El hombre se dejó caer, tortuosamente, sobre un asiento doble que daba al pasillo.

--Yo no he pedido que me secuestren --dijo Ramona refunfuñando, mientras ocupaba el asiento de enfrente--. Sé que tienes "oficinas" para recibir visitas. ¿No podríamos habernos reunido en uno de esos bunkeres que has excavado bajo...? ¡Oh...!

Ramona siguió aquel pensamiento hasta llegar a su conclusión más lógica y se dio cuenta de que ella misma había respondido a su pregunta. Los lugares en los que se había reunido con Calebros y en los que había hablado abiertamente de los secretos del Ojo con Heshu no eran "privados". Todas las conversaciones que había mantenido allí habían sido escuchadas, documentadas, analizadas, anotadas, cotejadas y distribuidas.

--¿De cuánto tiempo disponemos? --preguntó Ramona.

--Buena pregunta. Unos veinte minutos, más o menos, antes de que me echen de menos y alguien empiece a hacer preguntas.

–Veo que no bromeas con el tema de la privacidad.

–Creo que perdí mi sentido del humor en algún momento de esta semana. Toda esa idea del "consejo provisional" tenía mejor pinta sobre el papel.

Ramona sacudió la cabeza.

–Por cierto, ¿cómo permitiste que te metieran en esto? Es imposible mantener unida una ciudad mientras el resto de la sociedad educada se dedica a masacrarse mutuamente en las calles... y sólo por poder ocupar un asiento en un consejo. Me parece tan estúpido. No te ofendas, pero se merecen que el Sabbat retroceda sobre sus pasos y les dé a todos unos buenos azotes en el trasero.

–Supongo que soy lo que ellos denominan un "candidato de compromiso" --Calebros sonrió, sintiendo desaprobación por sí mismo.

–¿En serio te dijeron eso? Pues yo no movería ni un dedo para ayudarles a controlar su jodida ciudad.

–No eres la única que piensa así. Creo que muchos de tus conocidos han compartido ese mismo sentimiento durante la batalla. Sin embargo, mucho me temo que, como Gangrel, pronto descubrirás que no vuelven a abrirte las puertas que conducen a las salas donde confabula la Camarilla... si sientes el deseo de llamar a ellas, por supuesto.

–Si estuviera interesada, no me molestaría en llamar.

Calebros rió entre dientes, emitiendo un sonido similar al que haría un motor.

–No, supongo que no lo harías. Me gusta tu estilo directo, Ramona. Me resulta refrescante. Pero sabes perfectamente que aquí ya no hay ningún lugar para ti. Mientras estuvimos en guerra... primero contra el Sabbat y, después, contra Leopold y el Ojo, pudimos permitirnos algunos matrimonios de conveniencia, pero sabes que estas asociaciones nunca logran sobrevivir en tiempos de paz. Tus socios, el señor Ruhadze y el señor Ravana, se encuentran en una situación bastante similar. Ambos han abandonado ya Nueva York.

–¿Qué? ¿Has permitido que Hessa se vaya? ¿Con el Ojo? ¿Estás loco? --Ramona se levantó de un salto de su asiento--. Ése era el motivo por el que había venido a verte. Pensaba que eras un tipo honesto, que quizá podrías ayudarme... que quizá habría un lugar para mí en alguna parte. ¿En qué diablos estaría pensando?

–Por favor, querida, tranquilízate. El señor Ruhadze no me pidió permiso para abandonar la ciudad. Además, la verdad es que tampoco habría podido negarle lo que ya le habían prometido los justicar. Ya le

habían dado el visto bueno, así que no merecía la pena tratar de impedirlo. ¿Acaso crees que será tan estúpido como para intentar usar el Ojo después de lo que...?

--¡Mierda! Ya veo que también consiguió camelarte --Ramona reventó con el puño el asiento de plástico contiguo--. Pero tú no tienes disculpa, porque sabías cómo era. ¿Qué cojones crees que va a hacer con el Ojo? ¿Dejarlo en la repisa de la chimenea y olvidarse de él? Estoy segura de que no soy la única persona de esta puta ciudad que ha visto alguna vez una película de serie B. Voy a contarte la secuencia: fundido al interior de un templo. Un Sacerdote de Set, con túnica y máscara, sonríe maliciosamente sobre la gema antigua que ha robado. Tiene forma de ojo gigantesco y malévolo. La sostiene en alto para que la veneren una multitud de fanáticos asesinos. Un ídolo dorado gigantesco, con forma de serpiente, preside el desastre. Unas de las cuencas de sus ojos está vacía...

--Esto no es Hollywood, Ramona. En ocasiones, el oscuro y misterio desconocido cumple con su palabra.

--Sí, y en ocasiones los héroes atacan a las personas, las matan y se beben su sangre. A veces lo hacen para conservar su vida, a veces por diversión y a veces sólo por hacer daño... a alguien cercano a la víctima. Mierda, esto no es Hollywood, es lo que vemos cada día en la televisión.

Calebros guardó silencio, esperando a que Ramona se calmara.

--Lamento no haberte podido ayudar con el Ojo, Ramona, y lamento que tengas que dejarnos. Te aseguro que me encantaría encontrar un sitio para ti en esta ciudad. No te imaginas cuánto necesité, en un futuro próximo, a aquellas personas en las que realmente puedo confiar. Sin embargo, si te quedas, sabes que tendrás que enfrentarte a las farsas, los desaires y los insultos. Eres una rareza entre los de nuestra especie, Ramona; te odiarán por ser diferente y, si permaneces en la sociedad de los Condenados, con el tiempo te destruirán. Quiero que sepas que siempre recordaré con gran cariño el tiempo que hemos pasado juntos. Si puedo ayudarte a encontrar una nueva...

--No, te he entendido perfectamente. Esto es un "gracias por tu ayuda; aquí tienes el billete de vuelta". No necesito ninguno de tus favores, sobre todo porque no me gustan las cuerdas que atáis a ellos. Además, me ofende que creas soy tan estúpida como para pensar que debo darte las gracias, después de que me hayas utilizado y me hayas exprimido al máximo.

–Ramona...

–No, ya tienes lo que querías. Maté al hijo puta de Leopold para ti. Lo maté. Tu querido señor Ruhadze nunca me dijo que eso lo mataría, sólo que cortaría su vínculo con el Ojo. Y por supuesto que lo hizo. ¡Maldito mentiroso!

–Pensaba que querías que Leopold muriera –respondió Calebros, con cautela–. Masacró a tu pueblo. Lo convirtió en aquella blasfema...

–¿Crees que no sé lo que hizo? Yo estaba allí, ¿recuerdas? Merecía morir. Pero tú no lo viste cuando el nervio se desenredó y el poder del Ojo lo abandonó... Es igual, olvídale. No lo entenderías.

–Ramona, no puedes culparte de la muerte de Leopold... ni tampoco puede hacerte ningún bien que nos culpes a mí o a Hessa. Lo perdimos en el mismo instante en que tocó el Ojo. Fue una víctima, sólo eso. Un cadáver andante.

–Sí, lo que tú digas. Mira, ha sido muy agradable recordar viejos tiempo contigo. ¿Vas a dejarme salir de aquí o tengo que encontrar yo misma la salida?

–Sospecho que no serás feliz hasta que la encuentres por ti misma. Adiós, Ramona. Si necesitas...

–No necesito nada de ti –el vagón de metro empezó a moverse dando bandazos e inclinándose hacia los lados. Ramona cayó al suelo y, cuando logró levantarse, descubrió que la figura que había ante ella había desaparecido.

»¡De nada! –gritó.

* * *

Ramona dio la espalda a la ciudad y empezó a caminar hacia el norte. No tenía ningún destino concreto en mente, sólo deseaba dejar la mayor distancia posible entre ella y Nueva York. Allí había demasiados recuerdos... y cada uno de ellos era una muerte, una traición o un reproche. Sus pensamientos seguían regresando a la primera vez que vio la ciudad alzándose sobre el pantanoso miasma de la carretera de peaje de Jersey: llenaba todo el horizonte y sus afilados edificios perforaban, como si fueran cuchillos, el suave bajo vientre del cielo.

Qué ingenua había sido. Qué ingenuos habían sido todos: Jen, Darnell... ¡Si hubieran conseguido llegar a Nueva York! Aquella promesa les había impulsado a realizar un viaje infernal por todo el país. ¿Y que habían encontrado al llegar?

Ramona apartó con brusquedad aquel pensamiento de su mente. Ahora ya no importaba. Jen y Darnell estaban muertos, habían sido asesinados por el monstruo de Leopold. Y Zhavon...

Había encontrado a Zhavon, y eso significaba algo. Tenía que significar algo. Ramona se aferraba a esa idea, pero allí también había dolor. Utilizaba la cólera para mitigarlo, para mantenerlo a raya, pero sabía que le había fallado. No había podido ayudar a Zhavon, no había podido rescatarla y estaba segura de que tampoco había podido evitar su muerte.

Ramona sabía que en Nueva York ya no había nada para ella. Había empezado a despreciar la ciudad y todo lo que representaba. Una irritante cólera se agitaba en su estómago. Había sido engañada y manipulada desde el mismo instante en que puso un pie en ella... por Hesha, por Khalil y por la jodida Camarilla. La reunión que había mantenido con Calebros sólo había sido la afrenta final: había ido a verlo para pedirle ayuda y él la había despedido sin perder ni un instante. ¡La había desterrado! ¿Cómo se le había ocurrido pensar que podía darle órdenes? Que ella recordara, nunca le había votado para que fuera su rey.

Lo único que necesita era alejarse de aquel lugar durante una temporada, pero no porque ellos se lo hubieran dicho, sino porque tenía que demostrarse a sí misma que, en realidad, ellos no importaban... que todas sus ofensas, sus intrigas y sus farsas no tenían la menor relevancia más allá de los límites de la ciudad... que todas sus rivalidades y traiciones no eran más que una triste especie de pantomima... que no eran más que niños luchando por sus castillos de arena.

Ahora sabía que Nueva York era una trampa. Una trampa muy bonita, adornada con brillantes luces de neón y edificios impresionantes, vestida de riquezas y poder decadente y envuelta en los echarpes de brillantes colores de la diversidad étnica. Sin embargo, todos los rascacielos proyectaban una enorme sombra de la que se alimentaban las cosas oscuras. Y todos los exquisitos trajes de sastre emitían el sutil pero inconfundible hedor de la explotación laboral. Y todas las personas se agrupaban únicamente con aquellas que compartían su cultura, para fomentar su odio y protegerse de sus miedos.

Ramona seguía corriendo cuando le sorprendió el amanecer. Sin perder ni un instante, se sumergió con suavidad entre los brazos de la tierra.

* * *

Ramona se estiró y empezó a arañar el suelo con los dedos. Instintivamente, éstos encontraron la única dirección significativa de mundo subterráneo: hacia arriba. Sus manos aparecieron en la superficie, se sujetaron con firmeza al suelo y empujaron... para liberar el resto de su cuerpo de la tierra.

Se sacudió el polvo de la ropa mientras intentaba orientarse. Ésta era la tercera noche que pasaba fuera de la ciudad. Había seguido el curso del río Allegheny y, ahora, su entorno empezaba a resultarle familiar. Se estremeció. No tenía la intención de regresar a este lugar, pero reconocía perfectamente el camino que estaban siguiendo sus pasos. Estaba regresando a la tumba de Zhavon, a la caverna en la que Leopold había masacrado a su pueblo.

No. Todavía no estaba preparada para volver a enfrentarse a eso. ¿Pero adónde podía ir? Era la primera vez que se hacía esa pregunta. Consciente de que no podía volver a Nueva York, pensó por un momento en regresar a casa, a Los Ángeles... pero allí tampoco había nada esperándola. Y por supuesto, no le atraía en absoluto la idea de cruzar de nuevo todo el país, ahora en soledad.

Tenía la sensación de que ya no pertenecía a ningún lugar. No podía culpar a sus pies por haberla traído hasta aquí, por hacerle regresar a su muerte.

Se sentía tan desesperada que estuvo a punto de reír a carcajadas. La verdad es que ya ni siquiera tenía un lugar entre los muertos... y nunca encontraría un lugar entre los vivos donde fuera aceptada. Ya no formaba parte del grupo de los vivos, ni tampoco del de los muertos.

Bueno, eso no le dejaba demasiadas opciones. Podía buscar a otros de su especie, pero sabía que era poco probable que la recibieran con los brazos abiertos. Si se aliaba con la Camarilla, sólo recibiría su educado desprecio y sus habituales traiciones... y no tenía intenciones de rebajarse de esa forma ni de pasar décadas enteras aprendiendo los delicados matices de sus juegos. Además, estaba segura de que, por mucho que se esforzara, nunca la aceptarían y jamás la tratarían como a un igual. Ramona no encajaba en su mundo. La menospreciarían eternamente y la considerarían una extraña. No, gracias.

Por lo tanto, sólo le quedaba el Sabbat... y, francamente, por las

cosas que había visto en Nueva York, prefería mantenerse bien alejada de ellos. A los miembros del Sabbat parecía gustarles entrar en frenesí. Disfrutaban con la Bestia. Además, había recibido dos avisos muy personales y claros sobre qué les aguardaba a aquellos de su especie que decidían tomar ese camino. Distraída, acarició el áspero pelaje que tenía tras su puntiaguda oreja lupina. Había surgido de una furia sumamente asesina con esa forma y había descubierto que le daba lo mejor de sí misma. Aunque sus pies siempre habían llevado la señal de la bestia, ahora sus huesos se habían convertido en nudosas garras.

Bajó la mirada hacia sus torpes y enormes botas. De noche y desde cierta distancia podían pasar por zapatos humanos, pero le resultaban muy incómodas. Además, como no podía atárselas bien, se le movían tanto que, tras caminar algunas horas, las punteras acababan mirando hacia el lugar equivocado. Cuando Calebros se las dio, le dijo que...

Calebros. Ramona se sentó en una roca cercana y, tras desatarse pacientemente las botas, las dejó allí, como si fueran un par de zapatillas que asoman bajo el borde de la cama. No necesitaba la jodida ayuda del Nosferatu.

Ya estaba tan cerca que podía sentir la proximidad de sus muertos. Centelleaban a su alrededor, intentando, desesperados, tirar de ella para llamar su atención.

--¡Mierda! ¡Dejadme en paz!

Incluso los muertos querían algo de ella. Ya estaba un poco harta de no estar a la altura de las expectativas de nadie.

--No os debo nada. No sois mis verdaderos parientes. No estabais allí para ayudarme. ¿Dónde estabais cuando Jen, Darnell y Zhavon fueron asesinados, eh? ¿Cuándo acudisteis en mi ayuda? ¡Nunca! ¿Cómo diablos podéis creer que voy a dejarlo todo para ir a socorreros? ¡No sois nada para mí! ¿Entendido? ¡Nada!

Al parecer, sus palabras tuvieron el efecto contrario al que había deseado, pues las sombras se aproximaron más a ella y, alimentándose de su cólera, empezaron a cobrar sustancia. Instantes después colgaban a su alrededor como si fueran una capa andrajosa.

--¡Dejadme en paz! --gritó, intentando, sin ningún éxito, dislocar sus voraces bocas--. Nunca he pedido esto, nada de esto. ¿Creéis que quería acabar de esta forma, atrapada aquí en medio, con vosotros? ¿Creéis que quería ser como vosotros? ¿Creéis que le pedí al capullo de Tanner que me hiciera esto? ¿Que me dejara así? Que

os jodan. A todos. No os necesito. No necesito ningún estúpido clan... sobre todo si en él sólo hay un puñado de perdedores agresivos y muertos.

Se abrió paso a empujones entre los muertos y avanzó tambaleándose hacia el claro. En el centro, un trozo enorme de granito descansaba en horizontal sobre una confusión de rocas. Su superficie áspera, granulada y sin nivelar estaba inclinada hacia el este. Era la Tabla de Roca.

Ramona sintió que el calor de la vergüenza y la furia inundaba su cuerpo. Éste era el lugar en el que Plumanegra la había ultrajado por segunda vez. Recordaba el terror que sintió al oír los arcanos murmullos del vidente mientras llevaba a cabo su absurdo ritual. El místico había forjado un círculo sagrado de yeso y lumbre sobre la Tabla de Roca y la había atraído hasta él. Después, había presionado las cenizas contra sus ojos y, a partir de ese momento, le había resultado imposible ignorar sus visiones. La visión fantasmal.

La verdad es que no se trataba de una "visión fantasmal", puesto que Ramona no veía fantasmas, sino la interconexión de las cosas. Había visto a Xavier alzándose sobre la Tabla de Roca como si fuera la personificación de la cacería; había percibido el vínculo que existía entre ella y el lobo que apareció la primera vez que abandonó su piel humana; y había visto que Leopold estaba unido al Ojo mediante un nervio óptico palpitante que le ataba inextricablemente a... lo que fuera aquello que había acabado con su vida. Suponía que se trataba de Hazimel, quienquiera que fuera.

Aquí, en la Tabla de Roca, siempre había visto a sus muertos deambulando por el claro, llamándose entre ellos para saludarse o retarse, recitando sus linajes y sus hazañas o disputando por el poder. En su pueblo, las viejas costumbres estaban tan arraigadas que eran incapaces de abandonarlas, incluso en la muerte.

Ramona sabía que estaba siendo injusta, que esos espectros no eran realmente los espíritus de los muertos a los que les había sido negado el descanso final y estaban condenados a vagar por el claro durante toda la eternidad. La verdad no era tan romántica. Sólo eran pálidos reflejos, recuerdos. Tan arcaicos y curiosos como las películas mudas.

Aquellas personas que tenían una vida auténtica dejaban una marca en los lugares que frecuentaban. Una huella perdurable. Y la Tabla de Roca era un lugar receptivo, un lugar de poder. Si contemplaba la piedra con su visión fantasmal, Ramona la veía como

una imagen de la Piedra Rosetta que había visto en una revista: su superficie pulida estaba repleta de letras y pictogramas grabados en diferentes lenguas, que proclamaban el legado de su pueblo a través de las frágiles barreras del idioma y el tiempo.

Cerró los ojos con fuerza para borrar aquella visión. No tenía ningún deseo de leer la condena que había sido grabada en la roca: el relato de la masacre de su pueblo, la historia de su propio fracaso.

¿Iba a ser siempre así? ¿Habría siempre un reproche grabado en cada roca que viera? Malditos fueran sus ojos y maldito fuera Plumanegra. Ella nunca le pidió esto.

Contra su voluntad, descubrió que estaba pensando en Leopold. La verdad es que, últimamente, sólo era capaz de pensar en la expresión de su rostro cuando quedó libre del Ojo.

Leopold la había mirado. Debía de saber que acababa de matarle... que el golpe que le había separado del Ojo era mortal. Sin embargo, en su rostro no había miedo. Tampoco había odio, ni reproches, ni siquiera sorpresa.

Le había dedicado una mirada de reconocimiento y tristeza. Al final de su vida, cuando volvió a ser él mismo, le había sonreído. ¡Maldito fuera Leopold! Había podido verla con los últimos vestigios de su visión preternatural y había sabido que Ramona era una condenada de la que se desembarazarían en cuanto dejaran de necesitarla. Igual que habían hecho con él.

La había llamado por su nombre y había pronunciado palabras de compasión que nunca podría olvidar ni perdonarle. ¿Por qué había sentido lástima de ella aquel monstruo, aquel cabrón trastornado y asesino?

Ramona sabía que sus acusaciones eran superficiales y vacías. No había sido Leopold quien había masacrado a su pueblo y profanado sus restos. Había sido aquello en lo que se había convertido bajo la influencia del Ojo blasfemo.

Lo perdimos en el mismo instante en que tocó el Ojo. Fue una víctima, sólo eso. Un cadáver andante. Las palabras de Calebros regresaron a su mente, pero no lograron reconfortarla. De hecho, le hicieron sentirse más ultrajada.

--Todos nosotros somos cadáveres andantes, maldito arrogante --gritó, siendo incapaz de reprimir por más tiempo las palabras que no había podido pronunciar tres noches atrás--. Puede que el Ojo le obligara a hacer todo eso, ¿pero eso le disculpa de haber matado a mi pueblo? En absoluto. Si el Ojo le estaba obligando a cometer todos

aquellos actos enfermizos, si el Ojo estaba consumiéndole la identidad y convirtiéndolo en algo que él despreciaba, ¿por qué no extendió el brazo y arrancó...?

Entonces, Ramona se dio cuenta de algo que no le resultó agradable. Toda la cólera que sentía se desvaneció al instante, como si hubiera recibido una ducha de agua fría. Pensó en Theo Bell, el Arconte Brujah. Si hubiera estado en sus manos, Bell habría matado a Leopold con frialdad, quizá incluso con un ligero fastidio, como el que puede sentir alguien cuando le toca ir a tirar la basura. Pero Bell no podía matarlo.

Hesha le habría robado el Ojo, lo habría manipulado, engañado e incluso matado sin sentir ningún remordimiento, pues anhelaba hacerse con aquel valioso objeto. Sin embargo, no podía coger el Ojo porque era incapaz de percibir el vínculo que lo unía a Leopold... y mucho menos, de cortarlo.

Pero Ramona podía hacerlo. Con su "don," había robado el Ojo para Hesha; con su visión, había asesinado a Leopold en nombre de Theo y su jodida Camarilla. Ella no era mejor que Leopold. Su visión fantasmal le había convertido en una ladrona con menos escrúpulos que el infame Hesha Ruhadze y en una asesina más cruel que Theo Bell, el ángel vengador de la Camarilla.

Se sentía sucia y corrupta. Tenía la impresión de que no sólo era la responsable de la muerte de Leopold, sino también de las muertes de tantos otros... incluido su pueblo. Además de ser cómplice de todos los crímenes de Leopold, había contribuido a su ofensa añadiendo una nueva víctima a su ya considerable montón de calaveras. Sin embargo, no podía echarle toda la culpa a su maldita visión fantasmal. Eso no la exculparía ni siquiera de una gota de toda la sangre que había derramado.

Pero ella no era ninguna ladrona ni ninguna asesina. Leopold no había tenido las agallas necesarias para liberarse del poder del Ojo y reivindicar su propia identidad.

–Pero podéis estar seguros de que yo sí que lo haré, capullos –la voz de Ramona era profunda y retumbante, como los truenos de una tormenta. No se dio cuenta de que había hablado en voz alta.

Apoyó los codos con firmeza en la Tabla de Roca, como para reforzar su decisión, y empezó a abrir y a cerrar los puños. En cuanto se retiró la suave piel que cubría las yemas de sus dedos, aparecieron unas crueles garras que se fueron extendiendo con dolorosa paciencia hasta que rozaron sus párpados con suavidad.

Recordó las caricias de Tanner cuando presionó sus párpados para cerrarlos y arrastrarla hacia el Abrazo del que nunca saldría. Recordó la presión de la palma de Plumanegra cuando puso las cenizas y la visión sobre las órbitas de sus ojos. Sintió el fuego candente de su tercer y último ultraje: el de aquellas garras que buscaron y seccionaron con tenacidad los nervios ópticos. Ramona echó hacia atrás la cabeza y aulló de agonía y liberación, mientras las gotas de su preciada vitae se esparcían por todas partes.

* * *

Los Cazadores de Sueños la encontraron allí, tendida sobre la Tabla de Piedra. Estaba tumbada sobre uno de sus brazos y sus garras seguían clavadas en los profundos surcos que había tallado en la superficie de la roca. Los recién llegados apenas dedicaron una mirada a aquellas runas ambiguas, al epíteto de Ramona. En un acto de rebeldía o, quizá, de desesperación, había dejado grabada su marca en la historia de su pueblo. Sin embargo, no eran ellos quienes debían interpretar aquella marca y darle un significado.

Cogieron a la pequeña en sus brazos y, elevándola suavemente sobre el umbral del viento de la noche, la llevaron a casa, con su pueblo.

FIN

Mundo de Tinieblas:
UN LUGAR ACOGEDOR EN DONDE BEBER
Richard Dansky

{ Vampiro / Clanes-14 / Relato-09 (Brujah) }
Publicado en... "*Clan Novel: Anthology*"
Traducción: Isabel Merino Bodes

Martes, 14 de diciembre de 1999, 6:47 PM
Fort Lee, Nueva Jersey

–Put a Jersey.

Estas palabras resumían todo lo que sentía en estos momentos. Theo Bell sacudió la cabeza y observó el lento avance del tráfico. Al fondo de la calle, una luz de neón brillaba en rojo sobre la noche, prometiendo a los transeúntes una refrescante Budweiser y poco más. Los bruscos sonidos de la ciudad flotaban en el aire y la brisa olía a tubos de escape y a cerveza.

Theo era la única persona que avanzaba por la acera, pero no le importaba. Últimamente se había hartado un poco de la gente, tanto de la viva como de la muerta, y le encantaría no tener que hablar con nadie durante los próximos diez o quince años.

Pero sabía que las probabilidades de que eso sucediera eran nulas. Escupió sobre la acera y decidió disfrutar del tiempo que tenía por delante. Después de elegir una dirección al azar, empezó a caminar a paso lento, porque todavía le resultaba doloroso avanzar demasiado rápido: la pistola que llevaba en la espalda rozaba el punto en el que un capullo del Sabbat le había insertado un trozo de tubería de cobre hasta el hígado. Había matado a aquel hombre y sólo Dios sabía a cuántos otros, pero este tipo de lesiones tardaban bastante en curarse, incluso en un Vástago tan fuerte como él.

Sólo llevaba encima la pistola y algo de munición que guardaba en uno de los bolsillos de su chaleco, porque había aprendido que la ropa, el dinero y los lujos podían encontrarse con facilidad, independientemente de las circunstancias. Su equipaje básico consistía en un puñado de balas y un instrumento para hundirlas en el cuerpo de algún siervo del Sabbat.

Un poco más adelante, un semáforo decidió ponerse en rojo. Los frenos chirriaron y alguien blasfemó, pero por todo lo demás, la vida continuó sin que nadie le prestara ninguna atención. Eso le gustaba. Le gustaba que nadie intentara matarle, que nadie le dijera que fuera a sitios en donde otras personas intentarían matarle y no tener que matar a nadie de momento. También le gustaba que la batalla por Nueva York se hubiera resuelto de una forma más o menos victoriosa porque, aunque sólo fuera, eso significaba que parte de los justicar estarían muy ocupados durante una temporada, repartiéndose los botines y peleando por territorio que querían controlar. Theo, en cambio, deseaba encontrar una ciudad que estuviera tan dejada de la mano de Dios que ni la Camarilla ni el Sabbat la quisieran; entonces podría descansar y, para variar, limitarse a observar cómo el resto del mundo se arrancaba los ojos.

Por desgracia, Fort Lee, Nueva Jersey, no reunía ninguno de esos requisitos. De todas formas, tenía una taberna convenientemente situada al otro de la calle, un deslucido local que anunciaba ser "un lugar acogedor en donde beber y conocer gente" en desvanecidas letras rojas de neón fundidas. La puerta estaba revestida de una especie de cuero falso de color rojo con mugrientos tachones de latón que lo sujetaban a la madera; la fría luz rojiza del rótulo de la ventana seguía ofreciendo aquella refrescante Bud.

--Hay un montón de luces rojas es esta maldita ciudad --murmuró Theo para sus adentros, antes de cruzar la calle para dirigirse hacia el bar. La verdad es que nunca había tomado una cerveza (puesto que recibió el Abrazo antes de que se le presentara la oportunidad), pero había entendido a la perfección qué era lo que realmente se vendía en ese lugar.

Un santuario.

Theo había estado en miles de tugurios como ese, y sabía que todos eran iguales: *Entra y olvídate del mundo*, susurraban. *Tu mujer no podrá encontrarte. Las facturas no podrán encontrarte. Tu jefe no podrá encontrarte.*

--Menuda tontería --gruñó Theo--. Si alguien quiere joderte, logrará encontrarte en cualquier lugar del planeta.

A pesar de todo, decidió entrar en el bar.

* * *

El interior de la taberna era mucho más sombrío de lo que parecía

desde fuera. La iluminación del local nunca había sido demasiado intensa, pero el paso del tiempo y la fragilidad de los filamentos de tungsteno lo habían oscurecido un poco más. Mesas y sillas de heladería, vacías en su mayoría, se diseminaban por la sala sin ningún orden ni concierto; las paredes estaban flanqueadas por reservados de raídos asientos de piel sintética; y una oscura señal indicaba la ubicación del único lavabo. La barra estaba situada contra la pared de la derecha y los clientes que había en ella mantenían un silencio glacial y una distancia de, al menos, un asiento vacío entre ellos. El tabernero, un hombre blanco de mediana edad que llevaba una camisa espantosa, tenía una enorme barriga y un mal corte de pelo.

Theo estaba seguro de que guardaba un arma bajo el barril de la cerveza por si había problemas... pues, al fin y al cabo, todos los taberneros de otros lugares similares en los que había estado la tenían.

Los clientes, en su mayoría hombres, ni siquiera se dignaron mirarlo. Theo estaba encantado, pues no le apetecía hablar con nadie. Había pasado noches enteras en los salones de los antiguos Toreador de París, escuchando siglos y siglos de sabiduría y filosofía. No tenía ningún interés en hablar con estas personas porque sabía que, tarde o temprano, la conversación acabaría centrándose en el deporte, un tema que despreciaba. Además, la conversación era contraria al espíritu de aquel lugar: las personas venían allí para estar a solas con sus problemas, no para compartirlos.

Tras medio segundo de deliberación, Theo escogió un reservado y se deslizó en él. Desde allí podía ver la puerta principal, el lavabo que había al fondo de la sala y, además, tenía una visión más o menos decente de lo que sucedía al otro lado de la ventana. La mesa estaba clavada al suelo, pero no con demasiada fuerza, así que podía voltearla con facilidad si la situación lo requería. Theo suponía que aquella noche no tendría que ocuparse de ningún problema de esa naturaleza, pero las viejas costumbres de supervivencia eran difíciles de olvidar. Si deseaba conservar su existencia en estos tiempos que corrían, tenía que ser cauteloso.

Transcurrieron algunos minutos antes de que el tabernero decidiera acercarse a su mesa.

–¿Qué desea tomar? –preguntó con desgana... y la verdad es que tampoco parecía muy interesado en conocer la respuesta.

–Tráigame una cerveza.

¿Pero qué estaba diciendo? Entonces sonrió. ¿Por qué no? Había

adiestrado su cuerpo para que fuera capaz de retener alimentos, al menos durante un rato, así que una cerveza no le supondría ningún problema.

--¿De qué tipo?

--¿Qué tiene?

--Bud, Bud Lite, Icehouse, MGD, Miller Lite, Coors, Coors Lite, Genny Cream Ale y Keystone. Lea el letrero --dijo el tabernero, señalando una pizarra ilegible que colgaba junto a la barra.

Theo se giró. Si entornaba los ojos, podía mentirse a sí mismo y afirmar que podía leer aquellas palabras garabateadas en tiza. Sin embargo, prefirió dejar las cosas tal y como estaban y aceptar lo que le había dicho el tabernero.

--¿Cuál es la menos empalagosa?

--La Genny --farfulló el hombre antes de dar media vuelta y regresar a la barra. Regresó unos minutos más tarde, con una jarra medio llena de espuma, diciendo algo que parecía "tres cincuenta". Theo le lanzó una moneda de cinco, cogió la cerveza y se quedó mirándolo fijamente hasta que volvió a alejarse arrastrando los pies.

--Capullo --dijo el tabernero entre dientes, antes de desaparecer tras el mostrador.

Theo lo siguió con la mirada mientras dejaba que la cerveza reposara tranquilamente en la mesa. Un minuto más tarde, se encogió de hombros y acercó la jarra a sus labios.

Inmediatamente se arrepintió de haber bebido.

--Sabe como el pis de un caballo que lleva tres días muerto --musitó, mientras volvía a dejar la jarra sobre la mesa. O nadie le oyó o a ninguno de los clientes le molestó aquel comentario. Al ver que todos estaban inclinados sobre sus bebidas, ajenos a lo que sucedía en el resto del mundo, Theo escupió discretamente en la jarra la cerveza que tenía en la boca. Estaba bastante seguro de que esa sustancia no provocaría ningún daño permanente en su cuerpo, pero como no lo sabía con certeza, consideraba que era mejor no correr riesgos innecesarios.

Estaba tan absorto escupiendo la cerveza en la jarra que no vio al hombre que se deslizó en el reservado y se sentó enfrente de él, hasta que éste empezó a hablar.

--Eres Bell, ¿verdad? --dijo el hombre, con acento inglés y una enorme sonrisa en la boca.

Theo se enderezó al instante.

--¿Quién coño eres? --preguntó, mientras sus pies buscaban la

base de la mesa y se preparaban para arrojársela encima al extraño--.
¿Y por qué te has acercado tan sigilosamente?

El extraño se encogió de hombros y extendió los brazos a modo de disculpa.

--Porque tú me lo has permitido, Theo --dijo, con una enorme sonrisa en los labios--. Me llamo Talley.

--Hijo de puta... --gruñó Theo, observando atentamente al desconocido. Talley era tan alto, tan delgado y tan pálido que habría llamado la atención aunque no estuviera muerto. Llevaba el pelo muy corto y vestía un traje negro con un corte muy conservador. Sujetaba entre sus manos unos guantes de conducir de cuero y en el bolsillo del pecho asomaban unas gafas de sol que parecían muy caras.

La camisa que llevaba bajo la chaqueta del traje era, por supuesto, negra.

--La guerra ha terminado. Vuestro bando ha perdido. ¿Acaso necesitas que te lo recuerde? --espetó Theo, inclinándose hacia delante. La mesa refunfuñó bajo el peso de sus manos--. ¿Qué estás haciendo aquí?

Talley se apresuró a mostrarle las palmas de sus manos.

--Por favor, sólo he venido a hablar. Sólo quiero hablar.

--¿Y si a mí no me apetece, qué? --Theo ya había llegado a la mitad de la mesa, pero Talley todavía no se había movido.

--Entonces haré que una sombra le corte la cabeza al tabernero y, mientras estés intentando arreglar la Mascarada, saldré tranquilamente por la puerta. Eres tú quien decide.

Theo detuvo su avance y lo miró fijamente.

--Sabes que soy lo bastante rápido como detenerte antes de que lo hagas.

Talley se recostó sobre su asiento, encogiéndose de hombros.

--Puede que sí... y puede que no. Sabes que yo también soy razonablemente rápido. Como ya te he dicho, eres tú quien decide.

Theo mantuvo la mirada fija en los ojos de Talley durante un largo segundo. Vio que en ellos había una sonrisa, un desafío y algo más que fue incapaz de reconocer. Entonces, se recostó también sobre su asiento y cruzó los brazos.

--De acuerdo. Hablemos. Soy todo oídos. --De repente se le ocurrió una idea--. La cerveza es toda tuya, si la quieres.

Talley esbozó una débil sonrisa mientras apoyaba los brazos en el asiento.

--No, gracias. Por si te lo estabas preguntando, creo que debo

decirte que el tabernero escupió en ella antes que tú.

–Hum. Probablemente consiguió mejorar su sabor. De todas formas, no creo que hayas venido hasta aquí sólo para hablarme de la cerveza. Pensaba que en estos momentos estarías surcando los cielos para regresar a la soleada España. ¿Qué ha sucedido...?

¿Acaso Monçada tiene un nuevo caniche?

–No me toques los huevos, Bell. El cardenal está muerto y tú lo sabes. Es más, seguro que te enteraste diez minutos después de que sucediera. Te advierto que no juegues conmigo... porque si lo haces, te juro que convertiré este antro en un matadero y dejaré tus huellas dactilares por todas partes para que las encuentre Pascek. ¿Me has entendido? Perfecto. Me alegro de que nos entendamos tan bien.

Theo sonrió débilmente.

–Sabía que ese gordo había muerto, pero no sabía si tú sabías que lo sabía, ni sabía en qué punto de la historia encajabas. Sin embargo, ahora creo que lo sé, así que dime, ¿por qué estás aquí? Si quieres empezar algo, yo lo terminaré. Sabes que no puedes regresar a Nueva York, Talley.

–No tengo intenciones de hacerlo, pues es un sumideroapestoso... pero puedes hacerlo tú, Bell. Ya te he dicho que sólo quiero hablar; he venido aquí para hablar contigo. ¿Por qué crees que he elegido este lugar? Porque es lo bastante público como para que no haya lugar a confusiones. Si quisiera pelear, en estos momentos estaríamos peleando y tú te estarías preguntado quién había apagado las luces. Sólo quiero hablar, Bell. Nadie sabe que estoy aquí, ni siquiera el sucesor de Monçada.

–¿Has venido a pedirme asilo? ¿Quieres desertar y crees que voy a ofrecerte protección? ¿O sólo estás aquí para venderme información? ¿Pretendes que hagamos un pacto?

–¿Por qué no me crees? --la voz de Talley, entrecortada y serena, estaba llena de amenazas--. Decidí salir de España hasta que la situación se resolviera y mi papel fuera conocido. No tengo ningún interés en unirme a otro club, Bell, ni ahora ni nunca. Estoy aquí para hablar.

Resaltó todas y cada una de sus palabras golpeando la mesa con el puño. Los clientes del bar se giraron para mirarle y empezaron a susurrar entre ellos, con pereza.

–Lo que tú digas. Pero en ese caso, la verdad es que no sé de qué podemos hablar. ¿Qué tal sobre los Mets?

–Bell, seamos serios. Tú y yo tenemos muchas cosas en común,

más que con los idiotas para los que trabajamos. A ver, dime qué opinas de Pascek. Dime, honestamente, qué piensas de él. Vamos. Dime algo agradable de ese hijo de puta arrogante. Adelante.

--No puedo --Theo sacudió la cabeza--. Pero ese no es el tema. Ya lo sabes.

--No, no lo sé. Cuando te haces lo bastante viejo, cuando pasan unos cuantos siglos, empiezas a hacerte preguntas. Te llevo seis siglos de ventaja, pero sólo ahora he empezado a hacerme ciertas preguntas. Y por eso te pregunto, Bell: ¿por qué sigues aguantando? ¿Por qué te resignas a ser el subordinado de un hombre inferior que te desprecia y al que le encantaría poder deshacerse de ti? Aprovecha el momento, Bell. Fórtate tu propio camino... o por lo menos, dime por qué prefieres seguir con ellos.

Theo se levantó de su asiento.

--Yo podría hacerte la misma pregunta --dio un par de pasos hacia la puerta--. Tu trabajo es el mismo que el mío, Talley: visualizas la imagen y decides que merece la pena lanzar toda esa mierda para que el puto jardín florezca. Yo no lo hago por Pascek, ni tampoco por esos capullos de los Siete. No lo hago por nadie más que por mí, porque decidí que merecía la pena hacerlo. ¿Y sabes qué? Tú tomaste la misma decisión hace mucho tiempo, cuando te convertiste en el perro de Monçada. Límitate a aceptarlo, Talley. Nos hemos convertido en lo que somos porque nosotros lo decidimos. Acostúmbrate a ello. Ahora puedes regresar a casa o hacer algo nuevo... pero ambos sabemos hacia dónde vas a saltar. ¿Verdad?

Hizo una breve pausa y observó a Talley hasta que éste apartó la mirada.

--¡Ja! Lo suponía --exclamó, mientras avanzaba hacia la puerta--. Llámame cuando realmente tengas algo de que hablar. Si no, no hace falta que te molestes. Y quédate la cerveza.

Talley se levantó.

--Realmente crees que vale la pena, ¿verdad? --su voz reflejaba incredulidad.

Theo se giró.

--Hasta que aparezca algo mejor, sí. Lo creo. ¿Te sientes mejor ahora?

--La verdad es que me siento defraudado --Talley movió la cabeza y extendió los brazos--. Tienes a tu alcance todo el poder de los siglos, Bell. ¿Por qué limitarlo a tu estúpido trabajo? ¿No crees que podrías hacer algo mejor con él? Ahora me doy cuenta de que no eres mejor

que ellos.

De uno en uno, todos los clientes del bar se giraron para mirarlos.

–Sí, amigos míos. ¿Acaso mi colega no os lo ha dicho? ¡Es un vampiro! –dijo Talley, adoptando un tono burlón y conspirador–. De todas formas, no tenéis de qué preocuparos. Es un vampiro amable. No desea causaros ningún problema.

–Talley... –en la voz de Theo había una sutil advertencia, pero Talley la ignoró.

–Oh, cállate, Theo. ¿No ves que nadie se lo ha creído? Tu querida Mascarada no se va a venir abajo por esto... Sin embargo, puede que por esto sí...

Mientras Theo se abalanzaba sobre él, levantó los brazos en un gesto digno del director de pista de un circo.

En todas las esquinas estallaron columnas de sombras. Dos de ellas atravesaron y destrozaron al desafortunado tabernero, otras golpearon a los clientes y una rompió en pedazos el espejo que había detrás de la barra, llenando el aire de fragmentos de cristal y gritos. Talley sonreía, incluso cuando Bell se abalanzó sobre él mostrándole los colmillos y lo derribó. Ambos rodaron por el suelo. A su alrededor, los tentáculos de las sombras continuaron con la masacre.

–¿Por qué cojones has hecho eso? –rugió–. Voy a matarte.

Talley empezó a reírse a carcajadas.

–Hazlo. Tómate todo el tiempo que necesites para matarme... y mientras tanto, los supervivientes de este fiasco saldrán a la calle y contarán lo sucedido. ¿Qué sucederá entonces con la Mascarada, Bell? ¿Merece la pena dejar de lado el trabajo durante unos minutos para matarme? –uno de los tentáculos reventó la puerta causando un fuerte estrépito y se retiró. Un cliente, viendo allí una oportunidad de escapar, se abalanzó hacia la salida–. ¿Qué piensas hacer?

Murmurando una maldición, Bell se separó de su adversario y corrió hacia el cliente que intentaba huir.

–Que nadie mueva un puto músculo –rugió, mientras corría hacia el umbral–. Regresaré en un instante.

Talley se levantó y, tras sacudirse el polvo del traje, chasqueó los dedos. Los tentáculos de las sombras se desvanecieron y, durante unos segundos, sólo se oyeron los silenciosos sollozos de uno de los clientes heridos y el suave borbotear de la cerveza que escapaba de las botellas rotas.

–Lo haré, ¿saben? Es una verdadera lástima.

Entonces, también él salió por la puerta... y se desvaneció en la

noche, dejando a sus espaldas a los clientes del bar. Todos ellos estaban esperando, de pie o sentados, a que regresara Bell, pues eso era lo que les había ordenado.

Una manzana más abajo, Theo corría a una velocidad inhumana tras el cliente que había escapado. Estaba bastante seguro de que era el único que había conseguido salir del bar, pero la incertidumbre le obligaba a mirar continuamente hacia atrás, retrasando sus pasos.

–¡Regresa! –gritó inútilmente entre el tráfico–. ¡No voy a hacerte daño!

Pero si esto dura mucho más, te juro que te mataré, murmuró para sus adentros. Delante de él, su presa seguía corriendo.

Por desgracia, Talley tenía razón. Tenía que detener a ese hombre. Si este incidente provocaba una brecha en la Mascarada y su nombre aparecía junto al de Talley, Pascek le cortaría los huevos y se los comería para desayunar. Sin embargo, todo iría bien si nadie más había escapado de la taberna y conseguía acabar con ese tipo de una vez. Theo agachó la cabeza, se concentró un segundo y aumentó un poco más la velocidad. Esto tenía que acabar.

El fugitivo dobló una esquina y chocó contra un kiosco abandonado, cayendo al suelo con fuerza. Theo le alcanzó en un instante, le cogió del cuello de la camisa y tiró de él para que se levantara.

–Escúchame, allí no ha pasado nada, ¿me oyes? ¡Nada! –había hecho esto millones de veces: convencer al ganado de que no había visto a ningún vampiro haciendo algo estúpido. Sin embargo, en esta ocasión las palabras de Talley le hicieron vacilar. ¿Por qué estaba haciendo esto? ¿Para proteger la Mascarada? ¿Por costumbre? ¿O sólo para protegerse las espaldas? ¿Acaso importaba? Sacudió la cabeza e intentó concentrarse de nuevo, pero era demasiado tarde.

El cliente había conseguido liberarse de su camisa, dejando a Theo con un montón de tela desgarrada entre las manos. El mortal avanzó tambaleándose hacia la calzada, muerto de pánico. Al dar media vuelta para continuar con su huida, chocó de frente contra un autobús urbano que le arrastró media manzana antes de conseguir detenerse con un fuerte chirrido. Estalló una confusión de voces, pero Theo ya se había ido. Sólo el montón de tela que caía sobre la acera revelaba que había estado allí.

Apenas habían transcurrido quince minutos cuando Theo abandonó una vez más los escombros de la taberna. Había hablado con todos los clientes y había efectuado algunos cambios en sus recuerdos. A cada uno de ellos le había contado una historia distinta para asegurarse de que la policía no lograba descubrir la verdad. Las ambulancias ya estaban en camino, al igual que la policía, así que había llegado el momento de irse. En la distancia, unas centelleantes luces rojas indicaban que la ambulancia que tenía que recoger a la víctima atropellada ya había llegado. Las sirenas ululaban en el aire de la noche, aproximándose. No había ninguna razón para permanecer por más tiempo en aquel lugar.

Theo cruzó la calle y atajó por un callejón, deteniéndose para meter los pies en un charco y quitarse algunos fragmentos de cristal de las botas. Sus pantalones estaban destrozados, pero los cambiaría en cuanto pudiera. Sin embargo, un par de botas buenas son como un buen amigo: nunca renuncias a ellas a no ser que te veas obligado a hacerlo. Sin hacer ningún ruido, se puso en marcha de nuevo, dejando toda la distancia posible entre él y lo que había sucedido aquella noche. Tendría que pagar muy caro por esto, pero no sería el único.

Encima de su cabeza oyó un suave sonido. Se deslizó entre las sombras cautelosamente y miró a su alrededor para saber de dónde procedía. No le costó demasiado descubrirlo.

Talley se había encaramado a una escalera de incendios. Tenía la luna a sus espaldas y observaba a Theo con una enorme sonrisa en los labios. El sonido que había oído lo hacían sus manos, que estaban aplaudiendo lentamente.

--Estaba equivocado --dijo, haciéndole una reverencia--. Has ganado.

Entonces, mientras una nube pasaba por delante de la luna, se desvaneció.

Theo sacudió la cabeza.

--Put a Jersey --fue lo único que dijo. Y siguió caminando.

FIN

Mundo de Tinieblas:
AUTORRETRATO
Gherbod Fleming

{ Vampiro / Clanes-14 / Relato-10 (Toreador) }
Publicado en... *"Clan Novel: Anthology"*
Traducción: Isabel Merino Bodes

Viernes, 17 de diciembre de 1999, 8:15 PM
Broadway Avenue, Ciudad de Nueva York

La calle estaba repleta de taxis que habían traído hasta aquí a los amantes del teatro, así que el chofer de Benjamín Niel hizo lo que cualquier taxista del centro de Manhattan habría considerado más razonable: aparcar en triple fila. Los carriles de Broadway que se dirigían hacia el norte y que ahora estaban completamente bloqueados pronto se convirtieron en una enmarañada y airada concentración de vehículos inmovilizados que tocaban sin cesar sus cláxones.

–Seis ochenta –dijo el taxista, con un fuerte acento indio.

Benjamín le dio ocho dólares y salió del vehículo. Podía sentir las maldiciones de los conductores que se habían quedado atascados a una manzana y media de distancia, pero los insultos y la hostilidad resbalaron por su espalda del mismo modo que la fría y fuerte lluvia, que había obligado a las perlas y a los esmóquines a protegerse bajo paraguas negros y a correr hacia la marquesina. El espectáculo de aquella noche era un reestreno de "Annie Get Your Gun", interpretado por Bernadette Peters y algún actor de televisión. Benjamín no iba a asistir a la función. No había venido hasta allí para ver una de esas empalagosas representaciones. A él le gustaba la ópera.

Aquella noche tenía que trabajar. Navegando entre el mar de taxis, dejó atrás el teatro y se detuvo junto a la puerta principal de su galería. La verdad es que no era de su propiedad, sino que la administraba en nombre del señor Stephenson... el señor Stephenson de la Galería Stephenson. De todas formas, en todos los aspectos prácticos, Benjamín era la Galería Stephenson: se encargaba de supervisar las operaciones rutinarias, de relacionarse con la comunidad artística y con los museos más influyentes y de tomar

todas las decisiones, tanto las financieras como las artísticas. Excepto la de esta noche.

Benjamin metió la llave en el temperamental cerrojo de la puerta principal y la giró como si fuera el cuchillo que deseaba que fuera y estuviera clavado en la espalda del señor Stephenson. El propietario siempre le había tratado bien; de hecho, estaba tan seguro de que su galería estaba en buenas manos que hacía más de tres años que no visitaba las instalaciones. Entonces, ¿por qué, sin darle ninguna explicación ni avisarle con veinticuatro horas de antelación, le había ordenado que se reuniera esa noche con un cliente?, se preguntó Benjamín, mientras entraba y cerraba la pesada puerta con un poco más de fuerza de la necesaria.

Le había obligado a clausurar una exposición antes de lo previsto y a retrasar la inauguración de la siguiente: la nueva colección de pinturas al óleo de Jacopo Finini. El artista se sentiría ultrajado, y con toda la razón del mundo. Además, eso comportaría ciertas repercusiones económicas. Si la empresa le hacía responsable de las caprichosas e irrazonables exigencias de su propietario, Benjamín dimitiría. Renunciaría a su trabajo y abandonaría esta galería que, gracias a él, había pasado de ser nada a convertirse en una de las estrellas más brillantes de la escena artística de Manhattan. Benjamin no iba a permitir que nadie, ni siquiera el señor Stephenson, arruinara el buen nombre que se había forjado en la comunidad artística. La credibilidad es tan frágil como la más delicada de las orquídeas, que requiere unas condiciones perfectas para florecer pero se marchita fácilmente por la falta de atención o la dejadez.

Mark le había apremiado a renunciar esa misma noche. Le había dicho que se negara a recibir a aquel cliente inoportuno y que le dijera al señor Stephenson por dónde podía meterse su galería... pero las reacciones de Mark solían ser desmesuradas y Benjamín no tenía ganas de cerrarse ninguna puerta. Todavía no.

Sus pasos resonaron por las centelleantes baldosas negras de las paredes y el hueco de la escalera mientras se dirigía con rapidez hasta la doble puerta de cristal de la galería propiamente dicha. Tras echar un vistazo a su reloj, tecleó la combinación que abría el cierre electrónico de la puerta. Tenía tiempo de sobra. El cliente aún tardaría un par de horas en llegar. La cita había sido fijada a una hora inconveniente e intempestiva para él, pero no para un cliente que trabajaba con horario europeo o de la Costa Este. Benjamín no tenía ni idea de dónde era el misterioso cliente, y eso también le irritaba.

Ya se había quitado el abrigo y estaba a punto de dejarlo caer sobre el escritorio de recepción cuando vio las elegantes pieles que descansaban sobre la mesa. Su brazo se detuvo a medio camino, pero el abrigo, que ya se había liberado de sus manos, chocó contra la parte delantera del escritorio y cayó al suelo.

Se quedó contemplando las pieles durante un largo momento. ¿Quién diablos las había dejado sobre el escritorio de recepción? Estaba seguro de que no eran de la recepcionista porque, aunque Benjamín le pagaba bien, aquella lustrosa capa de marta cibelina le habría costado el salario de un año entero... y sabía con certeza que la mitad del sueldo mensual de Lilia desaparecía por su nariz. ¿Entonces de quién era?

Se agachó lentamente para recoger su abrigo. Distráído, secó con sus dedos las gotas de agua que habían caído sobre el suelo de madera. Después de levantarse con la misma lentitud, se acercó con cautela al otro lado del escritorio y, observando las pieles como si fueran a moverse en cualquier momento, dejó su abrigo sobre la silla de recepción.

Qué extraño. No podían ser del cliente, puesto que la puerta estaba cerrada... y los ladrones, incluso los de arte, no solían llevar pieles a sus atracos. Quizá era de alguna viuda millonaria y senil que lo había olvidado y vendría a recogerlo por la mañana. Sí, esa era la explicación más razonable.

Benjamín siguió avanzando por los pasillos vacíos de la galería. Tenía la impresión de que sus pasos retumbaban con demasiada fuerza. El sonido de cada paso se mezclaba con el del anterior y con el del siguiente, creando un redoble marcial. Puede que aquel sonido exagerado sólo fuera obra de su imaginación... o quizá se debía a que la galería estaba completamente vacía, literalmente: tanto de clientes como de obras de arte. Con la única excepción de un cuadro.

Benjamín había montado y desmontado cientos de exposiciones. Había decidido qué obras iban en qué lugar, en qué sala, en qué pared. Sin embargo, la galería nunca le había parecido tan vacía como aquella noche, ni siquiera cuando todas las piezas habían sido retiradas y empaquetadas. Las paredes nunca le habían parecido tan sombrías, higiénicas y carentes de vida; sus suelos de madera nunca le habían parecido tan fríos y estériles.

Cruzó a grandes zancadas la galería principal, asomando la cabeza en las cuatro salas de menor tamaño que flanqueaban la cámara central. Todo estaba tan silencioso como un sepulcro. A

continuación, se dirigió hacia las tres galerías posteriores, pensando en el único cuadro que había en la galería, que estaba expuesto en la última sala. Había pasado la tarde con Raúl, supervisando la ubicación de este inmenso retrato, porque el señor Stephenson le había dado instrucciones precisas sobre el lugar exacto que debía ocupar. En su carta, el propietario había mencionado que se trataba de un retrato, pero había hecho hincapié en que el tapiz de seda unido al marco que cubría la pintura no debía ser retirado, así que Benjamín aún no había podido ver la obra. Suponía que tendría que esperar a que llegara el cliente.

El señor Stephenson debía de estar preparando una venta para esa presuntuosa persona. Sí, esa era la explicación más plausible, pensó Benjamín, mordiéndose el labio inferior. De todas formas, podría haber tenido la delicadeza de contarle de qué iba todo este asunto. Teniendo en cuenta su lealtad y su demostrada competencia, consideraba que merecía una explicación.

Benjamín recorrió las primeras dos salas posteriores con la certeza de que la percusión de sus pasos rompería en pedazos las vitrinas vacías de exposición. Absorto en las diversas cosas que le gustaría decirle al señor Stephenson, dobló la esquina para acceder a la última galería y avanzó con mayor rapidez, mientras sus pies chirriaban sobre el pulido suelo. Aunque había visto las pieles, no esperaba encontrar a nadie en la sala... y mucho menos a una diosa.

Ella vestía un traje de noche, sin mangas, de color marfil, con un corpiño ajustado y una falda larga con vuelo. Sus manos, cubiertas por unos guantes de etiqueta, se apoyaban con elegancia sobre sus caderas. Las redondeadas líneas de sus mejillas se iban estrechando paulatinamente a medida que se aproximaban a la barbilla, creando un efecto inusual, interesante, perfecto y cautivador. El suave tono de su vestido y la blancura de su piel no le daban una imagen insípida y apagada, sino que resaltaban sus ojos esmeralda y los rizos de su cabello, de un color rojo oscuro similar al de sus labios.

–Señor Neil –dijo ella, y las sílabas salieron de su lengua como un pecaminoso placer.

Él la miró fijamente.

–Señora Ash –balbució. Empezó a aproximarse a ella, sorprendido de que le temblaran las piernas. Se pasó una mano por el cabello, que había empezado a retroceder de forma prematura y advirtió que aún quedaban en él algunas gotas de lluvia... y de repente, sintió que tenía la boca seca.

--Espero que no le importe que haya llegado antes de la hora acordada --dijo ella, con tono indiferente--. Emil me envió una llave y la combinación... y he sido incapaz de reprimirme.

¿Emil? La mente de Benjamín se quedó en blanco durante unos instantes antes de saber a quién se refería. Emil Stephenson. El señor Stephenson. El hecho de que mencionara el nombre de su jefe hizo que se reavivara su ira. ¿El señor Stephenson le había dado la llave sin consultárselo antes? Se sentía más que molesto con su jefe y, por extensión, con aquella mujer, con la cliente misteriosa. Sin embargo, su voz era como una ducha cálida y sensual, y había algo en sus ojos...

--Lo comprende, ¿verdad?

Benjamín parpadeó repetidas veces. Ella le había dicho algo, le había preguntado algo.

--¿Qué...? ¿Podría repetirme la pregunta, por favor?

--Le he dicho, Benny, que he entrado porque no he sido capaz de reprimirme --sus ojos resplandecían y esbozaba una débil sonrisa, quizá un poco cruel, similar a la que se dibujaría en el rostro de un niño que le está arrancando las patas a una araña.

--Benjamín, por favor --respondió él, recuperando su enfado. Nadie le llamaba Benny, excepto Mark. Benjamín trataba a diario con excéntricos ricos y amanerados, y a menudo tenía que recordarles que su relación era estrictamente profesional, no de amo y esclavo. Esas personas necesitaban que alguien les pusiera de vez en cuando en su sitio, y él siempre estaba dispuesto a hacerlo.

--Su visita en sí misma no me supone ninguna molestia pero, con franqueza, la precipitación de su exposición...

--*Vigila esa lengua, pequeño malcarado* --siseó ella. Entonces, en un tono muy dulce, añadió:-- O te la cortaré.

Benjamin volvió a sentir que le flaqueaban las piernas. Se quedó paralizado, mudo. Tenía un nudo en el estómago. Su entrañable galería se había convertido, de repente, en una sombría caverna y él estaba en el centro, expuesto, vulnerable. Quería escapar de aquella sala, pero sus pies estaban fijos en el suelo y era incapaz de gobernarlos. Era imposible que la mujer hubiera pronunciado las palabras que acababa de oír. Por un instante, tuvo la impresión de que los ojos de su cliente ardían en rojo brillante... pero no, eran las mismas esmeraldas seductoras de antes. Era incapaz de comprender el miedo visceral que le había invadido y que había desaparecido en el espacio en apenas un segundo.

Le oprimía el cuello de la camisa, que llevaba abotonada hasta arriba. Al moverlo un poco, una perla de sudor se deslizó por un lado de su cuello.

--¿Se encuentra bien, señor Neil? --los ojos de la mujer le observaban, englobándole en su mirada, adentrándose en su interior.

--Yo... ¿Podría disculparme? Necesito un vaso de agua.

--Por supuesto.

--¿Desea que le traiga algo?

--No gracias. De momento no.

Benjamín giró sobre sus talones y se retiró apresuradamente de la habitación. Cuando estuvo lejos de la mujer empezó a respirar con normalidad y se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento. El corazón le latía con fuerza. Miró por encima del hombro, seguro de encontrarse todavía en el campo visual de aquellos brillantes ojos verdes, pero estaba solo. ¿Le había amenazado con arrancarle la lengua? Era imposible. Su psicólogo iba a tener un día muy ajetreado. ¿Acaso aquella mujer le recordaba a la zorra de su madre y había reavivado algún recuerdo infantil reprimido? Benjamín abrió los ojos y la boca de par en par y volvió a cerrarlos con fuerza. A continuación, se secó las gotas de sudor de la frente.

Sin acordarse de que su despacho estaba cerrado, Benjamín giró el pomo de la puerta y se golpeó de lleno en la cabeza. Se quedó aturdido durante diversos segundos, pero entonces rió, un poco nervioso. Nadie había presenciado ese bochornoso espectáculo. Estaba solo.

Abrió la puerta de su despacho y cogió una botella de Perrier de la nevera. Entonces, pensándose de nuevo, dejó la botella en su sitio y, tras servirse dos dedos de whisky escocés del bar, se lo bebió de un trago. Regresó a la galería posterior sintiéndose fortalecido. Su corazón aceleraba para mantener el ritmo de sus pies sobre la madera.

* * *

--¿Y no te enseñó el cuadro? --preguntó Mark con incredulidad.

--No. Estuvo tapado todo el rato. Por cierto, con un tapiz de seda precioso --respondió Benjamín, hundiendo el tenedor en su cena.

--Menuda zorra. --No era el té de hierbas que estaba tomando lo que dejó una amarga mirada en el rostro de Mark.

Benjamín miró por la ventana del restaurante hacia la multitud de

personas que paseaban por las aceras y cruzaban las calles de Times Square. Se le daba muy bien distinguir a los turistas de los neoyorquinos. Había algo en su forma de caminar, en su actitud. La ciudad inculcaba su energía a los habitantes, fomentando la exuberancia y la grandeza. En Nueva York, los punks eran más rebeldes, con sus grandes crestas verdes y sus gigantescos piercings; las jóvenes profesionales eran más atractivas, con sus diminutas faldas y sus tacones de aguja, que resaltaban sus pantorrillas y sus moldeados muslos, y con sus ceñidas blusas y crujientes trajes que acentuaban unos pechos que desafiaban a la gravedad y unos pectorales tan duros como piedras; los intelectuales eran más brillantes; y los artistas tenían más talento.

Sin embargo, en comparación con Victoria Ash, todas aquellas personas no eran más que espectros pálidos y descoloridos, carentes de sustancia.

--¡No me estás escuchando! --dijo Mark.

--¿Qué? --Benjamín se vio obligado a regresar al restaurante y observar la habitual expresión de enfado de su compañero: labios ligeramente arrugados y ceño fruncido--. Por supuesto que sí. Estabas... quejándote de algo.

Se trataba de una suposición bastante segura.

Mark soltó un bufido. Llevaba una camiseta ceñida de manga corta y arremangada. Nunca llevaba chaqueta, ni siquiera cuando hacía frío, porque le gustaba enseñar el trabajo que realizaba en el gimnasio.

--Tendrías que haberle dicho que se fuera a tomar por culo.

--Por supuesto. Eso habría sido genial para el negocio... y también para mi seguridad laboral. Mi jefe me envía a una cliente que está forrada de pasta, yo la insulto y le dejo sin negocio. Estoy seguro de que al señor Stephenson le hubiera encantado.

--¡El puto señor Stephenson! --gruñó Mark, poniendo los ojos en blanco--. Esa galería no sería nada sin ti. Estoy seguro de que antes de prescindir de ti, se pegaría un tiro en la cabeza.

--La adulación te llevará adonde tú quieras. --Deseoso de cambiar de tema, Benjamín le acarició la rodilla por debajo de la mesa.

--Ya lo ha hecho, querido --respondió, con una sonrisa conspiradora. Sin embargo, al instante volvió a ponerse serio y añadió:

»No tienes por qué aguantar las impertinencias de esa mujer.

¿Cómo se llama?

--Victoria Ash --hubo una larga pausa antes de que Benjamín se

diera cuenta de la expresión de fastidio de su compañero—. ¿Qué pasa ahora?

—No me gusta cómo dices su nombre.

—¿Qué? ¿De qué me estás hablando? Así es como se llama. Victoria Ash. No me lo he inventado.

Mark cruzó sus musculosos brazos.

—No es su nombre lo que me molesta. Aunque... *Victoria*... resulta bastante pretencioso, ¿no crees? Me molesta tu forma de decirlo, con esa cara de memo. *Victoria Ash*. ¿Te la has follado?

—¡No! Por supuesto que no. Y no he dicho su nombre con cara de memo. Eres un paranoico. No es más que una cliente.

—Para ti, eso nunca ha sido ningún inconveniente.

—Oh, ya estamos con lo de siempre. ¡Eres tan infantil! No pienso volver a tener esta conversación. Me niego.

—Te la has tirado.

—No, no lo he hecho --respondió Benjamín--. Escúchame con atención.

Intentó cogerle de las manos, pero Mark se resistió y apartó la mirada.

—Genial --dijo Benjamín entre dientes--. Que yo sepa, no fui yo quien se tiró a una puta camarera en un cóctel. ¿Y que me dices de aquel joven ujier? Yo, por lo menos, tengo un poco de clase. De todas formas, con esta mujer no ha pasado nada.

Se quedaron sentados sin decir nada durante varios minutos, mientras una espiral de tenso silencio daba vueltas sin parar entre los paseantes, las luces de neón y las brillantes proyecciones digitales de Times Square. A Benjamín le molestaba menos el malhumor de Mark que el hecho de ser incapaz de recordar con exactitud qué había sucedido la noche anterior.

Por fin se levantó.

—Tengo que irme --se inclinó y besó, sin ser correspondido, los apretados labios de Mark.

* * *

Había quedado con la mujer en la galería. Estaba seguro de que la encontraría dentro. La señora Ash debía de estar pagándole una obscena cantidad de dinero al señor Stephenson para que éste hubiera accedido a todas sus exigencias. Sí, seguro que era así. La galería seguía vacía; en ella sólo había paredes blancas y pedestales

vacantes, aparte de aquel supuesto retrato. De todos modos, en cuanto vio a Victoria, cualquier pensamiento sobre el lado financiero de todo este asunto se desvaneció de su mente.

Aquella noche vestía una sencilla blusa blanca y almidonada, una falda negra hasta las pantorrillas que acentuaba sus curvas y unos zapatos negros de tacón. Llevaba el cuello de la camisa abierto, dejando a la vista el collar de perlas que adornaba su pecho. Dos perlas más colgaban con suavidad de sus delicados lóbulos. Toda ella era blanco y negro contra la desnuda superficie de la galería, y sólo su cabello, sus labios y sus ojos daban una nota de color.

—¿Quiere verlo? —le preguntó.

Al levantar la mirada, Benjamín advirtió que el tapiz había sido apartado del marco y que la tela de seda descansaba en el suelo.

—Yo... —nunca en su vida se había sentido tan poco locuaz. Por supuesto que quería ver el misterioso cuadro. Ni siquiera fue capaz de fingir indiferencia.

Se detuvo a escasos pasos de Victoria. Ella se encontraba en el mismo punto que la noche anterior: estaba perfectamente alineada con el cuadro, que colgaba a unos metros de distancia. Sólo cuando le señaló la obra, fue capaz de apartar sus ojos de ella y contemplar el cuadro.

El retrato, realizado a tamaño natural, mostraba a la misma diosa que tenía a su lado. Benjamín contempló una y otra vez a ambas representaciones de la belleza. Era imposible que se tratara de la misma mujer, puesto que el ligero oscurecimiento de la pigmentación del óleo revelaba que aquella obra tenía unos ciento cincuenta o doscientos años de antigüedad. Sin embargo, el parecido era tan asombroso que no podía tratarse de una coincidencia. En el lienzo, los mechones rojizos de la mujer caían sobre sus hombros y su espalda. El artista era bueno, pues casi había capturado sus vibrantes ojos: el color era el correcto, pero no había sido capaz de reproducir su desconcertante mirada. Los labios eran carnosos, perfectamente redondeados, seductores. Benjamín advirtió vagamente la ambientación: árboles y columnas griegas rotas. Victoria también llevaba un atuendo clásico: una túnica blanca que colgaba sobre un hombro y caía hasta sus caderas, dejando desnudo el pecho derecho.

Imposible, se repitió a sí mismo. Simplemente por la antigüedad... Sin embargo, su mente era incapaz de ignorar lo que le decían los ojos: la mujer del retrato era Victoria.

Lo que más llamó su atención fueron los labios. Mostraban el leve

indicio de una sonrisa... la misma sonrisa divertida y cruel que había visto la noche anterior.

–El parecido es asombroso, ¿no cree? –preguntó Victoria. Estaba muy cerca de él, pero no la había visto acercarse. Su cautivador perfume invadía su conciencia—. ¿Le gustaría tocarlo?

Benjamín vio que su mano se alzaba hacia el lienzo. Deseaba tocarlo, tocar a Victoria. Sus dedos acariciaron sus labios y siguieron el contorno de su poderosa mandíbula, pero al instante regresaron a los labios, se demoraron en ellos.

–El artista mezcló algunas gotas de mi sangre con pintura roja para conseguir la tonalidad adecuada –susurró ella—. Hizo lo mismo en los pezones. Creo que el efecto es... agradable.

Pero este cuadro tiene más de cien años, deseaba decirle Benjamín. Sin embargo, guardó silencio y se acercó un poco más a la pared. La textura de las capas de pintura era insólitamente eléctrica. Sintió un hormigueo en las yemas de los dedos. Un pensamiento distante y molesto intentaba sacarle de su estado de ensoñación. ¿Había dicho *sangre*?

Entonces advirtió que sus labios estaban besando los de Victoria, saboreándola, mientras su lengua se deslizaba suavemente por el lienzo. El olor y el sabor amargo de los óleos le excitó, le estimuló. Presionó su cuerpo contra el lienzo...

–¿Señor Neil?

Benjamín se quedó de piedra. Era como si hubiera saltado un fusible dentro de su cerebro. De repente, y con sumo dolor, fue consciente de que se encontraba delante de una de las clientes más influyentes que había tenido en su vida (quizá, la cliente más importante de su jefe) y que, delante de sus narices, había besado y lamido su retrato. ¡Incluso había estado a punto de tirárselo!

–Emil ya me dijo que usted era un amante del arte... –dijo la señora Ash.

Benjamín se apartó de un salto de la pared, como si acabara de recibir una descarga. Se sintió mortificado al descubrir que sus lustrosos pantalones negros no lograban ocultar su erección.

–¡Oh, Dios mío! –balbució. Llevaba años tratando con clientes arrogantes y narcisistas, y como defensa, como ofensa, había erigido un muro de egolatría despreciativa. Sin embargo, nada de lo que había conocido a lo largo de todo esos años de trabajo le había preparado para este demonio.

–...sin embargo, no me gustaría saber qué hace con los retratos

que no le gustan --concluyó.

Benjamín la maldijo en aquel instante. ¡Se estaba burlando de su confusión! Si hubiera podido, la habría agarrado de su cuello perfecto y la habría asfixiado hasta que los ojos se le hubiesen salido de las órbitas y no hubiera entrado ni una pizca de aire en sus pulmones. Pero no podía hacerlo... sólo era capaz de contemplar aquellos ojos verdes y ver cómo se burlaban de él. Era imposible continuar fingiendo que todo lo que estaba pasando era normal... sobre todo, su vergonzosa actuación. ¿De qué servía la vergüenza ante algo tan antinatural, tan desviado? No, no tenía ninguna importancia que hubiera intentado tirarse el jodido cuadro. Benjamín sólo deseaba estrangular a aquella mujer con sus manos, sólo deseaba herirla... sólo deseaba poseerla.

Se acercó a ella, decidido a arrancarle la blusa, decidido a tocar aquel pecho perfecto que mostraba el lienzo que tenía a sus espaldas, decidido a conseguir que aquel pezón sangrara entre sus dientes. Después la estrangularía, le...

Ella había envuelto los dedos alrededor de su muñeca. Aunque no la había visto moverse, le había cogido la mano y estaba retorciéndosela. Gritando, Benjamín cayó sobre sus rodillas y el ángel de la muerte se abalanzó sobre él.

* * *

Salió de la galería poco antes del amanecer y decidió ir paseando hasta casa. Necesitaba aire fresco. En algún momento de la primera hora que pasó en la calle se dio cuenta de que se había dejado el abrigo. Un gélido viento azotaba las laberínticas calles de Manhattan. Esas calles, sus edificios y sus señales le resultaban completamente desconocidas. En diversas ocasiones se quedó mirando fijamente alguna señal, leyendo su contenido, pero siendo incapaz de comprenderlo. Como mucho, tendría que haber tardado media hora en llegar a su casa, pero ya habían transcurrido tres y seguía siendo incapaz de orientarse, de identificar sus alrededores o descifrar las señales y los sonidos con los que había crecido.

El día laboral había empezado. Las calles empezaron a llenarse. Benjamín deambulaba entre la gente, sin apenas advertir su presencia excepto cuando chocaba contra alguien que iba en dirección contraria. Por fin llegó a un río: el Hudson o el East... ¿pero cuál de los dos? El sol, prácticamente escondido entre nubes grises, siguió ascendiendo

por el cielo, pero la temperatura no subió. En algún momento próximo al mediodía, Benjamín desistió. Se dejó caer sobre un banco y se quedó allí, temblando y llorando.

La gente seguía caminando, o mejor dicho, pasando a toda velocidad por delante de él. Ninguna de esas personas era Mark; ninguna de ellas era Victoria.

Victoria. Benjamin se estremeció. Encogiéndose de dolor, empezó a vomitar.

--¡Oh, Dios mío! --murmuró, cuando estuvo a punto de ahogarse con su cálida y humeante bilis. Le daba miedo mirar la salpicada acera y ver sangre en ella. *Sangre*. Ella se había hecho un corte en la muñeca y le había ofrecido su sangre. Él había bebido... ¡Y le había pedido más! No, eso era imposible, tenía que estar equivocado, tenían que ser imaginaciones. Tambaleándose, volvió a ponerse en pie y se obligó a caminar, a seguir adelante. Si se desmayaba en el banco, le encontraría la policía. ¿El agente le encerraría, creyendo que estaba borracho, o le intentaría ayudar y le preguntaría si se encontraba bien? ¿Qué respondería él? ¿Cómo sería capaz de explicar algo que ni siquiera él comprendía?

Siguió caminando, pensando que así conseguiría centrarse, que todo se arreglaría. Tenía que ser así. Era imposible que las cosas empeoraran. Lentamente, su mente empezó a despejarse... y las cosas empeoraron; cuando el sol inició su descenso, por fin fue capaz de tener pensamientos coherentes y una imagen reconocible en su mente. ¡Pero esa imagen era la de Victoria! Sin embargo, no sabía con certeza si era la mujer del lienzo de un siglo de antigüedad o la criatura perfecta de carne y huesos. La distinción no era clara, pues había probado la sangre de ambas. Su lengua y su garganta ardían ante el recuerdo. Ojos de esmeralda, sangre rosada. Era cierto. Ellas eran las únicas personas que había allí, en la blanca y vacía superficie de su galena. El lugar en donde había pasado la mayor parte de sus horas de vigilia durante los últimos tres años había cambiado. Ahora era extraño y repulsivo.

Benjamin avanzó a ciegas por el paisaje de su mente. Sentía un enfermizo vacío mientras sus pies intentaban dar un paso imposible. Luces brillantes. Un claxon estridente. Intentó mantener el equilibrio. Levantó la mirada hacia las luces y a continuación la bajó hacia el bordillo contra el que había tropezado. Se abrió una ventanilla y oyó música.

--Hola amigo. ¿Quiere que le lleve?

¡Un taxi! Una ciudad llena de taxis que esperaban para llevarle allá donde no podía ir por su propio pie. Su mano se deslizó sobre el capó. Buscó a tientas el asa de la puerta y se dejó caer agotado sobre el asiento. El dulce y enfermizo aroma que despedía el ambientador no conseguía ocultar el olor a marihuana. Cuando el taxista se giró para mirarlo, sus rastas ondearon lentamente en el aire. La música no era reggae. Era Zydeco. Benjamin rió. Dijo la dirección. Cerró los ojos.

--Vamos. Eso sólo está a tres manzanas. ¿Está seguro?

--comentó el taxista-- Bueno, pues allá vamos.

Benjamin le dio un billete, dejó la puerta del automóvil abierta y peleó con la del portal de su edificio. ¡Estaba tan cerca ahora! Pero le pesaban los pies, las manos y la cabeza. Tiraban de él hacia abajo. La llave giró. Tras cruzar el vestíbulo y abrir otra puerta cerrada, subió las escaleras. Por fin estaba en casa.

Fue dejando un rastro de ropa desde la puerta hasta la cama. Los zapatos, los calcetines, la camisa, el cinturón, los pantalones, los calzoncillos de seda. Por fin estuvo entre sus sábanas de satén. Eran cálidas comparadas con el frío de la calle. Tenía los dedos de las manos y los pies entumecidos, pero estaba en casa. En paz.

--Has estado con ella, ¿verdad?

Benjamin enterró su rostro en la compasiva almohada y se tapó bien con la sábana. Paz. Sueño.

--Has estado con ella, ¿verdad? --dijo Mark--. Que te jodan.

Benjamín no respondió. Después de haber pasado el día entero en la calle, sin abrigo, tenía los huesos helados, pero el cuerpo que había a su lado apenas le proporcionaba calor... y ninguna comodidad. Benjamín sintió que las lágrimas se deslizaban por su rostro, limpiándole la mugre de la ciudad, mientras sollozaba en silencio. Se secó la nariz en la almohada.

--No me encuentro... bien, Mark.

--Eres un puto cabrón.

Benjamín cerró los ojos con fuerza, pero fue incapaz de contener sus lágrimas, que ahora salían con más intensidad. Sus sollozos sacudían la cama. La habitación daba vueltas y el mundo se volvió del revés. Ya no podía seguir negando lo que sospechaba desde hacía tanto tiempo, lo que llevaba tanto tiempo intentando ignorar. El hombre que yacía junto a él era incapaz de amar, pues estaba cegado por la envidia y el instinto de posesión. Y tampoco había amor entre ellos, sólo dependencia, desesperación, rutina.

--¿Cómo pude amarte alguna vez? --susurró Benjamín--. Tiene

que haber sido culpa mía.

¿Cuándo se había muerto el amor? ¿Cuándo se había ido la alegría de sus vidas?

Mark se incorporó y le clavó el codo en la nuca.

—Que te jodan.

Benjamín se levantó de la cama y le pegó un bofetón... y entonces se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Era la primera vez que le pegaba. Y se sentía bien. Mark estaba tan enfadado que su rostro se retorció de un modo terrible mientras le pegaba un puñetazo en la mandíbula. De repente, el mundo se convirtió en vetas de luz y oscuridad, en destellos de colores. Benjamín advirtió que su rostro volvía a estar apoyado en la almohada y que su boca sabía a sangre.

—Oh, Dios mío, Benny... lo siento, lo siento mucho... No deberías haberme pegado.

Benjamín aguardó el vacilante y gentil roce en su espalda. La mayoría de sus peleas se desarrollaban de esta forma: Mark perdía el control, pero al instante se sentía culpable y se disculpaba. Entonces se besaban, se reconciliaban y hacían el amor. ¡Ahora lo veía tan claro! Mark le maltrataba, tanto emocional como físicamente. Mark era un monstruo, lo utilizaba. Había sido así desde el principio. Benjamin siempre se lo había permitido, había interpretado su papel en el juego, así que también él tenía su parte de culpa. Nunca se había quejado. Nunca le había amenazado con irse.

Y allí estaba, el gentil roce en la espalda...

Benjamín se giró a toda velocidad y le golpeó en la nariz con la cabeza. Sintió el crujido y olió la sangre que se deslizaba por los dedos de Mark mientras éste gritaba de rabia. No podía creer lo que acababa de hacer... mejor dicho, no podía creer lo que estaba haciendo, porque siguió golpeándolo. De algún modo, la sangre le estimulaba. Le asestó otro cabezazo en la cara; en esta ocasión estallaron huesos, no sólo cartílagos. Mark cayó hacia atrás, aturdido. Benjamin se abalanzó sobre él y rodeó con sus dedos la garganta de su amante, de su torturador. Pronto sintió la necesidad de estrangularlo. Estaba haciendo lo correcto. Era algo que le debía desde hacía tiempo.

Sus manos eran mucho más fuertes de lo que nunca había imaginado. Saboreó su fuerza, su control. De repente se dio cuenta de que, en realidad, era el delicado cuello de Victoria el que estaba entre sus manos. Entonces duplicó sus esfuerzos. Si tan sólo pudiera...

Debajo de él, las manos de Mark le golpeaban salvajemente en la

cara, pero Benjamín siguió ejerciendo presión. Los dedos de Mark le arañaron los ojos y la boca. Benjamin le mordió con todas sus fuerzas y sintió cómo se liberaba un dedo entre sus dientes. Más sangre. Revivió todos los abusos, todas las palabras crueles, todos aquellos actos sexuales violentos que le habían dejado magullado y cubierto de sangre.

Nunca más. Nunca más.

* * *

Benjamin era un cadáver que se dirigía hacia la puerta de la calle de la galería. Se había duchado y todavía tenía el cabello húmedo. Se había frotado la piel con tanta fuerza que la tenía enrojecida y en carne viva; sin embargo, sentía que la mugre de la calle seguía aferrada a su cuerpo y que tenía sangre en las manos, en el rostro y en la boca. Estaba completamente seguro de que todas las personas que pasaban por delante de él sabían que acababa de cometer un crimen terrible. En su juventud, cuando descubrió que era homosexual, vivió una experiencia muy similar: tenía la certeza de que todos los ojos le seguían, que el mundo entero había conseguido acceder a sus secretos más íntimos. Se miró en el cristal de un escaparate y vio las oscuras y pesadas bolsas que tenía bajo los ojos. Esta noche no había dormido nada, ni tampoco la anterior.

Buscó a tientas la llave y la sacó de su bolsillo. La cerradura, tan temperamental como en sus mejores tiempos, frustró sus repetidos intentos. Rindiéndose a la fatiga y la tensión, blasfemó y, frustrado, empezó a golpear la puerta. En cuanto su frenético ataque de rabia remitió, advirtió que estaba pasando un coche patrulla por delante; los policías avanzaban lentamente, observando su errática conducta. Tenía la impresión de llevar tatuada en la frente la palabra "asesino". Quizá, debería llevarse la mano al bolsillo para que los agentes le abatieran a tiros, pues ése sería el castigo más conveniente por su crimen. Una cosa era descubrir que se le había acabado el amor y otra muy diferente estrangular a su amante hasta que sus ojos y su lengua se hincharon. Como Benjamín iba bien vestido y aseado, y se encontraba en la zona más elegante de la ciudad, la policía decidió continuar con su camino.

Intentó abrir la puerta de nuevo, pero sus dedos de asesino no lo consiguieron. Había algo extraño, diferente. De repente, la puerta se abrió.

--Me pareció oír algo --dijo Lilia, mirándolo fijamente.

--Mi llave no abre --dijo él, aletargado.

--Ya lo sé. La señora Ash ha cambiado las cerraduras. --Lilia estaba demasiado alegre; debía de haber esnifado un polvo de excelente calidad--. Es una mujer muy hermosa, ¿verdad? Realmente es preciosa.

--¿Ha cambiado las cerraduras?

--Sí. Suba. Tengo una llave para usted.

Sus pasos resonaron con fuerza cuando la siguió por las escaleras de baldosa negra. El pasillo estaba oscuro, vacío y desierto.

--También me ha pedido que cambiara la combinación --dijo Lilia mientras subían las escaleras. La galería estaba inundada de una brillante luz blanca, pero Benjamín sintió que aquel lugar era tan frío y lúgubre como él--. Está en la sala del fondo con alguien. No sé quien es.

Benjamín dejó caer el abrigo sobre el escritorio de Lilia.

--Cuélgalo con sus pieles --dijo con brusquedad, antes de irse.

En cuanto regresó a la estéril y vacía galería recuperó parte de su espíritu, de su voluntad. Todo esto tan extraño iba a terminar. ¿Cómo había podido beber sangre? Era obvio que había sufrido una crisis de algún tipo, una demencia severa. Lo mejor sería que se pusiera manos a la obra mientras su mente estuviera relativamente clara. En cuanto acabara con todo ese asunto, buscaría ayuda profesional. Él sólo había sido una víctima, una víctima de Mark y de la señora Ash. De alguna forma, ella era la responsable de todo lo que había sucedido. Avanzó a grandes zancadas hacia la galería del fondo, con la firme decisión de poner punto y final a esta farsa. ¿Acaso tenía algo que perder si echaba a la rica y bella cliente de su jefe? Al fin y al cabo, ya había asesinado a su amante. *Es una mujer hermosa, ¿verdad?* Había tenido que controlarse para no pegarle un guantazo a Lilia.

Por supuesto que la señora Ash era hermosa, pero también era una bestia, un monstruo cruel e inhumano. Todo esto era obra suya. Benjamín la sacaría de allí, a la fuerza, si era necesario. Después iría a la policía y confesaría lo de Mark; puede que alegara que lo había hecho en defensa propia... pero antes tenía que deshacerse de esa mujer. Aunque no sabía cómo había conseguido aprovecharse de su crisis mental o cómo la había provocado, estaba seguro de que ella era la responsable.

A cada paso que daba, su fuerza y su determinación iban en aumento. Aquellas paredes rígidas y blancas eran la mejor prueba que

tenía contra ella: la galería estaba vacía porque a ella se le había antojado, y eso era un crimen. Ella no había invertido tres años de su vida en convertir aquel lugar en lo que era. Cuando llegó a la sala del fondo, estaba furioso.

Pero pronto, toda la furia que sentía dio paso al sobrecogimiento y la consternación.

Victoria, despampanante en un traje de noche de terciopelo verde, estaba admirando el retrato en compañía de la criatura más horrible que había visto en su vida. Al principio, ni siquiera estaba seguro de que fuera humana. Llevaba un traje y un abrigo largo y sostenía un sombrero entre sus retorcidos dedos... pero cualquier criatura espeluznante podría vestirse con elegancia para dejarse ver en público. ¿Acaso era esto lo que Victoria, la protagonista de un retrato imposiblemente antiguo, pensaba hacer con la galería? ¿Pretendía convertirla en un desfile de monstruos? Benjamín se quedó sin habla.

Pero Victoria no.

–Benny, venga a conocer a nuestro invitado, el señor Pug.

Benjamín fue incapaz de acercarse hasta que la presión de sus expectantes miradas superó a la de su sobrecogimiento. Dio un paso adelante, hacia Victoria, hacia el repulsivo señor Pug.

Aquella sala se había convertido en una galería de lo extraño, de lo imposible: primero, Victoria le había amenazado con arrancarle la lengua; luego Benjamín había intentado fornicar con un cuadro; después había atacado a su cliente; y al final había bebido su sangre. Lo imposible se había aferrado a Benjamin, le había seguido hasta más allá de la galería, le había corrompido. Había matado a su amante, había estrangulado a Mark con sus manos desnudas e imposiblemente fuertes. Después de todo eso, ¿acaso no era normal que apareciera un monstruo tan espeluznante como el señor Pug? La criatura, que apenas medía metro y medio, era gruesa en la zona media de su cuerpo y tenía el rostro salpicado de bultos y carne aplastada, como si hubiera sido víctima de un acto de violencia. Su nariz era mucho más ancha que su barbilla cuadrada, tenía los ojos saltones (como el cadáver de Mark) y su sonriente boca estaba repleta de colmillos dentados. El monstruo le tendió la mano, pero Benjamín vaciló al ver sus dedos, retorcidos y nudosos. Entonces, advirtiendo la colérica mirada de Victoria, se la estrechó.

–El placer es mío –dijo el señor Pug.

Benjamin rió nervioso. Su determinación se había desvanecido ante el ataque de aquel vertiginoso e inefable delirio. Sentía miles de

nudos en el estómago y le zumbaban los oídos. *El placer...* Se mordió el labio por miedo a sufrir una crisis de histeria. Puede que, al fin y al cabo, la locura fuera una bendición.

La voz de Victoria interrumpió la tensión que reinaba en la sala, pero no la disipó.

—He echado un vistazo a sus archivos y he advertido que son demasiadas las personas que tienen acceso a esta galería. Como supongo que ya sabe, he cambiado las cerraduras y las combinaciones. Le he dado al señor Pug una llave de la puerta posterior, para que pueda entrar y salir cuando lo desee.

Su voz era dura y fría. Benjamin sintió que un cubito de hielo de deslizaba por su columna, un cubito que fue incapaz de disipar la espesa niebla de su mente, su locura. Aquella mujer le estaba dando instrucciones, órdenes, como si fuera la dueña de la galería. Benjamin palideció. ¿Qué le había hecho al señor Stephenson? *Emil*. Tan familiar, tan íntimo. ¿Le habría dado sangre de su cuerpo perfecto? ¿Habría destruido su vida?

—Vamos a cerrar esta sala --continuó la mujer—. Lilia está efectuando los preparativos con unos contratistas con los que ya he trabajado antes. El retrato permanecerá aquí y nadie, excepto el señor Pug, podrá acceder a esta sala. Cuando finalicen las obras, podrá preparar la nueva exposición.

Obras... cerrar la sala. ¿Iba a profanar su galería? ¿Pensaba erigir un altar a aquel retrato tan parecido a ella? ¿El inhumano señor Pug sería su primer fiel? No, el primero no.

—Y he hablado con Jacopo --añadió Victoria—. Comprende perfectamente el motivo de la demora y le envía saludos.

Jacopo, Jacopo Finini, era un pintor importante y un vanidoso capullo que nunca, ni en mil años, habría consentido esta demora... y mucho menos se habría dignado enviarle saludos.

—Dios mío --musitó Benjamín. ¡También tenía a Finini! Lo había desvirtuado con la sangre. ¿A cuántos otros les habría hecho lo mismo? ¿Y cuántos años llevaba haciéndolo?

—¿Está claro? --preguntó ella, del mismo modo que alguien se dirigiría al más humilde de sus criados.

Benjamin se dio cuenta de que seguía mirando al señor Pug, así que apartó los ojos de lo grotesco y contempló lo sublime... a pesar de que Victoria era, en realidad, un ser grotesco disfrazado. Había destrozado su vida simplemente con unos sorbos de su sangre. Benjamin no entendía lo sucedido, no podía entenderlo. Nada de esto

podía ser real. El señor Stephenson seguía siendo el dueño de la galería; Mark le estaba esperando en casa, en la cama, vivo; ninguna de estas personas se encontraba en este lugar. Benjamín recordó su decisión de echarla de la galería. Entonces, abrió la boca.

–He matado a Mark.

Victoria y el señor Pug le observaron con curiosidad durante unos instantes.

–¿Acabas de hacerlo? –preguntó Victoria–. ¿Y qué has hecho con él?

Benjamin sintió que estaba a punto de vomitar. Las piernas le flaqueaban. Lo había dicho, todo era real. ¿Cómo había sucedido? ¿Cómo? Le sorprendía haber pronunciado esas palabras, haber confesado su crimen, pero aún le sorprendía más la reacción de esas dos... criaturas.

–Yo... yo no sabía qué hacer. Lo he dejado allí.

–No es una buena idea ir dejando cadáveres por ahí --dijo el señor Pug, moviendo la cabeza.

–Pug, ¿tendrías la bondad de ocuparte de este pequeño incidente, por favor? –preguntó Victoria, con una sonrisa despreocupada.

–¿Dónde lo ha dejado?

–¿Lo has dejado en tu casa, Benny? Dale la dirección, Benny. Pug se ocupará de todo.

* * *

Pug no tardó en abandonarles. Benjamin había pronunciado las palabras, le había dado su dirección, había seguido sus instrucciones. Con una inquietud creciente, observó como se alejaba aquella monstruosidad. De todas formas, la compañía del espeluznante señor Pug le resultaba más reconfortante que tener que quedarse a solas con Victoria, pues era incapaz de confiar en sí mismo ante su presencia. Sin embargo, deseaba con todas sus fuerzas estar a solas con ella. No sabía qué iba a decir o hacer. Al menos, la monstruosidad del señor Pug era perfectamente visible.

–Pobre, pobre Mark --dijo Victoria–. Has sido muy malo, Benny.

Por fin, sus piernas cedieron y se precipitó al suelo. Odiaba a aquella mujer. No soportaba la idea de saber que besaría el dobladillo de su falda si ella se lo ordenaba... y por eso, intentó no mirarla mientras estuvo sentado en la sombra que proyecta su cuerpo.

--Levántate, Benny --dijo ella--. Mírame.

Había leído sus pensamientos. Le había ordenado que hiciera lo que no quería hacer. Y lo hizo. Se levantó y miró sus ojos fríos, verdes y monstruosos. Ni siquiera podía forcejear contra su voluntad. Había sacrificado su mundo por ella, y renunciaría a su vida si ella se lo pedía. Vio que una de sus largas y blancas uñas abrían un surco rojo a lo largo de su antebrazo.

--Pareces tan cansado, Benny... Tienes que recuperar las fuerzas --Victoria le acercó el sangriento brazo a la boca. Benjamin bebió su veneno... un veneno que le había liberado, pero sólo para esclavizarlo a un mundo mucho más oscuro de lo que creía que podía existir. Siguió bebiendo, y la odió, y se lo agradeció.

FIN

Mundo de Tinieblas:

EL SÓTANO

Gherbod Fleming

{ Vampiro / Clanes-14 / Relato-11 (Nosferatu) }

Publicado en... *"Clan Novel: Anthology"*

Traducción: Isabel Merino Bodes

Jueves, 23 de diciembre de 1999, 7:45 PM

Brooklyn, Ciudad de Nueva York, Nueva York

La nieve que caía amortiguaba el rítmico tintineo de la campana y salpicaba de blanco el apagado color rojo del traje de Papá Noel. Los prístinos copos se deslizaban suavemente y con pereza hasta el suelo, donde la ciudad los reclamaba como propios e infinitos pies y ruedas los aplastaban hasta convertirlos en barro grisáceo. Las plumizas nubes oscurecían las cimas de los edificios; el horizonte estaba cerca, a poco más de un par de manzanas de distancia. Unas manos nocturnas apartaron la amplia rejilla de hierro que se extendía de un lado a otro de la acera de este enmudecido país de las maravillas. Los copos de nieve amortiguaron el sonido del breve forcejeo y, al final, sobre la aplastada nieve de la acera sólo quedó una campana silenciosa y una descolorida capa de Papá Noel.

* * *

La puerta se abrió de repente y Colin entró como una exhalación, blasfemando. En las últimas tres horas había hecho las rondas de sus putas y camellos y se había desquitado de parte de su frustración con ellos. Ahora sentía en su cuerpo la calidez de la sangre, pero no estaba más calmado.

–Si rompes la puerta tendrás que arreglarla –le dijo Gordon desde el rincón que ocupaba. Estaba sentado sobre un montón de cojines; el desvencijado sofá, del que sólo quedaba un armazón de madera podrida y los hierros combados de la cama plegable, se encontraba en otra esquina. En aquel asqueroso apartamento había pocos muebles intactos.

--No voy a romper tu estúpida puerta --espetó Colin, cerrándola de una patada.

--¿Todavía está aquí, verdad?

--¡Es una desgracia! Eso es lo que es, una maldita desgracia, te lo aseguro --bramó Colin, avanzando por la habitación en busca de algo que pudiera romper. Se acercó al armazón del sofá y le dio algunas patadas--. He hecho lo que se suponía que debía hacer. Nunca le he dado problemas a Michaela. Tengo mi pequeño barrio...

--Nuestro --interrumpió Gordon.

--¿Eh?

--Nuestro pequeño barrio.

--Correcto. Nuestro pequeño barrio. Pero no es ahí adónde quiero llegar --Colin siguió dando vueltas por la sala--. Siempre he hecho lo que se supone que tengo que hacer. De acuerdo, puede que no siempre, pero casi. Como cualquier otro. Mantengo las cosas tranquilas en nuestro barrio. Nunca provoqué ningún escándalo. Cuando los secuaces del Sabbat intentan alborotar, me mantengo escondido en vez de provocar unos disturbios que llamarían demasiado la atención. Ya sabes, la Mascarada, la Primera Tradición y todo eso. Además, siempre que hay problemas ayudo. Ahora han llegado a la ciudad todos esos tipos importantes y poderosos que están echando al Sabbat. Yo estuve en Throgs Neck. Cumplí con mi trabajo. Estaba justo detrás de aquel Nosferatu, el arconte, cuando Polonia rompió en dos su espeluznante cráneo. Y cuando regresé a casa... ¿qué encontré? Que un despreciable perdedor se había escondido en mi territorio. En nuestro territorio.

--Por lo que supongo que sigue aquí --comentó Gordon. Estaba rascándose y mordiéndose una zona velluda del hombro que le picaba constantemente. Intentaba desgarrarla con los dientes, a pesar de que sabía que la noche siguiente volvería a tenerla.

--Sí, sigue aquí. ¿Acaso no has escuchado nada de lo que he dicho?

--No has dicho que seguía aquí.

--Pues está. ¿Y sabes qué voy a hacer? Voy a matarlo. Lo sé, lo sé: ya estamos todos muertos. No me sermonees. Voy a matarlo para siempre, de forma permanente. Le cortaré la cabeza y me beberé su estúpida y precaria sangre. ¡Jo, jo, jo, Feliz Navidad! --Colin, que había estado dando vueltas por la habitación durante todo su discurso, se detuvo y observó con cautela los rincones, el techo, la puerta. Acaba de recordar un hecho importante: el nuevo príncipe era Nosferatu.

Según se decía, tenía espías por todas partes. Podían enterarse de todo lo que decías sin que sospecharas nunca que te estaban espionando. Colin se acercó a la puerta de enfrente y asomó la cabeza en la cocina, que era tan pequeña que parecía un armario—. Por supuesto, estoy hablando en sentido figurado.

—¿Qué? —Gordon interrumpió sus arañazos—. ¿Vas a matarlo y a beberte su sangre en sentido figurado?

—Exacto. Era... ya sabes... una metáfora.

—¿Cómo una de esas cosas que se leen igual de derecha a izquierda que de izquierda a derecha?

—Porque si lo matara —continuó diciendo Colin, mientras avanzaba deliberadamente hasta el centro de la sala y examinaba el techo—, si lo matara estaría infringiendo... hum... una de las tradiciones.

—¿Por qué estás hablando con la lámpara?

—No, no voy a matar a nadie. Voy a llevarle este asunto al príncipe, porque eso es lo correcto. Ese edificio y ese sótano son mi... nuestro territorio. He cumplido con mi parte y el Príncipe Calebros siempre ha sido bueno conmigo.

—Pero si siempre me has dicho que odiabas a esos apestosos Nosferatu.

—Cierra la boca. Si ni siquiera sabes de qué estás hablando. Ni siquiera sabes si sigues formando parte de la Camarilla —dijo Colin, intentando cambiar de tema.

—Sí, háblame de eso. Nadie me dice nada —dijo Gordon—. La verdad es que me trae sin cuidado lo que hace Xavier o lo que la gente dice que hace. Pienso quedarme aquí, en Brooklyn. Esta ciudad se ha portado bien conmigo.

—¿Entonces me acompañarás a ver al príncipe? —preguntó Colin.

—¿En serio no vas a matar a ese ocupa?

—¿Qué acabo de decirte? —Colin volvió a mirar a su alrededor—. No voy a matar a nadie.

Había visto a ese ocupa en acción... y la verdad es que no le apetecía discutir con él. Si no, ya lo habría matado.

* * *

—Te he traído algo.

El príncipe de Nueva York levantó la cabeza sobre los papeles apilados que cercaban su enorme y estropeado escritorio como si

fueran almenas y, tras coger el folio que le tendía Emmett, lo dejó a un lado sin leerlo. Emmett era uno de los pocos Vástagos que podían entrar en el "despacho" de Calebros. Aparte del escritorio, el sinfín de papeles y la fiel Smith Corona que descansaba medio enterrada entre ellos, la caverna subterránea estaba llena hasta arriba de estantes y cajas, que a su vez estaban repletos de papeles, informes, fotografías y recortes de periódico.

–Creo que te gustará leerlo –comentó Emmett.

–¿En serio? Supongo que conoces mis gustos mejor que yo.

–Sí, supongo que sí.

Calebros miró a Emmett con el ceño fruncido, pero no provocó ninguna respuesta en los familiares rasgos de su compañero de clan... familiares, porque hacía años que lo conocía y porque su rostro y su cuerpo eran muy similares al de Calebros: calvo, cabeza asimétrica y orejas muy angulosas; ojos grandes y muy profundos; nariz chata, colmillos largos y separados y dedos huesudos y nudosos que acababan en afiladas garras. Calebros recuperó la hoja que le había dado Emmett y la leyó a la luz del candelabro que había cerca (pero no demasiado) del escritorio. Su antigua lámpara había encontrado un desafortunado final y, en estos momentos, su base sobresalía del cubo de la basura. Calebros leyó lo que ponía en la hoja.

–¿Y? Otra petición para el príncipe –comentó con sequedad–. Es el consejo quien se ocupa de estas cosas.

El consejo *provisional* de Primogenitura, del mismo modo que Calebros era el príncipe *provisional* de la ciudad. Este consejo, que sucedía al Consejo de los Doce que le había nombrado príncipe, había sido idea de los justicar Jaroslav Pascek del clan Brujah y Lucinde, del clan Ventrue. Se habían reunido para nombrar un nuevo príncipe... pero Calebros no era el candidato que habían elegido.

Cuando el Cardenal Polonia del Sabbat destruyó a la Príncipe Michaela durante la Batalla de Throgs Neck, los antiguos gobernantes de la Camarilla decidieron que Victoria Ash debía asumir el manto de príncipe de Nueva York y reunieron al Consejo de los Doce. Los justicar pensaban que podrían intimidarla y engatusarla para que aceptara, así que firmaron pactos a escondidas y, cuando todo estuvo listo... Victoria rechazó la propuesta y abandonó la sala en la que estaba reunido el consejo, dejando a todos los presentes estupefactos. Entonces Cock Robin, el justicar del clan Nosferatu, se abalanzó como un buitre sobre la carroña y consiguió que su candidato ocupara el trono de príncipe.

Calebros sabía que había quien le llamaba "el Príncipe de las Alcantarillas", pero no le importaba. En cambio, no se mostraba tan amable con aquellos que le llamaban el Rey de la Mierda o la Regia Materia Fecal. Aunque no hacía ningún esfuerzo por impedir aquellos epítetos, tampoco olvidaba a quienes los habían pronunciado. Un Nosferatu nunca olvida.

Poco después, el Consejo de los Doce descubrió que no poseía la autoridad necesaria para designar un príncipe... o al menos, eso era lo que decía una declaración redactada poco después por el Justicar Pascek, que no había estado presente en la reunión. Según afirmaba, cualquier decisión tomada por los integrantes del Círculo Interno debía ser ratificada posteriormente por los Vástagos que habitaban en el territorio en cuestión. Pero como no había ningún mecanismo que permitiera confirmar la decisión y ni Pascek ni Lucinde habían considerado apropiado convocar una asamblea para ocuparse de este asunto (y Cock Robin había abandonado la ciudad y estaba en paradero desconocido), tanto el príncipe como su recién formado consejo de Primogenitura debían considerarse de naturaleza provisional.

Provisional. Temporal. Ilegítima.

La resolución de Pascek, un ser mezquino y vanidoso, le había sentado como una patada en el culo. Aunque se había equivocado con su candidato, el justicar no tenía ningún deseo de apartar sus dedos de los asuntos y el gobierno de la ciudad. El estigma que acarreaba la palabra "provisional" no le dejaba con las manos atadas (pues Calebros estaba acostumbrado a los estigmas), pero dificultaba en gran medida sus esfuerzos por restaurar el orden y la seguridad de la ciudad. ¿Para qué iban a reunirse los Vástagos bajo su estandarte, si era evidente que no estaría al frente durante demasiado tiempo? De todas formas, nadie se oponía a él abiertamente... nadie, excepto algunos de los elementos anarquistas más estúpidos, inconsecuentes o radicales. A Calebros incluso le divertía en cierta medida que muchos de los que conspiraban en su contra hicieran lo imposible por asegurarse de que sus maquinaciones quedaban en el anonimato... aunque no siempre lo conseguían. El Nosferatu sentía un gran interés por uno de estos individuos en concreto: la casi príncipe.

--¿Has hablado con Pug? --preguntó.

--La petición...

--Luego, luego --Calebros ignoró las quejas de su compañero de prole--. ¿Has hablado con Pug?

--Consideré que sería mejor no interrogarlo directamente. No quería despertar sospechas. Tundlight le ha prevenido sobre mí.

--¿Qué te ha contado Mike?

--Ha accedido a reunirse con ella. En aquella galería. Ha regresado en diversas ocasiones porque tiene la llave de la puerta de atrás... pero Victoria no suele estar allí.

Calebros consideró aquellas palabras. Victoria no parecía satisfecha cuando rechazó la oferta del consejo, pero no le había contado a nadie las razones que le habían impulsado a tomar aquella decisión.

--¿Pug ha hablado con alguien de estas visitas? ¿Con alguno de los nuestros? --preguntó Calebros, que enseguida frunció el ceño al ver que Emmett asentía--. Supongo que no es un tipo reservado.

--No siempre --comentó Emmett--. ¿Eso debe alarmarnos?

--No, sólo preocuparnos --cualquier persona que tratara con Victoria Ash de forma regular era una preocupación, pues era una mujer que sometía a los débiles para que satisficieran sus necesidades y sus deseos. Pug era un miembro productivo de la madriguera, pero no el más hábil ni el más astuto.

--Puedo interrogarlo --sugirió Emmett.

--No. Aunque estoy seguro de que podrías llegar hasta el fondo del asunto, creo que prefiero... Dile a Mike que continúe observándolo y que nos mantenga informados. Pug no suele ocuparse de los temas delicados...

--Y quieres que eso cambie.

--Exacto, pero de forma gradual. No quiero que se dé cuenta. Sólo algunas responsabilidades más, darle un poco más de confianza --dijo Calebros.

--¿Un ámbito limitado de asuntos?

--Sí. Déjale caer alguna información que pueda interesar a Victoria, por si está intentando sonsacarle. Quizá, algún asunto sucio sobre Robert Gainesmil. A ella le gustará. Pero sólo debes contarle lo suficiente para que ella crea que tiene acceso a fuentes cercanas al príncipe.

--¿Crees que... Victoria quiere sonsacarle información?

--¡Oh, por favor! --Calebros puso sus enormes ojos en blanco--. Empiezas a parecerte a Colchester. Por cierto...

--No, no hay ni rastro de él. También han desaparecido otros, tanto antes como después de la batalla contra el Sabbat. Jeremiah... y Hilda. ¿No te parece una pareja espeluznante? Hilda y Colchester.

--No quiero pensar en eso.

--Entonces piensa en esa solicitud.

Calebros cogió el papel con hastío.

--Sólo es una disputa territorial. Dejemos que el consejo se ocupe de ello.

Emmett cruzó los brazos.

--¿Crees que te traería esto si no tuviera una buena razón para hacerlo? Léelo de nuevo.

Calebros frunció el ceño con más fuerza y volvió a leer el texto, ahora con más atención.

--El Eje. Está cerca de aquí --Emmett asintió mientras una expresión de orgullo se iba adueñando de su rostro--. Sí, te pedí que echarás un vistazo a esa zona.

--Y lo hice --respondió Emmett, bastante orgulloso de sí mismo--. Y, entre otras cosas, encontré... esto.

Dejó caer un mugriento saco de lona sobre el escritorio.

Calebros lo examinó detenidamente, aunque intentó ocultar su considerable interés para que Emmett no se vanagloriara demasiado. El príncipe olisqueó el saco y los diversos objetos que había en su interior.

--Ve a buscar a los demás.

--Ya están esperando.

--Entonces, en marcha.

* * *

Era imposible confundir a Cranston con una persona cuerda. Sus penetrantes ojos de color azul grisáceo parecían advertir cosas que nadie más podía ver. Y fuera lo que fuera lo que veía, para sus ojos sólo merecía la burla, el odio y la destrucción.

Lo encontraron en el sótano del edificio de Brooklyn. Para cuando se dio cuenta de que estaban allí, Emmett, Mike y Clubfoot ya se habían abalanzado sobre él con los puños, las garras y los dientes. Emmett había insistido en que Calebros esperara arriba pues, al fin y al cabo, era el príncipe y no debía involucrarse directamente en el trabajo sucio. Júnior y Albatros habían bajado con los demás, dejando a Pug como una especie de guardia de honor del príncipe. Calebros se movía impaciente, intentando, con poco entusiasmo, estirar el doloroso arco de su retorcida columna.

En cuanto le informaron de que había pasado el peligro, bajó las

escaleras para descubrir que Cranston había sido sometido.

–Arrodíllate ante el príncipe, ingrato –espetó Emmett, golpeándole en la cabeza con poca amabilidad.

–Eso no es necesario –dijo Calebros. Era extraño que Emmett disfrutara más de los adornos de la realeza que el propio príncipe.

Cranston no tenía buen aspecto. Había poca sangre, pero tenía diversos cortes en la cara y en la cabeza. Si fuera del ganado, pensó Calebros, por lo menos necesitaría trescientos puntos de sutura. Era muy delgado, un pálido espantapájaros vestido de negro. Su fino cabello negro le llegaba a los hombros y dos de sus dedos yacían en el suelo, como si los hubieran seccionado de un mordisco y los hubiesen escupido.

–No te preocupes –dijo Mike Tundlight, que había seguido la mirada de Calebros–. Volverán a crecer.

Tal y como estaban las cosas, o hacía bastante tiempo que Cranston se había trasladado al sótano o había estado muy ocupado. En el suelo había seis tumbas y un traje de Papá Noel descartado. ¡Sólo un estúpido o un loco se llevaría la cena a casa! La muerte era un desafortunado pero frecuente efecto secundario de su alimentación; sin embargo, enterrar los cadáveres en la guarida era una invitación a que otros miembros del ganado se acercaran a husmear. ¡Ni siquiera había intentado camuflar u ocultar las tumbas!

Tendremos que acabar con él, pensó Calebros. La integridad de la Mascarada así lo exigía. Pero antes tendían que hacerle varias preguntas. Extendió una mano para que Albatros le diera el saco de lona.

–Encontramos esto aquí –dijo Calebros–. ¿De dónde lo sacaste?

La mirada azul-grisácea de Cranston se detuvo unos instantes en Calebros, pero el prisionero no dio más señales de haber oído la pregunta. Cuando Emmett cerró el puño, el príncipe le detuvo con brusquedad. A continuación, puso boca abajo el saco y dejó caer su contenido al suelo. Había varias rocas pequeñas, latas vacías y abolladas, una confusión de alambres, una linterna rota y... *algo*: parecía un trozo de cuerda o soga, pero era... carnoso. Emmett lo tocó con la punta del pie. Cranston no se dignó mirar los objetos que se esparcían por el suelo. Ahora que sus ojos estaban fijos en Calebros parecía poco dispuesto a mirar hacia otro lado.

–¿Esto estaba dentro del saco o lo metiste después? –preguntó Calebros. *¿Encontraste el saco o se lo quitaste a Jeremiah?*, deseaba preguntarle. *¿Fuiste tú quien lo destruyó? ¿Del mismo modo que*

mataste a esas personas? Calebros miró de reojo las rumbas que le rodeaban. Cranston tenía la mirada y la actitud de un psicópata. Era incapaz de diferenciar los actos de las consecuencias. En esas tumbas había ganado. Un Vástago se habría convertido en polvo, habría desaparecido... del mismo modo que Augustin había desaparecido. Cranston no sólo cazaba y mataba para alimentarse o para defenderse. Mataba porque sí. Porque podía hacerlo. Porque quería hacerlo. Un Vástago que permanecía aislado de la sociedad solía acabar de esa forma: adentrándose poco a poco en las fauces de la Bestia. Si hubiese tropezado con el desafortunado y confundido Jeremiah, lo habría matado por algo tan banal como un simple saco de lona. Cranston no respondió a sus preguntas.

Calebros tocó con el pie aquella cuerda carnosa y advirtió que por uno de sus extremos salía una sustancia viscosa y sangrienta. Estaba hueca por dentro, como si fuera un trozo de manguera... una manguera de piel, carne y sangre.

–¿Dónde encontrarte el saco? –preguntó Calebros.

En el rostro de Cranston se dibujó una débil sonrisa, una sonrisa burlona.

–No muy lejos del estómago del dragón –respondió.

–¿*Qué has dicho?* –espetó Calebros. Lo había oído perfectamente, pero tenía la esperanza de que sus oídos le hubieran engañado.

–No muy lejos –la sonrisa de Cranston creció hasta convertirse en una mueca de desdén.

–¿*Qué has dicho?* –le presionó Calebros.

De pronto, Cranston parecía encontrarse muy lejos. Sólo estaba él y su sonrisa; era un psicópata de ojos gélidos diciendo palabras que no debería decir.

–El infierno –dijo Cranston, saboreando aquella palabra, acariciándola con su lengua–. El estómago del dragón. No muy lejos.

El estómago del dragón. Lo había dicho.

Calebros se acercó al asesino y le habló en duros susurros.

–¿Entonces eres un chiquillo de Malkav? ¿Has hablado con Anatole?

–¿Hablado? –aquello le pareció divertido–. No.

Por un momento, Calebros se arrepintió de haber mencionado al Profeta de la Gehena, porque el efímero vínculo que mantenía aquel tipo con la realidad pareció desvanecerse de repente. Pero entonces habló de nuevo, y sus palabras hicieron que la sangre robada que

corría por las venas de Calebros se helara.

--Un ángel entrará en el infierno del estómago de un dragón antes de que pase esta edad...

--*Para que no acontezcan todas las edades.* Calebros susurró estas últimas palabras... las palabras que el Profeta había confiado en secreto al mensajero Jeremiah. *¿Habrás conocido esas palabras a través de su sangre?*, se preguntó Calebros. *¿O a través de la sangre de Jeremiah?* ¿El asesino había encontrado a Anatole y había reclamado sus conocimientos para ponerlos a la disposición de su trastornado clan?

--Te llevaré --dijo el Malkavian, observando el saco de lona. Calebros lo miró con recelo--. Te llevaré allí, si eso es lo que quieres.

--¿Al lugar en donde encontraste el saco? --preguntó Calebros. El sonriente lunático asintió. Al lugar en donde encontró el saco. Al infierno. Al estómago del dragón.

* * *

Apartaron el polvo que cubría una de las tumbas del sótano, que resultó ser un agujero que descendía por los agrietados cimientos del edificio. Como no deseaba correr el riesgo de que Cranston escapara, Calebros ordenó que Mike abriera la marcha, seguido de Emmett. Cranston era el tercero y Calebros el siguiente. Detrás de él iban Pug, Júnior, Clubfoot y Albatros. La falsa tumba conducía a un túnel, y ese túnel a otro, y ése a otro más. A cada bifurcación o giro, Mike y Emmett se detenían hasta que Cranston les indicaba qué camino debían tomar.

Mientras avanzaban fatigosamente, Calebros observaba la espalda del Malkavian e intentaba adivinar, por sus movimientos y su actitud, qué podía haberle ocurrido a Jeremiah. ¿Parecía culpable? ¿Doblaba los hombros como si esperara recibir un vengativo golpe mortal en cualquier momento? ¿Cranston era capaz de sentir remordimientos, culpabilidad o miedo? ¿Había matado a Jeremiah? ¿O aquella actitud defensiva que creía ver sólo estaba en su imaginación? Como era imposible saberlo con certeza, pronto abandonó esta tarea y pensó en la última vez que había visto a Jeremiah, cuando no era más que una acucillada masa temblorosa que intentaba cobijarse en la grieta más remota de aquel túnel sin salida. Jeremiah siempre había sido un tipo nervioso, pero aquella noche tiritaba y reía y sollozaba y pronunciaba palabras de condena.

Eso había sucedido después de que pasara una temporada con Anatole, *después de que lo enviara con el Profeta*, recordó Calebros. Pero Jeremiah se había ofrecido voluntario, había querido ir... y su sacrificio (¿de su cordura? ¿de su vida?) había sido vital para la destrucción de sus enemigos, los enemigos del clan. Leopold. Nickolai. El asesinato de Petrodon había sido vengado.

La noche que vio a Jeremiah, todos esos acontecimientos estaban en pleno apogeo. Calebros todavía no era príncipe. No había comprendido la profunda angustia del Nosferatu y le había dejado solo. Estaban sucediendo tantas cosas que necesitaba a todos sus hombres. Sin embargo, le había ordenado a Pug que fuera a ver a Jeremiah de forma periódica. Pero Jeremiah había desaparecido. Se había esfumado.

El mundo subterráneo estaba repleto de peligros: *antitribu* molestos por el duro trato que recibían de la Camarilla que acababa de asumir el poder; Vástagos perturbados, como Cranston, que buscaban refugio, presas o ambas cosas en el subsuelo; antiguas leyendas que se habían hecho carne, como los *Nicktuku* o, como Calebros había empezado a sospechar, otros terrores mucho más espeluznantes. ¿Quién podía saber a qué peligro se había tenido que enfrentar Jeremiah en su vulnerable estado? Puede que nunca lo supieran, que nunca lo descubrieran, que nunca encontraran ninguna prueba de lo que le había sucedido. Sin embargo, la oportunidad se había presentado en la persona de este Malkavian que, debido al aspecto de su morada, debía ser un asesino en serie de ganado. Seguramente, también había destruido Vástagos y consumido su vitae. Además, conocía las palabras del Profeta...

Calebros siguió adelante, deseoso de saber dónde les llevaba aquel lunático y qué iba a revelarles el saco de lona.

Los pasos de Cranston les llevaron a un túnel mucho más grande, a una caverna. El Eje. Como seguían estando relativamente cerca del mundo de la superficie, la pendiente del Eje era bastante suave. A media que descendían, vieron otros túneles que se abrían en el hueco principal; algunos bajaban en picado y otros se internaban en los muros, a diferentes alturas. La inclinación del Eje fue aumentando y pronto dejó de haber suelo y techo. Sólo había arriba y abajo, y paredes verticales agujereadas por los túneles. Como era imposible seguir caminando, los Nosferatu y su anfitrión saltaron a la abrupta pendiente y empezaron a trepar con dificultad, buscando en la oscuridad grietas en las que poder apoyar los pies y las manos.

Esto es de locos, pensó Calebros. Sólo un chiquillo de Malkav nos traería a este lugar. Sin embargo, sabía que cuando Jeremiah desapareció, Pug había seguido su rastro hasta esta zona, y él nunca se equivocaba. Los demás Nosferatu estaban demasiado ocupados y no habían podido colaborar en la búsqueda, pero Hilda le había ayudado... y ahora, también ella había desaparecido.

El Eje era un lugar inhóspito. La oscuridad, normalmente amiga de los Nosferatu, se aferraba a ellos con fuerza, como si fuera agua que empapaba su ropa y su carne, haciéndoles sentir muy pesados y tirando de ellos hacia abajo. Intentaban descender en espiral, sin estar uno encima del otro; de este modo, si alguien daba un paso en falso que pudiera significar su fin, no les arrastraría a todos consigo. ¿Es eso lo que quiere Cranston?, se preguntó Calebros del Malkavian que tenía a sus pies. *Es imposible que piense que todos vamos a caer... ¿Acaso sólo quiere que caigamos los suficientes para que él pueda escapar?*

Calebros se sintió aliviado cuando el Malkavian indicó a los que iban delante que accedieran a uno de los túneles laterales. Mientras esperaban (a bastante distancia, para que nadie cayera por el borde si Cranston realizaba un ataque desesperado) a que todos los Nosferatu estuvieran fuera del Eje, Calebros advirtió la alegría de sus compañeros al verse lejos de aquel pozo oscuro y sin fondo. Él sentía lo mismo. La verdad es que era un milagro que Clubfoot no hubiera caído y hubiera arrastrado a alguien con él.

* * *

—¿Es éste el lugar? —preguntó Emmett. Cranston se giró para mirar al Nosferatu... mejor dicho, para mirar a través de él. Sus ojos de color azul grisáceo miraban hacia un punto invisible intermedio. Era una mirada lejana, pero no vacía. Era obvio que Cranston estaba observando algo, algo que sólo él podía ver. Emmett sintió deseos de mirar por encima de su hombro, pero se contuvo: probablemente, no quería darle esa satisfacción al chiquillo de Malkav, aunque Calebros estaba seguro de que Cranston no se hubiera dado cuenta, pues estaba completamente absorto en aquello que sólo él veía.

—¿Es éste el lugar? —repitió Calebros—. ¿Es aquí donde encontraste el saco?

En aquel túnel no había ninguna característica distintiva: ninguna curva, ningún hierbajo, ningún detalle de ningún tipo que recordara al

viajero del mundo subterráneo que había pasado antes por allí.
¿Cómo sabía que éste era el lugar?

--Si nos has hecho recorrer todo este camino para... --Emmett dejó que un silencio amenazador y funesto completara su amenaza.

Calebros había empezado a reconocer la zona con la esperanza de encontrar alguna señal de Jeremiah, alguna pista sobre la cuerda carnosa o algo que vinculara a Jeremiah con este lugar, cuando Pug, que iba con la nariz pegada al suelo, empezó a mover frenéticamente la mano.

--¡Es él! --dijo, olisqueando con mayor entusiasmo-. ¡Es el olor de Jeremiah!

--No lo pierdas, por el amor de Dios --dijo Emmett.

Calebros se acercó.

--¿Hacia dónde se dirige?

--Hacia allí --respondió, alejándose ya por el túnel.

Calebros y Emmett se pusieron en marcha tras él, seguidos de Júnior.

--Mike --dijo Calebros--, asegúrate de que nuestro anfitrión no se queda rezagado.

En cuanto Clubfoot y Albatros ocuparon sus posiciones detrás de Cranston, la procesión al completo siguió los pasos de Pug. Ninguna luz era capaz de adentrarse en estas profundidades de la tierra y sólo las pupilas excesivamente dilatadas de los Nosferatu les permitían mantener el ritmo de sus pasos. El Malkavian, que había avanzado con bastante facilidad cuando el grupo dependía de sus instrucciones, ahora empezó a tener dificultades y a tropezar. Clubfoot y Albatros le cogieron del brazo para mantenerlo derecho y lo llevaron a rastras consigo.

Calebros, que avanzaba pisándole los talones a Pug, recordó su última cacería, cuando el enigma de Anatole y el olfato de Pug habían permitido que se hiciera justicia con Nickolai, el *antitribu* Tremere. Como también recordaba el inesperado ataque que se había materializado en la oscuridad en aquella ocasión, sus ojos oscilaban entre Pug y la oscuridad que se extendía a su alrededor. Entonces, por primera vez en toda la noche, el príncipe empezó a vislumbrar un rayo de esperanza: si Cranston no les había mentado ni se había equivocado, si realmente ese era el lugar en el que había encontrado el saco de lona y el rastro que seguían se había originado en ese punto, había muchas posibilidades de que Jeremiah hubiera sobrevivido. No había sido destruido... o por lo menos, no había sido

asesinado por este lunático. Sin embargo, Calebros sabía que había muchos otros terrores acechando en la oscuridad.

Recorrieron diversos metros olisqueando (Pug), esperanzados (Calebros) y cojeando (Clubfoot), hasta que Pug volvió a entusiasmarse. El rastro había sido fuerte desde el principio, así que sólo había tenido que detenerse en un par de ocasiones para comprobar la dirección; sin embargo, ahora olisqueaba y arrugaba su rostro con creciente agitación.

–Este olor es reciente. Mucho más reciente que antes.

Retrocedió un poco para confirmar lo que su nariz le estaba diciendo... y entonces, Calebros advirtió un movimiento delante de ellos: una forma que se escondía con rapidez tras una curva cerrada del túnel.

–Ahí hay algo –dijo Calebros en un ronco susurro.

Emmett también debía haberlo visto, porque esquivó a Pug y dejó atrás a Calebros corriendo como una exhalación, aunque el príncipe lo siguió a poca distancia. Doblaron la esquina a tiempo de ver que la sombra (¿o eran dos sombras?) desaparecían en la siguiente curva. Para entonces, todos los Nosferatu estaban corriendo. Calebros dobló la siguiente esquina y volvió a tener la impresión de que eran dos sombras las que desaparecían en la oscuridad, delante de Emmett. El príncipe ya había recorrido un largo trecho del túnel cuando oyó gritos y sonidos de pelea a sus espaldas.

Se giró, suponiendo que Cranston había intentado escapar, pero las dos fieras rabiosas que estaban luchando entre sí eran Clubfoot y Albatros, que se habían convertido en una confusión de colmillos brutales, extremidades furiosas y garras desgarradoras. Ambos habían sido víctimas del hambre caníbal que siempre permanece cerca de los Vástagos. Les había abandonado la razón... y también el Malkavian.

Calebros volvió la cabeza y vio a Emmett adentrándose en la oscuridad.

–Pug, Júnior. ¡Id con Emmett! ¡Deprisa! –gritó–. ¡Mike, quédate conmigo!

Pug y Júnior se alejaron del espectáculo que ofrecían sus beligerantes compañeros de clan para seguir a Emmett, mientras Mike intentaba separar a Clubfoot y Albatros. Recibió tantos golpes como los que consiguió evitar, y por un momento pareció que había conseguido llamar la atención de los adversarios... pero entonces, ambos se volvieron contra él. Mike se alejó tambaleándose de ellos, percibiendo la sed de sangre que les impulsaba.

Calebros no se molestó en intentar llamar su atención, sino que se abalanzó sobre ellos con sus garras y dejó incapacitado a Clubfoot. El tambaleante Nosferatu se desplomó contra el suelo y, cuando Albatros se giró para ver lo sucedido, el puño del príncipe arremetió con fuerza contra su barbilla. El estrecho cuello del Vástago frenético se movió hacia arriba y hacia un lado, antes de caer aturdido al suelo entre una lluvia de dientes rotos.

Mike observó a sus incapacitados compañeros de clan y después a su príncipe.

--Vamos --le dijo Calebros, pasando a toda velocidad por delante de él.

Con rapidez, desandaron sus pasos para dirigirse al lugar en donde Cranston les había dicho que había encontrado el saco de lona. El sentido del olfato de Calebros era escaso, comparado con el de Pug, pero el Príncipe Nosferatu tenía la esperanza de poder determinar si Cranston se había desviado de su ruta previa: los Nosferatu podían avanzar más rápido que él entre aquella oscuridad absoluta, pero si el Malkavian se había desviado, nunca lograrían averiguar el camino que había escogido para escapar.

Instantes después, Calebros pudo olvidarse de sus conjeturas. Su retorcida columna no le detenía cuando las circunstancias requerían velocidad, y estaba avanzando con tanta rapidez que a Mike le costaba seguirle el ritmo. Poco después de dejar atrás el punto que Cranston les había indicado, Calebros vio al Malkavian, que ya no avanzaba tan despacio como antes. La oscuridad no le ocasionaba tantas dificultades como les había hecho creer, pero los Nosferatu le estaban ganando terreno.

Aunque una parte diminuta de la mente de Calebros seguía pensando en las dos figuras que huían en dirección contraria, había centrado la mayor parte de su atención y energía en el Malkavian. No tenía ninguna duda de que Cranston había despertado el hambre y la locura de Clubfoot y Albatros. Habían luchado por su culpa... y se habrían destruido mutuamente si Calebros no les hubiera dejado inconscientes. El príncipe sintió que la gélida furia de la venganza se arrastraba por sus venas, pero intentó pensar en un castigo justo que no escapara de los límites de la razón. Recordaba el odio que cegaba los ojos de Cock Robin y sus gorjeos animales cuando seguían los pasos de Nickolai. La destrucción del Tremere había cerrado una vía de información, y sucedería lo mismo si destruían al Malkavian. Este lunático todavía podía enseñarles muchas cosas... pero eso no

significaba que no fuera a sufrir.

El veloz trío estaba a punto de llegar al borde del Eje, donde el túnel que seguían acababa abruptamente en el vacío. *Tiene que detenerse*, pensó Calebros. *Sólo puede escapar hacia arriba o hacia abajo, pero tendrá que detenerse para sujetarse a un asidero... y entonces lo atraparemos*. Cranston nunca conseguiría llegar más allá del Eje. Calebros calculó el punto en el que tendría que reducir la velocidad para no caer al vacío. En el mismo instante en que se detuviera, ambos se abalanzarían sobre él.

Pero el Malkavian no redujo la marcha, no se detuvo, sino que corrió hasta que el suelo desapareció a sus pies y, sin una palabra ni un grito, se precipitó al abismo. Calebros y Mike consiguieron detenerse en el borde, pero Cranston ya se había perdido en sus oscuras profundidades.

* * *

--¿Con quién estabas? --preguntó Calebros.

Jeremiah, que había regresado a la madriguera sin oponer resistencia, parecía satisfecho. Observaba a Calebros con una sonrisa que no era cruel ni burlona, ni tampoco perturbada. Sin embargo, ya no era el mismo Nosferatu centrado y analítico al que Calebros había enviado semanas atrás a dirigir y ser dirigido por el Profeta de la Gehena.

--Estaba solo hasta que viniste a buscarme --respondió Jeremiah--. Solo con la oscuridad.

--Anoche te encontramos --dijo Calebros--, pero por lo que has dicho antes, parece que crees que llevábamos juntos varias noches.

Calebros le había hecho las mismas preguntas una y otra vez. En ocasiones, Jeremiah le respondía algo ligeramente distinto, pero nada de lo que decía servía de ninguna ayuda.

--Me creíste --dijo Jeremiah agradecido--, me creíste y me llevaste a un lugar seguro.

--Por supuesto que estás a salvo en la madriguera --respondió Calebros. Tenía la impresión de que ambos estaban hablando de cosas distintas. Jeremiah se estaba refiriendo a una tercera persona, alguien que había creído en sus desvaríos y le había llevado a otro lugar, no a la madriguera. Su reacción confirmó las sospechas del príncipe.

De pronto, Jeremiah pareció darse cuenta de que estaba en la

madriguera. Las paredes de piedra de la pequeña habitación en la que se encontraban eran sólidas, pero miraba a su alrededor como si infinitos depredadores estuvieran acercándose a él desde todas las direcciones. Jeremiah volvió a retroceder hasta el rincón y apoyó la espalda contra los muros convergentes, una posición de defensa que no resultaba demasiado cómoda.

–¡Este lugar no es seguro! –gritó.

Calebros advirtió que el pánico se adueñaba de Jeremiah, que pronto se sumió en una especie de catatonía. Seguramente, era un modo de defenderse de los horrores imaginarios que invadían su mente.

Imaginarios, pensó Calebros, ruego que esos horrores sean imaginarios.

En ese estado era imposible sonsacarle más información... aunque en condiciones normales tampoco había revelado nada sustancial. Había pasado la noche entera entrando y saliendo de su parálisis paranoica. Calebros intentó convencerse de que lo único que importaba era que Jeremiah estuviera de nuevo entre los suyos. Sin embargo, esa idea no le proporcionaba un gran consuelo.

¿Y la otra forma que vi huir por el túnel?, se preguntó. Emmett había alcanzado a Jeremiah, pero ni él ni los otros a los que había enviado en su ayuda habían visto la segunda figura. Además, las respuestas de Jeremiah habían sido poco esclarecedoras. Sin embargo, las notas de Jeremiah sobre Anatole también parecían inútiles... pero a su debido momento fueron sumamente útiles, pensó. ¿Y si las respuestas de Jeremiah tenían un propósito específico que no lograrían desentrañar hasta que llegara el momento adecuado? ¿Los desvaríos de Jeremiah podían ser un don que le había concedido el Profeta?

Calebros se llevó las garras a su cabeza surcada de venas. Aparte de la cabeza, le dolía todo el cuerpo, todos los huesos y todas las articulaciones. En las últimas semanas había hecho más ejercicio corriendo por la ciudad que en los últimos treinta años, y estaba seguro de que eso no era sano. Deseaba pasar la eternidad de forma contemplativa, pero las responsabilidades que tenía con su clan, y ahora con su ciudad, requerían que actuara de otra forma.

La madriguera hervía de actividad: además del alboroto que había provocado la presencia y el estado mental de Jeremiah, ahora que Calebros era príncipe tenían que recopilar y asimilar información de toda la ciudad. Cualquier dato o rumor, por pequeño o inconsecuente

que fuera, podía significar un peligro para su persona. Los informes, que siempre habían inundado su escritorio, ahora se diseminaban por toda su oficina como una ola sísmica. Había surgido una especie de temor paranoico hacia el príncipe entre los Vástagos, que parecían creer que estaba en todas partes... y Calebros intentaba fomentar esa impresión estando al corriente de todo lo que podía. Ahora que habían encontrado a Jeremiah, tenía trabajo de sobra del que ocuparse.

Tras hacer una breve pausa para asegurarse de que Clubfoot y Albatros se estaban recuperando de la rabia inducida por el Malkavian y de las lesiones que él mismo les había provocado, Calebros regresó a su despacho para ocuparse de sus informes, recortes de periódico y fotografías. Estaba tan preocupado por la última conversación que había mantenido con Jeremiah que, sólo cuando estaba a punto de dejarse caer sobre su maciza silla de madera, se dio cuenta de que allí había algo raro... o diferente.

El candelabro seguía alzándose cerca del escritorio, pero sus velas no ardían... y el despacho no estaba a oscuras. La lámpara que había tirado a la basura estaba de pie sobre la mesa, rodeada de montones de papeles y su leal Smith Corona. Era una ironía que en la madriguera de los Nosferatu, unas criaturas que habitaban y se movían por las instalaciones sanitarias de la ciudad, nadie recogiera la basura de forma regular. En el pasado, Calebros había dado su merecido a todas las personas bien intencionadas que habían vaciado la papelera de su despacho, así que ahora nadie se atrevía a tocarla. Debido a los escasos objetos que Calebros tiraba, su cubo de basura era algo más parecido a un purgatorio que a un destierro final; además, se arrepentía de su decisión con tanta frecuencia que era imposible calcular el número de trozos de papel o baratijas retorcidas que había recuperado del fondo de su papelera. Umberto había cometido este error hacía doce años, cuando se deshizo de un transistor destrozado, pero Calebros puso las cosas en su sitio con rapidez y nadie más había osado repetir su hazaña en los años siguientes.

Pero alguien había recuperado de aquel santuario su lámpara de mesa, la había restaurado y la había devuelto a la vida funcional. Ahora no sólo iluminaba el escritorio, sino que proyectaba una luz brillante y potente por todo el despacho... a pesar de que siempre, desde la primera noche que Calebros la rescató de una oficina abandonada de Queens, había centelleado.

Sin sentarse en la silla, observó cautelosamente el santuario de

su despacho. Aparte de la lámpara, todo estaba tal y como él lo había dejado... excepto un estante que ahora se encontraba un poco más lejos de la pared de lo que debería haber estado. La lámpara y la estantería le dieron la información que necesitaba: le informaron de algo que siempre había considerado imposible.

El príncipe de Nueva York abandonó su escritorio y tiró del estante para alejarlo un poco más de la pared. Se inclinó, provocando un gran estallido en sus articulaciones, y se arrastró por el bajo y estrecho túnel que quedaba escondido tras el estante. Una vez dentro, enganchó con el pie la abrazadera de metal unida a la parte posterior de la estantería y tiró de ella para volver a unirla a la pared. *Había dos formas*, se dijo a sí mismo mientras se arrastraba a lo largo del túnel y empezaba a descender por su pronunciada pendiente. Cuando llegó a la gran cámara en la que reposaba su lago privado, Calebros sabía con certeza a quién iba a encontrar allí.

A pesar de todo, se sorprendió al ver a Augustin sentado sobre los grandes sacos de sal que había cerca de la orilla, esperándolo.

–Ha pasado mucho tiempo --dijo Calebros.

–Sí, la verdad es que sí. --Si mirar a Emmett era como observar su propio reflejo, mirar a Augustin era como asomarse a la sala de espejos de un parque de atracciones porque, aunque sus rasgos eran simétricos, estaban comprimidos, arrugados y envejecidos. Calebros ignoraba la diferencia de edad que había entre ambos, pero estaba seguro de que era considerable. Augustin poseía muchos talentos, pero sobre todo era un maestro calderero. Para él, arreglar una lámpara estropeada era coser y cantar.

–Hasta ahora he estado observando --dijo Augustin--, pero el momento ha llegado.

–Me has estado observando.

–A ti... y a muchas otras personas y acontecimientos.

–¿Qué momento es el que ha llegado?

–¿Acaso Jeremiah no te lo ha dicho?

–Ha perdido la cabeza --explicó Calebros, que de pronto tuvo la certeza de que los miedos que le acechaban eran reales--. No es más que un alarmista.

Su mente se quebró al pasar una temporada con Anatole y ahora sólo habla de la oscuridad que hay debajo de la tierra y de las Noches Finales.

–Es mucho más sabio que cualquiera de nosotros --dijo Augustin--. Y lo sabes perfectamente. He visto tus notas. Sin embargo,

te niegas a creerlas.

--Los *Nicktuku* no son más que antiguas leyendas --replicó Calebros, intentando convencerse de que, si lo intentaba con todas sus fuerzas, aquellos miedos seguirían siendo irreales.

--Oh, por supuesto que existen --respondió Augustin con tranquilidad--. Y se están despertando. De todas formas, ellos son el menor de nuestros problemas.

Calebros se quedó sin habla. ¿Cómo era posible que unas criaturas míticas de destrucción que tenían en las venas la sangre del mismísimo Caín fueran el menor de los problemas de los Nosferatu?

--Te fuiste hace años para descubrir la verdad sobre los *Nicktuku* --dijo Calebros--, y ahora regresas diciendo que tus peores pesadillas se han hecho realidad... ¿Acaso no estás preocupado?

--Yo no he dicho que no esté preocupado. --Augustin se abrió paso entre los sacos de sal--. Por supuesto que lo estoy, pues son peores de lo que temía. Sin embargo, han dejado de ser mi peor pesadilla... y tampoco deberían ser la tuya, príncipe de Nueva York.

--La oscuridad bajo la tierra --dijo Calebros.

--Nada de lo que ha pasado ha sido un accidente --dijo Augustin--. ¿Lo sabías, verdad? La guerra contra el Sabbat hubiera sucedido de todas formas... ¿pero tenía que acabar de la forma en que acabó?

--¿Cuánto de todo eso ha sido obra tuya? --preguntó Calebros--. Tu estabas con Jeremiah. Cerca del Eje.

--Sí. Sabía que el Malkavian acabaría llamando tu atención. Esperaba que encontraras el saco y que éste te ayudara a encontrar el lugar... pero debo admitir que me estaba cansando de esperar. Había otras pistas que pasaste por alto...

--El *bozzetto* de Atlanta, aquel que era diferente a los demás y había sido realizado con otro tipo de arcilla, como los de Chicago. Y la fotografía.

--Muy bien --Augustin le dio una delicada gorra de golf--. No estoy ciego a las necesidades de mi clan. Cumplí con mi parte para ayudarlos a ti y a Cock Robin... aunque sobre todo quería asegurarme de su marcha. Es un tipo bastante... limitado en sus perspectivas, no tiene la mente tan abierta como tú. Sin embargo, no debes creer que todas las huellas dactilares que encontraste eran mías.

--Has leído mis notas --dijo Calebros con brusquedad--. Has dicho que sabías lo que pensaba.

Augustin sonrió.

--Has empezado a hacerte las preguntas correctas, pero te niegas

a llegar hasta el fondo. Imagina el peor de los escenarios... y entonces, intenta pensar que la realidad es diez o incluso cien veces peor. Sí, puede que tu torpe manejo del Ojo de Hazimel ayudara a poner las cosas en marcha, ¿pero realmente crees que un solo Ravnos, aunque fuera un Matusalén u otro miembro más antiguo del clan, podría haber provocado todo lo que ha sucedido? ¿Crees que es una coincidencia que Nueva York haya caído en manos de la Camarilla? ¿Crees qué es un accidente que ahora seas príncipe?

—Por supuesto que ningún Ravnos ha causado...

Augustin le interrumpió.

—No me apetece discutir contigo el tema del libre albedrío y la determinación. Cada noche, cuando te levantas, puedes elegir la ropa que vas a ponerte. Sin embargo, si lo supieras de antemano y vieras que yo llevaba lo mismo, ¿lo considerarías libre albedrío? ¿Sería una coincidencia?

Calebros veía que los puntos empezaban a unirse. Hacía tiempo que había visto esos puntos, pero le había dado miedo trazar las líneas.

—Incluso con el Ojo --continuó Augustin--, ¿crees que Leopold podría haber sido capaz de destruir a un pequeño ejército Gangrel y hacer todo lo que hizo? ¿No crees que con un poder tan fuerte también habría destruido a todos nuestros aliados... e incluso a media ciudad? Existía una razón para que destruyera a los Gangrel: los Gangrel abandonan la Camarilla, la Camarilla se ve obligada a abandonar un territorio valioso y la única opción que tiene para salvar la situación... es arrebatarse al Sabbat la ciudad de Nueva York.

—¿Pero cómo...?

—Estoy hablando de una conciencia mucho más profunda que la nuestra --dijo Augustin, señalándole con el dedo--. Una conciencia dotada de unos poderes tan extensos y precisos para predecir nuestras acciones que puede ver el futuro y modelarlo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? --preguntó Calebros, sintiéndose débil. Estaba sentado a la orilla del lago subterráneo, pero no recordaba haberse sentado.

—Tras pasar algunas décadas buscando a los *Nicktuku*, buscando señales de las oscuras criaturas que se esconden bajo tierra --explicó Augustin--, empecé a darme cuenta de que todo lo que sabemos, incluso todo aquello que conjeturamos, no es más que la punta de un iceberg infinito... y de que estamos navegando en un bote diminuto por aguas muy, muy oscuras.

–Si lo que dices es cierto y he estado recorriendo un camino predeterminado, ¿por qué no me avisaste? –preguntó Calebros.

–Soy un observador.

Un observador. Un Inconnu.

–He podido confirmar mucho de lo que he aprendido con otros que han observado y buscado durante mucho más tiempo que yo. ¿Por qué no te avisé? Porque no es así como trabajamos. Intentamos convencernos a nosotros mismos de que estamos fuera del alcance de la Yihad, por encima de las maniobras de los antiguos... pero es mentira. No somos más que peones, igual que tú. Sin embargo, es demasiado arriesgado darnos a conocer.

–Entonces, ¿por qué lo haces ahora?

–Porque se ha acabado el tiempo. La estrella roja brilla en el cielo y los *Nicktuku* se alzan... Y porque tú eres sangre de mi sangre.

Se ha acabado el tiempo. Esas palabras resonaron como un trueno en la mente de Calebros. *Las Noches Finales se acercan.*

–Pero si esos antiguos son tan poderosos como dices, no hay ninguna esperanza. Nuestra causa es inútil.

–No te equivocas cuando dices que es imposible que sorprendamos a aquello que duerme bajo nuestros pies. El Behemoth despierta, observa sus alrededores, conoce los corazones y las mentes de todas las criaturas de la sangre, pone en marcha acontecimientos para protegerse y regresa a su letargo. De todas formas, considero que en sus planes hay diversos caminos, diferentes posibilidades, aunque todos ellos conducen a su supervivencia.

–Pero si tiene unos poderes de predicción tan penetrantes --protestó Calebros--, no hay nada que podamos hacer.

–No hay nada que podamos hacer para sorprenderlo --respondió Augustin--. Tienes razón. Así que en este caso... tenemos que hacer lo que él quiere.

–¿Y ayudándole podremos derrotarle?

–No, no lo derrotaremos, pero alargaremos la lucha. Debemos asumir que los antiguos no desean manifestarse aún, pues de otro modo ya lo habrían hecho... y eso sería el fin. Los antiguos quieren permanecer escondidos, así que les ayudamos. De momento. Algunos de mis compañeros creen que, con el tiempo, seremos capaces de derrotarlos o de impedir que se alcen.

–Evitar la Gehena --murmuró Calebros, moviendo la cabeza con incredulidad.

–Si el Sabbat se hubiera hecho con toda la Costa Este --dijo

Augustin--, se habría encargado de iniciar la búsqueda, pues desea iniciar una guerra contra los antiguos.

--¿Y temes que haya encontrado a alguno? --preguntó Calebros--.
¿Es un antiguo lo que descansa bajo nuestros pies? Un antiguo. *Un Antediluviano*.

--Pronunciar su nombre es un modo de obtener poder, pero no deseo conseguir poder sobre... ello. Pero sí, hay un poder antiguo. Si tuviéramos que enfrentarnos a él esta noche, llegaría nuestra destrucción, la destrucción de toda nuestra especie. Y quizá incluso de la Tierra.

--Así que ocultándolo no desafiamos su voluntad --dijo Calebros--.
Y además nos beneficia.

--Exacto --Augustin permitió que sus labios esbozaran una triste sonrisa--. A no ser que esté equivocado.

Calebros meditó sobre esa posibilidad durante unos instantes. No sabía cuánta verdad encerraban las palabras de Augustin, pero sus afirmaciones encajaban con sus sospechas... con las sospechas que se había estado negando. De pronto se dio cuenta de que Jeremiah no estaba trastornado... o mejor dicho, que su locura había sido inducida por el Profeta, que le había permitido ver aquello que ningún Vástago ni ningún miembro del ganado debería ver jamás. Calebros deseaba que el viejo Jeremiah regresara... y también deseaba que Augustin hubiera muerto, pues así nunca habrían mantenido esa conversación. Cuanto más pensaba en lo que le había contado, más convencido estaba de que todo era una locura. ¿Cuántas personas estaban implicadas? ¿Cuántas de sus acciones habían sido influenciadas o predichas? Era mejor no saber nada.

--Pero, si todo lo que has contado es cierto, ¿por qué un príncipe Nosferatu? ¿Acaso alguien tiene más posibilidades de tropezar con la verdad?

--¿Quién si no? --preguntó Augustin.

Por supuesto: ¿Quién mejor que un Nosferatu para descubrir la verdad? ¿Quién mejor para seguir el juego y asegurarse de que nadie más tropezaba con aquello que debía permanecer oculto?

--Entonces, esa criatura sabía que vendrías a verme; sabía que me avisarías.

--Quizá --respondió Augustin. No parecía estar tan seguro como antes, pero ya no tenía ninguna duda de que el Príncipe de Nueva York le había creído. Ya no era necesario seguir convenciéndolo.

* * *

--Colin, éste es Emmett. Trabaja para el príncipe --dijo Gordon, que ya se había deshecho del trozo de pelo del hombro que siempre le picaba y había centrado su atención en la rodilla. Colin sabía que sólo se rascaba la rodilla cuando estaba nervioso. Gordon y aquel Nosferatu tan feo (como si hubiera alguno guapo) estaban esperándole en el apartamento.

--Así que supongo que el príncipe ha recibido mi perdición --dijo Colin, intentando mostrar más aplomo del que realmente tenía.

--Tu petición --dijo Emmett--. La perdición es cosa tuya.

--Correcto --respondió Colin, sin comprenderlo del todo--.

¿Entonces...?

--Los Vástagos de los que nos hablaste han sido eliminados.

--¿Eliminados? ¿Qué quieres decir? ¿Come...? --movió el dedo como si se cortara la garganta--. ¿Han sido eliminados o sólo, ya sabes, eliminados?

Emmett se cruzó de brazos.

--¿Con cuánto detalle deseas saberlo? --Por su tono, Colin supo que no deseaba saberlo, que no sería saludable.

--Oh... no importa. Eso no es lo importante, ¿verdad? Lo importante es que yo... --Colin hizo una pausa significativa-- he sido vengado. Ese hijo de puta se ha ido... pero el dónde y el cómo no son asunto mío, y tampoco deseo saberlo, ¿de acuerdo? Correcto. Lo importante es que mi territorio... nuestro territorio, vuelve a ser seguro. El Príncipe Calebros es un tipo honesto. ¿Me equivoco?

--Ah, por cierto --añadió Emmett--, el edificio en el que se escondió ese hijo de puta... está fuera de los límites.

Colin levantó la cabeza.

--¿Qué?

--Ya sabes --dijo Emmett, sin reflejar expresión alguna--, fuera de los límites. Mantente alejado de allí. No te acerques. Creo que será mejor que ni siquiera te acerques a la manzana. Piensa en ello como una comisión. El príncipe se ha ocupado de tu pequeño problema y tú estás tan contento que renuncias de buena gana a ese territorio.

Le dedicó a Colin una mirada gélida, dura, antes de añadir:

--¿Me has entendido?

Colin no sabía qué decir. Miró a Emmett, luego a Gordon y después a Emmett de nuevo. Por fin, se dio cuenta de que sólo podía decir una cosa.

–Hum... de acuerdo.

* * *

Tras abandonar el apartamento de Gordon y Colin, el Nosferatu avanzó entre la nieve que caía con suavidad. Cuando llegó al sótano en el que había encontrado el saco de lona de Jeremiah, vio que Mike Tundlight estaba supervisando el trabajo de sus compañeros de clan. Ya no había ni rastro de las tumbas ni de los agujeros, ni tampoco había ningún traje de Papá Noel. Ahora, el suelo del sótano estaba cubierto por una suave y húmeda capa de cemento. Uno de los trabajadores de Mike estaba acabando de alisar la última esquina.

Mike movió la cabeza.

–Como no tenemos cemento suficiente para llenar todo el Eje, tendremos que cerrar todos los túneles --dejó escapar un retorcida carcajada--. Tardaremos años.

Emmett suspiró.

–Sí, Calebros está haciendo lo mismo en los alrededores de la madriguera. Pronto, todo Manhattan se convertirá en un bunker de hormigón.

–¿A qué tiene tanto miedo Calebros? --preguntó Mike.

Emmett se encogió de hombros.

–No lo sé, pero supongo que sea lo que sea, debemos estar preparados.

Ambos se quedaron de pie unos minutos, observando al trabajador que estaba cubriendo y alisando la última esquina.

FIN

Mundo de Tinieblas:
CINCO PLATOS
Justin Achilli

{ Vampiro / Clanes-14 / Relato-12 (Giovanni) }
Publicado en... "*Clan Novel: Anthology*"
Traducción: Isabel Merino Bodes

Poli malo.

Preston Marshall se recostó en la silla mientras se metía en la boca el último trozo del bocadillo que había comprado en Subway. *Poli malo*. Sin embargo, era un buen agente de seguridad. De acuerdo, no lo era, pero había ganado más dinero siendo un oficial de seguridad corrupto que un agente de la ley con un curriculum perfecto.

Seis años atrás, Preston había sido acusado y condenado por no acatar las reglas en la detención de un sospechoso... de acuerdo, fueron dos sospechosos, pero ambos casos fueron muy diferentes. Los incidentes tuvieron lugar con diversos meses de diferencia. El primero, un universitario borracho y maleducado, sólo tuvo que pasar unas semanas en la cama para recuperarse. El segundo, aquella zorra negra chiflada que, después de arañarle le había clavado las llaves del coche, no había tenido tanta suerte.

Tras un breve circo mediático, Preston se quedó sin trabajo. El jodido tribunal popular estuvo formado por un grupo de personas liberales y espectros, pero al final, todo salió bien. Poco después respondió a un anuncio de supervisor de seguridad nocturna en R. J. Reynolds y le contrataron en el acto. Al parecer, querían a alguien que, a cambio de unos billetes, estuviera dispuesto a mirar hacia otro lado y a tener la boca bien cerrada. Cuando llegaba el camión de una de las empresas de exportación, lo único que tenía que hacer era cerrar los ojos. Lo que sucediera con aquellos cigarrillos, que anualmente equivalían a sesenta millones de dólares, no era asunto suyo.

Este tema había causado problemas a ciertos trabajadores; algunos se habían ido directamente al paro, mientras que otros habían sido reasignados a tareas diurnas... pero todos ellos habían aprendido que, si querían seguir trabajando, debían mantener la boca cerrada.

Preston no tardó en darse cuenta de que merecía la pena contraer una ceguera selectiva a cambio de mil dólares extra al mes (e incluso quince mil, ciertos meses). Si no hacía él este trabajo lo haría cualquier otra persona, así que... ¿por qué no iba a ser un mártir... sobre todo si consideraba que no estaban haciendo nada malo? Lo más probable es que la empresa de exportaciones estuviera vendiendo esos cigarrillos en México o Canadá, eludiendo los impuestos y las tasas de aduanas que sólo servían para enriquecer a los gobiernos.

El rostro de Preston Marshall se abrió como un sandía cuando cayó desde una ventana del segundo piso. Sangre, carne y fragmentos inidentificables de vísceras se esparcieron por la sala de seguridad, ensuciando las ventanas, el ordenador, el portapapeles, el fajo de albaranes de embarque...

Bajo la estéril oscuridad de las sombras que proyectaban los fluorescentes, una figura vestida con un chaquetón azul marino avanzaba hacia la humilde noche, dejando a su paso un ligero olor a pólvora.

Lunes, 27 de diciembre de 1999, 12:04 AM
La villa de Biagio Giovanni, Ombrosa, Italia

--Resulta curioso. Es casi medieval --Isabel consultó su reloj. Pasaban unos minutos de medianoche--. Sin embargo, estoy segura de que lo haces por comodidad.

--Cierto, querida prima --respondió Biagio--. Cuando los hombres con los que trabajas reservan sus horas sólo para después del anochecer, aprendes a hacer concesiones y cenas cuando puedes.

Sonrió antes de continuar.

» ¿Quieres que te sirvan un poco de vino? --Biagio llamó a un sirviente, pero Isabel le detuvo educadamente con la mano--. ¿No? ¿Nada de nada? Conozco tus gustos, pero un invitado amable nunca asume...

--No te preocupes, Biagio. Tienes una casa preciosa y una mesa preciosa. Es una lástima que tenga que declinar tu invitación.

Isabel advirtió el agradable calor que despedía la enorme chimenea que habían encendido en el patio. Al carecer de un corazón que calentara su cuerpo, si no hubiera sido por la calidez de ese fuego, no podría haber estado al aire libre en una noche tan fría como

aquella.

Dos mayordomos empezaron a servir la mesa. Si estuviera en su refugio, Isabel se habría disculpado con gran fastuosidad, quizá oscilando la mano hacia un siervo espectral para que le trajera una copita de vitae decadente. Pero de nuevo, no... en estas noches modernas, tales cosas resultaban frívolas. Cada vez eran menos las almas difuntas capaces de responder a la llamada de la magia de muerte de los Giovanni, así que su práctica era ahora un lujo, no una comodidad.

El mayordomo sirvió a Biagio Giovanni una copa de valpolicella; al parecer, comería pasta. Otro siervo dejó sobre la mesa un cuenco lleno a rebosar de hortalizas del campo, lonchas de jamón y queso y algunas de esas olivas negras que cultivaba el hermano menor de Biagio en Grecia. Advirtió el olor a vinagre.

--Espero que no te importe --dijo el anfitrión, con los ojos fijos en ella y no en la comida que estaban dejando en la mesa--. A Battista le da asco, pero me dijo que podía comer delante de ti si en la invitación especificaba que se trataba de una cena.

--No me importa en absoluto. Es lo que suelo hacer --Isabel se recostó en su asiento, sintiendo que el satén de su vestido de Yves-Saint-Laurent aplastaba el suave terciopelo de los ostentosos muebles del patio. Imaginaba la horda de sirvientes que se ganaban el salario observando el cielo en busca del menor indicio de lluvia, antes de escabullirse a toda prisa hasta algún lugar seguro y discreto del mirador de su amo--. He cenado con diplomáticos, embajadores y jefes de estado. Te sorprendería saber cuántas cosas pueden quedar aplazadas por una simple queja de carácter delicado o por un estómago alterado. Sin embargo, pocos han sido tan amables como tú, Biagio.

De nuevo, su anfitrión sonrió.

--¿Qué es un hombre, sino la suma de su conducta? --cogió un poco de lechuga y una aceituna con el tenedor de ensalada y lo acercó a la boca--. ¿Debo explicarte por qué quería verte?

* * *

Si alguien se tomara la molestia de investigarlo en profundidad, descubriría que Detlev Hrad trabajaba en dieciséis empresas, aunque sólo la mitad de ellas estaban ubicadas en su Estonia natal o en los Estados Unidos, su país de adopción. El trabajo de Detlev consistía,

principalmente, en recibir grandes envíos de cigarrillos de un mayorista americano relacionado con R. J. Reynolds y moverlos como inventario por cada una de las dieciséis empresas para las que trabajaba. Muchas de estas empresas eran propiedad de Detlev, otras pertenecían a una sociedad de la que él era miembro y otras eran filiales de responsabilidad limitada de empresas existentes, que incluso utilizaban la dirección de correo de otras empresas más importantes que ignoraban que Detlev pagaba al personal de su departamento de correspondencia para que le pasara cada semana las cartas que iban dirigidas a él.

Los cigarrillos iban al almacén que Detlev tenía en Nueva York, donde se almacenaban y se enviaban a los diferentes distribuidores después de haber dado tres o cuatro vueltas al mundo... en teoría, pero no en la práctica. Era genial: nadie sabía que sus negocios fueran ilícitos y, si lo descubrían, ¿qué posibilidades había de que pudieran encontrarlo?

Pero alguien lo había encontrado. Detlev estaba sentado en su sillón de ejecutivo, sujetando un bolígrafo rojo con tanta fuerza que lo partió en dos. Alguien lo había encontrado y estaba convirtiendo en un infierno su negocio. Desde hacía algún tiempo, todas las novias que había tenido se quejaban de que cada vez se mostraba más paranoico y distante... y entonces, Detlev las dejaba. Ahora, una parte de su ser deseaba que todas ellas estuvieran delante, para poder abofetearlas y gritarles: "¿Veis? ¿Veis como tenía razón?".

Pero la otra parte de su ser estaba aterrada. Todas las personas que entraban en su despacho, o se habían equivocado y se marchaban apresuradamente, o anunciaban su presencia en la puerta, como los chicos de FedEx y el cartero. Durante un momento, Detlev pensó que se trataba de un vagabundo que buscaba un lugar seco para pasar la noche, pero supo que estaba en problemas en el mismo instante en que se apagó la luz del vestíbulo y oyó que alguien cerraba con llave la puerta principal.

¿Quién podía ser? No parecía un policía, pues sus movimientos resultaban demasiado siniestros. Un poli ya le habría detenido o, por lo menos, habría anunciado su presencia. Que él supiera, no tenía ningún enemigo: pagaba a R. J. Reynolds en el plazo acordado, enviaba puntualmente la mercancía a todos sus "representantes independientes" y no sabía de nadie que estuviera reivindicando este territorio a nivel internacional. De todas formas, sabía que un hombre en su posición estaba destinado a molestar a alguien. Puede que se

tratara de alguien de la Cosa Nostra o incluso de la mafia rusa... o quizá, de algún activista o del pariente desquiciado de algún fumador que había muerto. Fuera quien fuera, era alguien que estaba molesto por algo.

De repente, el sonido se detuvo por completo. Detlev se quedó inmóvil, mirando aterrado y con impaciencia el umbral que separaba el vestíbulo de su despacho. El reloj electrónico que colgaba sobre el grabado de Ansel Adams, en la pared de la derecha, marcó un largo minuto. Un par de moscas se batían sobre la aceitosa comida china que descansaba en un rincón del escritorio.

¿El escritorio...?

Detlev advirtió que el bolígrafo había desaparecido. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Eso era todo? ¿Acaso había entrado alguien mientras él salía a buscar la comida china y, tras robar un bolígrafo tan vulgar y corriente, estaba intentando escapar? No, eso era imposible.

Las dudas de Detlev se confirmaron cuando una mano áspera y fuerte le agarró de la cabeza y le sujetó con fuerza a la silla. Al sentir algo punzante en la nuca, supo que alguien había clavado el bolígrafo desaparecido entre los omoplatos con una fuerza desmesurada. Durante un instante sintió un intenso dolor. Sus ojos se abrieron de par en par, hinchándose. Entonces, el dolor remitió y, con él, se desvaneció la percepción de Detlev del mundo que lo rodeaba.

Tras romper los trozos de bolígrafo que sobresalían, el asesino desabrochó su chaquetón azul marino y salió por la puerta delantera, sin echar la llave a sus espaldas.

* * *

—¿Y qué es lo que puedo hacer por ti, Biagio? —preguntó Isabel, deslizando el dedo sobre el borde de una copa de cristal vacía.

Aparecieron nuevos criados que se llevaron el *antipasto* de su anfitrión y dejaron una pequeña bandeja de plata de *crostini* con guarnición de espinacas y queso fundido, y un plato de escalopes con rodajas de naranja que olían como si hubieran sido bañadas en vino dulce.

Biagio bebió un sorbo de vino de su copa, mientras le acercaba a su invitada la bandeja del pan. Sonriendo, ella declinó.

—No es necesario que me ofrezcas algo cada vez que tus criados dejan otra bandeja en la mesa.

—Lo siento. Es la costumbre —una brizna de vapor salió de su

boca.

--No, no lo es --Isabel miró a Biagio a los ojos--. Estás intentando cambiar de tema. Sabes que tienes que preguntarme algo, pero te da miedo hacerlo.

Isabel se cruzó de brazos antes de continuar.

»Biagio, durante todos estos siglos he hablado con bastantes personas, y sé reconocer perfectamente los gestos de incomodidad y los movimientos vacíos.

--¿Siglos? ¡Los llevas tan bien! --bromeó Biagio en respuesta.

--Ahora estás siendo ridículo.

--Lo siento, me estaba burlando de mi propio error. ¿Te ha parecido ingenioso?

--En absoluto. Estoy segura de que querías compartir conmigo la generosidad de tu mesa, pero eso no significa que no estuvieras intentando evitar la conversación.

--¿Del mismo modo que estoy haciendo ahora?

--Exacto.

--¡Menuda psicóloga! Estoy compartiendo mi mesa con una experta.

--Como te he dicho antes, eso es lo que hago.

Biagio Giovanni, sin dejar de mirar ni por un segundo a Isabel, clavó el tenedor en un tierno escalope y lo acercó a sus labios.

* * *

Gianfranco apagó las luces de su camión inglés y sacó el vehículo de la carretera para sumergirlo en la oscuridad de la noche italiana. Con él viajaban veinticinco cajas de cigarrillos "libres de impuestos", que equivalían a cincuenta mil dólares en el mercado americano. Gianfranco se llevaría el diez por ciento habitual, y quizá algunos dólares de "bonificación" si Biagio se sentía especialmente generoso. Un hombre puede acostumbrarse a la vida de contrabandista, sobre todo si por unas horas de trabajo y unos minutos de riesgo le pagaban tan bien cada semana. Lo único que tenía que hacer era llenar algunos bolsillos en el aeropuerto y estar atento a los controles de carretera. A su cuñado, que trabajaba para la policía y siempre sabía dónde y cuándo estarían los controles, no le importaba compartir esta información a cambio de unos cartones y algunos billetes del fajo que Gianfranco llevaba siempre en el bolsillo. Sólo tenía que apagar las luces, deslizarse colina abajo y regresar a la carretera a medio

kilómetro del control; entonces, podía seguir adelante sin ningún problema.

Su madre le había preparado un refrigerio para que el viaje le resultara más cómodo: un pequeño racimo de uvas, un refresco de limón y un bocadillo crujiente. Mañana, durante el almuerzo, el granjero al que pertenecían estos terrenos se preguntaría quién diablos era el borracho que había decidido atajar por los campos en los que pastaba su ganado.

Cada vez que esquivaba un control, Gianfranco tenía la impresión de que su camión olía a humo rancio y a pólvora. Tenía que dejar de quedarse con los paquetes que se liberaban de las cajas porque, tarde o temprano, Biagio le descubriría y perdería su bonificación. El olor a pólvora procedía de la escopeta que escondía bajo su asiento. Gianfranco estaba seguro de que el propietario de esos terrenos también tenía un arma aunque, por supuesto, por razones muy diferentes: el granjero la utilizaba para asustar a los lobos que daban caza a sus ovejas, mientras que él la utilizaba para asustar a cualquier forma que merodeadora en la noche, fuera animal o humana. La verdad es que nunca había disparado su escopeta contra un hombre, pues lo hubiera partido en dos. Sin embargo, era un arma tan temible que, las pocas veces que había apuntado a alguien con ella, su enemigo había huido aterrorizado.

Entonces, Gianfranco vio un lobo por el espejo retrovisor. En la cima de la colina, justo en el punto en el que se había desviado de la carretera, se alzaba la inconfundible forma de un depredador. Parecía que el lobo le estuviera siguiendo. Le invadió una sensación extraña, debida quizá a sus divagaciones sobre el arma y a la situación virtualmente divina del lobo... o quizá era el temor a ser atrapado lo que le seducía. El contrabando era más emocionante en el cine o en los libros que en la vida real, y eso le decepcionaba. Por impulso, decidió detener el camión y disparar al lobo.

Suponía que este cometido humanamente cruel no podía hacerle ningún daño. Si la policía de carreteras oía el disparo, pensaría que algún granjero había decidido poner fin a la vida de un desafortunado depredador. Además, lo más probable era que el disparo se perdiera en el aire, puesto que aquel animal, probablemente muerto de hambre pero lo bastante precavido como para no llamar la atención de sus presas, se encontraba demasiado lejos para que la breve y brutal descarga del arma pudiera dar en el blanco. Sin embargo, los hombres no destacan por su prudencia o su bondad, y Gianfranco no era

ninguna excepción. Detuvo el camión usando el freno de mano y se deslizó sigilosamente de su asiento, llevándose consigo el arma.

En la cabaña del granjero, situada a medio kilómetro de distancia, se apagó una vela. Instantes después, una sigilosa forma abrió la puerta y salió al exterior.

Gianfranco se arrastró lentamente por la pendiente, sin darse cuenta de que una figura silenciosa lo seguía. Poco después, se acucilló tras un montón de rocas para esconderse de su presa. La luz de la luna brillaba con tanta fuerza que podía ver sus alrededores con facilidad.

Con una facilidad similar, el cazador se aproximó a su víctima. Seguramente tendría que cambiar de planes: en un principio, había pensado en llevar al contrabandista hasta la casa del granjero y prenderle fuego... pero ahora tenía una mayor libertad creativa.

Mientras Gianfranco introducía un cartucho en el arma, el depredador acortó la distancia que le separaba de su víctima. Entonces, alzándose lentamente sobre la agazapada silueta del pistolero, el asesino anunció su presencia con un "Tsk, tsk" de desaprobación y, de un solo golpe, tiró al suelo el arma de su presa mientras ésta se giraba sorprendida.

El asesino recogió el arma caída y la levantó para golpear al hombre con ella. Gianfranco se llevó las manos a la cabeza, como si sus débiles brazos pudieran detener el golpe. A continuación, el asesino sacó un enorme cuchillo de caza para adornar aquel cuerpo inconsciente, aunque tomó todas las precauciones necesarias para dejar a la víctima con vida. La sangre se extendió por el suelo; la carne se separó.

Cuando Gianfranco despertó, le dolía la cabeza y el pecho, y sentía frío en las extremidades. No podía mover ni los brazos ni las piernas.

En la pendiente que se alzaba sobre él, el lobo había oído la sangre que llevaba consigo el viento. Aquella noche comería bien.

Y, de nuevo, el asesino del chaquetón azul marino se desvaneció tranquilamente en la implacable oscuridad del campo italiano.

* * *

--Es más complicado que un simple favor --dijo Biagio, mientras giraba su pesado tenedor de plata de cuatro dientes alrededor de un trozo de *linguine* y se aseguraba de incluir una alcaparra y un camarón

salteado en el cubierto antes de llevárselo a la boca. Unas largas sombras emergieron a sus espaldas, como si la noche estuviera tan cansada de sus retrasos y demoras como Isabel Giovanni.

–Disculpa. ¿Qué decías? –Isabel cada vez se esforzaba menos en ocultar su creciente frustración. Biagio era un mago de las finanzas. Sus conocimientos sobre leyes, tanto americanas como italianas, eran tan grandes que siempre era capaz de encontrar una forma que no fuera totalmente ilegal de importar tabaco americano en Italia sin tener que pagar los descomunales impuestos y tasas que gravaban el producto. Mediante una serie de excusas e intercambios entre empresas tapadera, borraba cualquier rastro burocrático que pudiera haber dejado para que no quedara constancia alguna de su implicación ni de la ubicación del producto. La mercancía nunca hacía más de tres paradas antes de llegar a su destino, pero cualquier persona que deseara rastrear su supuesta ubicación tenía que llamar a más de una docena de empresas distintas antes de que volvieran a enviarle, educadamente, a la primera.

Isabel tenía la impresión de estar siendo tratada de un modo similar. O Biagio desconocía por completo la cólera de la Estirpe (algo poco probable) o se sentía tan orgulloso de sí mismo que disfrutaba tanteando los límites de todo aquel con quien entraba en contacto.

–La situación en su conjunto. He quebrantado algunas normas, Isabel, y deseaba que me dijeras cómo puedo solucionar este tema.

–¿No has seguido las vías pertinentes?

–Supongo que podría decirse así. No he efectuado los pagos correspondientes.

–¿Y no crees que ya es un poco tarde para eso? Si alguien está molesto contigo, supongo que en estos momentos ya debe de estar haciendo todo lo que está en sus manos para arreglar la situación. De hecho, si me permites recurrir a mis conocimientos de psicología, creo que lo que realmente me estás diciendo es que alguien ha puesto en peligro tu negocio y quieres que descubra quién es.

Biagio dejó el tenedor sobre el cuenco de pasta.

–Isabel, por favor, no me conviertas en el malo de la historia.

–No se trata de ser el bueno ni el malo, sino de ceñirse a las reglas. Sabes que no has hecho lo que se esperaba de ti: no has hablado con tu jefe y te has negado a pagar el *gabelotti* local. Creías que no pasaría nada, pero tu negocio ha crecido con tanta rapidez que te han descubierto antes de lo que esperabas.

–Eso no es totalmente cierto, Isabel. No sabía a quién acudir ni

con quién hablar. Suponía que vendrían a verme en cuanto yo mereciera su atención.

–Biagio, ¿con quién crees que estás hablando? Formas parte de una de las familias más influyentes y respetadas del mundo. Tú mentor fue uno de los tres narcotraficantes más importantes que llevaban el triángulo de Cuba, Estados Unidos e Italia.

–Isabel, por favor...

–No, Biagio. Lo sabes tan bien como yo y como cualquiera de las personas que viven en esta casa, desde el cocinero hasta la niña que juega junto a esa fuente. Esas personas saben qué significa estar relacionado con la familia Giovanni, saben quiénes son los Giovanni y qué hacen. Pero antes de que me interrumpas, permíteme que te recuerde que tú mismo has realizado el trayecto que separa Cuba de Italia en diversas ocasiones, y no para ir de vacaciones, exactamente. Viste una oportunidad, la aprovechaste y te negaste a pagar a las personas adecuadas.

–No he hecho nada malo, Isabel. Simplemente, me he negado a pagar a los ladrones y extorsionadores que se aprovechan de los negocios de los demás.

–Tú también eres un ladrón y un extorsionador, Biagio. Pero como te han atrapado, intentas cubrirte las espaldas diciendo que han cometido una injusticia contigo. Puede que a los adolescentes les funcione esta táctica, pero no creo que consigas convencer a nadie cuando los jefes pidan tu cabeza servida en una bandeja. ¿Eso es lo que quieres, verdad? Has comprendido el mensaje que te enviaron matando a tu gente y ahora quieres que me ocupe del tema antes de que vayan a por ti.

Biagio se pasó la lengua por los labios y bebió un sorbo de vino.

–La verdad es que sí. ¿Pero cómo sabes que han matado a algunos de mis socios? ¿Acaso la red de información de mi querida Isabel Giovanni es tan grande que conoces los movimientos del mundo entero antes de que se produzcan?

–Deja a un lado tu estúpida vanidad por un momento y recapacita. Sí, por supuesto que tengo contactos por todas partes. Sin embargo, ¿a quién podía importarle un pequeño contrabandista de tabaco?

–Eso es lo que te estoy preguntando, Isabel.

–Es alguien de tu propia familia, mentecato --espetó Isabel, dejando escapar un profundo suspiro.

* * *

De la noche a la mañana, aparecieron los cadáveres de siete hombres más. Los siete, según se rumoreaba por las calles de la ciudad, trabajaban para Biagio Bernardo Giovanni, un jefe nuevo y temerario.

El viejo Dondi había sido estrangulado con sus propias sábanas mientras dormía.

Cario, que había tomado demasiado vino, murió antes de llegar al hospital porque la sangre de sus venas era incapaz de transportar el oxígeno suficiente.

La madre de Peter y Joseph, olvidando que sus hijos habían salido, cerró con llave la puerta de su casa. Se supone que ambos intentaron escalar hasta la ventana del segundo piso para entrar, porque encontraron entre los arbustos sus cadáveres. Ambos se habían roto el cuello al caer.

Cuando Luigi regresó a casa, borracho, su mujer creyó que era un ladrón y lo mató sin darse cuenta de lo que estaba haciendo. Sus vecinos comentaron que la habían oído gritar histérica horas antes de que su marido regresara a casa... Quizá, un ladrón de verdad la había atemorizado y, creyendo que su torturador había decidido regresar, había apuñalado a su marido.

La corbata de Gianni se había enredado en la correa del motor mientras le echaba un vistazo para descubrir por qué hacía tanto ruido. Su cara había reventado contra el ventilador y el ardiente radiador había quemado sus sangrientos restos.

A Silvio le habían clavado con clavos a la parte inferior del muelle y le habían metido un trapo empapado de aceite en la boca para que no pudiera pedir auxilio mientras se ahogaba.

También se decía que un vagabundo había abandonado la ciudad a primera hora de la mañana, antes de que saliera el sol. No llevaba nada consigo, aparte del abrigo de lana que llevaba a la espalda y un perro callejero que le había seguido hasta el horizonte pero había regresado poco después.

* * *

--No sé cómo puedes estar tan delgado comiendo todo lo que comes. Eso bastaría para detener el corazón de cualquier mortal
--comentó Isabel.

–No tienes que preocuparte de esas cosas –respondió Biagio con el tono más amargo que pudo adoptar. La verdad es que la cena había sido tan copiosa que se sentía aletargado. Además, había descubierto que alguien de su propia familia estaba trabajando en su contra y, gracias a Isabel, se había dado cuenta de que, quizá, no era tan listo ni tan inteligente como su éxito indicaba.

Salió de su estado de ensoñación cuando el sirviente llevó el último plato a la mesa: ternera con guarnición de espárragos y un cangrejo capturado en los muelles. Los niños que vivían cerca de la villa, las familias de los sirvientes y los Giovanni jóvenes solían llevarle al cocinero de Biagio los cangrejos que atrapaban. A cambio, Giuseppe les pagaba algunas liras y les premiaba con una sonrisa. Todas las cosas que cocinaba eran frescas: sin duda alguna, el cordero había salido del mercado por la mañana y los *crostini* habían sido amasados a mediodía.

El criado dejó el succulento plato delante de su amo y se alejó en silencio hacia la cocina.

Isabel siguió mirándolo atentamente pero no hizo más comentarios mordaces, pues eso equivaldría a hurgar en la herida de Biagio y a ella no le gustaba mortificar a nadie. Isabel era como un lobo o un ave de rapiña, una mujer que considera que "mal" era una palabra sumamente inapropiada. Era un equilibrio de virtudes distorsionadas por el Abrazo: su aprecio por la familia se corrompió cuando descubrió su naturaleza depredadora. Su sumisión al nombre de la familia la había convertido en una depravada rival que volvía la espalda a aquellos que eran demasiado débiles para preservar la prominencia que habían conseguido los Giovanni. Además, el hecho de que fuera un Vástago, una bebedora de sangre mortal, la convertía en una asesina.

Una asesina.

Biagio sintió que se le helaba la sangre. ¡Isabel había venido a matarlo! Pero entonces... ¿por qué se había sentado al otro lado de la mesa y había soportado sus violentos modales y su creciente temor hacia el terrible mundo de los monstruos que acechaban en las sombras y se apropiaban de sus recompensas mientras saborean la cálida sangre de sus víctimas? ¿Por qué no le había explicado desde un principio que un Giovanni ofendido la había enviado a este lugar? ¿Por qué le había explicado la verdadera naturaleza de misión?

¿Acaso le estaba poniendo a prueba? ¿La habían enviado para que lo bendijera o lo condenara con la misma inmortalidad que le

afligía a ella? Le atormentaba pensar que alguien hubiera interpretado su "audacia" como ambición y su "temeridad" como estímulo. Un escalofrío recorrió su espalda al pensar que también él podía convertirse en una de esas criaturas de la noche y conocer un poder del que su vida mortal no era más que una simple reverberación. ¡Convertirse en un monstruo! ¡Saborear el poder del Cielo o el Infierno y esgrimirlo como un señor feudal sobre los campesinos del mundo iluminado por el sol!

Biagio casi podía sentir el cambio: ya no le apetecía su suntuosa cena; incluso tenía dificultades para tragar los trozos que ya tenía en la boca. ¡Era cierto! Isabel estaba utilizando la magia para llevarlo a la familia de los muertos. Sus extremidades se entumecieron y sus articulaciones se negaron a moverse. Cerró los ojos.

--Joseph... --dijo Isabel--. ¿Qué ha sido eso?

De la cocina salió un hombre que llevaba un pesado chaquetón de lana de color azul marino. No era Giuseppe ni ningún criado. ¡Maldita fuera Isabel! Lo había envenenado bajo su propio techo. Era un estúpido. Su avaricia le había dado todo lo que tenía, y ahora su gula iba a arrebatárselo.

--Pero... ¿por qué? ¿Por qué... así? --graznó Biagio. A sus agarrotados labios les costó pronunciar aquellas palabras.

--Por dos razones --respondió Isabel, bajando la mirada hacia su agonizante primo--. En primer lugar, porque así ni siquiera tendremos que ocuparnos de limpiar todo esto, pues parecerá que fue tu propia glotonería la que acabó contigo. Nadie lo creerá, por supuesto, pero los forenses no encontrarán nada que les haga dudar del resultado del informe. La segunda razón se encuentra en tu corazón. Antes dijiste: "¿Qué es un hombre, sino la suma de su conducta?". Pues debo decirte que esa afirmación no sólo es cierta para los hombres, sino también para los Vástagos... y puede que incluso más. No soy ninguna cortagargantas, primo. Para los de nuestra especie, la sutileza es la forma más segura de preservar la no vida. Es una lección que estoy seguro que valorarás... pero a un precio demasiado alto. Buenas noches, primo.

Isabel Giovanni vio que el fantasma de su primo se alejaba rápidamente de su cuerpo muerto y se desvanecía en el gélido aire. Entonces, se unió a su socio del chaquetón azul marino y juntos emprendieron el largo camino de regreso a casa.

FIN

Mundo de Tinieblas:
EL ESTOMAGO DEL DRAGÓN
Stewart Wieck

{ Vampiro / Clanes-14 / Relato-13 (Malkavian) }
Publicado en... *"Clan Novel: Anthology"*
Traducción: Isabel Merino Bodes

Viernes, 31 de diciembre de 1999, 11:28 PM
El Eje, Ciudad de Nueva York

Cuenta la historia que una vez existió un rey avaricioso y cruel que vivía en un castillo de cristal blindado. Según decía, había ordenado construir esa morada transparente para poder contemplar sus tierras, que trabajaban con amor las fatigadas manos de sus sirvientes, pero la verdad era que, sabiendo que aquellos que confabulaban a sus espaldas eran legión, no deseaba que sus enemigos encontraran una esquina en la que poder conspirar.

No habría amantes para su esposa. No habría aliados para sus consejeros. No habría guardias adormecidos en la puerta.

Por supuesto, el resultado de esto fue una creciente paranoia. Pronto, el omnipresente rey empezó a buscar enemigos allí donde no existían. Con el tiempo, incluso empezó a desconfiar de sus propios ojos, así que cada vez que veía hablar a su cobarde tío con algún guardia, imaginaba que estaban tramando algún sucio complot. ¡Él no era ningún estúpido!

Cualquier señal se convertía en un mal presagio. Y eso es exactamente lo que necesito cuando mi ángel desciende por el denominado Eje para adentrarse en el infierno del estómago del dragón.

¿Cuál es el propósito de mi historia? Ninguno al que no haya servido ya. Es necesario unir fuego con fuego. Afortunadamente, no me estoy refiriendo al fuego de verdad... sólo estaba haciendo una metáfora. Aunque ya no poseo una esencia real, sé que perdería si tuviera que enfrentarme al fuego. De todas formas, las metáforas permiten que los débiles sean poderosos... y esa es la única esperanza que me queda para salvar a la humanidad, porque yo no

soy nada a la sombra del dragón.

Es cierto. El dragón contra el que lucho también podría existir simplemente como una metáfora, a pesar del enorme poder que esgrime... porque sé que nadie me tomaría en serio si dijera que existe un diablo antropomórfico, la personificación de la prole del cuarto habitante de nuestro planeta.

Y, sin embargo, llevo siglos enfrentándome a esta inverosímil realidad. ¿Pretendes humillarme diciéndome que mi batalla es ridícula? ¿A pesar de las muchas pruebas que puedo ofrecerte? ¿O pretendes cuestionar las razones por las que decidí continuar con esta lucha?

Sólo intento retrasar (pues no voy a tener la arrogancia de utilizar la palabra "detener") un terrible acontecimiento que, según las señales que he visto, creo que está a punto de empezar. Pero ahora tienes que disculparme, pues tengo órdenes que cumplir. Mi ángel ha llegado. Y debe Ver cosas.

* * *

Una figura jorobada se acercó a la entrada del Eje. Sus pies todavía arrastraban restos de naturaleza y origen desconocido, procedentes de los cenagosos y fétidos túneles de alcantarillado que le habían traído hasta allí. Pero aquella noche Donatello no podía fijarse en esas cosas, pues tenía la sensación de estar internándose en la guarida del lobo.

A pesar de ser un muerto andante, las extrañas circunstancias que le habían impulsado a venir hasta aquí le hacían tener la certeza de que esta noche sería la última de su vida. ¿Acaso podría sentirse de otro modo? Calebros, el nuevo príncipe de Nueva York, le había informado del contenido de un mensaje del perturbado Profeta de la Gehena, el Malkavian Anatole: "Un ángel entrará en el infierno del estómago del dragón antes de que pase esta edad para que no acontezcan todas las edades". Para el príncipe, ese mensaje sólo tenía un significado: Donatello, en cuya espalda había sido tatuada la imagen de Uriel, el ángel de la muerte, tenía que descender por el Eje antes de que empezara el año nuevo y, con él, el nuevo milenio.

Por eso estaba allí, viendo señales funestas en cada sombra y sintiendo una grave responsabilidad sobre su persona, pero sin saber exactamente qué tenía que hacer. Y allí también estaba Anatole.

La suave silueta del Malkavian empezó a perfilarse bajo la frágil

luz que iluminaba el Eje.

Donatello se acercó al antiguo Vástago con cautela, pero sin recurrir a sus poderes para ocultarse. Aunque el Malkavian no parecía advertir su presencia, el Nosferatu no deseaba convertirse en la víctima de un reflejo de destrucción.

–Estoy aquí tal y como ordenó, Profeta --dijo Donatello.

A pesar de sus reverberantes palabras, Anatole no se movió. Donatello supuso que estaba enzarzado en algún diálogo interno del que su perturbada conciencia no podía escapar.

Éste era su segundo encuentro con Anatole, pero no se sentía más relajado. En más, la extraña y casi imposible falta de movimiento del profeta le hacía sentirse más incómodo, porque tenía la impresión de que estaba gestándose un veredicto que, seguramente, sería cruel. O quizá su incomodidad se debía a que no recordaba nada de su anterior encuentro con Anatole.

El profeta no había cambiado nada desde la última que lo vio, cuando pasó diversas veladas con él en la Catedral de San Juan el Divino. Su cabello rubio estaba sucio y desgredado, pero sus ojos miraban a través de él. A Donatello volvió a desconcertarle la paradoja que presentaba aquel hombre: su mundanidad y su aparente santidad. Quizá se trataba de una verdadera paradoja. Anatole tenía un aspecto tan corriente que parecía ser algo más... y no una santidad en el sentido trivial de ayudar a los pobres, sino que daba la impresión de que realmente transportara una gran Palabra y tuviera libertad para propagarla.

Donatello estuvo a punto de reírse a carcajadas al darse cuenta de que no era Anatole. Allí, al borde del temible Eje, del amplio túnel con infinitas entradas que descendían hasta el corazón de la ciudad y, quizá, hasta el mismo centro de la Tierra, donde la oscuridad parecía más intensa y la sangre ya coagulada del interior de un vampiro parecía hacerse más pesada... allí, Donatello estaba sufriendo alucinaciones.

A pesar de que sólo era producto de su imaginación, los ojos de Anatole se enfocaron y contemplaron los de Donatello. El Nosferatu se encogió de hombros. Sus sentidos seguían informándole de que sólo eran imaginaciones, pero debido a su aprensión por el Eje y el descenso que tenía que realizar por su interior, sentía que aquella aparición tenía más de Espíritu Santo que de fantasma.

La visión, que seguía observándolo en silencio, unió sus manos a la altura del pecho. No era un gesto de súplica, sino un modo de

indicar que no iba a pronunciar las simples palabras de un mortal... al menos, de alguien que lo había sido hacía mucho tiempo. Entonces, con una voz que recordaba al viento a través de las cañas, Anatole habló.

–Un ángel entrará en el infierno del estómago del dragón antes de que pase esta edad, para que no acontezcan todas las edades.

A pesar de su inquietud y su ansiedad, Donatello sintió que la cólera y la frustración empezaban a hervir en su interior. Estaba a punto de gritarle, pero se contuvo por respeto y por vergüenza. No podía pegarle gritos a un espectro. ¿Acaso estaba tan loco como el profeta?

–Eso ya... ya lo sabía, Profeta –dijo con los dientes apretados, pues era consciente de estar hablando con una ilusión–. ¿Pero por qué? ¿Y por qué yo, si es imposible que alguien me confunda con un ángel? ¿Y con qué propósito? Si hay algún...

Anatole le interrumpió con un ligero movimiento de mano.

–Aisling Sturbridge decía que eras hermoso. De hecho, las brujas Tremere pueden ser sabias.

Donatello pensó brevemente en las historias que había oído sobre el retrato del ama de la devastada e invadida capilla de Atlanta... ¿cómo se llamaba? Hannah... que había en una caverna al norte del estado de Nueva York, donde Anatole había sido visto por última vez. ¿Acaso aquella gárgola había sido una consejera de Anatole cuando el Malkavian escribió con sangre en los muros de la caverna?

Entonces, Donatello sintió que un hormigueo recorría su espalda. No era sólo una molestia, sino más bien un picor que pronto empezó a crecer, como si algo del interior de su cuerpo estuviera abriéndose paso para salir. La sensación se fue extendiendo hasta formar un aro asimétrico que recorría toda su espalda. Donatello se retorció incómodo. Sabía que era su tatuaje, la obra maestra de Ernst Lohm, un artista que era entre los mortales algo similar a lo que era Anatole entre los Vástagos: alguien que parecía buscar en los lugares equivocados y que, sin embargo, siempre encontraba lo correcto.

El Nosferatu siguió retorciéndose. De pronto, en su espalda aparecieron unas alas gigantescas que iluminaron el túnel y el Eje, del mismo modo que habría iluminado el firmamento una antorcha de Dios. A pesar de las enormes llamas que restallaban a escasos centímetros de su rostro, Donatello no sentía el calor que irradiaban sus alas. Acababa de producirse un milagro. No podía seguir negando la presencia del profeta... y tampoco podía seguir aplicando la lógica

en esta noche de locos, sobre todo ahora, cuando faltaban escasos minutos para la llegada del nuevo milenio.

La voz de Anatole se alzó con claridad sobre el restallido de sus llameantes alas.

—Ahora desciende al Infierno, ángel. Sigue el camino de la sangre del mártir y extiende tu luz para iluminar la infinita oscuridad.

Con un lento y pesado movimiento, las resplandecientes alas empezaron a moverse. El cuerpo de Donatello osciló como un péndulo sobre el abismo que se abría a sus pies. Entonces, mientras descendía a las profundidades, la luz de las grandes alas fue apartando la oscuridad.

* * *

¿Pensabas que alguien tan anciano no podía estar tan confundido? Entonces no entiendes el poder de la metáfora. Nunca ha sido utilizado en tu contra. Del mismo modo que sucede cuando analizas los secretos de la amante del traidor de un círculo interno cabalístico, es imposible descubrir dónde acaba la verdad y dónde empieza la mentira. Esa es la razón por la que es necesario unir fuego con fuego. ¿Cuál es la verdad de este anciano? Su arma más poderosa es que no podemos responder a esta pregunta con certeza. Sin embargo, como sucedía con el rey (¿te acuerdas de él?), tampoco puede saber lo que podemos verificar.

Y para ello, basta con dar un codazo. Conozco muchos secretos. Durante el tiempo que he pasado dentro de las mentes de esos monstruos he descubierto muchas cosas. Considero que es una recompensa más que suficiente para todos esos siglos de diligente exploración. Puede que incluso sea más que suficiente para una eternidad pues, ¿qué verdad es más importante que aquella que tiene el poder necesario para destruirte?

Conozco esta historia: Dios se despidió de su padre, así que puede que baste con un ángel. Mi fe en Dios vaciló y, quizá, se extinguió, hace siglos, pero utilizar a Dios como metáfora siempre da fuerzas, incluso en manos de los infieles.

¿Por qué he decidido seguir este largo camino? ¿Por qué me he molestado en realizar este esfuerzo? ¿Por qué deseo salvar a los mortales, si me he alejado tanto de ellos, o a los Vástagos, si también los he dejado atrás? Fue la sangre de este mártir servicial, aquí presente, antes que la del renuente Cranston, la que puso en marcha

este juego. ¿Por qué me embarqué en este camino, en este esfuerzo para salvar millones o incluso miles de millones de vidas miserables, si entre esta triste mayoría sólo hay un puñado de almas buenas?

¿Mis adversarios se han hecho ya esta pregunta? ¿La han descartado? ¿Acaso les importa? Ignoro lo que piensan, pero sus acciones les traicionan. Tengo el deber de preservar esta existencia trivial durante un poco más de tiempo. No tengo ninguna sensación de orgullo llevando a cabo esta labor y viendo cómo se adentra el ángel en el estómago del dragón y dispersa esa envolvente oscuridad.

¿Así que cuál es mi respuesta? Es metafórica, por supuesto. ¿Por qué un lobo decide quedarse sin su habilidad para cazar, siendo éste su medio de supervivencia, y se rompe la pata para escapar de la trampa del cazador?

¿O acaso yo mismo, o mi misión, o mi adversario, o incluso la mayor verdad que puedo ofrecer (es decir, mi historia), son sólo una metáfora?

Sea como sea, no habrá ninguna Gehena esta noche.

FIN